

el Sistema Howard Fast



Lectulandia

En El Sistema, al parecer la tercera y última de las partes en que se desarrolla esta saga, encontramos de nuevo a muchos de los protagonistas de las dos novelas anteriores junto a otros nuevos o que apenas habían ocupado lugar en las otras.

Ha terminado la Segunda Guerra Mundial y Estados Unidos, después del primer momento de euforia, vuelve a encentrarse con problemas, desde crisis económicas hasta la persecución anticomunista del senador McCarthy.

A través de todas ellas, y de sus propias crisis personales, pasaran los protagonistas de esta novela buscando, unos dinero, otros amor, otros su propia paz interior. Un gran fresco histórico de una época y de unos personajes, trazado con mana maestra por uno de los, realmente, grandes escritores norteamericanos actuales.

Lectulandia

Howard Fast

El sistema

La familia Lavette - 3

ePub r1.0

Etsai 28.08.13

Título original: *The establishment*

Howard Fast, 1979

Traducción: Ana M^a de la Fuente

Retoque de portada: orhi

Editor digital: Etsai

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Molly

Bienvenida al mejor de los mundos posibles.

Primera parte

Matrimonio

Cohen, un hombre corpulento de cuarenta y tres años, estaba impacientándose, lo cual era el preludio de perder los estribos y emprenderla con todo el que estuviera cerca, cosa que empezaba a ocurrir con excesiva frecuencia. Cosas pequeñas, insignificantes, le sacaban de sus casillas. Cuando pensaba en las cosas grandes que le habían sucedido sin hacer mella en él, comprendía que algo le corroía por dentro. Inconscientemente, seguía un proceso que pasaba de la ira reprimida, a la frustración y a la irritación. Ahora explotó con la pobre mujer que tenía delante.

—¡Por todos los santos del cielo, Mrs. Melcher! Estoy tratando de explicarle por qué le pasa eso. ¡Es que usted se carga el embrague! Un embrague no es una cosa hecha por Dios, como el anca de un caballo. Es un mecanismo para conectar y desconectar el motor y la transmisión. Hay una palanca recubierta por una y otra cara de un material abrasivo. Usted va siempre con el pie en el pedal y eso no puede ser. Lo que le hace falta es aprender a conducir. Eso ya le había ocurrido antes y volverá a ocurrirle.

La mujer se puso blanca y susurró:

—No tiene usted derecho a hablarme de ese modo. No tiene derecho. Cohen se la quedó mirando. «¡Ay, Dios!», pensó. Gómez, uno de los mecánicos, escuchaba atónito. Entonces bajó la voz y se disculpó.

—No tiene derecho a hablarme así —repetía Mrs. Melcher, a punto de echarse a llorar, como si no fuera capaz de encontrar otras palabras.

—Perdone. Se lo arreglaremos y mañana estará listo.

Cohen dio media vuelta y cruzó el taller en dirección al retrete, cerró la puerta con el pestillo, bajó bruscamente la tapa de la taza y se sentó con la barbilla apoyada en los puños apretados. Alguien había escrito en la puerta, entre obscenidades sin gracia: «Erase una vez un ermitaño llamado Dave que tenía en su cueva a una muchacha muerta. Él decía: “Ya sé que soy un puerco, pero la de dinero que ahorro”». Cohen miraba lo escrito sin entenderlo. Aquello no estaba allí la víspera. De pronto, todo lo que se había acumulado en su interior explotó. Abrió la puerta de un puntapié y gritó a los mecánicos:

—¡Quiero que pintéis este maldito retrete! ¡Hoy mismo! Y al primer pedazo de cerdo que escriba en las paredes, lo pongo en la calle.

Se metió en el despacho, que estaba separado de la nave del taller por una mampara de vidrio. Los mecánicos le miraban con asombro. Él se sentó detrás del escritorio sintiendo peso en el estómago. Respiró profundamente, miró la carpeta y se

preguntó si estaría haciéndosele una úlcera. Sería lo que le faltaba. Una úlcera o un ataque al corazón. Era un hombre corpulento y musculoso, y la última vez que le habían hecho una revisión el médico le dijo que por su constitución física era propenso a sufrir una afección coronaria.

Gómez abrió la puerta del despacho con cautela.

—Eh, Bernie, ¿pasa algo malo?

Cohen le miró sin responder. Gómez era el encargado del taller, un chicano pequeño, huesudo y competente.

—¿Es en serio eso de que hay que pintar el cagadero, Bernie? Estamos de trabajo hasta los topes.

—Olvídalo.

—No te enfades con esas tías chifladas. Hay dos individuos que preguntan por ti.

—Recíbelos tú.

—Quieren verte a ti.

—¿Para qué?

—No lo sé. —Gómez abrió los brazos—. ¿Qué te pasa, Bernie? Aquí tienes a un buen equipo. Nosotros cumplimos y tú nos tratas a patadas. Por todo tengo que discutir contigo. Esos hombres no quieren una reparación. Quieren hablar con Mr. Cohen. Conque tú los recibes y yo vuelvo a lo mío, ¿eh?

Cohen asintió. Gómez salió del despacho, y a los pocos momentos se abrió la puerta y entraron los dos hombres. Uno era pequeño, de pelo rubio y unos treinta y cinco años. Tenía los ojos azules, un bigote descolorido y una cicatriz que le cruzaba la mejilla desde la sien hasta la barbilla. El otro era más joven, de veintitrés o veinticuatro, calculó Cohen, fornido, con la cara redonda y sonrosada como un bebé. Se quedaron frente a Cohen, y el de la cara redonda preguntó:

—¿Es él?

—El mismo —asintió el rubio.

—Es un cacho bestia, grandote como un gorila.

Cohen dio la vuelta a la mesa, les miró un momento más y estrechó al rubio en un abrazo de oso. El de la cara redonda les miraba moviendo afirmativamente la cabeza.

Cohen le soltó.

—Te presento a Herbie Goodman —dijo el rubio—. Herbie, aquí tienes a Bernie Cohen.

Se estrecharon las manos.

—Eres toda una leyenda —dijo Herbie—. Lo que se dice una leyenda.

—¿Cómo habéis dado conmigo? —preguntó Cohen.

—Tenemos nuestros propios métodos. Te quedarías con la boca abierta si te los contara.

El hijo de Barbara nació seis meses después de que ella se casara con Bernie Cohen y se convirtiera en Barbara Lavette Cohen o, como se apresuró a consignar la columna de chismes del periódico, Barbara Seldon Lavette Cohen. La puntualización tenía miga, ya que la familia Seldon pertenecía al selecto círculo que constituía la sociedad de San Francisco desde hacía casi cien años, período que ahora, en 1948, abarcaba toda la historia de la ciudad. Los chismorreos empezaron cuando el padre de Barbara, Dan Lavette, hijo de unos inmigrantes italianos, cortejó a la hija del banquero Thomas Seldon y contrajo matrimonio con ella. Años después, Jean Seldon, la hija del banquero y madre de Barbara se divorció de Dan Lavette, se casó con el riquísimo John Whittier, se divorció de éste y ahora vivía con su primer ex marido, circunstancia que, en las cenas y cócteles mundanos, constituía el tema de conversación más sabroso que San Francisco había conocido en mucho tiempo. La boda de Barbara Lavette, hija de Jean y Dan, con un tal Bernie Cohen, un mercenario prácticamente indigente, desconocido y sin familia —y, para colmo, judío—, estimuló deliciosamente los comentarios. Cuando, seis meses después de la boda, Barbara dio a luz un niño en el «Mount Zion Hospital», sin que se hiciera ni la más leve tentativa para disimular, las murmuraciones subieron de tono.

Barbara se sentía indiferente por completo a todo ello. Cuando recordaba épocas de su vida, tenía la sensación de haber cubierto las etapas con retraso. Su niñez fue larga y solitaria; su adolescencia se prolongó hasta más allá de lo normal y conservó la inocencia hasta después de iniciados los estudios universitarios. Le parecía que nunca había marchado a la hora adecuada. Tuvo su primer y único hijo en 1946, a los treinta y dos años. El doctor Kellman, el médico que la atendió, decía que treinta y dos años no era una edad excesiva para empezar a tener hijos. Barbara era una mujer alta, fuerte y sana, y Kellman le aseguró que el parto no presentaría dificultades.

Barbara no quiso anestesia. Hasta el último mes, el embarazo fue relativamente fácil, y dijo a su marido:

—Tal vez tenga otro hijo, o tal vez no...

—O dos o tres —sugirió él.

—El caso es que quiero vivir plenamente la experiencia. Quiero saber qué es lo que ocurre y cómo ocurre.

—¿Para ponerlo en un libro? ¡Qué disparate!

—Yo escribo acerca de lo que sé. Y no es un disparate.

Bernie estaba con ella cuando empezaron los dolores e insistió en permanecer a su lado hasta el fin. Al cabo de dos horas, cuando, a cada contracción, los gemidos de Barbara se hacían más y más agudos, el doctor Kellman convenció a Bernie para que saliera de la habitación. Doce horas después, cuando Barbara estaba ya exhausta y loca de dolor, el médico se convenció de que su abertura pélvica era demasiado

estrecha y la criatura no podría pasar por el cuello del útero. Le hizo una cesárea y vino al mundo un niño de cuatro kilos y medio.

Ahora, quince meses después, Barbara estaba en el cuarto del niño de la casa de Green Street enseñando a su hijo a pronunciar correctamente la palabra camión. El niño se llamaba Samuel Thomas Cohen, Samuel por Sam Goldberg, el que fuera abogado de Barbara, a quien ella quería mucho, antiguo dueño de la casa victoriana en la que ahora vivían, y Thomas, por el abuelo Seldon. El pequeño Samuel era un niño robusto y sano de cabello castaño, ojos azules y con cinco dedos en cada mano y otros cinco en cada pie, que era todo lo que Barbara deseaba.

Aquella noche, mientras daba de cenar a Samuel al tiempo que le administraba una modesta dosis de lingüística, Barbara espiaba el sonido de la puerta del vestíbulo que le diría que Bernie había vuelto, eso si decidía cenar en casa en lugar de quedarse trabajando hasta las diez, las once o las doce. Otra parte de su cerebro estaba ocupada planeando la manera de pasar la velada sin discusiones ni disgustos, al tiempo que reconocía que tales planes habían fallado lastimosamente otras noches. Durante los últimos meses se había dicho a sí misma una y otra vez que su matrimonio se iba a pique, y una y otra vez se lo había negado.

Había esperado para casarse hasta los treinta y dos años y luego lo había hecho, como solían decir los que la conocían, con el tipo menos adecuado del mundo.

«He esperado —se decía—. No he ido a ciegas. He visto naufragar muchos matrimonios. Conozco los defectos de este hombre y conozco también sus cualidades. No me hago ilusiones sobre el matrimonio. He visto demasiados nidos de amor convertidos en pozos de serpientes como para no comprender que, en el mejor de los casos, el matrimonio es algo casi imposible. Pero los dos somos personas adultas y los dos hemos sufrido nuestro calvario particular. Saldremos adelante».

Más o menos lo mismo le dijo a su madre; pero sus palabras sonaban huecas, y su madre la miró pensativa y contrariada. Jean Whittier, a sus cincuenta y ocho años, era todavía una mujer muy hermosa. Ya no las tomaban por hermanas ni Jean trataba de disimular las arrugas ni las canas; pero tenían la misma estatura y el mismo porte. Jean había visto fracasar dos matrimonios, y los dos, suyos.

—Tal vez salgáis adelante y tal vez no —dijo Jean.

—Lo deseo con toda mi alma —confesó Barbara.

—Él tiene que desearlo también con la misma fuerza. ¿Y de dónde va a sacarla? Tú eres una escritora de éxito. Eres famosa en todo el país. El que hayas puesto todo tu dinero en una fundación benéfica no cambia demasiado las cosas. Tú tienes dinero. Todo eso hace que él se sienta disminuido.

—Todo eso ya está explicado.

—Lo que importa es que esté resuelto.

El niño dijo algo que tenía un cierto parecido a «camión», Barbara le dio la última

cucharada y le entregó el camión. En aquel momento oyó cerrarse la puerta. No eran más que las seis.

—¡Hola, Bobby! —gritó Bernie—. Ya estoy aquí.

Su voz tenía una nota de animación, entusiasmo y excitación que no sonaba en ella desde hacía mucho tiempo.

La víspera, Bernie llegó casi a las doce. Barbara en ningún momento pensó que pudiera haber otra mujer. El marido infiel no vuelve a casa con la ropa de trabajo, grasa en las uñas y el cuerpo molido. Tenía sus problemas, pero no era uno de ellos la existencia de otra mujer.

Barbara estaba en su estudio, escribiendo. Al oír el sonido de la máquina, él abrió la puerta y se quedó en el umbral. Ella se levantó y fue a abrazarlo, pero Bernie dio un paso atrás.

—Estoy puerco.

—Te preparo el baño.

—Estoy demasiado cansado para tomar un baño.

—Bernie, no puedes meterte en la cama de ese modo.

—¿Por qué no? Soy un cochino mono grasiento. ¿Qué puede importar?

—Nada de eso. Tienes uno de los mejores talleres de reparaciones de la ciudad y lo llevas muy bien.

—Preferiría que no me esperases levantada. Trabajo hasta las tantas y luego nos ponemos a discutir por tonterías. Y estoy demasiado cansado para discutir.

Esto, la noche antes. Hubo otras parecidas. Cada vez, Barbara sentía frío en los huesos, trataba de dominarse, se decía que todo el mundo puede decir cosas desagradables; pero con la mayoría de la gente se podía hablar.

—No estoy levantada porque te esperara, Bernie —respondió ella con calma—. Lo que ocurre es que durante el día apenas me queda tiempo para trabajar. No es que no quisiera esperarte; pero es una buena hora para escribir. Sam es muy absorbente...

Como tantas otras noches, pero hoy, aquella voz vibraba de entusiasmo. Barbara puso al niño en el parque y bajó corriendo la escalera. Bernie la abrazó con fuerza. Luego se disculpó.

—Hecho un marrano, como siempre. ¿Y el niño?

—En el parque. Acabo de darle la cena.

—Magnífico. Ahora mismo le digo quién manda aquí y luego me tomo un baño. No tardo ni quince minutos. ¿Qué hay de cena?

—Pollo, patatas, guisantes, ensalada...

—¡Superior!

Mientras él subía rápidamente las escaleras, ella le miró desconcertada y contenta, pero también un poco intranquila. Aquél no era el hombre con el que había vivido durante los últimos seis, siete u ocho meses; no era el hombre taciturno, deprimido y

malhumorado que se sentía preso en su propia trampa. Ella le siguió. Su visita al niño había sido breve, pues ya estaba en el baño.

Cuando Barbara hubo acostado a Sam, Bernie ya estaba vestido y esperándola.

En la mesa, Barbara dijo con suavidad:

—Hoy has tenido un buen día, ¿verdad, Bernie?

—Uno de los mejores.

—Me alegro.

Se quedó esperando que él le dijera qué había ocurrido.

—No he estado muy simpático últimamente, ¿verdad?

—No mucho. No. Creo que lo comprendo.

—¿Estás segura, Bobby? —Dejó de comer y la miró—. Muchas veces me he dicho que te quiero tanto como un hombre puede querer a una mujer. Pero no es cierto. Te quiero tanto como soy capaz de querer. Te quiero desde el día en que nos conocimos en París. Y he sido fiel a ese amor.

—Lo sé —admitió ella en voz baja.

Empezaba a sentir en el estómago una punzada de miedo. Bernie estaba de buen humor, pero aquélla tampoco iba a ser una noche tranquila. Sus palabras le hicieron recordar aquel día de 1939 en que él llamó a la puerta de su apartamento de París. Ella abrió y se encontró frente a un hombre enorme, con un pantalón de algodón y una camiseta de manga corta, sin afeitado. La guerra civil española había terminado. Las Brigadas Internacionales se habían disuelto. Bernie Cohen, ex voluntario de la brigada «Abraham Lincoln», a la sazón sin trabajo, había cruzado los Pirineos y llegado a París andando y en autostop. Barbara recordaba incluso lo primero que pensó entonces: «¡Qué tipo tan raro! Como un oso con la nariz larga». Pero luego le miró a los ojos, unos ojos azul pálido, grandes e inocentes como los de un niño. Mirabas esos ojos y no podías pensar en hipocresías ni en desconfianza.

Ahora, aquellos ojos estaban fijos en ella, muy abiertos, infantiles. Casi como los del pequeño Sam. Este hombre no había crecido. Las mujeres maduran; es algo que llevan en las glándulas, en el cuerpo, en su energía vital; pero los hombres pueden sufrir las más atroces pruebas y siguen siendo irnos niños de cuerpo grande.

—¿Qué ha sucedido hoy, Bernie? ¿Por qué no me lo cuentas?

—Bueno, ya va, ya va. Verás, es una de esas cosas que tienen su historia, que no ocurren porque sí, como lo nuestro que tampoco fue porque sí. ¿Te acuerdas cuando te dejé en París?

—Me acuerdo.

—Bueno, me fui hacia el Sur, eso ya te lo he contado. Y que en Marsella me encontré con Irv Brodsky. ¿Recuerdas?

—Que también había estado en las Brigadas Internacionales —asintió Barbara—. Sí, Bernie, me acuerdo.

Él la miró interrogativamente. Había algo en el tono de ella que le desconcertaba.

—¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Irv Brodsky. Un veterano de la guerra de España que había nacido en el Bronx de Nueva York. Él había llegado a Marsella en barco desde Barcelona y los dos nos pusimos a trabajar para unos franceses que hacían viajes clandestinos de Marsella a Palestina. Frente a las costas de Palestina nos hundieron, pero conseguimos llegar a tierra y fuimos a parar a un kibbutz cerca de Haifa.

Barbara asintió. Había oído muchas veces la historia.

—No estaba seguro de si te acordarías. Brodsky y yo éramos muy amigos. Estuvimos trabajando varios meses en el kibbutz y organizamos un sistema de defensas. Te cuento todo esto para darte una idea de conjunto —dijo con cierto nerviosismo—. Me parece que ya te dije que los del kibbutz decidieron que me alistara en el Ejército inglés y me hiciera piloto. Bueno, entonces vi por última vez a Brodsky... hasta hoy.

—¿Hoy le has visto? ¿Dónde?

—A eso iba, Bobby. Hoy, a la hora del almuerzo, él y otro, un tal Herb Goodman, se han presentado en el taller. Ya puedes figurarte lo que he sentido al ver a Brodsky después de tantos años.

—¿Quieres decir que han entrado en el taller por casualidad?

—¡Oh, no! Brodsky me había seguido la pista.

—¿Qué quieres decir?

—No es tan difícil. Los de la brigada «Lincoln» tienen una oficina en Nueva York y allí guardan las direcciones de la mayoría de nosotros; yo estoy suscrito al boletín y les mando dinero de vez en cuando. Ellos le dieron la dirección del taller y él y Herb Goodman fueron a verme.

—¿Sólo para saludarte? —inquirió Barbara, después de una pausa[^]. ¿Han hecho un viaje tan largo sólo para eso?

—Si no me equivoco, a ese Herb Goodman no lo conocías.

—Exacto. Y si no me equivoco yo, te has enfadado. ¡Vaya por Dios, una vez que no me siento como un trapo sucio tú te enfadas!

—No estoy enfadada. —Y añadió para sí—: Sólo estoy asustada.

—¡Tengo un taller de reparaciones! —exclamó él—. ¿Te has parado alguna vez a pensarlo? ¿Qué es lo que yo hago? Soy un mono grasiento, tanto si lo aceptas como si no. Trabajo doce, catorce o dieciséis horas al día para poder pagar la nómina y la hipoteca. Ni siquiera gano lo suficiente para mantener esta casa. Lo haces tú.

—Eso no es verdad.

—Llego a casa tan cansado, que no puedo ni abrazarte y decirte que te quiero. Estoy demasiado cansado para hacer el amor. O tal vez sea que me odio tanto a mí mismo, que ni eso resulta ya.

—¿Quieres postre? —preguntó Barbara en voz baja—. Tenemos helado.

Él se recostó en el respaldo de la silla y la miró sonriente.

—Te quiero, Bobby, ¿lo sabes? A veces me dan esos ramalazos, pero la verdad es que te quiero. Lo que ocurre es que para mí no es suficiente quererte y tener un taller de reparaciones. No sé por qué. La verdad es que me consumo. Esta misma mañana estaba seguro de que se me estaba haciendo una úlcera. No tengo más que cuarenta y dos años. No soy viejo. Sin embargo, tengo la impresión de que ya todo lo he dejado atrás y ya no me espera nada.

—¿Y hoy eso ha cambiado? —preguntó Barbara.

—Sí.

—¿Quieres helado?

—Desde luego.

Ella abrió el frigorífico. De espaldas a Bernie, mientras sacaba el helado de la bandeja y lo ponía en una fuente, preguntó:

—¿Quiénes son esos dos hombres, Brodsky y...?

—Goodman. Los dos son miembros de la Haganah, la organización de defensa de los judíos de Palestina. Son norteamericanos, pero viven allí. Ahora han venido en una misión especial.

—¿Qué clase de misión?

Le sirvió el helado y él empezó a comer mirándola con sus ojos claros e infantiles.

—Es un secreto, Bobby.

—Soy tu mujer.

—De acuerdo. Va a traer jaleo la resolución de la ONU que autoriza la creación de un Estado judío en Palestina. Puede ser cuestión de semanas o de meses, pero lo cierto es que habrá guerra con los árabes, y lo que más necesitan ahora los judíos son aviones. No sé cómo, han conseguido hacer un trato con los checos. El embargo les impide sacar material de los Estados Unidos. Los checos piden dos millones en efectivo y en Nueva York reunieron el dinero. Todo, de tapadillo. No podían acudir a ninguna de las fuentes normales. Ahora hay que llevar el dinero a Checoslovaquia, recoger los aviones que estarán desmontados y llevarlos a Palestina. El FBI ha recibido informes y está vigilando la operación con ojos de lince.

—¿Y por qué han ido a verte, Bernie? ¿Para reanudar una antigua amistad?

Él había terminado el helado. Se levantó, se acercó a ella, se inclinó y le dio un beso. Ella no se movió. Le parecía que se le había parado la sangre en las venas y que se le helaba el corazón. Él se acercó al fogón y cogió la cafetera.

—¿Te sirvo café? —preguntó.

Cuando se casaron, él disponía de unos tres mil dólares, su paga del Ejército inglés más lo que había podido reunir jugando a los dados. Sería un ciudadano respetable, honrado y trabajador. Pidió prestados otros cinco mil, y con ocho mil

dólares y una gran hipoteca compró el taller. Iba a trabajar por la mañana y regresaba por la noche.

Sirvió dos tazas de café.

—Hay diez «C-54» en un campo de los alrededores de Barstow. Son cuatrimotores grandes de los que se usaban para el transporte durante la guerra. El que ahora los tiene los compró por sesenta y cinco mil, excedente de guerra. Pide ciento diez mil. Si podemos conseguirlos, quitaremos los asientos y los usaremos para transporte. Volaremos con ellos a Checoslovaquia, recogeremos los aviones y los transportaremos a Palestina.

Él se quedó mirándola. Se hizo un silencio.

Por fin, ella preguntó:

—¿Has dicho «volaremos», Bernie?

Él asintió lentamente.

—¿Cuándo has tomado esa decisión?

—Bobby, ¿es que no me ves? ¿No te das cuenta de lo que me ocurre? Me estoy hundiendo. Lo he intentado, bien sabe Dios que lo he intentado. Hace dos años que voy todos los días a ese maldito taller. No tiene objeto. Ya has visto cómo estoy desde hace seis meses. ¿Así quieres verme siempre?

—Te quiero —susurró ella—. Te quiero, Bernie. No me fue fácil llegar al matrimonio. Nos tomamos el uno al otro para lo bueno y para lo malo.

—Yo no te dejo. Yo te quiero. Tenemos un hijo. Los dos sabemos lo que es el sufrimiento. Lo nuestro no fue una alegre aventura.

Dominándose y eligiendo sus palabras cuidadosamente, Barbara dijo:

—Que no me dejas. ¿Qué es lo que haces entonces?

—Se trata de algo que tengo que hacer, Bobby. Cierto, lo de Brodsky ha venido de improviso; pero desde hace un año no pasa un solo día sin que piense en todo lo que está sucediendo allí. Ahora he decidido lo que voy a hacer. Les ayudaré a encontrar el dinero para comprar los aviones y organizaré el transporte. Durante diez años de mi vida he sido soldado. Allí valgo mi peso en oro, allí me necesitan. Eso es, me necesitan. Combatí por la República Española y durante seis años luché por los malditos ingleses. Y ellos no me necesitaban. Había otros veinte millones de hombres. Allí todos cuentan. Soy judío. A veces se te olvida.

—Tú no dejas que lo olvide, Bernie.

—Y tampoco te dejo. Tal vez tardemos unos meses en arreglar las cosas, pero las arreglaremos. Habrá paz y yo estaré en un lugar que ayudé a crear. Tendré una función. Mi vida adquirirá un sentido. Entonces tú y Sam podréis reuniros conmigo.

Ella movió negativamente la cabeza.

—No. Mi lugar está aquí, Bernie, en San Francisco. Yo también tuve mis sueños románticos. Y aquí está también tu lugar.

—Entonces volveré. Haré lo que tenga que hacer y volveré.

—Tiene gracia —dijo Barbara—, mucha gracia. —Hacía esfuerzos para contener las lágrimas y mantener firme la voz—. No se te ocurre venir y decirme: Mira, vamos a hablar de esto, vamos a estudiar los pros y los contras. No me preguntas qué me parece, qué es lo que a mí me gustaría. Por Dios, Bernie, somos marido y mujer. Pero no, me dices que te vas a otra maldita guerra como si se tratara de cruzar la calle para comprar cigarrillos. ¿Eso es todo lo que supone para ti? ¿No habremos tenido bastante con dos guerras? ¿Y si te matan?

—No me matarán. Dentro de unos meses estaré de vuelta.

—¡Maldito seas! —exclamó ella. Apartó la silla hacia atrás, salió de la cocina, subió las escaleras corriendo, entró en el dormitorio y se echó sobre la cama. Oyó los pasos de él que la seguían y cerró los ojos, apretando la cara contra la colcha.

—Bobby, Bobby —dijo Bernie, inclinándose sobre ella—. Te quiero y por nada del mundo te haría sufrir. —Se tendió a su lado y acercó la cabeza a la de ella.

—No te vayas —suplicó Barbara—. Por lo que más quieras, Bernie, no me dejes sola otra vez.

Eloise era una mujer tímida. Ésta era una de las cualidades que más apreciaba en ella su marido, Adam Levy. Era rubia, de cutis blanco y rosa, cabello largo y ondulado, compleción pequeña, dulce, muy vulnerable y, a primera vista, parecía tontita. La impresión era totalmente falsa; no sólo era una persona sensible y despierta, sino muy culta, y llevaba camino de convertirse en una de las primeras autoridades en arte moderno de la zona de la Bahía. Adam y su esposa vivían en el valle de Napa, en la casa que él había construido en los terrenos de la hacienda de Higate, los viñedos de la familia; pero Eloise iba a San Francisco dos días a la semana, donde dirigía la galería de arte moderno que Jean Whittier había instalado en la antigua mansión Lavette de Russian Hill. Adam la acompañaba casi siempre y ambos pasaban la noche en la habitación que Jean había puesto a su disposición en Russian Hill.

Eloise padecía una afección conocida con el nombre de *Cluster Headache*, poco conocida en los años cuarenta, en que se diagnosticaba como una forma de jaqueca. Es una de las enfermedades más dolorosas que se conocen y le causaba constantes y atroces sufrimientos, que ella soportaba sin quejarse y con sorprendente ánimo. Su marido la quería y ella le adoraba. Era una adoración que nacía de un contraste. Su primer marido, con el que se casó en 1941, fue Thomas Lavette, hermano de Barbara. El matrimonio duró cinco años que ella recordaba como una terrible pesadilla. La única cosa buena que le deparó aquel primer matrimonio fue su hijo, Freddie, que ahora tenía seis años.

Al día siguiente de que los dos hombres del Haganah entraran en el taller de

Bernie Cohen, otros dos hombres se presentaron en Higate preguntando por Eloise Levy. Eran tan parecidos como dos hermanos gemelos, salvo que uno de ellos usaba lentes con montura dorada. Los dos llevaban traje de mezclilla gris y sombrero Panamá, a pesar de que estaban en el mes de marzo. Los dos tenían las facciones regulares, la cara inexpresiva y los modales corteses e impersonales. Pedro, un trabajador chicano, les indicó la casa de Adam. Éste estaba trabajando en la planta embotelladora, y Freddie se hallaba en el colegio. Los dos aireales que Eloise consideraba sus amigos y protectores, saludaron a los recién llegados con agudos ladridos, que la hicieron acudir a la puerta. Los dos hombres le mostraron sus credenciales de agentes de la Oficina Federal de Investigación.

—Estoy segura de que hay algún error —dijo Eloise—. No sé qué puede querer de mí el FBI. —De todos modos, estaba asustada, y al ver a Pedro a unos metros detrás de los hombres, le gritó—: Pedro, haz el favor de avisar a Adam.

Los dos hombres se presentaron. El que dijo llamarse agente Williams preguntó:

—¿Podemos pasar?

—Me parece que no —respondió Eloise con inesperada firmeza, contenta de que los dos perros se hubieran colocado uno a cada lado—. Por lo menos, hasta que llegue mi marido.

—¿Es usted Eloise Levy?

—Sí.

—¿Conoce bien a Barbara Cohen?

—Desde luego. Es hermana de mi primer marido y excelente amiga mía.

—Desearíamos hacerle unas preguntas sobre ella.

—¿Por qué?

—Se está haciendo una investigación. Por su propio interés, debe usted colaborar.

—Me niego a añadir una sola palabra hasta que llegue mi marido.

Lo dijo levantando la voz, y los aireales gruñeron amenazadoramente.

Williams extendió las manos.

—Como quiera.

Momentos después, Adam llegaba a la casa corriendo. Jake Levy, su padre, le seguía pesadamente. Adam era un hombre alto y delgado con unos ojos muy azules en una cara pecosa y siempre quemada por el sol y una cabeza larga y estrecha, coronada por una mata de pelo color naranja. Jake Levy, el dueño de los viñedos y bodegas, era corpulento y musculoso, de cuarenta y nueve años. Fue Adam el que preguntó ásperamente qué diablos querían.

—Han venido a hacernos preguntas sobre Barbara —indicó Eloise.

Jake, que llegaba en aquel momento, lo oyó y preguntó a los dos hombres:

—¿Quién diablos son ustedes?

Ellos le mostraron sus credenciales y empezaron a presentarse, envarados y

correctos.

—Me importa un rábano cómo se llamen —les interrumpió Jake—. Han entrado en una propiedad privada sin autorización. De modo que ya se están largando de aquí.

—Me sorprende su actitud, Mr. Levy —dijo Williams—. Actúa usted como si no supiera lo que está pasando en el país, lo cual es poco probable, o como si formara parte de ello.

—¿Qué? ¿Qué diablos está diciendo? ¿Es que va a llamarme comunista a mí?

—El término es suyo, no mío.

Jake le sonrió de oreja a oreja.

—Son ustedes unos títeres, ¿no le parece? La última vez que vinieron a esta casa fue en 1922. Entonces se llamaban agentes de la Ley Seca. Para mí eso es lo que siguen siendo. Conque largo de aquí. Y de prisa.

—¿Es su última palabra, Mr. Levy?

—Mi última palabra, amiguito.

Los dos agentes subieron al coche y se fueron, Adam los vio partir con gesto de preocupación.

—¿Estás seguro de haber obrado bien? —preguntó a su padre.

—Me revuelven el estómago.

—¿Por qué investigarán a Barbara? —preguntó Eloise.

Adam movió negativamente la cabeza.

—¡Comunistas! —exclamó Jake con repugnancia.

Al día siguiente, Bernie almorzó con Brodsky y Goodman en el restaurante de Gino de Jones Street. Era la primera vez en varios meses que Bernie rompía la rutina del bocadillo y el café, ingeridos en el despacho del taller. Respiraba satisfecho. Sólo estar en aquel pequeño restaurante italiano con vistas a la Bahía le causaba una viva excitación. Se había liberado del trabajo que se le acumulaba en el taller. De pronto le tenía sin cuidado. Durante toda la mañana había estado dando vueltas al tema de sus relaciones con Barbara, su amor a Barbara, su resentimiento hacia Barbara. Antes de salir de casa, mientras tomaba café en la cocina, estuvo observándola. Barbara ponía las cosas del desayuno en la mesa. Llevaba su sencilla bata de lana azul celeste con la elegancia con que hubiera podido lucir un traje de noche. No tenía maquillaje; casi nunca lo usaba. Y se había peinado rápidamente su ondulada melena color castaño claro. De vez en cuando, la mirada de sus grandes ojos grises tropezaba con la de él, pero sin acusación ni reproche. Él la conocía bien y sabía que no habría más discusiones ni recriminaciones; que había asumido la situación. Le correspondía decidir a él, y su muda presencia era el argumento más elocuente que ella podía aducir. Porque no era sólo una mujer hermosa; era la mujer más extraordinaria y excitante que él había conocido en su vida. Sus modales, su porte, su sinceridad y su hermosura exenta de sensiblería se ganaban a la gente.

Para Bernie, eso era lo más difícil de superar. Aunque él no se daba cuenta, Barbara le atraía por su integridad. Él mismo estaba lleno de contradicciones: un niño huérfano en busca de cariño y seguridad, un judío que sólo fue capaz de asumir su condición de tal comprometiéndose con el sueño de Palestina cuando era todavía muy joven y se alistó en las Brigadas Internacionales de España para aprender el juego de la guerra y luego tuvo que jugarlo durante siete interminables años. Nunca reconoció ser un mercenario. «Yo no soy un asesino», dijo una vez a Barbara. Y era verdad. Sin embargo, durante siete años practicó y dominó el arte de matar. «No puedes condenar a los soldados —argumentó con Barbara—. Hicimos lo que teníamos que hacer». Y ella aceptó el argumento. Los hombres hacían lo que tenían que hacer; era la única explicación que podían darse a sí mismos.

Bernie dijo a Brodsky:

—Podéis contar conmigo.

Brodsky no estaba convencido. Goodman, ajeno a la conversación, devoraba un gran plato de spaghetti.

—Te necesito, Bernie —dijo Brodsky—. La operación se ha complicado de tal modo, que ya no sé cómo ingeniármelas. Figúrate, encontrar a diez pilotos judíos que sepan manejar cuatrimotores y estén dispuestos a dejar su empleo y lanzarse a esta aventura. Imposible. Sólo he encontrado a siete judíos.

—¿Y los demás?

—Dos irlandeses y un italiano. El italiano me preocupa. Masetti se llama, voló en la aviación italiana y jura que tiene una abuela judía. Quiere purgar las culpas de Mussolini. Quizá sirva, pero me parece que nunca ha pilotado cuatrimotores. Y si es los navegantes, peor. Tengo sólo cuatro, lo cual significa que tendremos que volar en formación. No tenemos copilotos. ¿Estás seguro de que no sabes pilotar un avión, Bernie?

—Seguro.

—En el treinta y nueve se decidió que te alistases para aprender a volar.

—Ya hemos hablado de eso otras veces. Me pusieron en Infantería. ¿Y dónde están los pilotos?

—Ésa es otra. Los tenemos en un hotel de Hollywood. Con ellos están cuatro chicos de la Haganah. No sé cuánto tiempo podremos retenerlos. Uno de los irlandeses, McClosky, es un alcohólico y hay que sacarlo de allí antes de que se mate a fuerza de beber. Herbie regresa hoy mismo. Oye, tú —dijo a Goodman—, ¿te importaría dejar de comer y prestar atención a lo que hablamos?

Goodman le miró, ofendido, con el tenedor en el aire.

—Estoy escuchando —dijo.

—Además —continuó Brodsky—, el de los aviones está chalado. Dice que tiene una oferta de una Compañía aérea sudamericana de un cuarto de millón por esos

aviones, pero que quiere vendérselos a nosotros porque Dios le dijo que no habrá paz en el mundo hasta que los judíos vuelvan a la tierra prometida. Eso es lo que dice. A mí me parece que lo que ocurre es que no tiene permiso de exportación y ni siquiera sé cómo se hizo con los aviones. En estas operaciones con excedentes de guerra hay mucho lío.

—¿Has visto los aviones? —preguntó Bernie.

—Los hemos visto. Herbie dice que están bien.

—¿Tú eres piloto?

—Navegante —respondió Herbie—. Estuve en la Décima Fuerza Aérea.

—¿Y las licencias de exportación? ¿Piensas obtenerlas?

—Pues claro que no —respondió Brodsky—. Todo el asunto es ilegal. Si se huelen algo, nos hemos caído.

—Entonces, ¿cómo vas a sacar los aviones del país?

—Muy sencillo. Volando. Tenemos a un tipo en Bakersfield que trata en gasolina de aviación. Dice que puede proporcionarnos los camiones para llenar los depósitos. Es judío y dice que está dispuesto a darnos el combustible. Hay otro en Nueva Jersey, un tal Schullman, que dispone de un aeropuerto para aviones particulares y de transporte y que haría la vista gorda. Nosotros cruzamos el país de costa a costa, volando en paralelo a las rutas comerciales, aterrizamos en Nueva York, repostamos y despegamos.

—¿Con qué rumbo?

—Todavía no se sabe; pero tenemos gente estudiándolo en Nueva York.

—Confío en que te des cuenta de que el plan es disparatado —dijo Bernie.

—Sí. Pero ¿qué se le va a hacer? Todo lo que hacemos en Palestina es disparatado o imposible. Y lo hacemos. La Haganah puede disponer de unos cuarenta mil hombres, pero no tenemos armas para todos. No disponemos ni de un solo avión que merezca ese nombre. Y de un momento a otro habremos de enfrentarnos con ciento cincuenta mil soldados árabes, con ejércitos de verdad, con tanques, ametralladoras y aviones. ¿Te das cuenta de la falta que nos hacen los hombres como tú, Bernie? Estás considerado uno de los mejores artilleros que los ingleses tenían en África.

—Tonterías.

—Quizá. De todos modos, conoces el paño. Y tienes autoridad. Podrías tener a raya a esta cuadrilla.

—¡Para el disco! Pienso ir, de todos modos.

—Gracias, Bernie. Por lo que se refiere al dinero...

—Probaré. Lo que no entiendo es por qué no podéis acudir a las fuentes normales. Aquí y en Los Angeles hay infinidad de judíos ricos. Todos darían algo.

—¿Estás seguro, Bernie? Esos donativos no se pueden declarar. No desgravan impuestos. Reunir los dos millones en Nueva York fue como arrancar muelas al

granito. Nos llevó siete meses. No podemos recurrir a los que recaudan donativos para Palestina. No podemos exponernos a que nos hagan preguntas. No es fácil y el tiempo se acaba.

Jean Whittier, la madre de Barbara, empezó su vida con el nombre de Jean Seldon, hija de Thomas Seldon, fundador del «Banco Seldon», que por aquel entonces tenía ya dieciséis sucursales en California. En el Estado, sólo el gigantesco «Banco de América» le aventajaba. El control del Banco había pasado a manos de su hijo Thomas, y en aquellos momentos Jean y su primer ex marido, Dan Lavette, llevaban una plácida y pecaminosa convivencia. Las complicaciones legalistas la obligaban a conservar el apellido de su segundo ex marido. Además, como ella solía decir, hubiera quedado raro vivir con un hombre cuyo apellido fuera idéntico al suyo sin estar casada con él. Jean y Dan residían en el último piso de la casa de Russian Hill, que Dan había mandado construir para ella treinta y cinco años antes, a los pocos meses de matrimonio. Jean había convertido la planta baja en una galería de arte con la que pretendía, sin gran éxito, inducir a los ciudadanos de San Francisco a apreciar el arte moderno. En aquel momento la galería estaba temporalmente cerrada al público y en ella se encontraban Jean, Eloise y Adam Levy, Barbara y el pequeño Sam que, sentado en el regazo de su madre, trataba denodadamente de destruirse el pulgar con sus ocho rudimentarios dientes.

—Yo le daría un chupete —dijo Jean—. Eso que hace no puede ser bueno para el dedo.

—Sí, mamá —repuso Barbara—. Se me olvidó. Salí de casa corriendo, intrigada por esa cosa tan horrible que había sucedido.

—Es algo horrible —dijo Eloise—. Espantoso.

—A mí no me lo parece. Dos agentes del FBI que preguntaban por mí. Tal como están hoy las cosas, en que todo el mundo ve comunistas a la vuelta de cada esquina, deben de andar haciendo preguntas acerca de miles y miles de personas. Para eso les pagan. Pero ojalá Jake no les hubiera echado con cajas destempladas y hubierais podido enteraros de qué es lo que buscan.

—Jake es mucho Jake —terció Adam—. Yo también estaba furioso. Es su aspecto y su manera de presentarse. Son unos hijos de su madre fríos y maliciosos. ¿Y por qué tenían que preguntar por Eloise? ¿Por qué buscarla a ella?

—Seguramente porque es más fácil intimidar a una mujer que a un hombre —dijo Barbara.

—¿No tendrá algo que ver con Bernie? —preguntó Jean.

—¿Por qué con Bernie?

—Bueno, por la vida que ha llevado, ¿no? Lo de España, luego Palestina, el contrabando, el Ejército inglés. No acabo de entender qué hizo durante todos esos

años.

—Hizo lo que la mayoría de la gente. Luchar contra el fascismo.

—Lo cual no está precisamente muy bien visto estos días.

—Me parece que todos exageráis. No tengo nada que ocultar —replicó Barbara con firmeza, mientras se preguntaba si había algo de verdad en sus palabras.

En realidad, tenía mucho que ocultar y nunca se le había dado bien el disimularlo. Era casi hora de almorzar y Jean sugirió a Adam que llevara a Eloise al puerto a comer marisco y que pasaran la tarde en la ciudad.

Cuando Barbara se levantaba para marcharse, Jean dijo:

—Me gustaría que te quedaras. Tengo avena y puré de manzanas y mi montón de cosas para Sam, y tú y yo podremos hablar.

—No tengo ganas de hablar, mamá.

—Hazme ese favor.

Barbara suspiró y movió afirmativamente la cabeza. Adam y Eloise se marcharon.

—Eres muy mandona, mamá —protestó Barbara—. Das órdenes a todo el mundo y tratas a personas adultas como si fueran criaturas.

—Eso ya lo sabía. De todos modos, vamos a hablar. Te conozco bien, tesoro, y no quiero pasar la noche en blanco preguntándome qué es lo que te ocurre.

—Tú nunca has hecho tal cosa.

—No voy a discutir eso. Vamos a preparar el almuerzo para tu hijo.

Mientras daba de comer a Sam, Barbara contó a Jean lo que había ocurrido entre ella y Bernie.

—Es un secreto —respondió Barbara—. No es frecuente confiar tanto en la discreción de una madre. Pero yo confío en ti. Si llega a saberse, tendrán muchos problemas.

—¿Y crees que es por eso por lo que el FBI anda investigando?

—No; aún es demasiado pronto. Además, si fuera por eso, ¿no preguntarían por Bernie?

—No lo sé, Bobby —contestó Jean—. En resumidas cuentas, ¿de qué se trata? ¿Es que quiere dejarte? ¿Es un pretexto todo ese plan disparatado?

—Cualquier cosa sería un pretexto. No es que no me quiera. Creo que me quiere todo lo que él es capaz de querer. Es dulce como un cordero. Al verle jugar con Sammy, cualquiera diría: ¡Qué hombre tan cariñoso y tan feliz! Pero no es feliz. Se está consumiendo.

—¿Por qué? ¿Por ir a Palestina?

—Quizá sea eso lo que se dice a sí mismo. Pero es otra cosa. Busca la aventura, la libertad, la heroicidad. O quizá no. En realidad, no sé qué es lo que le mortifica. Un día me preguntó por qué seguía publicando mis novelas con el nombre de Barbara Lavette, si me avergonzaba del apellido Cohen. ¿Te imaginas? Traté de hacerle

comprender que el nombre de un escritor es como una marca de fábrica, el compendio de su obra. Pero la verdad es que vivimos de lo que yo gano. Y eso es algo que a él no se le va de la cabeza. Todo lo que rinde el taller se va en pagar los préstamos y los intereses de la hipoteca, y él se da cuenta de que yo limpio la casa, hago la comida, cuido de Sammy y, además, escribo.

—Realmente, no sé cómo te las arreglas.

—No es difícil. Tengo tiempo suficiente. Pero eso le amarga la existencia. Desde hace meses veo cómo se hunde nuestro matrimonio y es algo que te parte el alma. Y no es que él se muestre desagradable o malhumorado. Es que se ahoga. La culpa la tengo yo, porque si hubiera tenido un ápice de sentido común, no me hubiera casado con él. Y lo más gracioso es que yo le quiero casi como a Sammy, como se quiere a un niño. No conoces a un hombre hasta que te acuestas con él, y entonces le conoces como nadie. Si me lo propongo, puedo impedir que se vaya.

—¿Lo harás?

A Barbara se le saltaban las lágrimas. Negó con un movimiento de la cabeza.

—No; no serviría de nada. Eso sólo nos destruiría a los dos.

—¿Crees que volverá?

—Si no le matan, sí; volverá. Él se cree indestructible. Con tantos años de guerra, nunca tuvo ni un rasguño. Pero eso...

Sammy vio las lágrimas y percibió el tono de la voz de su madre y se echó a llorar. Jean lo tomó en brazos y Barbara entró en el baño para lavarse la cara. Cuando volvió, Jean dijo:

—Está también lo del dinero. Debe de ser una de las razones por las que han acudido a él. ¿Dónde puede encontrar ciento diez mil dólares?

—Creo que se los pedirá a papá —respondió Barbara—. ¿Crees que se los dará?

Jean lo pensó un momento.

—Quizá sí. Es posible. Pero hace ya tiempo que renuncié a predecir lo que va a hacer Dan Lavette.

Los periodistas que entrevistaban a Dan Lavette solían calificarlo de leonino. El término le divertía. El hombre está dentro de sí y, como no sea actor o político, casi nunca sabe cuál es la imagen que da al mundo exterior. Podría decirse que es aún menos lo que sabe de su yo íntimo. Tiempo atrás, antes de que muriera May Ling, la esposa china de Dan Lavette, en algunos momentos él creía conocerse, por lo menos en cierta medida, y en ningún caso se sintió un personaje leonino. Por el contrario, se sentía tan confuso y desconcertado como el que más. Sin embargo, era verdad que ahora, a los sesenta años, podía describirse como leonino. Era un hombre corpulento, de casi un metro noventa, y durante los últimos años había engordado. Su espeso y rizado cabello se había vuelto completamente blanco, tenía la cara y el

cuello más anchos, y por encima del cinturón se le abultaba ligeramente el abdomen.

Dan se había convertido en un personaje legendario para todos los habitantes de la zona de la Bahía. Cuando un periodista se encontraba sin tema para su crónica, Dan Lavette era como una mina; siempre había algo que contar sobre él. Te podías referir a su juventud, cuando sacaba su flota marisquera del muelle de Pescadores y combatía a los piratas del pescado con una escopeta de dos cañones, o cuando, antes de la Depresión, construyó un imperio financiero con Mark Levy, su socio; o a su matrimonio con Jean Seldon, o a su divorcio y posterior matrimonio con May Ling, o a sus años de pobreza, en los que pescaba caballa en una barca que fondeaba en San Pedro; o al increíble astillero que construyó en Terminal Island durante la guerra. Todo servía, y lo mejor de Dan Lavette era que siempre resultaba noticiable. Ni él ni Jean, su ex esposa, se tomaban molestia alguna por disimular que vivían juntos, situación que, en 1948, todavía causaba escándalo. Dan poseía una flota de petroleros que ocupaban ya un lugar destacado en el comercio y, siempre fiel a sus principios, instaló las oficinas centrales de su Compañía naviera en Oakland, en Jack London Square. La circunstancia de que su hijo Thomas —con el que no se hablaba desde hacía años— estuviera asociado con John Whittier, el segundo ex marido de Jean, en la Compañía naviera más importante de la Costa Oeste, no hacía sino acrecentar el interés de la información.

El que Bernie Cohen acudiera a Dan no se debía únicamente a razones de parentesco. Aunque no se hubieran conocido, si Cohen hubiera preguntado si existía en toda la zona de la Bahía quien pudiera ayudarle en la descabellada empresa en que se había metido, sin duda le habrían recomendado a Dan Lavette. Bernie, sentado en el despacho de Dan, escuchaba a su suegro con cierto nerviosismo.

—Tengo que saber a qué atenerme —decía—. Hace dos años que te casaste con mi hija y nunca me has pedido ni un céntimo y te has matado a trabajar en ese maldito taller. Ahora me dices que si te doy ciento diez mil dólares. Casi me da gusto oírlo. ¿Existe alguna posibilidad de que vuelva a ver ese dinero?

—Pues yo diría que no. Podría darte un recibo firmado por Brodsky en su calidad de representante del Haganah; pero si te dijera que te lo van a devolver, te engañaría miserablemente.

—Así que es una obra de caridad.

—Pero no desgrava impuestos.

—Además, eso. Eres un hombre extraño, Bernie, pero no estás loco. Por lo menos, no mucho más loco que la mayoría de nosotros. ¿De dónde sacas que yo vaya a picar?

—Eres mi única posibilidad. No tengo a nadie más a quien acudir.

—¿No pensarás que te debo algo por haberte casado con mi hija?

—No; soy yo quien está en deuda.

—Y ahora te propones dejarla durante uno, dos o seis meses. ¿Ella lo sabe?

—Lo sabe.

—¿Y le gusta la idea?

—¿Tú qué opinas, Dan? No; no le gusta. Pero no me dirá que no me vaya.

—¿Y el taller?

—Gómez, el encargado, lo llevará. Es un buen hombre y puedo confiar en él. Si conseguimos los aviones y si todo sale según está previsto, podría estar de regreso dentro de tres semanas.

—¿De verdad lo crees así?

Bernie se encogió de hombros.

—No; podría llevarnos unos meses.

Dan sacó una caja de cigarros de un cajón.

—¿Fumas? Habanos auténticos.

Bernie movió negativamente la cabeza. Dan cortó la punta del cigarro y lo encendió.

—Diez «C-54» por ciento diez mil dólares. Vivimos en un mundo demente, Bernie. La fábrica de Willow Run costó al Gobierno cinco millones o más. La pusieron en venta como excedente de guerra y un individuo la compró por setenta mil dólares. Había una nave llena de cajas de tornillos de plata que valían diez veces más de lo que él pagó por la fábrica. Nadie lo sabía. Yo fundé la primera línea aérea de esta costa. Fue allá por el veintiocho. Volábamos con trimotores «Ford», gansos de hojalata los llamaban. Uno solo valía más que esos diez «C-54». Por cierto, ¿qué te hace pensar que estarán en condiciones de volar?

—Los han probado.

—Todo el plan me parece un gran disparate. No sé si Barbara te habrá dicho alguna vez lo que yo pienso de la guerra. He hecho dos fortunas con dos guerras. Es el juego más sucio, canalla, sangriento y asqueroso que ha inventado el hombre. No hay buenos ni malos. Es un abyecto burdel.

—Completamente de acuerdo —repuso Bernie con suavidad—. He pasado en ella diez años de mi vida. Pero ¿qué podemos hacer, Dan? ¿Dejar que nos maten? Eso de ser judío es algo muy especial. A las otras víctimas las eligen al azar. A nosotros se nos elige específicamente. Sin esos aviones, los árabes nos aniquilarán. Hitler mató a seis millones de los nuestros. ¿Es que no tiene que acabar algún día? No hay otra manera de introducir aviones de combate en Palestina. —Movié tristemente la cabeza—. No sé por qué te molesto con estas cosas. Tú no eres judío.

—No; tienes razón. Y deja que te diga, Bernie, que si en un momento de chifladura te diera ese dinero, no sería por ti ni por tu causa. Yo no creo en las causas. Yo soy un negociante cínico y duro de pelar sin un ápice de idealismo; pero una vez tuve un socio que fue como un hermano. Más que un hermano. Se llamaba Mark

Levy. Quizá Barbara te haya hablado de él. Era judío y aún tengo una deuda con él. Tal vez ésa sea la forma de pagar una deuda a un muerto. O tal vez no. Déjame pensarlo.

—El tiempo se acaba, Dan.

—Mañana te contestaré.

Cuando Cohen se hubo marchado, Dan se quedó pensativo, mirando el humo del cigarro. Luego oprimió el pulsador del intercomunicador y pidió a su secretaria que mandara a su despacho a Stephan Cassala. Cassala era hijo de Anthony Cassala quien, poco después del terremoto de 1906, fundó el «Banco de Sonoma», que quebró en 1929. Stephan, a los cincuenta y tres años, era vicepresidente y director general de la «Lavette Shipping».

—Siéntate, Steve —dijo Dan—, y piensa en lo que voy a decirte.

Stephan se sentó en un sillón de cuero colocado frente a Dan. Era alto, delgado, moreno, de ojos hundidos y cara alargada y taciturna.

—Si yo te pidiera ciento diez mil dólares en efectivo, ¿podrías dármelos sin anotarlos en los libros?

—¿No vas a decirme para qué los quieres?

—No.

—No sería fácil. No disponemos de mucho dinero en caja.

—¿Para qué se saca dinero de caja?

—Para gastos, gratificaciones, contratar a vigilantes a corto plazo y para sobornos. Muchos sobornos. Tú lo sabes, Dan.

—¿Y cómo justificas los sobornos?

—Disimulando, un poco aquí y otro poco allá. Mas para disimular ciento diez mil habrá que hacer muchos juegos de manos.

—¿Podrías hacerlo?

—Si necesitas ese dinero, puedo hacerlo. —Miró a Dan con gesto de preocupación—. ¿Alguien te extorsiona?

—No.

—¿No pagas protección? He oído rumores de que la Mafia ha empezado a operar en Oakland. Dan, si pagas no te dejarán en paz.

—No estoy pagando.

—Me muero de curiosidad.

—Quédate con la curiosidad, Steve. Si no sabes para qué quiero el dinero, un día podrás declarar bajo juramento que no sabías nada.

—¿Ésas tenemos? ¡Qué poco me gusta eso, Dan!

—No te preocupes. Es para una buena causa. Por lo menos, eso me han dicho.

A las once de la mañana siguiente, Dan Lavette, con una abultada cartera en la mano, llamó al timbre de la casa de su hija. Barbara abrió la puerta, le miró

asombrada y le abrazó.

—¡Qué estupenda sorpresa, papá!

—Nunca me había presentado en tu casa sin avisar —se disculpó él.

—Pues hubieras tenido que hacerlo. Una vez a la semana por lo menos.

Él entró en el saloncito y dejó la cartera en el suelo. Ella le ayudó a quitarse el abrigo y le preguntó si ocurría algo malo.

—No. O tal vez sí. Según se mire.

—¿Qué es?

—Puede esperar. ¿Dónde está mi nieto?

—Arriba, en el parque, feliz, gordo y contento, a lo que ningún ciudadano de este mundo tiene derecho. Pero Sammy es demasiado joven y demasiado inocente para saberlo.

—¿Está Bernie?

—Está en el taller. Vamos a ver, ¿qué te trae por aquí? ¿Mamá te ha contado algo?

—Antes quiero ver a mi nieto.

Barbara le miró un momento y asintió.

—Está bien. ¿Quieres café?

—Por supuesto.

—Estaré en la cocina.

Le vio subir las escaleras. En otro tiempo las hubiera subido de dos en dos. Ahora lo hacía despacio. Era la primera vez que Barbara se daba cuenta de que su padre envejecía. Hizo un rápido cálculo y llegó a la cifra de cincuenta y nueve. Estar rondando los sesenta no era ser viejo. ¿O sí? Había veces en que sus propios treinta y cuatro le pesaban como siglos. Se quedó escuchando el jovial y estentóreo saludo a su nieto y se preguntó si no asustaría al pobre crío con aquellos gritos. Luego, entró en la cocina a preparar café.

—Está llorando —dijo Dan al entrar.

—O le has asustado o quiere que vuelvas. En cualquier caso, ya se le pasará.

—Yo no asusto a mi nieto. Él me entiende.

—Tú asustas a mucha gente, papá, aunque no lo creas.

—¿Qué va! Si soy un cordero.

—Sí; ya lo sé.

Barbara sirvió el café y padre e hija se sentaron a la mesa de la cocina.

—Bueno —dijo ella—, ¿qué te trae por aquí, aparte de Sammy?

—Y de ti.

—Sí. ¿Qué es? ¿Bernie?

Él asintió.

—¿Fue a verte ayer?

Dan volvió a mover afirmativamente la cabeza.

—¿Y bien?

—Me contó lo que ocurre y me pidió ciento diez mil dólares.

—¿Así por las buenas? —inquirió Barbara con asombro.

—No exactamente. Estuvimos hablando. Dime, Bobby, ¿qué ocurre entre vosotros dos? ¿Hay otra mujer?

—¿Bernie con otra?

Ella movió negativamente la cabeza.

—No es imposible. No hay hombre que sea inmune a eso.

—¿Te parecerá un disparate si te digo que él me quiere, que yo le quiero y que nuestro matrimonio es un desastre?

—No; me parece razonable. No es el primer caso. Nunca te he preguntado cuánto ganas, Bobby. Imagino que el taller no debe de ser precisamente una mina. ¿Saca Bernie algún beneficio?

—Todavía no.

—¿De qué vivís?

—Se supone que yo dirijo la Fundación. Cuando tengo tiempo, asisto a las reuniones. Voy, por lo menos, una vez a la semana y me pagan cuatrocientos cincuenta al mes.

—Principesco.

—Yo lo quise así, papá. No necesito ese dinero. Gané más de treinta mil dólares con mi último libro y espero ganar por lo menos otro tanto con el próximo.

—Vamos, que tú mantienes la casa.

—Bernie trabaja doce o catorce horas al día.

—Eso no arregla nada.

—Pero si él fuera quien ganara el dinero y yo la que lo aceptara, no habría ningún problema —replicó Barbara con irritación—. ¡Oh, qué harta estoy de esa estúpida mentalidad masculina sobre lo que está bien y lo que es correcto!

—Yo no la inventé, ni Bernie tampoco —dijo Dan suavemente—. Nosotros somos, simplemente, producto de ella.

—¡Si ésa no es la postura más autocomplaciente y autosuficiente que he visto en mi vida...! —Respiró profundamente—. No debería enfadarme. Y contigo menos que con nadie, papá.

—Tenías razón. Ha dejado de llorar.

Ella le miró fijamente y se echó a reír.

—¡Oh, y cómo te quiero! Pero eres el hombre más extraño del mundo.

—No creas. Yo los he conocido peores.

—Pero ¿qué hay de Bernie?

—Si yo no le doy el dinero, ¿cambiarán las cosas? ¿Abandonará el plan?

—¿Bernie? Papá, si quiere ese dinero, lo tendrá, aunque tenga que robar un

Banco. Volará un furgón blindado o hará cualquier barbaridad. Así es él. Pero me hago cargo de que no puedas dárselo.

—¿Tú quieres que se lo dé?

—No lo sé.

—Pues será mejor que te aclares, Bobby, porque en la cartera que dejé en la sala hay ciento diez mil dólares en efectivo y de ti depende que se quede aquí o que me la vuelva a llevar.

Ella le miró largamente sin poder hablar. Por fin dijo:

—Se ha enfriado el café. ¿Quieres otra taza?

Dan asintió. Ella se acercó al fogón, puso la cafetera en el gas durante un par de minutos y sirvió el café. Luego dijo:

—¿Por qué?

—¿Quieres decir por qué estoy dispuesto a darle ese dinero?

—Sí; eso es lo que quiero decir.

—Es algo muy complicado.

—Tenemos tiempo. Falta casi una hora para la comida de Sammy. Imagino que de aquí a entonces podrás explicármelo.

—Ante todo, el dinero no se lo doy a él, sino a ti —indicó Dan—. Tú puedes dárselo o no, como prefieras.

—Fantástico. ¡Lo único que me faltaba!

—Intentaré explicártelo —dijo Dan—. Nunca os he dado ni un céntimo, ni vosotros me lo habéis pedido.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Me dejas hablar? Aunque yo no sea un lince, me he dado cuenta de lo que os ocurre. Y la cosa no tiene remedio. Puedes decir de Bernie lo que quieras, pero es todo un hombre. No hay muchos como él. Supongo que por eso te casaste con él. Yo le comprendo, quizá no como le comprendes tú, sino a mi manera, y sé que si no hace lo que él cree que tiene que hacer, todo habrá terminado entre vosotros dos. Podréis seguir casados, pero todo habrá terminado. ¿Me equivoco?

Ella no respondió en seguida.

—No —admitió—; no te equivocas.

—Bien. Volviendo al dinero, a mi no me importa un rábano. Nunca me importó. Y de lo que está pasando en Palestina no sé más que lo que leo en los periódicos. Pero sé algo acerca de los judíos y de lo que han tenido que aguantar. El mejor amigo que he tenido era judío. Le debo mucho, él está muerto y así saldo la cuenta. Quizá tú no lo entiendas, pero no sé explicarlo de otro modo. Creo que si hay alguien capaz de salir bien librado de este jaleo, ése es Bernie. Si todo acaba bien y él vuelve a casa, quizá piense entonces que ya ha cumplido. Y otra cosa: me cae bien.

—A mí también —convino Barbara—. ¿Y si no vuelve? ¿Y si le matan?

—Ya lo he pensado. Por eso no puedo tomar la decisión. Te dejo el dinero. Decide tú.

—¿Por qué? —preguntó Barbara, casi con angustia.

—Quizá porque respeto tu criterio. Quizá porque siempre supiste más que yo acerca de las cosas. Estuve hablando de ello con tu madre hasta medianoche, tratando de averiguar qué era lo mejor. No lo sé. Te quiero mucho, Bobby. Si te parece, me llevo ese dinero y nunca más le digo nada a Bernie.

—No, papá —dijo ella—. Déjalo. Y gracias.

La Fundación a la que Barbara se había referido, la fuente de una parte de sus ingresos, era la Fundación Lavette, con oficinas en Leavenworth Street de San Francisco. Tenía una historia interesante. El abuelo de Barbara, Thomas Seldon, había muerto en 1928. En su testamento dejó 382.000 acciones del «Banco Seldon» en fideicomiso a su hija Jean, acciones que, al cabo de doce años, debían pasar a sus dos nietos. En 1940, después de estar cinco años trabajando en Europa, Barbara regresó a San Francisco y decidió instituir con su herencia una Fundación benéfica. Por aquel entonces, su paquete de acciones tenía un valor de más de quince millones de dólares, por lo que el suyo no fue un rasgo sin importancia. Un tanto a regañadientes, Barbara accedió a presidir nominalmente el Consejo de Administración de la Fundación.

Y de esta Fundación hablaba Brodsky en la oficina del taller de Bernie. Cohen respondió que ni pensarlo.

—No me atrevería ni a proponérselo. Se trata de algo más puro que la mujer del César. Esa maldita Fundación es sacrosanta. ¡Santo cielo, Irv, estoy casado con una mujer extraordinaria que tiene un marido que es un canalla! ¿Y si no voy con vosotros? También podríais hacerlo sin mí.

—Pero no sin los aviones.

—¿Por qué no sacáis el dinero de los dos millones que tenéis en Nueva York?

—Porque la operación con esos checos del cuerno es por dos millones de dólares. Nos dan diez cazas «Messerschmitt» de la Segunda Guerra Mundial, y el resto, en armamento ligero. Tú eres el mejor especialista que conozco en armamento ligero.

—¿Cuánto piden por los «Messerschmitt»?

—Cincuenta mil dólares cada uno.

—No.

—Sí. Son amigos nuestros. Y nosotros, ¿qué hacemos? Truman lo ha puesto todo bajo embargo. Podríamos conseguir cazas de excedentes de guerra por cinco mil dólares; pero no hay forma de sacarlos del país. Y si no conseguimos los «C-54»...

—Los conseguiremos.

—¿Cómo?

—Si es preciso, robando un Banco.

—Bromeas —dijo Brodsky.

—Quizá. No sé.

Barbara miraba la gruesa cartera de piel marrón que su padre había dejado en el suelo de la sala, al lado de la puerta. La casa era uno de esos estrechos edificios victorianos de dos pisos que abundan en muchas de las calles que bajan de Russian Hill. Sam Goldberg, el abogado de su padre y después su propio abogado, amigo y protector, la mandó construir en 1892, poco después de su matrimonio. La casa había resistido casi incólume el terremoto y el incendio, y los Goldberg, que no tuvieron hijos, vivieron en ella y en ella murieron, primero, la mujer, y, varios años después, Sam. Barbara compró la casa de la testamentaria. Tenía dos miradores, uno encima del otro, en forma de tríptico. La puerta de entrada, seis escalones por encima del nivel de la calle, estaba flanqueada por columnas de madera de estilo seudomudéjar. Puerta y ventanas tenían recargadas cornisas, cada una de las cuales, al igual que el tejado, descansaba en hileras de dentículos, todas ellas tan trabajadas como las cornisas que sostenían. La fachada era una desenfrenada combinación de estilos jónico, corintio y mudéjar, sobre un fondo de paredes de madera blanca.

Barbara estaba enamorada de la casa. Después de los años pasados en París, y, posteriormente, en el Lejano Oriente y en África como corresponsal de guerra, aquella casa era para ella puerto seguro, refugio y cueva. A mucha gente no le gustaban aquellas casas porque tenían las habitaciones pequeñas, pero a Barbara le agradaban aquella intimidad y recogimiento. Había decorado de nuevo la mayoría de las habitaciones e instalado una cocina moderna; pero en la sala, de paredes verde musgo, todavía estaba la sillería de gutapercha, los muebles oscuros y las cortinas ribeteadas de pasamanería que Sam Goldberg adquirió en el mil ochocientos noventa y tantos.

Barbara, sentada en uno de los bajos y confortables silloncitos, contemplaba la cartera mientras pensaba en sí misma, en su pasado, en su posible futuro y en su matrimonio. No había abierto la cartera. El dinero no le fascinaba, aunque tampoco le repugnaba. Reconocía su utilidad, pero le era indiferente. Durante mucho tiempo, esta frialdad le resultó enigmática y, al fin, la atribuyó al síndrome de ciertas personas que nacen muy ricas. Siendo estudiante en Sarah Lawrence, fue a Nueva York con varias compañeras y, sin pensarlo dos veces, dio un billete de cinco dólares a un mendigo. Nunca olvidaría la escandalizada sorpresa de sus amigas. Ahora miraba una maleta llena de un dinero que tal vez cambiara el destino de seiscientos mil judíos de Palestina. Por el momento, había cambiado el suyo propio. Tenía el triste presentimiento de que si su marido salía de casa con aquella cartera en la mano, ella no volvería a verle.

Pero lo mismo había sentido otras veces respecto a personas queridas sin que sus temores resultaran justificados. Era puramente cuestión de estado de ánimo. Se sentía deprimida, pero la tristeza empezaba a disiparse. Estaba acostumbrada a ser sincera consigo misma, a analizar sus propios sentimientos y admitirlos por deplorables que fueran. Había estado sola en el pasado y se sentía perfectamente capaz de soportar la soledad en el futuro. Si tenía que elegir entre tener un marido taciturno y amargado o quedarse sin marido, por lo menos durante una temporada, era preferible lo segundo. Sus días estaban colmados. Era madre, ama de casa, escritora y presidenta de una importante Fundación benéfica. No se escudaría en un sentimiento de despecho al verse rechazada. Había observado la angustia y desesperación de las mujeres abandonadas y se había prometido a sí misma que ella nunca reaccionaría de aquella manera; de todos modos, creía comprender a su marido lo suficiente como para saber que él no huía de ella. Y, en el fondo de su mente, hurtándose casi a su conocimiento, palpitaba una leve excitación ante la perspectiva de verse dueña de su casa y de su tiempo, de no tener que buscar fórmulas y maneras para manejar a un hombre triste que, ahogado de angustia, se disculpaba por no poder tener una erección.

Cualquiera que fuese la forma en que él concebía su virilidad, ésta se había disipado entre la pequeña casa victoriana y el taller de reparaciones que no rendía. Mientras miraba la cartera del dinero, Barbara se preguntó: «¿Alguna vez he tratado de ver lo que es él realmente? ¿Lo que es de verdad? ¿No será que no he querido aceptar la posibilidad de que un hombre tan dulce y cariñoso como Bernie Cohen que ha sido soldado durante diez años sólo pueda hallar la felicidad en el frente? ¿O acaso tengo el prejuicio de que un judío no puede ser un mercenario?».

No bien se hubo formulado la pregunta, la invadió el remordimiento. «No —se dijo furiosa—; si no puedo comprender lo que un judío sensible piensa y siente acerca de lo que ha sucedido en Europa durante los diez últimos años, es que soy un zoquete». Sintió una viva tristeza y se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces se dijo, más furiosa aún, que aquello era un acceso de abyecta autocompasión y que no iba a tolerarlo.

«Soy una mujer madura y sana —se dijo—. Soy una escritora de éxito. He publicado dos libros bastante aceptables y voy por la mitad del tercero. Tengo familia y amigos y un hijo con un apetito voraz. También tengo un marido encantador que está un poco chiflado. No voy a sentir compasión de mí misma. Haré lo que debo hacer y él hará lo que tenga que hacer. De otro modo este matrimonio no valdría un pito».

Después de esta autodeclaración se sintió mucho mejor. Los berridos de Sam le anunciaron que el niño había despertado de la siesta. Cuando llegó a su habitación, Sam gorgoteaba de risa brincando en la cuna.

—Deberías dar gracias a Dios de que tu madre descienda de una familia de

pescadores y mineros altos y fuertes —dijo levantándolo en brazos—. Hay que ver cómo pesas. Estás mojado y, además, hueles.

Acababa de cambiar el pañal al niño cuando sonó el timbre de la puerta. Dejó a Sam en el parque, bajó la escalera y abrió.

Era un hombre fornido, de cara colorada, con traje oscuro y chaleco de punto y nariz bulbosa y veteadas.

—¿Mrs. Bernie Cohen? —preguntó.

—¿Sí?

—¿Barbara Cohen, de soltera Barbara Lavette, con domicilio en estas señas?

—Sí. ¿Qué desea?

Él sacó un sobre del bolsillo interior de la americana y se lo entregó.

—Killen, oficial de los tribunales de los Estados Unidos. Una citación, Mrs. Cohen. Acaba de aceptarla.

Con estas palabras, dio medio vuelta, bajó las escaleras y se fue.

Bernie regresó a casa poco después de las cinco y llamó alegremente a Barbara:

—Hola, niña, aquí estoy. ¿Y el enano?

Ella salió de la cocina y le dio un beso.

—Los dos estamos bien, Sammy está arriba. Le di la cena temprano.

—¡Qué lástima! En fin, paciencia.

A lo que Barbara respondió:

Eso es, paciencia.

Él subió al cuarto del niño y ella le oyó saludar al pequeño.

—Está mojado —gritó Bernie.

—Pues cámbiale, en lugar de armar tanto jaleo.

Complacida y asombrada por lo que acababa de decir, Barbara se quedó esperando. Se oyó un grito de dolor y de rabia.

—¡Estoy sangrando! —gritó Bernie—. El maldito imperdible me ha atravesado la mano.

Sam lloraba. Barbara movió la cabeza con satisfacción. Luego, subió las escaleras y puso el pañal al niño mientras Bernie iba a cambiarse sin dejar de apretarse el dedo. Ella acostó al niño, y cuando Bernie bajó, ella le esperaba en la sala con una jarra con «Martini» y dos copas preparadas.

—He estado a punto de llamarte para que buscaras una niñera. Tenía ganas de salir a cenar.

—¿Qué celebramos?

—Sólo que desde hace unos días vuelvo a sentirme como un ser humano.

—Ya lo he notado —dijo Barbara.

—¿Aún estás enfadada?

—No. ¿Por qué iba a estarlo? Tu marido te dice que se va a una aventura

demencial. ¿Qué tiene de particular? ¿Por qué enfadarse?

—Bobby, no es una aventura demencial.

—Ni yo estoy enfadada. Bueno, un poco, Bernie. He estado todo el día cavilando. Tú haz lo que tengas que hacer. Pero vuelve entero y pronto, ¿de acuerdo?

—¿Hablas en serio?

Barbara bebió un sorbo de «Martini» y estudió a su marido.

—Sí y no. Bernie, nosotros siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, francos y directos. Hay mucha gente que piensa que somos la pareja más disparatada de San Francisco, pero se equivocan. No somos tan diferentes. Lo que ocurre es que yo soy mujer y tú hombre. A veces pienso que ser hombre en este ridículo mundo nuestro es mucho más de lo que se puede pedir a cualquiera. Pero no hay vuelta de hoja. Si yo te impidiera ir, nunca me lo perdonarías.

—Claro que sí.

—Bueno, quizá sí. Pero no estoy segura.

—¿De quién es esa cartera? —preguntó él.

—De mi padre. La dejó ahí.

—¡Ah! Y hablando de la aventura demencial, no sé de dónde vamos a sacar el dinero. Brodsky tiene los nombres de una docena de empresarios judíos a los que podríamos acudir, pero todos cotizan ya por conductos normales. El de los aviones está impaciente. Herb Goodman se ha ido a Barstow para apaciguarle; pero me parece que todo el asunto se está viniendo abajo.

—En esa maleta hay ciento diez mil dólares —dijo Barbara con naturalidad.

—¿Qué?

—Digo que el dinero que necesitáis está en esa maleta.

Él sacudió la cabeza.

—Papá lo trajo esta mañana. Dijo que lo ponía en mis manos, que yo decidiera si te lo daba o no.

—Bromeas.

—¿Por qué no la abres?

Él la miró largamente. Luego dejó la copa, cruzó la sala, cogió la maleta y la puso encima de la mesita de dentro. La abrió y se quedó mirando en silencio los fajos de billetes de cincuenta y cien dólares, pulcramente alineados.

—Así no tendrás que robar un Banco —dijo Barbara suavemente.

Bernie se volvió.

—¿Cómo diantre sabías que había pensado en robar un Banco?

—Pues porque, si existía la posibilidad de hacer un romántico disparate, tú, fatalmente, lo harías. —Le miró fijamente—. ¿Nunca te has preguntado por qué te quiero tanto?

—A veces.

—Te lo diré. Porque, a veces, me haces sentirme maravillosa. Estoy procurando por todos los medios no ponerme sentimental. ¿Cuándo pensáis marcharos?

—Aún puedes decir que no. Tú no eres judía y tu padre no tiene nada que ver en esto.

—Puede que sí lo tenga.

Él se sentó y se quedó mirando la cartera, mientras jugueteaba con la copa. Luego dijo:

—Llamaré a Brodsky y le diré que venga esta noche. Creo que ha llegado el momento de que le conozcas. Nos iremos por la mañana en el «Ford». Diré a Gómez que recoja el coche en Barstow cuando nos hayamos ido, si es que nos vamos. Eso sería dentro de dos o tres días.

—Quiero que estés en contacto conmigo.

—Por descontado. Te llamaré desde Los Ángeles y desde Barstow. Luego, desde donde paremos. —Se acercó a ella y la puso de pie—. No sé qué decir.

—Vuelve pronto. Lo nuestro se arreglará. Nos quedan muchos años, Bernie.

—Cuando hables con tu padre, dile que algún día encontraré la forma de pagar la deuda.

—Él no quiere cobrarla.

—No tardaré. Dos semanas, tres... Te lo prometo, Bobby.

—Haz lo que tengas que hacer y vuelve pronto.

Aquella noche hicieron el amor apasionadamente, como si acabaran de conocerse, como si se hubieran encontrado por azar y cada uno descubriera el más vivo deleite en el otro. Tendida en la cama, sintiendo sus caricias, Barbara recordaba aquella primera vez, tan lejana ya, y percibía la misma timidez que entonces la conquistara; en cada movimiento, el temor a ser rechazado y, en sus manos, un estremecimiento de asombro y placer. Su manera de hacer el amor se parecía a la de un adolescente; en ella había un matiz de incredulidad, sus ademanes pedían disculpa por su cuerpo enorme, velludo y musculoso. Y a ella le gustaba la sensación de fragilidad que experimentaba a su lado, se sentía pequeña, esbelta y femenina. Durante el abrazo, la embargaron a un tiempo el gozo y el furor y cuando él se quedó dormido ella hundió la cara en la almohada y se echó a llorar.

Pero no hubo lágrimas por la mañana cuando despidió a Bernie y a Irv Brodsky. Éste era la antítesis del héroe: enclenque, inseguro, vulnerable. Con una sonrisa de timidez, le dijo que no se preocupara:

—En esto, el único peligro está en ponerse nervioso, y ni Bernie ni yo somos de los que se ponen nerviosos. Juntos hemos pasado muchas cosas desde la guerra de

España. Y voy a devolvérselo sano y salvo, puede estar segura.

Se fueron y Barbara entró en la casa. Por la ventana les vio cruzar la calle, un hombre alto y otro bajito, que andaba de prisa para seguir las zancadas de su compañero. No miraron atrás.

Barbara entró en el cuartito del primer piso en el que solía escribir. Buscó en sus carpetas y encontró una carta que Bernie le había escrito en 1941. Era larga, y en ella le explicaba por qué se había ido de París y lo que le había ocurrido durante el viaje a Marsella. No tenía necesidad de leerla; la sabía de memoria, y al tratar de averiguar qué le había impulsado a sacarla, experimentó la extraña y terrible sensación de que aquel hombre, Bernie Cohen, su marido, nunca había estado allí y que lo único que poseía de él era aquella carta.

Barbara trató de pensar en otra cosa, volvió a poner la carta en la carpeta y se fue a vestir a Sam para salir a la calle. Se sentía aliviada, como si se hubiera sacado un gran peso de encima y estaba segura de que a Bernie le ocurría algo parecido. Hacía menos de dos años que se habían casado. Barbara preguntó si algún matrimonio podía ser completamente distinto de los demás y si una mujer de treinta y dos años era ya incapaz de amoldarse a lo que exigía el hombre. O el hombre, a lo que ella deseaba. Era inútil. A pesar de todo, los dos se querían. Si alguno hubiera dicho al otro que no había remedio, que quería divorciarse, hubieran pasado un período muy doloroso. Así era más fácil. La idea la asustó. ¿Más fácil? ¿Por qué no estaba tumbada en la cama sollozando amargamente? ¿Y si no volvía a ver a Bernie? ¿Por qué no se sentía aterrada ante la perspectiva de la soledad? ¿Acaso todos sus sentimientos, sus escritos, sus ideales eran una farsa? Barbara no consideraba que su incapacidad para disimular ante sí misma fuera una virtud. No poseía dotes para engañarse. No se sentía apenada. Ésta era la pura verdad.

Metió a Sam en el cochecito y se dirigió a casa de su madre por Vallejo Street. Hacía una hermosa mañana. La niebla se había consumido y un viento fresco hacía bailar copetes de espuma en la Bahía. Era uno de esos días en los que San Francisco parece crepitar de vivacidad y los transeúntes tienen un garbo especial y respiran más profundamente.

«¡Cómo me gusta esta ciudad! —se dijo Barbara—. Pero hay que haber estado fuera mucho tiempo para apreciarla. Se tiene que haber vuelto a ella».

Cuando Barbara llegó a la galería de arte encontró allí a Billy Clawson, el hermano de Eloise. Iba a ver a su hermana, pero ella no estaba. No era su día de trabajo. Era un hombre de unos treinta años, alto y pálido, que, según había oído decir Barbara, se había hecho sacerdote para no ser movilizado. Ahora, sin parroquia y sin el menor deseo de tenerla, pasaba los días sin hacer absolutamente nada. Los Clawson eran una de las familias más ricas de Oakland, que desheredaron a Eloise cuando ella se divorció de Tom Lavette para casarse con Adam Levy. Lo único bueno

que Barbara veía en Billy era que visitaba a su hermana de vez en cuando.

Aquel día llevaba alzacuello.

—Lo hago por esnobismo. Desde luego, soy un farsante; pero ¿no lo son la mayoría de los ministros de Dios? Lo que a mí me redime es que no hago sermones. Eso sí, provocas las más curiosas reacciones en la gente. Los hay que te paran en la calle y se ponen a contarte sus penas.

Saludó a Barbara y se fue. Jean sacó a Sam del cochecito y lo levantó en brazos.

—Pero ¡qué niño tan bueno...! ¿Es que nunca llora, Bobby?

—Desde luego que sí, mamá. ¿Se dedica a algo Bill Clawson?

—No que yo sepa.

—Es raro.

—No tanto. No es el único.

—Mamá, ¿puedo dejarte a Sam? ¿Le darás de comer? Estoy citada para almorzar con Harvey Baxter.

—¿Harvey Baxter?

—Es mi abogado. Se hizo cargo del bufete de Sam Goldberg.

—¿Se ha ido Bernie esta mañana? —preguntó bruscamente Jean.

—Sí.

—No pareces muy trastornada.

—Estoy tratando de superarlo.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Ahora no, te lo ruego.

—Me gustaría —dijo Jean.

—Otro día quizá.

Cuando Barbara llegó a «Gino's», allí estaba ya Harvey Baxter, un hombre de cuarenta y tres años, fornido y serio. Tenía el pelo castaño claro, los ojos pardos, usaba lentes con montura de metal y llevaba ternos de lana gris antracita. Trabajaba en la firma de «Goldberg y Benchly» desde que salió de la Facultad, hacía veinte años y, a la muerte de los dos titulares, se convirtió en el socio principal. Goldberg y Benchly tramitaban casos de derecho civil y mercantil y habían sido abogados de Dan Lavette desde 1910. Ahora actuaban bajo la razón social de «Goldberg, Benchly y Baxter».

Harvey Baxter adoraba a Sam Goldberg tanto como la misma Barbara y consideraba a ésta su personal responsabilidad, heredada de su antiguo jefe.

Preguntó a Barbara por qué no había querido ir a verle al despacho y ella respondió que allí les hubieran interrumpido constantemente.

—Eso no —dijo Baxter—. Ya sabes que nadie me pasa llamadas cuando tú estás allí.

—Aquí, por el contrario, mi querido Harvey, el único que nos interrumpe es Gino,

para decirme que estoy muy guapa y hoy necesito oír eso, pues no es precisamente el día más feliz de mi vida. Ayer me entregaron esto.

Sacó del bolso la citación y se la dio.

Mientras Baxter leía lenta y atentamente el documento, Gino se acercó a la mesa.

—¿Quieres que pida por ti? —preguntó Barbara.

—Sí. Cualquier cosa.

Barbara pidió ensalada, espagueti y chuletas de ternera. Terminada la lectura, Baxter la miró pensativo.

—Ya lo he leído —dijo Barbara.

—Entonces ya sabes de qué se trata. Es una citación para comparecer ante el Comité de la Cámara sobre Actividades Antiamericanas a prestar declaración. Es indignante y, si me permites la expresión, repugnante.

—Te la permito.

—¿Ha recibido Bernie otra citación?

—No.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—¿No te das cuenta? Él luchó en España. Conforme están hoy las cosas, eso podría explicarlo. ¿Pero tú? Es indignante.

Barbara se encogió de hombros.

—Creo que Bernie tendría que estar presente en la conversación. Si te han citado a ti es lógico que le citen también a él.

—Eso no —dijo Barbara—. Por lo que he leído acerca de sus métodos, ante todo buscan publicidad. A Bernie nadie le conoce, mientras que yo tengo cierto renombre como escritora y, además, soy hija de Dan Lavette.

—De todos modos, eso no es una explicación. Tú no eres comunista.

—Claro que no.

—¿Pertenece a alguna asociación? ¿Pro derechos civiles? ¿Comités para la liberación de Tom Mooney? ¿Nada por el estilo...?

—No; no soy amiga de asociarme, Harvey.

—Mi consejo es que hablemos de ello con Bernie.

—Está fuera de la ciudad.

—¿Fuera de la ciudad? ¿Dónde? Llamémosle.

—No se puede. No quiero mezclar en esto a Bernie.

—¿Dónde está?

—Perdona, pero no puedo decírtelo.

—¿Sabe lo de la citación?

—No lo sabe y no quiero que se entere.

—Barbara, cuando comparezcas ante el Comité, todo el mundo se enterará.

—Aún faltan diez días. Entonces ya no importará.

—¿Qué es lo que no importará? ¿Tengo que recordarte que soy tu abogado y que todo lo que tú me digas es confidencial?

—Eso ya lo sé, Harvey —dijo Barbara con suavidad—. No es que quiera tener secretos para ti; pero sé cómo piensas y si te digo dónde está Bernie te vas a enfadar tanto que no vamos a poder hablar de otra cosa. Yo no quiero hablar de Bernie. Quiero que hablemos de lo que voy a hacer.

—Es un consuelo.

Llegó el camarero con la comida.

—Ahora haz el favor de comer —dijo Barbara—. Yo estoy hambrienta, y últimamente no suelo comer fuera de casa, me gusta la comida que dan aquí y no me sentiré a gusto si yo como y tú no.

—Eres extraordinaria.

—No, Harvey, en absoluto; tengo hambre, eso es todo. Mientras comemos, tú me explicas este ridículo asunto. Ya he leído lo que les pasó a los escritores y directores de Hollywood. Van a ir a la cárcel, ¿no? ¿Yo también tendré que ir?

—¡No! ¡Por todos los santos, ni pensarlo! Tú no irás a la cárcel.

—No te alteres, Harvey. No me importaría ir a la cárcel... una temporadita. Sería una experiencia fascinante.

—Una experiencia de la que puedes prescindir perfectamente. Ahora deja que te explique...

—No comes nada.

—Yo no tengo hambre, y tú, sí —replicó él con impaciencia—. Come y escucha.

—Sí, Harvey —aceptó Barbara.

Apreciaba mucho a Harvey Baxter. Le recordaba a Sam Goldberg. Tenía su mismo tono de voz y sus mismos modismos. Seguramente, por haber trabajado juntos tantos años.

—El Comité de la Cámara para Actividades Antiamericanas...

—Harvey —le interrumpió ella—, ni siquiera sé lo que es un Comité de la Cámara. Aunque soy escritora, no tengo una gran cultura. Sólo hice un curso de colegio universitario.

—Deberías tomarlo en serio, preocuparte. Yo estoy preocupado.

—Yo también lo estoy, Harvey. Por eso almuerzo hoy contigo.

—Está bien. Ese comité es un comité del Congreso. El Congreso tiene la facultad de formar comités para escuchar testimonios, convocar a los testigos y utilizar sus declaraciones para legislar. Aunque maldito lo que ha legislado este condenado comité.

—Pero ¿cuál es el objetivo, Harvey?

—El antiamericanismo, como dicen ellos.

—¡Qué palabra más tonta! ¿Crees tú que yo soy antiamericana?

—Lo que yo crea no importa. El caso es que este maldito comité tiene mucho poder. En el asunto de los escritores y directores que se llaman los Diez de Hollywood, el comité los acusó de utilizar el medio cinematográfico para hacer propaganda subversiva.

—¿Y por eso van a la cárcel?

—No. Y tampoco es seguro que vayan. Quiero que comprendas claramente que el único delito que puede imputarte un comité del Congreso es el de desacato al Congreso, y la única forma en que puedes incurrir en él es negándote a contestar una pregunta que sea pertinente para su investigación. El desacato al Congreso es un delito menor, que puede ser castigado con la pena de hasta un año de cárcel. No tengo la menor idea de si los escritores y directores de Hollywood son o han sido comunistas, pero esa pregunta les fue formulada y ellos se negaron a contestar. Y hubo también otras.

—¿Por qué?

—Verás, si reconocen ser comunistas, nadie querrá darles trabajo; pero hay otras razones. Por lo que he leído del caso, sus abogados les aconsejaron acogerse a la Primera Enmienda constitucional, aunque probablemente ellos ya estaban decididos a invocarla. Si no me equivoco, la Primera Enmienda reza que el Congreso no puede promulgar leyes para promover el establecimiento de una religión ni para prohibir su libre ejercicio; limitar la libertad de expresión ni la de Prensa; el derecho del pueblo a reunirse pacíficamente y a solicitar del Gobierno la reparación de una injusticia. En vista de eso, supongo que ellos mantienen que una investigación de sus creencias, escritos o pensamientos políticos, es una infracción de la libertad de palabra y de Prensa. Desde luego, es una interpretación muy amplia y yo no aconsejaría a un cliente mío que se acogiera a ella. Pero el caso aún está en los tribunales y no existe motivo para creer que irán a la cárcel.

—Me dan ganas de romper el papel y olvidarme del asunto.

—No te lo aconsejo. Eso sería desacato. De todos modos, tu padre y yo conocemos a varias personas influyentes y tal vez consigamos que retiren la citación. O que la anulen.

—¿Cómo?

—Prefiero no decirlo.

—Harvey, ¿quieres decir que podríais sobornar a miembros del comité?

—Eso lo has dicho tú, Barbara, yo no.

—Harvey, haz el favor de no ser tan cauteloso ni legalista. Si lo que quieres decir es que hay que sobornar a alguno de esos cerdos, me opongo. Ni por mi padre ni por nadie. Además, ni mi padre ni mi madre se enterarán de esto hasta que yo se lo diga.

—Me parece que haces mal.

—A mí me parece que no.

—¿No comprendes que la alternativa es ir a Washington y prestar declaración?

—¿Tú vendrás conmigo?

—Naturalmente. Pero deja que te diga una vez más y muy seriamente si crees que pueden hacerte alguna pregunta a la que tengas que negarte a responder.

—Desde luego que no. No irán a preguntarme con quién he dormido, ¿verdad?

—¡Oh, no! Las preguntas tienen que ser pertinentes. ¿Y por lo que se refiere a Bernie? Supongamos que te preguntan acerca de él.

—¿No hay una ley que permite a la esposa negarse a declarar contra el marido?

—No sé si afecta también a las investigaciones del Congreso. Probablemente, sí. De todos modos, me cercioraré.

—No importa. No sé nada de Bernie que no se pueda contar en cualquier sitio.

—¿Y si te preguntan dónde está?

—Dentro de diez días, eso ya no tendrá importancia —respondió Barbara.

Los diez pilotos y los tres navegantes que debían volar con los diez «C-54» hacia el Este se hospedaban en el «Hotel Marypol» de Hollywood, en Hudson Street, entre Hollywood y Sunset Boulevard. Era un edificio viejo y destartado, una trampa mortal en caso de incendio, cuya clientela se componía de actores sin trabajo y algunos transeúntes. Brodsky lo escogió por su única virtud: era barato, cinco dólares al día una habitación individual y siete cincuenta, la doble. Incluso a este precio, y comprando la comida por su cuenta, los voluntarios debían más de cuatrocientos dólares. Brodsky disponía de ciento ochenta y Bernie vació la caja del taller para cubrir la diferencia.

Mientras iban camino de Los Ángeles, Brodsky trató de convencer a Bernie para que tomara el mando de la operación.

—¿Quién manda ahora?

—Nadie. Eso es lo malo, Bernie. Imagino que puede considerarse una operación del Haganah. Pero el caso es que nadie sabía qué clase de operación iba a ser, porque nadie tenía ni la más remota idea de cuándo y cómo iban a negociar con nosotros los checos. Primero, había que encontrar a alguien que estuviera dispuesto a organizar la venta sin necesidad de arriesgar el cuello. Luego, hubo que buscar los dos millones. Eso llevó seis meses. Después, hallar el modo de llevar el dinero a Checoslovaquia y transportar los «Messerschmitt» a Palestina. Cuando nos enteramos de que estaban en venta los «C-54», me enviaron a comprarlos. Herbie Goodman y tres pilotos vinieron conmigo. A los demás los encontramos aquí. Teníamos nuestros contactos, y los cinco pasamos tres semanas viajando de un lado para otro en busca de gente. Aún no sabíamos de cuántos aviones dispondríamos. Al principio creíamos que eran sólo tres. Por el espacio de carga disponible, calculamos que en cada «C-54» no podremos

llevar más que un «Messerschmitt», y desmontado. ¡Si no es un disparate que un país, que de un momento a otro va a estar luchando por su existencia, tenga que pertrecharse de este modo! Pero no sirve darle vueltas. Yo nunca lo consideré una operación militar; pero con diez aviones tiene todas las trazas, ¿no te parece?

—No —respondió Bernie con énfasis—. ¿Estás loco? No sé exactamente qué leyes infringiríamos si realizáramos una operación militar en territorio de los Estados Unidos, pero deben de ser por lo menos veinte. Además, no estamos armados, conque nada de operación militar.

—De acuerdo. De ahora en adelante, tú eres el jefe. ¿Qué tal te sienta?

—De ninguna manera. Tú empezaste esto. ¿Por qué no lo terminas?

—Porque abulto la mitad que tú y no tengo pinta de jefe. En el «Hotel Marypol» hay un puñado de chalados esperando. Sí, son buena gente; pero ¿tú sabes lo loco que se necesita estar para tratar de volar hasta Checoslovaquia con estas cafeteras?

—Me has dicho que los aviones podían volar.

—Desde luego. Herbie y un chico llamado Calvin Council, que es navegante y muy buen mecánico, de El Paso y, por cierto, no es judío, estuvieron tres días inspeccionándolos. Parece que están bien. ¿Qué más puedo decirte? Herbie, hombre, acepta ser el jefe.

Cuando llegaron a Los Angeles, Bernie había accedido a hacerse cargo de la operación. A las siete y media de la tarde aparcaban el coche y entraban en el «Hotel Marypol». Bernie llevaba la cartera con el dinero bien asida. Herb Goodman los esperaba. Les dijo que seis de los hombres estaban jugando al póquer en su cuarto. Los demás habían salido, excepto Seltzer, que vigilaba a Mick White, que estaba emborrachándose en su habitación.

—Primero nos ocuparemos de Mick White —dijo Bernie. Dio la cartera a Goodman—. Hay ciento diez de los grandes ahí dentro, conque no la sueltes. Quédate con nosotros.

Mick White, unos treinta años, pálido, bajo y un poco grueso, miró a Bernie con ojos vidriosos y enrojecidos. Estaba sirviéndose vodka de una botella de medio litro ya casi vacía. La habitación era pequeña y destartada, con las paredes desconchadas y estaba iluminada por una bombilla que colgaba del techo.

—Desde luego, has dado con lo más bajo —dijo Bernie a Brodsky—. Yo no pondría aquí ni a un perro.

—¿Quién diablos es ése? —preguntó Seltzer, un muchacho con aspecto de matón de barrio que miraba a Bernie con evidente hostilidad. Estaba sentado a caballo de una silla, con un vaso de vodka en la mano.

Había un lavabo pequeño y sucio en un rincón. Bernie cogió la botella a Mick White y la vació por el desagüe. Seltzer se abalanzó sobre él para detenerle y Bernie lo arrojó contra la pared de enfrente de un empujón.

—¡Hijo de perra...! —exclamó Seltzer, lanzándose otra vez sobre Bernie que se volvió hacia él, sujetando la botella de vodka por el cuello. Seltzer se paró en seco.

Bernie era quince centímetros más alto y pesaba veinticinco kilos más. Además, Seltzer reconocía la autoridad. Había pasado cinco años en la aviación.

—Me llamo Bernie Cohen —dijo Bernie suavemente—. Yo mando la operación. Si das un paso más, te estrello la botella en la cabeza. Ello nos costará un piloto, pero ya encontraremos otro. Eres piloto, ¿verdad?

—Puedes estar seguro.

—¿Judío?

—Sí.

Bernie señaló con un movimiento de la cabeza a Mick White, derrumbado en la otra silla de la habitación.

—Él no lo es y eso le disculpa. Pero tú, amiguito, como vuelvas a beber un solo trago antes de que esto termine, te parto en dos con mis propias manos.

Acabó de vaciar la botella.

—Eres un tipo duro —dijo Seltzer.

—Más de lo que imaginas —respondió Bernie—. ¿Qué te parece si nos dejamos de bravatas y de jaleo?

Tendió la mano. Seltzer vaciló un momento y se la estrechó. Luego, Bernie se acercó a White y le preguntó cómo se encontraba.

—No lo bastante bien como para sacudirte. Lo dejaremos para mañana.

—De acuerdo. —Bernie rodeó a White con el brazo, lo levantó de la silla y lo arrastró hasta el lavabo. White se debatía y juraba—. Abre el grifo —ordenó Bernie a Brodsky. A pesar de los forcejeos y protestas de White, Bernie lo mantuvo bajo el chorro de agua durante dos minutos por lo menos—. Dale una toalla.

—¡Asqueroso judío de mierda! —rugió White mientras se secaba la cara.

—¿Eres piloto? —preguntó Bernie.

—Mañana te volaré el culo, pedazo de mastodonte piojoso.

—Ya está bien.

Aquella noche, a las diez, los pilotos, los navegantes y los cinco radiotelegrafistas que Goodman había reclutado en Los Angeles, se reunieron en lo que el «Hotel Marypol» pomposamente llamaba el salón de banquetes. Hacía más de diez años que no se utilizaba para este fin y en él se amontonaban camas rotas, colchones, sillas viejas y lo que quedaba de las mesas de banquete. Lo alquilaron para dos horas por tres dólares. Los voluntarios estaban sentados de cara a Bernie y Brodsky. Lo único que tenían en común era haber combatido en la Segunda Guerra Mundial. Sus edades oscilaban entre los veinticinco y los treinta y cinco. De los pilotos, siete eran judíos, dos católicos y uno baptista. Dos navegantes y un radiotelegrafista no eran judíos. Qué móviles les impulsaban, era algo que Bernie no alcanzaba a comprender. Tal vez

quisieran purgar culpas por el holocausto; tal vez buscaran una evasión de la monotonía del tiempo de paz, o la oportunidad de viajar o de volver a volar. O tal vez los móviles de los gentiles eran tan complejos y misteriosos como los de los propios judíos. Ninguno lo hacía por dinero, porque allí no cobraba nadie. Sólo se les garantizaba comida y alojamiento, que por cierto dejaban bastante que desear y el pasaje de vuelta desde Palestina, aunque ni Brodsky ni los demás sabían cómo iban a agenciárselo. Tres de ellos estaban sin trabajo; uno era un director de cine que acababa de conseguir un éxito notable, dos eran actores, uno carpintero, uno era ex policía de Los Ángeles, cuatro estudiantes, dos agentes de seguros y otros dos eran pilotos civiles que habían pedido la baja temporal. Dos de los radiotelegrafistas se dedicaban a reparar televisores. Sorprendentemente, nueve de ellos estaban casados y Bernie se preguntó cuántos serían los que, como él, utilizaban la operación como una puerta de escape, una evasión, una forma de «escurrir el bulto» a la realidad, como decía él. ¿O era esto la realidad? ¿Existía la realidad? ¿Qué le dijo Barbara una vez, que el macho de la especie nunca llega a la madurez? Las guerras eran juegos, la política era juego —juegos mortíferos y aberrantes de niños pequeños en cuerpos grandes—. La gloria, el idealismo y el valor eran etiquetas sin sentido. «De todos modos —se dijo—, alguien tiene que hacerlo». Y, en voz alta, a los demás:

—Me llamo Bernie Cohen. Dentro de lo que cabe, yo dirijo la operación y estoy decidido a llevarla a término. Conque si alguno ha cambiado de parecer, tiene dudas o está preocupado, será mejor que se retire ahora. —Esperó, pero nadie habló—. Entonces conforme. Saldremos a las cinco de la madrugada e iremos a Barstow en coche. Digo a las cinco porque, si todo va bien, pasado mañana despegaremos a las cinco y quiero que mañana por la noche estéis molidos y durmáis. No me importa si hoy no pegáis ojo, siempre que mañana durmáis de un tirón. De este modo disponemos de todo un día para trabajar en los aviones. Aterrizaremos en un aeródromo de Melville, en Nueva Jersey. El parte meteorológico es bueno. Tenemos mapas y esta noche trazaremos el plan de vuelo. ¿Cuántos de vosotros sois mecánicos? —Se alzaron ocho manos—. Muy bien. Aquí no hay categorías. Mañana todo el mundo a ayudar a los mecánicos. Esta noche haced todas las preguntas que se os ocurran. No quiero cabos sueltos.

Tom Lavette, dos años mayor que Barbara, era el primogénito de Dan Lavette. En ciertos círculos de San Francisco se rumoreaba desde hacía tiempo que los dos Lavette, padre e hijo, llevaban casi veinte años sin dirigirse la palabra. Dado que San Francisco no es una ciudad muy grande y que el grupo de hombres que controlan sus negocios es relativamente pequeño, Dan Lavette y su hijo tenían que coincidir periódicamente en determinados actos. En tales ocasiones, ambos respetaban la brecha que los separaba y ninguno hacía nada por reanudar sus relaciones. A veces,

Jean porfiaba con Dan:

—Ya sé que es insoportable; pero es joven y es tu hijo.

A lo que Dan respondía simplemente:

—Es verdad.

Y no decía más.

Con el tiempo, Jean dejó de proponer la reconciliación. Ella veía a su hijo periódicamente, aunque no con mucha frecuencia. Aproximadamente una vez al mes, él la llamaba por teléfono y almorzaban juntos.

Después de divorciarse de Dan, Jean se casó con John Whittier, que había heredado la mayor Compañía naviera de la Costa Oeste, la cual creció extraordinariamente durante la guerra. Después de su matrimonio con Jean, celebrado en 1931, Whittier cobró un gran afecto hacia su hijastro, probablemente menos por sus cualidades que por su condición de heredero del «Banco Seldon». Cuando Tom entró en posesión de su paquete de acciones del Banco, Barbara le vendió una parte de las suyas, a fin de que él pudiera disponer de la mayoría absoluta y Tom se asoció con Whittier en una entidad llamada «Great Cal», una de las mayores corporaciones financieras de la Costa.

Con los años, John había ido perdiendo su preeminencia en la empresa. En un principio, veía en Tom a un joven dúctil, bastante brillante y de modales correctos, pero carente de grandes ambiciones y empuje. En esto se equivocaba. Durante los doce años siguientes, Tom conquistó en la corporación una primacía absoluta. Ahora, a los sesenta años, Whittier era un hipocondríaco irritable y obeso que había sufrido un ataque al corazón auténtico y una docena imaginarios. Aunque nominalmente era presidente del Consejo de Administración de «Great Cal», en realidad, era poco más que un símbolo. En las dificultades se recurría a Tom y Tom era quien tomaba las decisiones. En los medios financieros del Oeste, Tom Lavette estaba considerado como uno de los más prometedores jóvenes empresarios surgidos al final de la guerra.

Hacía más de un mes que Jean no le veía cuando él la llamó para invitarla a almorzar en el «Fairmont». Cuando no comía en el club, Tom iba siempre al «Fairmont». Jean le preguntó una vez por qué, en una ciudad que tiene más buenos restaurantes que cualquier otra de su tamaño en América, él comía siempre en el mismo sitio.

—Mamá, yo no como en restaurantes desconocidos —respondió él.

Jean conocía lo suficiente a su hijo como para aborrecerlo; pero no lo aborrecía ni pretendía juzgarlo. Él se mostraba amable y cordial con ella y, además, era atractivo. Esto pensaba Jean ahora, al verle cruzar el comedor. Era más esbelto que Dan, pero con su estatura y su anchura de hombros y con los ojos azules, el cabello rubio y la tez clara de Jean. Ella opinaba que físicamente sus hijos habían heredado lo mejor de

sus padres.

Él la saludó cariñoso:

—Mamá, estás soberbia. Aún eres la más guapa del salón.

—¡Qué tontería! Tengo cincuenta y ocho años y no hago nada por disimularlo.

—Ni es necesario.

—¿Qué te hace mostrarte tan amable?

—Siempre lo soy.

—Menos cuando eres una fiera, lo cual ocurre de vez en cuando. De todos modos, me alegro de verte. Siéntate y tomaremos una copa para celebrarlo. Vivimos en la misma ciudad, a pocas calles de distancia y somos casi dos extraños.

—He tenido trabajo, mamá. Mucho trabajo.

—Naturalmente. Te pareces a tu bisabuelo, Thomas, que empezó de minero en el año cincuenta y cuando se dio cuenta de que es muy difícil hacerse rico de verdad extrayendo oro, se hizo usurero y prestaba su oro al trescientos por ciento. Cuando yo era niña y él era ya un banquero que se conformaba con el veinte o el treinta por ciento, el día de mi cumpleaños me daba una moneda de oro de diez dólares; pero le partía el alma desprenderse de ella. Hubieras tenido que ver cómo la acariciaba. Me parece que el viejo chivo sólo tenía una erección cuando contaba el dinero.

—¡Mamá, dices cada barbaridad! —susurró Tom.

—Supongo que sí. Me pregunto qué es lo que te mueve a ti, Tom. Tienes dinero, podrías trabajar menos y disfrutar de la vida.

—Disfruto con lo que hago. No es el dinero. En realidad, el dinero sólo sirve para contabilizar los triunfos.

—Eso no me parece muy original. No sé.

—¿Te has preguntado alguna vez, mamá, quién mueve a este país, quién lo mantiene en marcha, quién hace posible que personas como tú disfrutéis de la vida?

—¡Bravo! Ahora deja de sermonearme y encarga algo de beber y el almuerzo. Luego puedes explicarme por qué estoy aquí.

Cuando les llevaron la comida, Tom dijo sin rodeos:

—John está dándome la lata para que vuelva a casarme.

—¡Oh!

—¿No puedes decir algo más que «oh»?

—¿Hemos de hablar de eso? —preguntó Jean suavemente—. Soy tu madre.

—¿Te violenta el tema? ¿Con quién puedo hablar de ello si no?

—Con un psicoanalista. Y no te enfades.

—¡No!

Jean hizo como si comiera durante unos instantes. No esperaba aquello, ni sabía cómo reaccionar. Por fin dijo, serenamente:

—Está bien, hablemos. Aunque no sé qué puedo decir yo.

—Ni yo tampoco.

La nota de súplica que había en su voz no la escuchaba ella desde hacía muchos años. Aquello la desarmó y reavivó la sensación de culpabilidad nacida del profundo desdén que desde hacía tiempo le inspiraba aquel hombre, su hijo.

—Veamos —dijo Jean con toda la naturalidad de que era capaz—, John Whittier quiere que te cases. No me parece que eso deba importarle a él. ¿Tú quieres casarte?

—Tengo mis planes, mamá, tú lo sabes. Voy a presentarme candidato al Congreso y espero ser elegido. Dentro de seis años, en el cincuenta y cuatro, John y yo estamos seguros de que puedo ser gobernador. Si consigo la designación republicana, con el historial que Earl Warren tiene en este Estado, tengo el cargo seguro.

—¿Y es eso lo que tanto deseas, ser gobernador?

—Es una etapa.

—¿Y después? ¿Después, qué?

—Aún no estoy seguro. El Senado tal vez. John tiene sus ideas sobre la Casa Blanca; pero eso es algo que desea todo buen americano, ¿no?

—Sí; el buen americano —murmuró Jean.

—¿Y por qué no? Tengo una hoja de servicios muy decente, dinero, posición y no soy tonto.

—Desde luego que no —convino Jean—. Estoy tratando de hacerme a la idea. Tom, uno no puede haberse criado en San Francisco y respetar la política y a los políticos. Es un juego repugnante al que se dedican casi únicamente hombres mezquinos. Allá tú con tus sueños. ¿Eso del matrimonio es una idea vaga o has pensado ya en alguien en concreto?

—Sí. Lucy Sommers.

—La hija de Al Sommers —dijo Jean, recordando al antiguo vicepresidente del «Banco Seldon» y a su única hija, una muchacha morena, de piernas largas. Nunca le fueron simpáticos ninguno de los dos, y hacía años que no veía a Lucy—. Es viuda, ¿no?, y sí no recuerdo mal, cuatro años mayor que tú por lo menos.

—Exacto. Pero no importa. Me refiero a la edad. Y mejor viuda que divorciada. Ya tengo bastante con un divorcio a mis espaldas. Cuando pienso en Eloise...

—No hablamos de Eloise.

—No; es verdad. Verás, Lucy y yo hemos hablado de matrimonio. Ella opina, al igual que yo, que existen ventajas concretas para ambas partes. No tiene hijos y vivir sola no resulta agradable para una mujer. Es atractiva y tiene personalidad, es buena anfitriona y, gracias a Dios, a diferencia de Eloise, le gusta serlo.

«Ventajas concretas para ambos —pensó Jean—. ¡Vaya una manera de plantearse el matrimonio!».

—¿Qué opinas de ella? —preguntó Tom.

—Apenas la conozco. Es elegante, desde luego y supongo que eso es lo que tú

quieres. ¿Está enterada...? —preguntó, incómoda—. Me refiero a...

—Sé a lo que te refieres, mamá. Le expuse claramente que el sexo no me interesa, que lo nuestro sería un convenio entre personas civilizadas y le pareció bien.

—¿Y la vida sexual de ella?

—Ni la tiene ni, al parecer, desea tenerla.

—Se dan casos —suspiró Jean—. A los dos os costará trabajo.

—Será una boda sencilla, con poca gente. ¿Tú asistirás?

—¿Sin Dan? Me parece que no.

Tom la miró fijamente.

—En tu lugar —sugirió Jean—, yo me iría de viaje. A Francia, a Inglaterra o incluso a las Islas. Podéis casaros allí. Una decisión súbita y romántica y así no tendríais que preocuparos por los periódicos.

Por la noche, Dan le preguntó qué tal había estado el almuerzo y Jean le contó los planes de Tom.

—¿Está enamorado de ella?

—Me parece que no.

—Entonces, ¿por qué diantre se casa?

—Tu hijo, Dan —dijo Jean serenamente—, es un hombre muy rico e importante. Y, además, es ambicioso. Tú puedes pensar que es un cerdo.

—Nunca he dicho tal cosa.

—Pero lo has pensado. Y no lo es; bueno, no más que otros. Él desea la forma del matrimonio, no la función.

Dan la miró largamente sin pestañear y preguntó:

—¿Estás tratando de decirme que es marica?

—¡Odio esa palabra!

—¿Digamos entonces homosexual?

—¿No lo sospechabas? —Suavemente, añadió—: Danny, no te atormentes con eso. Bastantes disgustos hemos pasado ya. No hurgues en ello. ¡Deseo tanto tener un poco de felicidad antes de que todo termine!

El mismo día en que Jean almorzaba con Tom en el «Fairmont», Barbara llevó a Sam a Huntington Park, situado a poca distancia. Iba a pie, Empujando el cochecito. El niño, sentado de cara a su madre, sonreía al sentir en la cara la brisa fresca y limpia del Pacífico. Barbara no se cansaba de estar con su hijo ni podía hacerse a la idea de que aquel muchachito plácido, alegre y gordinflón, hubiera salido de su vientre. Barbara no tenía las frustraciones de la madre y ama de casa corriente; había vivido intensamente antes de ser madre y ama de casa y para ella Sam era como un milagro. Sabía que no tendría más hijos. A veces escuchaba con curiosidad las conversaciones de las otras madres que acudían al parque, la mayoría, diez años más

jóvenes que ella; pero las escuchaba sin identificarse con ellas. Le parecía que siempre había observado y escuchado a un mundo distinto a ella. Seguramente, eso le ocurría por ser escritora. En su nuevo libro, el que estaba escribiendo, trataba de reflejar la vida de mujeres como las que encontraba en Huntington Park.

A Barbara le gustaba más escuchar que hablar. Ella prefería hablar a Sam que recibía con idéntica placidez lo profundo y lo superficial. El niño se aburría muy raras veces, y entonces le bastaba el pulgar o el aro de goma para distraer el aburrimiento.

Aquel día, mientras contemplaban la Fuente de las Tortugas, Barbara explicó a Sam que era una reproducción de una fuente romana que había sido regalada a la ciudad por la familia Crocker. Sam se empeñó en tocar el agua.

—Ya sabes que cuando tocas agua te haces pis. Está bien. Da lo mismo antes que después.

Se sentaron en el borde de la fuente.

—La verdad es que los Crocker no podían soportar que no hubiera algo suyo en el parque. Seguramente, estaban celosos del viejo Collis Huntington. ¿Sabías que era amigo de mi abuelo? El abuelo me contaba que los dos tomaban el tranvía que subía por California Street y luego se iban andando a sus respectivas mansiones. Como lo oyes. Los dos tenían magníficas mansiones aquí arriba en Nob Hill. Ahí estaba la del abuelo. —Señaló el lugar—. Y la de Huntington, ahí. Ya no queda nada. Recuerdo cuando derribaron la casa del abuelo. Fue en el veintiocho o veintinueve. Yo tenía catorce o quince años. Me llevé un gran disgusto. Era una casa muy fea.

Barbara se interrumpió. Sam tenía una expresión de éxtasis.

—¡Ah, ya! Ahora nos iremos a casa y te cambiaré el pañal. —Lo sentó otra vez en el cochecito—. Algún día, si Dios quiere, sabrás hablar y tendremos estupendas conversaciones.

Mientras regresaba a la casa de Green Street, Barbara se preguntaba por qué no se sentía triste ni desgraciada. Su marido se había embarcado en una loca aventura y ella tenía que comparecer ante el Comité de Actividades Antinorteamericanas, a pesar de lo cual estaba tranquila y relativamente contenta.

«Debo de ser una mujer extraña e insensible», se dijo.

Segunda parte

Juegos

—No me gusta tratar con judíos —dijo Mr. Kennedy. Era un hombre alto y grueso, con el vientre abultado sobre el cinturón. Llevaba sombrero tejano y traje de algodón blanco mojado de sudor—. Son unos agarrados. —Cerraba el puño para mayor énfasis—. Dinero, siempre dinero. Yo me la juego al venderle esos aviones, Mr. Cohen. Supongamos que usted los saca del país. Eso lo prohíbe la ley. He repasado las leyes últimamente. Soñé que Dios me decía: «Véndeles esos aviones». Pero estaba despierto. Mi esposa puede confirmarlo. Dice que estaba sentado en la cama con los ojos abiertos. Unos ojos como platos. Así que me dije: es palabra de Dios. Pero Dios respeta el derecho del hombre a hacer sus negocios como mejor le convenga mientras no despelleje al cliente. Y a usted no le despellejo. ¿No sabe lo que cuesta ahora cada uno de esos aviones?

Se hallaban sentados debajo del toldo de hojalata situado frente al almacén de Kennedy de materiales para la construcción, cara al desierto que tremolaba por el calor. Bernie se enjugó el sudor de la frente y dijo con suavidad:

—Yo no trato de estafarle, Mr. Kennedy. —Levantó la cartera—. Aquí hay ciento diez mil dólares en billetes de cincuenta y de cien sin marcar. Vamos a hablar claro. Usted no aceptaría un cheque. Dijo que tenía que ser en efectivo.

—Oiga, ¿es que me acusa de hacer transacciones ilegales?

—No, no, no. De ninguna manera. De todos modos, no encontraría usted muchos clientes dispuestos a pagar en dinero contante y sonante sin anotarlo en los libros. Este dinero no figura en los libros de nadie. No encontraría fácilmente una ocasión parecida. Y, cada día que pasa, esos aviones se estropean bajo el sol del desierto. Vaya si se estropean. Preguntamos a la «Lockheed» cuánto costaría ponerlos a punto. Ciento cincuenta mil cada uno, Mr. Kennedy, esos armatostes son ataúdes volantes.

—Pues parecen estar deseando ir de funeral —rió Kennedy—. ¿Cuál es su proposición, Mr. Cohen?

—Hemos reclutado a otros cinco radiotelegrafistas y dos navegantes. Llegarán a Barstow antes de medianoche, pero tenemos que pagarles. Doscientos a cada uno, lo que hace mil cuatrocientos en total. Luego, la factura del hotel para los demás y la comida y no tenemos ni un céntimo más que lo que hay en la cartera. De manera que si usted se mantiene en ese precio, tendremos que dejarlo, pagar las cuentas y buscar en otro sitio.

—¡En otro sitio! ¿Dónde van a encontrar aviones como éstos a este precio? No los hay.

—Me han hablado de dieciséis «C-46» de carga cerca de San Diego. No tienen tanto radio de acción, pero están en mucho mejor estado.

—Cohen, eso es un farol.

Bernie se encogió de hombros y esperó.

—¿Y si se lo dejo en ciento nueve mil?

—No habría nada que hacer.

—¡Puñeta, cómo me revienta hacer tratos con judíos! ¿Cuánto pretende sacar de esa cartera?

—Necesitamos tres mil dólares para gastos. Le doy ciento siete mil dólares. Es mi última oferta. ¿Lo toma o lo deja?

—No se ponga chulo conmigo —replicó Kennedy, irritado—. ¿Cómo sé yo que ese dinero es limpio? Estamos en Barstow, no en Los Ángeles. ¿Y si llamo al sheriff y le digo que tiene usted ahí un maletín lleno de dinero de dudosa procedencia? El sheriff es amigo mío.

—Llámele. —Bernie se encogió de hombros—. Yo sé de dónde ha salido el dinero. Si usted quiere que el sheriff lo compruebe, por mí no hay inconveniente.

—¡Cochino hijo de perra...!

—Es su negocio, Mr. Kennedy.

—¿De verdad piensa llevar esos aviones a Tierra Santa, Cohen?

—Usted sabe que eso es ilegal, Mr. Kennedy —dijo Bernie con paciencia—. Tiene que estar enterado de la declaración de Truman número dos siete seis. Me lo dijo usted mismo. Usted sabe que la ley nos prohíbe sacar esos aviones del país.

—Eso es lo que dice mi abogado.

—Exacto. Ahora supongamos que estando usted bajo juramento le preguntan: ¿Sabía adónde iban esos aviones? Lo único que puede decir es que su plan de vuelo especificaba Melville, Nueva Jersey. Lo cual es perfectamente legal. Vamos a ver, ¿cerramos el trato en ciento siete mil?

—Hijo, le sacaré usted sangre a una piedra. —Movi6 afirmativamente la cabeza—. Trato hecho. Me ha exprimido y yo he picado.

Aquel mismo día por la tarde, Dan llamó por teléfono a Barbara para decirle que él y Jean cenaban fuera y si quería acompañarles.

—Me gustaría, papá, pero Bernie quedó en llamarme esta noche y no puedo salir de casa. Además, no sé si a estas horas podría encontrar niñera.

—Lástima. Esperaba poder verte.

Parecía deprimido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Barbara.

—Estupendamente.

—Entonces, ya que yo no puedo salir de casa, ¿por qué no venís después de

cenar? Os daré postre y café y charlaremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Dan.

—Está bien. Hasta luego.

Barbara colgó el teléfono con una viva inquietud. Había algo en la voz de su padre... ¿O era su imaginación? Súbitamente, una idea la sobrecogió y subió corriendo a la habitación de Sam. El niño dormía tranquilo. Volvió a bajar y se dejó caer en la silla situada frente al teléfono. ¿Por qué no llamaba Bernie? Sólo hacía dos días que se había marchado y, de pronto, en aquel momento, le parecía una eternidad. No le había echado de menos hasta entonces; a decir verdad, al quedarse sola con su hijo y dueña de su tiempo sintió alivio. Ahora, por alguna razón que no podía explicarse, su talante había cambiado. Cuando se casó con Bernie, la gente se preguntaba qué había visto en aquel ex sargento sin dinero; pero Dan le dijo entonces: «Has encontrado a un hombre, Bobby; te comprendo». Pero no era cuestión de hombría, valor o decisión. Él era una persona recta y sincera que la quería de verdad y que no se parecía a casi ninguno de los hombres que ella conocía. «Es como es —se decía—. ¡Maldito seas, Bernie, llama ya de una vez!».

Casi como si respondiera a su conminación, el teléfono empezó a sonar y Barbara levantó el auricular antes de que terminara la primera señal.

—¿Bernie?

—Hola, Bobby, ¿cómo estás? ¿Cómo está Sam?

—Los dos estamos bien. Muy bien. Sam está durmiendo, y yo, sentada delante del teléfono, tratando de hacer que suene. ¿Dónde estás, Bernie?

—En Barstow. Todo marcha bien. Hemos cerrado el trato de los aviones y los chicos han estado trabajando en ellos todo el día.

—Me aterran esos aviones. ¿Tú crees que volarán?

—Como pájaros. Puedes estar segura.

—¿Y tú cómo te sientes?

—Estupendamente. Os echo de menos a ti y al niño. ¡Y cómo! Pero necesitaba esto. Se me estaba pudriendo el alma. No tiene nada que ver contigo, Bobby, ni significa que no te quiera, créeme.

—Lo comprendo.

—Vuelvo a sentirme vivo. Es una grata sensación.

—Conozco esa sensación, Bernie.

—También siento remordimiento.

—Déjate de remordimiento. Termina pronto y vuelve entero.

—Eso pienso hacer —dijo él—. Todo va viento en popa. Ahora tenemos un radiotelegrafista en cada avión. Esto era lo que más me preocupaba. Sólo nos faltan dos navegantes, pero ya nos arreglaremos.

—¿Cuándo os vais?

—Mañana al amanecer. Hace buen tiempo en todo el país y estaremos en Nueva Jersey antes de las cuatro, hora del Este. Escucha, Bobby, no tuve ocasión de hablar con tu padre. Estaba tan ofuscado con la operación, que no me paré a pensar en la enormidad de lo que pedíamos y él me dio ciento diez mil dólares sin pestañear siquiera. ¡Eso es portarse!

—Sí; a mí me pareció espléndido.

—Pero ¿por qué, Bobby? ¿Sabes por qué lo hizo?

—A medias. Es un hombre extraño y ha tenido una vida extraña. No actúa como la mayoría de la gente.

—Y que lo digas. ¿Le darás las gracias? Quiero que comprenda que no olvidaré eso.

—Intentaré hacérselo comprender, Bernie.

—Te quiero, Bobby. A mi manera, estúpido y neurótico, pero te quiero.

—Estimo eso en lo que vale. Tú también tienes cosas que yo admiro, Cohen. No muchas, pero algunas, sí.

—Pensaré en eso. Que Dios te bendiga.

Barbara colgó el teléfono, se apoyó en el respaldo de la silla, estiró las piernas y cerró los ojos. Aquella noche daría las gracias a Dan. «Papá, quiero darte las gracias por ser tan idiota como mi marido». No; así no. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Para pagar una deuda contraída con Mark Levy? Esto era una romántica estupidez. No se podía pagar deudas a los muertos. Debía de haber otras razones, profundas e imperativas. Barbara se preguntó si alguna vez habría comprendido a su padre y los motivos que lo guiaban. ¿Lo conocía realmente? Recordaba un incidente muy antiguo, ocurrido poco antes de que él y Jean se divorciaran. Él la invitó a cenar fuera, los dos solos. Le tendía la mano, desesperadamente, como el que se está ahogando; pero Barbara no se daba cuenta. Ella sólo veía que aquel hombre, su padre, había traicionado a su madre y tenía una amante china. Barbara recordaba muy bien cómo la aterraba aquella situación. Era años antes de que conociera a May Ling y aprendiera a quererla. Entonces sólo sentía repulsión de adolescente. Y, para colmo de vejación —así le parecía entonces—, su padre la llevó a «Gino's», el restaurante en el que solía comer con May Ling, cuyo propietario alabó su belleza de modo extravagante y estuvo hablando con su padre en italiano, lo cual despertó en Barbara temores y resentimientos de carácter étnico. Y ella se revolvió contra su padre como una gata furiosa, arañándole, insultándole, hundiéndole.

El recuerdo hizo que se le saltaran las lágrimas. La imagen de aquel hombre fuerte, magnífico, joven todavía, que con sus manos y su cerebro había conquistado a una ciudad orgullosa e intolerante, acobardado ante el ataque furioso de una colegiala imbécil, le resultaba casi insoportable. ¡Qué poco sabía y qué poco comprendía ella entonces!

Eran casi las ocho. «Basta de este tema», se dijo Barbara. Lo hecho, hecho estaba. Disponía casi de una hora antes de que llegaran sus padres, tiempo suficiente para producir una página de prosa, si no inmortal, por lo menos, aprovechable. Entró en el estudio y se sentó a la máquina.

Faltaba poco para las diez cuando llegaron Dan y Jean. Pocas veces había visto Barbara a su madre tan plácida y satisfecha. Llevaba un vestido nuevo de tafetán azul porcelana y negro, de cuello alto, manga larga y falda fruncida. El gran cuello le enmarcaba los hombros. Barbara la miró con franca admiración y suspiró:

—¡Si yo pudiera tener ese aspecto alguna vez!

A lo que Jean respondió:

—Vamos, niña, yo no soy más que una vieja que trata de disimular. Tú no necesitas disimulos. Nunca adivinarías dónde hemos cenado. Hemos retrasado el reloj hasta el comienzo de todo. En el «Palace», bajo la cúpula de cristal. Oh, reconozco que la cocina ha decaído mucho, pero ya ves. No habíamos estado allí desde mil novecientos once, ¿imaginas? Mil novecientos once y estamos en el cuarenta y ocho.

Dan se dejó caer en una silla. Barbara lo vio cansado, muy cansado. Miraba a Jean con una ligera sonrisa, como se mira a una criatura adorada, sin pedir más que el derecho a estar a su lado, a mirarla. Al advertirlo, Barbara trató nuevamente de comprender cómo podía su padre amar a dos mujeres tan intensa y tan largamente y volvió a pensar que Dan Lavette era un hombre enigmático.

—Aquella noche, él llevaba su smoking —continuó Jean.

—El primero que tuve —dijo Dan.

—Y la primera vez que lo llevaba en una de nuestras citas, Bobby. Ya se lo había puesto otra vez, para ir a una fiesta que dábamos en casa. Por eso se lo hizo, para cenar con los distinguidos Seldon de Nob Hill. Él, un pequeño advenedizo del Tenderloin.

—Papá nunca fue pequeño —protestó Barbara—. Él nació grande.

—Gracias —dijo Dan sacando un cigarro—. ¿No os molesta?

—Preferiría que no fumaras —repuso Jean—. Bueno, si insistes. Lo cierto es que fue nuestra primera salida, que Dan iba de smoking y que me llevó a cenar al «Palace». Y una cena del «Palace» de mil novecientos once, hija, alimentaría hoy a una familia de cinco personas durante una semana. Siete platos, todos con nombre francés y Dan Lavette, a sus veintidós años...

—Aún soy incapaz de entender un menú en francés —murmuró Dan.

—... tan sofisticado. Estoy segura de que pensó que si me ponía morada de tanto comer podría hacer conmigo lo que quisiera. ¿Te acuerdas, Danny, trucha de río, ciervo, codorniz, etcétera, etcétera? Nunca olvidaré la expresión de su cara mientras nos iban trayendo platos y más platos. En aquella época, una cena no era un ágape,

sino una prueba de resistencia.

Dan soltó una carcajada. Entonces, Barbara vio que la risa se convertía en una mueca de dolor. Se le cayó de la mano el cigarro que iba a encender y, al agacharse para recogerlo, se quedó doblado.

—Papá, ¿qué te ocurre? —gritó Barbara.

Jean corrió a abrazarle.

—Danny, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

—Tengo un dolor horrible —jadeó él—. Algo que me desgarrá aquí dentro. Y el brazo. Me parece que será mejor llamar al médico.

Barbara nunca había visto reaccionar de aquel modo a su madre, siempre tan serena y tan fría: May Ling la llamaba la dama de nieve. Aterrorizada, se asía a Dan que murmuraba:

—Estoy bien, Jeanie. Estoy bien.

Barbara llamó al doctor Kellman y lo encontró en su casa. Después de escuchar su descripción de lo que ocurría, indicó:

—Por lo que me cuentas, parece un ataque al corazón. Pero no os alarméis. Dan es fuerte. Ahora mismo llamo a una ambulancia y voy para allá. ¿Dónde está?

—Sentado en un sillón.

—Ayudadle a tenderse en el suelo. Pero que no se mueva. Yo voy en seguida.

Barbara colgó el teléfono.

—Mamá —dijo con voz neutra—, hazme el favor de dominarte. Papá se pondrá bien. Dice el doctor Kellman que le ayudemos a tenderse en el suelo. Papá —dijo a Dan—, yo te sostendré mientras mamá retira el sillón.

—Puedo levantarme —dijo Dan.

—Ya lo sé; pero lo haremos a mi manera. —Barbara le sujetó por las axilas, asombrada de su propia fuerza y le ayudó a echarse en el suelo mientras Jean retiraba el sillón. Luego dijo a su madre, que la miraba temblando, con el maquillaje escurriéndosele por la cara—: Mamá, sube a buscar una manta de mi cama. Aprisa. —Puso un almohadón debajo de la cabeza de su padre—. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Fatal. ¿Qué ha dicho el médico? ¿Es un infarto?

—O el «Palace Hotel» que se venga por tu mala opinión de su comida. ¿Qué puede saber él?

La cara de Dan volvió a crisparse de dolor. Alargó la mano y asió con fuerza la de Barbara.

Jean bajó con la manta y entre las dos arroparon a Dan. El doctor Kellman llegó al cabo de diez minutos, seguido al poco rato de la ambulancia. Jean se apoyaba en Barbara mientras el equipo de la ambulancia se llevaba a Dan en la camilla, aplicándole oxígeno con una botella portátil.

—Yo te llevaré conmigo al hospital —dijo el doctor Kellman a Jean—. No sabremos nada a ciencia cierta hasta que hayamos hecho algunas pruebas. Supongo que es un infarto y espero que sea leve, pero, como te digo, no lo sabremos hasta después.

—Sam no puede quedarse solo —dijo Barbara tristemente—. Llamaré a Eloise a primera hora de la mañana. Tú me llamarás desde el hospital, ¿verdad?

—Desde luego. —Jean vaciló—. ¿Aviso a Tom? No sé qué hacer.

—Eso puede esperar.

—Tú llama a Joe.

—Sí —convino Barbara—; pensaba hacerlo.

Jean y el médico se fueron y Barbara cerró la puerta. Experimentó un momento de pánico: primero, su marido; ahora, su padre. Era como si una fuerza extraña quisiera quitarle a sus seres más queridos, los hombres que, según afirmaba el mundo, eran la pared protectora detrás de la que debe mantenerse toda mujer. «En fin —suspiró—, yo nunca he sido de las que se escudan detrás de las paredes y, de todos modos, mis paredes nunca fueron muy sólidas. En realidad, hasta he perdido la costumbre de llorar». Se fue hacia el teléfono para llamar a su hermano Joe.

Joseph Lavette tenía ahora treinta y un años y era hijo de Dan y May Ling. Cuando Joseph tenía diez años, May Ling, incapaz de seguir soportando su situación de amante de Dan, se trasladó a Los Angeles. Dos años después, Jean y Dan se divorciaban, pero aún debían transcurrir otros dos años antes de que Dan y May Ling se casaran. Dan hizo cuanto estuvo en su mano para ser verdadero padre para aquel niño mestizo. Joe Lavette fue a la Universidad, estudió Medicina, fue llamado a filas, hizo su período de internado y residencia en el Sur del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial y poco después de licenciarse se casó con Sally Levy, la hermana de Adam. Hacía dos años que vivían en Los Angeles, donde Joe trabajaba en una clínica gratuita.

Joe cogió el teléfono y Barbara le explicó lo ocurrido.

—Son más de las once. Si encuentro avión, estaré ahí esta misma noche. ¿A qué hospital lo han llevado?

—Al «Monte Sión». Post esquina Scott, cerca de aquí.

—Sé dónde está. ¿Tú podrías alojarme en tu casa esta noche, Bobby?

—Desde luego.

—Si no hay avión, llamaré al hospital para hablar con Kellman y estaré ahí por la mañana.

Al colgar el teléfono, Barbara se preguntó: «¿Se lo digo a Bernie?». Decidió que sería inútil, del mismo modo que había decidido que sería inútil hablarle de la citación del comité del Congreso.

Barbara se sentía incapaz de acostarse. Sabía que no podría dormir. Trató de leer,

pero no conseguía concentrarse y después de pasar media docena de páginas sin poder retener ni una sola frase dejó el libro y puso la radio. Giró el mando hasta encontrar una emisora que daba noticias, por si decían algo de Bernie y los aviones. Un congresista estaba hablando de la necesidad de los Estados Unidos de hacer acopio de armas atómicas. Barbara cerró la radio, asqueada. Una y otra vez, tendía la mano hacia el teléfono y desistía. Se quedó dormida, pues eran las dos y media cuando el agudo timbre del teléfono la sobresaltó. Era Joe.

—Estoy en el hospital, Bobby. Papá se salvará. Saldrá de ésta.

—¿Estás seguro, Joe?

—Casi completamente seguro. Todo lo seguro que se puede estar en estos momentos. Está en cuidados intensivos y en una tienda de oxígeno, pero las constantes vitales son buenas. Ha sido un infarto bastante fuerte y tendrá que guardar cama una temporada, pero es fuerte como un toro y se repondrá. ¿Te he despertado?

—No estoy en la cama, Joe. Te espero.

—Ahora acompañaré a Jean a su casa y le daré algo para calmarla. Está deshecha. Luego iré para allá.

—Gracias, Joe. Y gracias por venir.

—No es que yo haya hecho algo. Kellman es muy bueno. De todos modos, me siento mejor estando aquí.

Barbara volvió a dormirse. Eran más de las tres cuando Joe llamó a la puerta. Se quedaron en la cocina tomando café casi hasta el amanecer. Barbara contó a Joe lo de Bernie y también lo de la citación.

—Las desgracias nunca vienen solas. Pobrecilla.

—Yo no lo veo así —repuso Barbara—. Nuestro matrimonio no funcionaba. Las cosas iban de mal en peor. Es muy triste ver cómo se hunde un matrimonio cuando odias a tu marido. Pero si le quieres como yo quiero a Bernie, entonces es horroroso, Joe. Y por lo que se refiere a la citación, Harvey Baxter dice que no hay por qué preocuparse. Evidentemente, alguno de los miembros de ese Comité Antinorteamericano sabrá leer lo suficiente como para leer mi libro y enterarse de lo que me pasó en Europa, y dice Harvey que citar a la gente célebre, aunque no es que yo lo sea, y organizar un número de circo. A decir verdad, este asunto me produce cierta excitación. Me siento como cuando fui a Alemania en mil novecientos treinta y nueve, un poco asustada y un mucho curiosa por ver a la fiera en su caverna.

—¿Lo sabe papá?

—Sabe lo de Bernie, desde luego, pero no lo de la citación. Tú eres el único a quien se lo he dicho además de Harvey Baxter. Supongo que cuando vaya a Washington vendrá en todos los periódicos, pero hasta entonces no quiero preocuparme y, desde luego, no creo que a papá le convenga enterarse ahora.

Con diez años de guerras a sus espaldas, Bernie Cohen no era piloto, ni navegante, ni radiotelegrafista, por lo cual iba de pasajero en uno de los diez grandes «C-54» que, uno a uno, fueron despegando de la pista del desierto. Volaban con la proa hacia el sol, que acababa de asomar por el horizonte. El avión de Bernie estaba pilotado por un tal Jerry Fox, un muchacho delgado, pelirrojo y pecoso que aparentaba dieciocho años, tenía veintiséis y había servido en la Décima Fuerza Aérea. El navegante, que también hacía las veces de radiotelegrafista, se llamaba Al Shlemsky y era un hombre moreno y taciturno de treinta años, nacido en el distrito de Williamsburg de Brooklyn, que se fue a Palestina a los dieciséis años y que, al igual que Bernie, sirvió en el Ejército británico. Después de la guerra volvió a Palestina y se alistó en el Irgún, organización terrorista que mandaba Menachem Begin. Fue capturado por las fuerzas de ocupación británicas y estuvo prisionero en la prisión central de Jerusalén durante siete meses.

—Estaba allí cuando ahorcaron a Dov Gruner —indicó a Bernie, mientras sus ojos oscuros parecían mirar hacia dentro—. Colgaron a cuatro de los nuestros: Gruner, Drezner, Alkochi y Kashani. No podíamos creer lo que estaba ocurriendo. Eran soldados que luchaban por su patria. Y a nosotros siempre se nos dijo que los ingleses eran civilizados. El día en que los fueron a buscar a la celda para ahorcarlos, les oímos cantar el Hatikvah. Alguien nos gritó lo que ocurría y todos nos pusimos a cantar. Éramos noventa cantando el Hatikvah en aquella asquerosa cárcel. Recuerdo que yo lloraba mientras cantaba. Un mes después, me soltaron y vine a los Estados Unidos para ver a mi madre que se estaba muriendo. Es gracioso, ella era una sencilla judía ortodoxa, amable y pacífica que no comprendía qué había ido a hacer yo a Palestina. No supe explicárselo. Luego me enteré de que estos chicos de la Haganah buscaban pilotos y navegantes y aquí estoy.

Jerry Fox, el piloto, era diferente. Él se divertía enormemente.

—Nunca había volado en una de estas cafeteras —dijo a Bernie—, pero son un encanto. Son más manejables que los «17-G» y aquí no hay nadie que me grite. Hice veintidós salidas con los «17-G». Yo te aseguro, Cohen, que esto es mucho mejor que West Covina. ¿Has estado en West Covina?

Bernie movió negativamente la cabeza.

—Tienes suerte. Está en las afueras de Los Angeles. Allí vive mi familia. Papá tiene una ferretería. Cuando me licenciaron, volví al Colegio Universitario de Pomona. Los finales de semana tenía que ayudar en la tienda. Aquello me consumía. A mí lo único que me gusta es volar, pero cualquiera encuentra trabajo con diez mil pilotos en paro. Entonces se presentó esto. Con tal de volar con este armatoste, hasta pagaría. Lo más gracioso es que tampoco soy tan judío. Mi padre lo es; pero mi madre es irlandesa y a mí me educaron como católico. Colegio parroquial y demás... Y aquí estoy, camino de Palestina. Si no es el colmo.

Bernie, sentado en el lugar del copiloto, con las montañas Rocosas debajo y los otros aviones alineados a derecha e izquierda, pensó que si hacía una semana alguien le hubiera dicho que ahora estaría allí, hubiera desechado la idea como un sueño disparatado.

Sally Lavette, la esposa de Joe, era una mujer extraordinaria, afirmación que el propio Joe hubiera sido el primero en corroborar. En primer lugar, a los trece años decidió que se casaría con Joe, contra viento y marea. Por aquel entonces, él trabajaba durante el verano en las bodegas de Higate. A los trece años, Sally era una jovencita delgada, pecosa y rubia, que deploraba su carencia de busto y rellenaba el sostén con algodón. A los veinte, cuando se casó con Joe, Sally era una muchacha alta, esbelta, rubia y con los ojos azules, que no necesitaba rellenos. A los catorce dedicaba a Joe sonetos que copiaba de Elizabeth Barrett Browning y firmaba alegremente Sally Levy; a los veinte, publicó su primer libro de poesías que fue aclamado por la crítica y le reportó un beneficio de ochenta y seis dólares nada menos. Era lista, vivaz, cáustica, impetuosa y romántica. Cuando se casó, comunicó a su marido que pensaba darle diez hijos y, tras el nacimiento del primero, redujo la cifra a tres.

Sally tenía muchas ilusiones, una de ellas, la de vivir en San Francisco en una casa parecida a la de Barbara, a quien adoraba, y, a poder ser, a poca distancia. Y en esa casa instalaría Joe su consultorio. Aquél era el sitio ideal para un médico. Pero Joe tenía otros planes, lo cual fue causa de su primera pelea en la que se enfrentaron el temperamento explosivo y apasionado de ella y la fría testarudez de él, seguida de una reconciliación lacrimosa. Joe tenía sus propios planes, planes que había madurado durante su larga y penosa permanencia en el Pacífico. Él quería abrir una clínica en East Los Ángeles, zona llamada «el Barrio» y habitada por inmigrantes mexicanos o «chicanos», como se llamaban ellos en el sur de California. No quería oír hablar de Russian Hill ni de un lucrativo consultorio en San Francisco. Joe no conservaba buenos recuerdos de la ciudad y no había olvidado las historias que le contaba Feng Wo, su abuelo, del odio contra los chinos que existía en la ciudad. Él se había criado en Los Ángeles y sentía por la ciudad un cariño que Sally no podía comprender.

Joe pidió una donación a la Fundación Lavette, con la que compró un viejo almacén de ladrillo de una sola planta en Boyle Avenue y formó sociedad con Frank González, antiguo condiscípulo de la Facultad y compañero del Ejército. Entre los dos convirtieron el viejo almacén en una clínica de barrio, con salas de reconocimiento, rayos X, una sala de operaciones para cirugía menor y unas cuantas camas para urgencias. Cobraban unos honorarios casi simbólicos a los que podían pagar, y a los que no podían, les atendían gratuitamente. Para González, un chicano serio, bajo y moreno, aquella clínica era la ilusión de su vida hecha realidad, y miraba

a Joe Lavette como los Apóstoles debían de mirar al Maestro. Sally, que estaba convencida de que su marido era casi un santo, aceptó la situación y procuró adaptarse. Hasta que nació la niña, pasaba varias horas al día detrás del mostrador de Recepción de la clínica. Joe y ella habían comprado una casa muy pequeña cerca de Silver lake, un lugar de East Los Angeles que no era un lago, sino un gran estanque de cemento rodeado de una cadena a modo de valla e hileras de casas lúgubres. Sally no se acostumbraba a aquel lugar. Joe opinaba que tenían que vivir en East Los Ángeles y, mientras formara parte del barrio, lo mismo daba un lugar que otro. Sally, que había vivido siempre en el valle de Napa, encontraba Silver Lake horrendo, aún más que la zona de la clínica.

Sally aún mantenía en la Recepción un turno de dos días a la semana. Se llevaba a la niña y la dejaba en el cochecito al lado de su escritorio. Era una madre tranquila y sin manías y May Ling, una niña plácida y contenta. A la mañana siguiente a la que Joe se fuera a San Francisco para estar con su padre, Sally puso a la niña y la cuna plegable en el coche y se dirigió a la clínica. La mayoría de sus poesías las había escrito sentada ante la mesa de Recepción. Aquel lugar la fascinaba, repelía e irritaba; pero Sally tenía la facultad de verse desde el exterior y, a sus ojos, la imagen de la futura poetisa más importante del país, todavía desconocida, trabajando en una clínica de Boyle Heights, resultaba romántica e interesante. No conocía muy bien al padre de Joe, pero le era simpático y la idea de que pudiera estar muriéndose la entristecía, dentro de lo que cabía desde luego. Se alegró cuando González le dijo que Dan se salvaría.

—Joe me llamó —explicó.

—¿Y por qué no me llamó a mí?

—Eran más de las dos. A mí me llamó para pedirme que viniera temprano para sustituirle. Ya conoces a Joe. A ti no te llamaría de madrugada.

—Sí; ya conozco a Joe.

—La niña se ha dormido —dijo González—. ¿Por qué no la pones en la sala de rayos X? Allí nadie la molestará.

—No, gracias; no quiero exponerla a radiaciones.

—Sally, cuando el aparato no funciona no hay radiación.

—Eso es lo que tú dices.

González suspiró y desistió de convencerla. Horas después, Sally llevó a May Ling al despacho de Joe para darle el pecho. Cuando nació la niña, el médico sugirió que la criase con biberón, que entonces era lo más corriente; pero Sally se negó. Por primera vez en su vida estaba satisfecha del tamaño de sus pechos y no quería hacer nada para reducirlo. Por fin podía usar sujetadores del ochenta y cinco y librarse de su complejo de mujer lisa.

Hacia las nueve había mucha actividad en la clínica, y a mediodía el trabajo

disminuía. Entonces, una de las enfermeras, Jessica Tamal o Roberta Syznick, relevaba a Sally para que pudiera dar de mamar a May Ling. Mientras daba el pecho a la niña en el despacho de Joe, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Sally? Me han dicho que estabas aquí. Soy Billy Clawson. ¿Puedo entrar?

—¿Billy Clawson? No lo creo. Pasa, pasa.

Él entró en el despacho y cerró la puerta. Luego, al verla, se quedó cortado y fue a salir otra vez.

—Será mejor que vuelva luego.

—¡Por Dios, Billy! —exclamó Sally con impaciencia—. ¿Es que nunca habías visto mamar a una criatura? ¿O está prohibido a los clérigos? No seas tonto, tu hermana está casada con mi hermano, de modo que somos de la familia. Siéntate. En seguida termino.

Él tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada. Se sentó y volvió la cara, para dejar a Sally fuera de su campo visual. Ella nunca le había visto vestido de aquel modo, con jersey de cuello alto, pantalón de algodón y unos zapatos viejos. Siempre le pareció un poco ridículo, una caricatura de hombre inofensiva y amable, sin hostilidad ni ambición; ahora pensó que nunca le había mirado realmente o, si le había mirado, no le había visto. Tenía la cara larga y una mata de pelo castaño. «No es guapo —pensó—, pero resulta simpático, con esos ojos oscuros y solitarios». Ésta fue su descripción: ojos solitarios. La frase le gustaba. Las palabras, y en especial los adjetivos, siempre fascinaron a Sally.

Billy Clawson le dirigía miradas furtivas. Ella contempló el pecho que May Ling empezaba a soltar, chupando ya mecánicamente, sin ganas, con la cara sonrosada y los ojos cerrados, y se dijo que bien valía alguna que otra mirada furtiva, pues era bonito y redondo. Sally se cubrió y puso a May Ling en el cochecito.

—Al fin y al cabo, yo no tuve lo que se dice pecho hasta los diecisiete años —dijo a Billy—. Y nunca comprenderé por qué han de taparse las mujeres lo mejor que tienen. —Se abrochó el sujetador y la blusa—. Claro que fue idea de los hombres. Hatajo de hipócritas y santurriones...

—¿Siempre dices cosas tan fuertes?

—En realidad, tú y yo no habíamos conversado nunca, Billy. Te advierto que hoy estoy muy modosa. Dime, ¿qué te trae por aquí? Éste es el último lugar del mundo en el que esperaré encontrarte. Esto es Boyle Heights, Los Ángeles, «el Barrio», los bajos fondos. ¿Sabes que curamos más heridas por arma blanca que ningún otro dispensario de la ciudad?

—He venido a ver a Joe y me dicen que está en San Francisco porque su padre ha tenido un infarto. Lo siento mucho. A Mr. Lavette no lo he visto más que un par de veces y me pareció un hombre con mucha personalidad y una gran vitalidad. A estas

personas no las imaginas enfermas.

Sally le sonreía.

Billy movió la cabeza, confuso.

—Perdona —dijo Sally—. Es que me hace gracia tu modo de hablar, no creas que soy insensible a la desgracia ajena, Billy. Aprecio mucho a Dan Lavette. Además, dice Joe que ya está mejor. ¿Has almorzado?

Billy movió negativamente la cabeza, todavía más confuso.

—Aquí tengo un bocadillo enorme —dijo Sally, abriendo el paquete—. Jamón y queso con pan de centeno. Toma la mitad, haz el favor. También he traído un termo de café porque no soporto el que hacen aquí. Anda, que no podría con todo.

Aquél era su primer encuentro mano a mano con Sally Lavette, y Billy no estaba preparado para ello. Aceptó el medio bocadillo porque no sabía cómo decir que no.

—¿Puedo serte útil en algo? —preguntó Sally—. Quiero decir, si es que has hecho el viaje para ver a Joe. Estoy segura de que él regresará esta misma noche.

—Bueno, en realidad no sé —respondió Billy, incómodo—. Aunque en realidad tal vez será mejor que hable contigo en lugar de marear a Joe. Se me ha ocurrido que quizá yo pudiera ser útil aquí, hacer algo que justificara mi existencia. ¿Te parece una estupidez? Soy un sacerdote episcopaliano que no soporta poner los pies en una iglesia. Bueno, es la primera vez que lo digo. Por lo menos, en voz alta.

—Pues ya lo ves, Dios no te ha fulminado.

—A veces pienso que ojalá lo hiciera. Lo malo es que no creo mucho en Él. No creo en nada. Yo no quería hacerme sacerdote, pero mi madre se empeñó. Decía que era la forma de impedir que me movilizaran. Y acabé de capellán en el Pacífico. Dos años de pesadilla, desde Guadalcanal hasta el fin. Pero desde que me licenciaron no he hecho nada. Absolutamente nada. Veo pasar los días, vegeto.

Sally le miraba con asombro. Aquél no era el mismo hombre con el que ella había hablado media docena de veces, al que Joe se refería con tanto desprecio. «¿Qué me pasa? —pensó—. ¿Por qué soy incapaz de ver a las personas como son en realidad? Yo no soy poeta sino una bruta».

—Yo admiro mucho a Joe —prosiguió él—. Me parece que lo que hace es formidable. Tiene un significado. Nada de lo que yo hago lo tiene. Mi padre quiere meterme en el negocio. No puedo explicarle por qué la idea me parece sin sentido. Mi madre desearía verme ocupando un cargo en una iglesia. Ella sueña con la catedral de la Divina Gracia. Yo preferiría ser un estibador del puerto antes que dejarme encerrar en semejante trampa.

—¿Por qué no lo eres?

—¿El qué?

—Estibador del puerto.

—Sabe Dios. Seguramente, porque me falta valor y porque no quiero quitarle el

trabajo a alguien que lo necesita más que yo. Se me ha ocurrido que yo podría hacer algo aquí. No necesito dinero. Tengo más que suficiente.

—¿Sabes lo ingrato que es este trabajo? —preguntó Sally.

—No; en realidad, no.

—¿Y qué podrías hacer, Billy? Te falta preparación.

—Estuve dos años en el Pacífico, Sally. ¿Imaginas que en aquellas islas infernales necesitaban capellanes? Ellos querían sanitarios, de modo que durante la mayor parte del tiempo que pasé allí fui enfermero voluntario. Es la única preparación que he recibido. Aquí nadie me conoce. No me gusta decir que ello significaría mucho para mí, pero así es.

Sally le miraba fijamente.

—¿Es que no vas a decir nada?

—Hablaré con el doctor González. Es el socio de Joe.

—¿Puedo hablar yo con él? —preguntó Billy.

—No; ¿por qué no vuelves después, Billy? O, mejor aún, llámame por teléfono. Te daré el número. Te invitaría a quedarte a dormir en nuestra casa; pero es muy pequeña.

—¡Oh, no, no! No es necesario. Iré a un hotel. Luego te llamo. Seguro.

Cuando Billy se hubo marchado, Sally habló con González acerca de su proposición.

—Vamos, tú quieres burlarte de mí —dijo González—. ¿Un sacerdote episcopaliano? ¿Y eso qué es? ¿Lo mismo que un sacerdote católico? Creí que tenían ministros.

—Viene a ser lo mismo. Pero éstos pueden casarse. Lo cierto, Frank, es que el pobre está desesperado.

—Ya lo vi. ¿Y qué puede hacer aquí?

—Aquí hay más trabajo del que podemos hacer. Podría relevarme en Recepción, para que yo tuviera tiempo de ser madre y escritora. Ya sabes cómo se pone esto algunos días. Dice que estuvo en Sanidad. Tiene que saber algo.

González movió la cabeza.

—No se trata de eso. Esto es «el Barrio». No se quedará más de un día.

—Ten en cuenta que pertenece a una de las familias más ricas de Oakland y que tú y Joe tenéis la clínica más pobre de California.

—Oye, oye, que nos defendemos. Pagamos los sueldos. De todos modos, ¿dices que tiene pasta?

—Su padre la tiene. No sé lo que tendrá él.

—Sally, ¿tú sabes lo que podríamos hacer con otros diez o veinte mil dólares? Hablaré con Joe.

—Y de paso quizá salves un alma.

—Eso es otro cantar. —La miró fijamente—. Eres una buena chica. Sólo que a veces te pasas un poco.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo.

Cuando, a la mañana siguiente, poco después de las nueve, Barbara llegó al hospital, su madre estaba ya en la sala de espera. Jean le dijo que Dan dormía.

—¿Cómo está?

—Dicen que mejor. ¿Con quién está el niño?

—Con Eloise. ¿Ha venido Joe esta mañana?

—Sí. Ya ha regresado a Los Ángeles.

—¿Cuándo podré verle?

—Cuando despierte, supongo. —Jean hacía un esfuerzo por hablar con naturalidad—. Creo que se pondrá bien. Yo lo he pasado fatal, Bobby. Me gustaría que lo comprendieras.

—Lo comprendo.

—Sí. Quizá mejor que yo, porque lo único que yo era capaz de pensar anoche es que si él moría todo habría terminado para mí. Eso es egoísmo. Pero yo siempre he sido una egoísta, ¿no?

—No esperes que te ayude a compadecerte de ti misma, mamá. Cuando alguien muere, el que sufre es el que sigue viviendo, no el muerto. Yo creo que quieres mucho a papá, más de lo que tú te atreves a reconocer. Entonces es natural que pienses que si él muriera todo habría terminado para ti. Pero no habría terminado.

—¡Tú siempre tan segura de ti misma! —explotó Jean inesperadamente en un tono en que nunca había hablado a Barbara—. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que mi vida no ha sido un lecho de rosas y que yo me la he complicado cuanto pueda complicársela una persona?

—Se me ha ocurrido, sí.

—Haber recuperado a ese hombre estos años me ha traído una pequeña dosis de felicidad. Al cabo de treinta años de tristeza. Las cosas fueron mal desde el principio sin que ninguno de los dos supiera cómo ni por qué.

Jean siguió hablando, vertiendo amargura, real o falsa. Era aquélla una faceta de su madre que Barbara no conocía ni estaba dispuesta a admitir. Durante tres décadas, Jean Lavette fue, en su esfera, la mujer más hermosa de San Francisco, o así la consideraban sus selectas amistades. Y ella se movía y vivía en aquella esfera muy feliz y contenta. ¿O era sólo *pose* y teatro? Barbara nunca vio a su madre compadecerse a sí misma de aquel modo. Era algo denigrante para la fría, austera y altiva Jean Lavette que estaba muy por encima de aquellas sensiblerías. ¿O no? Ahora exhibía su dolor ante su hija, miles de noches de indescriptible soledad,

amistades vacías, risas sin alegría. Barbara estaba fría. De pronto sintió el deseo de estar lejos de allí. En algún lugar del mundo debía de haber realidad. Las quejas de Jean la irritaban y su irritación le hacía sentir remordimiento. Se alegró cuando la enfermera entró a decirles que ya podían ver a Mr. Lavette.

Cuando entraron en la habitación de Dan, Jean parecía otra. Barbara se quedó atónita ante la transformación de una mujer quejumbrosa, displicente y cincuentona, en una esposa serena, joven y atractiva. Interiormente le dedicó un gran ¡viva! Jean era asombrosa. «¡Bendita sea!», pensó Barbara al verla besar a Dan con calma y decirle:

—Tú no haces las cosas a medias, Danny. Me diste un buen susto.

—Pues el que yo me llevé... —contestó él con voz débil—. Hola, Bobby, ¿qué te parece el viejo?

—No tienes mal aspecto, papá. En absoluto. ¿Cómo te encuentras?

—Según Joe, ha sido un ataque suave. Lo peor es que me van a tener varias semanas en cama. Pero lo resistiré.

Minutos después, Jean pidió disculpas y salió de la habitación.

—¿Adónde va? —preguntó Dan.

—A llorar un poco, imagino —respondió Barbara—. Nunca había visto llorar a mamá. Ni yo ni nadie, hasta anoche. Ella nunca se permitió ese placer. Yo voy a echarme a llorar de un momento a otro; pero eso nunca fue un problema para mí. Está muy asustada. Y es que te quiere mucho. ¿Lo sabías? Una pregunta tonta, supongo.

—No es una pregunta tonta. En realidad, nunca estuve seguro. Cuando murió May Ling, creí que la vida ya no tenía sentido. Ya nada me importaba. Luego, cuando encontré a tu madre, después de tantos años, empecé a vivir otra vez. Lo nuestro ha sido extraño. Anoche creí que me moría. No quería morir. Era bueno vivir.

El vuelo a través de todo el país fue mucho mejor de lo que Bernie esperaba. El tiempo, propicio en marzo a las tormentas repentinas, estuvo sereno como en junio. Los aviones volaban a la vista unos de otros, en una formación bastante aceptable. Daban la información que se les pedía y no encontraron tropiezos.

Aterrizaron en Dodge City, Kansas, para repostar. En todas partes se cobraban viejas deudas. Hacía más de treinta años, un judío llamado Glazer y un irlandés llamado Sweeney habían introducido de contrabando en Dublin cuatro cajas de rifles y municiones. Ahora, el hijo de Sweeney, que ganaba bastante dinero con los negocios del petróleo y conservaba viva la antipatía hacia los ingleses y el recuerdo de la deuda que su padre había contraído con su socio, les envió cuatro camiones-cisterna de combustible de aviación a un aeropuerto comercial de poco tránsito situado a unos veinticinco kilómetros de Dodge City.

Joe Sweeney, corpulento, barrigón y de unos cincuenta años, tenía en el coche

una excelente botella de ginebra irlandesa, de la que él y Bernie bebieron sendos vasos de papel.

—¡Lo que yo daría por ir con vosotros! —dijo Sweeney—. Eso es tener un ideal, hijo, mientras que yo no tengo más jodido ideal que emborracharme dos veces a la semana y dárme las de muy hombre.

Cuando despegaron los aviones, Bernie lo vio de pie en la pista, agitando los dos brazos. El viaje continuó sin incidentes, y a última hora de la tarde sobrevolaban el aeropuerto de Nueva Jersey, desde donde les daban instrucciones para el aterrizaje.

El primero en tomar tierra fue el aparato de Bernie. Jerry Fox hizo uno de esos aterrizajes en los que casi no se nota en qué momento dejas de volar.

—¡Tesoro! —murmuró el piloto—. ¡Qué maravilla, qué finura!

Mientras bajaban, Bernie vio a un grupo de hombres en el extremo de la pista. Dos de ellos se acercaron corriendo mientras el avión se movía aún.

El aeropuerto, situado entre los pinares arenosos del sur de Nueva Jersey, no era grande ni estaba bien equipado. Tenía dos pistas en forma de aspa, tres hangares y una torre de control de madera. Cerca de los hangares había media docena de aparatos pequeños. Para el aterrizaje, Fox utilizó la pista en toda su longitud y luego, haciendo un viraje, situó el avión en una placa de estacionamiento asfaltada. Los dos hombres corrían desgarbadamente pero con tesón, como si trataran de interceptarlo. Bernie vio a otro grupo de hombres salir del hangar y dirigirse hacia el avión. Acababa de aterrizar el segundo «C-54» y el tercero se disponía a hacerlo.

Los motores del avión de Bernie todavía funcionaban.

—¡Deja espacio para los otros! —gritó Bernie a Fox. Luego corrió hacia la parte posterior del avión y abrió la puerta.

El primero de los dos hombres le gritaba algo que, con el estruendo de los motores, él no entendía. El avión se detuvo y Bernie saltó al suelo.

El que corría, un hombre calvo y de mediana edad, jadeó casi sin aliento:

—¿Dónde está Brodsky?

Bernie señaló a los aviones que entraban.

—¿Quién es usted?

—Cohen. Por el momento, yo dirijo la operación.

—¿Bernie Cohen?

—Sí.

Llegó el segundo hombre. Era pequeño, moreno, vivaz y venía resoplando.

—Soy Jack Feinstein —dijo el calvo, entregando a Bernie un billete de un dólar—. Tenga. No hay tiempo para explicaciones. Confíe en mí.

Bernie tomó el billete.

—Confíe en mí —repitió Feinstein respirando entrecortadamente. Sacó unos papeles del bolsillo interior y puso a Bernie una pluma en la mano—. No pregunte.

Firme aquí. Confíe en mí.

Los papeles se agitaban movidos por el viento que levantaban los aviones al aterrizar.

—¿Qué diablos tengo que firmar? —preguntó Bernie—. ¿Y quién es usted?

—Feinstein. Abogado de la Haganah. Mire —dijo señalando a los cuatro hombres que avanzaban hacia ellos—. El FBI y la Aduana. Tiene usted que firmar antes de que lleguen. Es una factura de venta. Por un dólar y otras valiosas razones, usted vende estos diez aviones a don Luis Montego, de las Líneas Aéreas de Panamá. ¡Por su madre, no se quede ahí parado! ¡Confíe en mí!

Brodsky corría hacia ellos. Los cuatros hombres se encontraban a menos de cincuenta metros y andaban de prisa.

—¡Es Feinstein! —gritó Brodsky—. Es amigo.

—Firme, señor, firme ya —le instó Montego.

Bernie firmó.

—Ponga sus iniciales aquí y aquí —dijo Feinstein.

Bernie estampó sus iniciales. Feinstein entregó los papeles a Montego en el instante en que llegaban los cuatro hombres. Aterrizó el último avión. Brodsky, Jerry Fox y Herb Goodman se unieron al grupo.

Los cuatro desconocidos, con traje oscuro y cara seria, se encararon con el grupo de pilotos, navegantes y radiotelegrafistas. Uno de ellos exhibió una insignia.

—Fenton, Aduanas de los Estados Unidos. Traigo una orden de incautación de esos aviones. Ello significa que no se puede descargar material alguno, entrar en ellos ni moverlos de donde están.

—Permítame ver la orden —dijo Feinstein, tratando de respirar con normalidad.

—¿Usted quién es?

—Feinstein, abogado.

—¿Abogado de quién?

—De don Luis Montego, de Líneas Aéreas de Panamá.

—No sé qué pinta en este asunto —replicó el funcionario de Aduanas, sacando un papel del bolsillo—. Ahí está la orden. Decreto dos siete siete seis del presidente Truman que coloca los aviones comerciales bajo la jurisdicción del Consejo de Control de Aprovisionamientos.

—Sólo aquellos aviones que salen del país con supuestos fines militares —dijo Feinstein.

Otro de los cuatro hombres sacó una placa.

—Bently, F. B.I. Según nuestros informes, esos aviones fueron adquiridos ayer a un tal Cary Kennedy, de Barstow, California, por Bernie Cohen, con propósito de sacarlos de los Estados Unidos.

—¡Mira lo que nos ha hecho el bueno de Kennedy! —susurró Bernie a Brodsky.

—¡Hijo de su madre!

—Pues los aviones aún están aquí —señaló Feinstein—. No tienen ustedes derecho a confiscar la propiedad privada de un ciudadano de los Estados Unidos.

—No quiera dárselas de listo, Feinstein.

—Es más, los aviones no pertenecen a Cohen, sino a mi cliente, don Luis Montego de Líneas Aéreas de Panamá. En otras palabras, pertenecen a una Compañía comercial extranjera y cualquier tentativa de confiscarlos traerá problemas. El señor Montego dispone de todas las autorizaciones y licencias de exportación que exige la ley. ¿Quiere usted enseñarles la factura, señor Montego?

Sonriendo, Montego entregó a Bently la factura que acababa de firmar Bernie. Bently la miró, la pasó a sus acompañantes y dijo ásperamente:

—No cuela, Feinstein. Sabemos muy bien qué uso se pretende dar a esos aviones. No cuela.

Brodsky dio un codazo a Bernie. Dos hombres pegaban a las colas de los aviones unas tiras adhesivas en las que se leía: líneas aéreas de panamá.

—¡Dejen eso inmediatamente! —gritó el de Aduanas. Y, volviéndose hacia los del FBI—: ¿No van a hacer nada? Eso es un subterfugio. Un subterfugio vil y chapucero.

—Ya conocen ustedes la ley —dijo Feinstein—. Necesitan una orden judicial para anular la licencia de exportación del señor Montego. Cuando encuentren ustedes a un juez federal, obtengan un mandamiento que prohíba el envío de esos aviones a Panamá y nos lo traigan, nosotros lo cumpliremos. Mientras, resistiremos por todos los medios a nuestro alcance cualquier tentativa de impedir la salida de estos aviones.

—¿Piensan ustedes consentir que se salgan con la suya? —preguntó Fenton a Bently.

—Vamos a buscar un teléfono. Ya verán.

Cuando los cuatro hombres se fueron, Brodsky presentó a Feinstein y a Bernie. Los pilotos y navegantes hacían corro, sonriendo muy satisfechos. Se acercó a ellos un tal Condon, un hombre flaco y preocupado que era director del aeropuerto.

—Tienen ustedes todas mis simpatías —dijo—. Pero va a haber jaleo.

—Vivir trae jaleo.

—Es posible. Lo importante es saber si podrán repostar y despegar antes de que oscurezca. Pueden estar seguros de que van a traer esa orden judicial.

—Eso creo yo también. Probaremos.

Feinstein llevó a Bernie, Brodsky y Montego al otro lado de las pistas, donde había dejado el coche. Les dijo que Montego tenía una abuela judía.

—Si buscas bien, te das cuenta de que la mitad de la gente de este mundo es judío. A propósito, Luis irá con vosotros a Panamá. Tiene allí esperando a un equipo que arrancará los asientos y convertirá los aviones en transportes de mercancías. —Al

llegar al coche sacó una llave, abrió el maletero y depositó en el suelo dos maletas de piel que había en el interior—. Ahí van dos millones de dólares —dijo—. Buen dinero. Diez «Messerschmitt» y todas las municiones que den por el resto. Administradlo bien, chicos.

—¿Y ha dejado todo ese dinero en el coche, así, sin más? —inquirió Bernie.

—¿Qué esperaba, un furgón blindado? El maletero estaba cerrado con llave.

Bernie y Brodsky cogieron una maleta cada uno.

—Nunca estaremos tan cerca como ahora de ser millonarios —dijo Brodsky.

Tres horas después, mientras el sol se ponía por detrás de los pinares, los aviones despegaron, sin que hubieran vuelto los hombres de la Aduana ni los del FBI.

Sarah Levy fue a ver a Dan al hospital. Le llevó un tarro de nueces, una caja de pastas hechas por ella y un ramo de rosas amarillas.

—Lo que menos falta aquí son flores —dijo, mirando en derredor—. Con todas las que tienes podrías poner una tienda.

—Sí. Un hombre nunca sabe su valoración en flores hasta que se muere.

—Pero tú no te has muerto, Danny. Y no me gusta verte ahí echado, compadeciéndote de ti mismo. Has tenido suerte.

Él no la contradijo. Comprendió que pensaba en Mark, su marido, el socio y mejor amigo de Dan, muerto hacía casi veinte años de una angina de pecho. Era el sino de los hombres de su clase, luchar y afanarse por el dinero y el poder y luego, sin saber cómo, ¡se acabó! Y, para Sarah, años interminables de soledad y espera. ¿Espera de qué? ¿Qué esperaba tan pacientemente? ¿Qué esperaba Jean? ¿Cuántos años tendría Sarah? ¿Setenta? Poco le faltaría. Era una mujer delgadita de pelo blanco y cara arrugada. Su cutis, antes tan blanco y fino, había abandonado la lucha hacía ya mucho tiempo. Dan recordaba claramente a la muchacha que se había casado con Mark, aquella muchacha rubia, con una larga trenza recogida en la coronilla. Había pasado medio siglo. Diez años tenía Dan cuando Mark se casó. Y Mark, veinte. Un día, Dan fue con su padre a la tienda de aparejos que tenía en el muelle de Pescadores el viejo Moe Levy, el padre de Mark, que había llegado a California después de atravesar todo el país en una carreta de buhonero, comerciando con los indios. Sarah acababa de llegar. Era una muchachita de diecinueve años que estaba sola en el mundo y venía de Lituania, con una etiqueta colgada del cuello, a casarse con un desconocido. Asustada, a miles de kilómetros de una patria a la que no volvería, oyendo hablar una lengua incomprensible, parecía un hermoso animalito aterrorizado.

—Has tenido suerte, Danny —repitió ella.

—Eso creo.

—Si dejas el tabaco y las copas, puedes durar veinte años más.

Hablaba con frases hechas. ¿Pensaría así también? ¿Había renunciado a las preguntas que no tienen respuesta? ¡Cómo le apetecía un cigarro! ¡Un buen habano,

fresco y aromático!

—¿Ha venido Joe?

—Estuvo aquí la primera noche.

—Es un buen muchacho, un muchacho excelente. ¡Lo que Mark se hubiera alegrado de ver a un hijo tuyo casado con su nieta! Pero mi Sally es una chica muy especial. Acabaría con la paciencia de un santo.

—Saldrán adelante.

—Eso espero. ¿Jean ha estado aquí?

—Jean está siempre aquí. He tenido que echarla.

Dan sabía que Sarah no transigía con Jean, que no podía hacerse a la idea de que, después de la muerte de May Ling, hubieran vuelto a vivir juntos. Dan se dio cuenta de que estaba deseando que Sarah se marchara, que le dejara en paz y sintió remordimiento. ¿Qué le pasaba a la gente? En tiempos él adoraba a Sarah. Hacía mil años.

—Estás fatigado —dijo ella.

—Un poco.

—Te dejaré descansar, Danny. No te preocupes por nada. Cúrate pronto.

Sonó el teléfono, y Barbara, que esperaba nerviosa e impaciente, agarró con fuerza el auricular. La telefonista le preguntó si aceptaba una llamada de un tal Bernie Cohen, de Panamá, con cobro revertido.

—Sí, sí, naturalmente.

Sonó la voz de Bernie, disculpándose.

—No había otra forma de poder hablar contigo desde aquí, Bobby.

—Ya lo sé. No importa, Bernie. Me alegro de que me llames. ¿Estás bien?

—Muy bien. ¿Y tú y Sammy?

—Fuertes, sanos y solos.

—No estés sola. Es cuestión de días. A lo más tardar dentro de dos semanas salgo de Palestina.

—¿Qué haces en Panamá, Bernie?

—Estoy en el aeropuerto de Tucumán. Es la ruta, cariño. Los chicos de Nueva York hicieron todos los planes. Salimos de Nueva Jersey con el sheriff pisándonos los talones. El FBI y la Aduana. Aquí repostamos y seguimos viaje a las Azores y Checoslovaquia, donde recogeremos la carga que hay que llevar a Palestina.

—Bernie... —Barbara vaciló—, Bernie, ¿tienes que seguir hasta el final? ¿No pueden continuar sin ti?

—No puedo dejarlos ahora. Bobby, te he llamado porque no quería que te enterases por la radio y empezases a preocuparte.

—¿Enterarme de qué?

—Hemos perdido un avión. Cayó al mar. Tres hombres excelentes, Jesse Levine,

Bob Sanders y Al Green. Si yo los dejase ahora, los demás se desmoronarían. No puedo.

—Pero tú decías que eran unos aviones muy buenos.

—Y lo son. Ése tuvo una avería en el motor y se cayó. Es normal.

—Podría volver a ocurrir.

—Pero no ocurrirá.

—Tres hombres han muerto.

—No estamos seguros. Quizá los hayan recogido. Dimos por radio su posición.

Existe la posibilidad.

Ella no dijo nada y se hizo un silencio hasta que él preguntó:

—¿Estás ahí, Bobby?

—Estoy angustiada. Es algo que no había dicho nunca. Pero me parece que estás tentando a la suerte.

—Bobby, no me pasará nada.

Barbara colgó el teléfono, se sentó y se quedó mirándolo. Cuando, una hora después, sonó el timbre de la puerta, ella seguía en la misma postura. Era Jean.

—¿Cómo está papá?

—Creo que mucho mejor —contestó su madre—. ¿Qué estabas haciendo?

—Contemplando el teléfono. Ha llamado Bernie.

—¿Dónde está?

—En Panamá.

Barbara contó a su madre lo sucedido.

—¿Puedo beber algo?

—¿Has comido?

—A medias. Pero no tengo hambre. ¿Hay coñac?

Barbara miró a su madre, que bebía despacio.

—A propósito de hombres —dijo Jean—. Vienen en dos tamaños.

—No lo sabía.

—Ya es hora de que te enteres. Es por los juegos, que son lo que los distingue de los animales. Los animales no juegan.

—¿Ni los cachorros?

—En realidad, no. Fíjate en el león. La leona sale de caza, busca la comida, pare a los hijos y los cría. El león no hace nada. Pavonearse y fornicar, nada más.

—No tengo ganas de hablar de leones —repuso Barbara—. Mi mundo amenaza ruina. Hace una semana, estaba casada con un hombre formal y taciturno que tenía un taller de reparaciones de automóviles que no daba dinero. Ahora tengo a mi padre en el hospital con un infarto, y a mi marido, en Panamá con nueve aviones viejos. ¿Qué has querido decir con eso de que vienen en dos tamaños?

—No importa —suspiró Jean, volviendo a servirse coñac.

—Tienes todos los derechos a emborracharte —dijo Barbara—. No te preocupes, puedes pasar la noche aquí.

—¿Me has visto borracha alguna vez? ¿Y de coñac? No.

—Importa, sí. No soporto a las personas enigmáticas. Además, ya es hora de que hablemos.

—¿De los hombres?

—Adelante.

—Los hombres juegan a sus juegos. Es una preocupación infantil. En realidad, sólo hay dos clases de hombres. Todos empiezan igual. Jugando, pero unos continúan toda la vida con sus juegos y los otros los dejan. Sin embargo, ni unos ni otros se hacen adultos. Modestamente, puedo considerarme una autoridad en la materia, porque me casé con un hombre de cada clase. John Whittier es de los que dejan de jugar. En un momento dado, perdió el interés. Los hombres como Dan y como Bernie continúan el juego. Tú eres igual que yo y por eso hiciste un matrimonio igual de estúpido.

—Gracias, mamá.

—No trato de meter cizaña —dijo Jean—. Yo me enamoré de Dan Lavette hace cuarenta años. Si muere, yo no seré más que una ruina. Pero veo las cosas como son. En fin, me parece que estoy diciendo muchas tonterías, ¿no?

—Sí y no.

—¿Cómo me gustaría que no fueras tan buena y tan sensata! Trata de ser una niña durante diez minutos. ¡Dime que me quieres y que existo!

—Te quiero, pero quedaría muy ridícula haciendo de niña pequeña. Tengo treinta y cuatro años y muchos problemas. He de ir a Washington dentro de una semana para comparecer ante el Comité de la Cámara sobre Actividades Antiamericanas.

Jean dejó la copa de coñac encima de la mesa y miró fijamente a Barbara.

—No entiendo nada. ¿De qué hablas? —Y añadió—: ¡Imposible! Imposible y ridículo. Eres una Seldon.

Barbara se echó a reír.

—Mamá, te quiero. En serio. Conque soy una Seldon. Nací Barbara Lavette, y por mi matrimonio soy Barbara Cohen. Sin embargo, soy una Seldon. Muy sencillo. Pero no tanto.

—¿Vas a decirme qué sucede?

Barbara le habló de la citación y de su conversación con Harvey Baxter.

—Pero eso es asunto mío. Ni tuyo ni de papá. No quiero que él se entere. No quiero que se entere nadie todavía y me parece que estarás de acuerdo en que mientras esté en el hospital será mejor no decirle nada.

—Sigo sin entenderlo. ¿Es por lo de Bernie?

—No; es cosa mía. Yo no soy una simple ama de casa que escribe libros cuando

tiene que dar de mamar al niño. He vivido mucho.

—Has vivido, sí. ¿Y qué harás con Sam?

—Sólo estaré fuera unos días.

—Me lo llevaré a casa, desde luego.

—No; tú querrás estar con papá. Lo llevaré a Higate y lo dejaré con Eloise y Adam. Estarán encantados.

—¡Ni hablar de eso!

—Eres una mujer asombrosa, mamá —dijo Barbara—. Yo te hablo en tono de superioridad, pero eso es una estupidez. De todos modos, no es de fondo. En el fondo, creo que eres extraordinaria y te quiero mucho.

Bernie pensaba que volar de noche era salirse de la realidad cotidiana y pasar a otro mundo. Tiempo y espacio se diluían y el rugido de los cuatro motores ahogaba los demás sonidos de la vida. No obstante, más allá de los motores los cercaba el silencio, y sonidos y silencio coexistían. Debió de quedarse dormido, porque Jerry Fox le sacudía suavemente.

—He conectado el piloto automático, Bernie. Siéntate un rato a los mandos. —Le señalaba los indicadores que debía vigilar—. Schlemsky estará a tu lado. No tienes que preocuparte de nada.

Fox se arrellanó en la butaca y se quedó dormido casi inmediatamente a los mandos. Schlemsky canturreaba:

—*Twilight soon will fade, nobody's left at the masquerade...*

Frente a ellos se aclaraba el borde del mar y empezaba a insinuarse una corona luminosa. Al poco rato, Bernie distinguía las siluetas de los otros aviones, diseminados en formación irregular.

—¿Estás contándolos? —preguntó Schlemsky.

—Estamos todos.

—Todos no. Sólo nueve.

—Sólo nueve —asintió Bernie.

—Hay que despertar a Fox.

Cuando despertaron a Fox, asomaba por el agua el borde incandescente del sol. Una hora después, uno a uno, los aviones tomaban tierra en el anchuroso aeropuerto de las Azores.

Les esperaba Phil Kramer, un contable de Nueva York, de cara redonda, calvo, con gafas de montura dorada y dos plumas y un lápiz en el bolsillo del pecho. Era un hombrecillo pulcro, minucioso y ordenado que todo lo anotaba en una libretita. Estrechó la mano a Bernie y a Brodsky, escribió el nombre y la dirección de Bernie para futura referencia y preguntó por el dinero.

—Está guardado en los aviones.

—No es grano de anís, ¿comprenden? Dos millones de dólares no son grano de anís. Hubo que llorar mucho para reunirlos.

—El dinero está seguro —le dijo Brodsky.

—Sólo veo nueve aviones.

—¿No se ha enterado? Perdimos uno volando hacia Panamá.

—Es terrible. Terrible. ¿Y la tripulación?

—No sabemos nada.

—Procuraré enterarme. Llevo aquí tres días. Por eso no sabía nada. Está todo a punto para que repostéis. ¿Necesitáis dormir? Podría encontraros alojamiento para esta noche.

—Hemos dormido por turnos. Creo que será preferible despegar en cuanto carguemos el combustible. No sé hasta dónde llega el brazo del FBI, pero durante la guerra esto era aeropuerto americano, ¿verdad?

Bernie seguía intranquilo.

—Ahora es portugués, no hay que preocuparse —repuso Kramer—. He untado un poco aquí y allí. El combustible está pagado y he encargado la comida al restaurante. Que los chicos pidan lo que quieran. ¿Alguno habla checo?

—No lo sé —contestó Brodsky—. Pero nos defendemos con el francés, aunque Bernie, mejor que yo. Allí hablará francés, supongo.

—Probablemente. A lo que iba es que hay que regatear mucho. Si se descuidan, les chuparán la sangre.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño revólver calibre treinta y ocho, que manejaba con torpeza y repugnancia.

—¿Qué es eso? —preguntó Bernie.

—No llevan armas, ¿verdad?

Ellos movieron negativamente la cabeza.

—Hemos pensado que, con dos millones en efectivo, deben tener un arma a mano.

—Una excelente idea —admitió Bernie con una amplia sonrisa—. Excelente en verdad. —Guardó el revólver en el bolsillo de la americana—. Pero no creo que tengamos que preocuparnos. Yo me encargo de una de las maletas, y Brodsky, de la otra. En un avión no hay donde esconderse.

Cuando despegaban, cuatro horas después, Bernie vio a Kramer que, de pie ante el edificio del aeropuerto, hacía anotaciones en su cuadernito.

—Ese hombre tiene razón, Bernie —dijo Schlemsky—. Si hay tipos que por cincuenta dólares asaltan una gasolinera, tienes que reconocer que un millón es muy tentador. Y en este viaje vienen chicos muy lanzados.

—Es como matar a alguien —dijo Bernie—. Tienes que hacerlo de pronto o pensarlo mucho tiempo. Nadie se ha unido a esta misión para robar un millón o dos y

nos movemos tan aprisa que nadie va a tener tiempo de hacer planes.

Al anochecer entraban en el espacio aéreo checo y recibían instrucciones de aterrizar en un aeropuerto militar situado en los alrededores de Pilsen. Cuando tomaron tierra, la pista estaba iluminada y un hombre uniformado que estaba de pie en un jeep les gritaba en francés y les hacía señas para que le siguieran hasta una zona de estacionamiento. Bernie se puso nervioso al distinguir a un centenar de soldados cerca de la zona de estacionamiento. Brodsky le había asegurado que en Checoslovaquia les esperarían hombres de la Haganah. Cuando, por fin, saltó del avión, iluminado por unos focos que le cegaban, Bernie tenía un nudo en el estómago. Había oído contar los hechos más extraordinarios acaecidos al otro lado del llamado telón de acero, y entonces se le ocurrió que para aquella gente nada más fácil que incautarse de los aviones y del dinero. Oprimió fuertemente el asa del maletín. Brodsky le gritaba algo que no entendía. Se acercaban soldados armados con metralletas, mientras los pilotos, los navegantes y los radiotelegrafistas se agolpaban alrededor de él, guiñando los ojos y haciendo pantalla con las manos, muy nerviosos por encontrarse en tierra enemiga —o que podía serlo—. Brodsky llegó hasta Bernie, con el otro maletín y el otro millón de dólares. Le seguían dos hombres fornidos con chaquetas de cuero.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó Bernie.

—Todo va bien.

Dos oficiales checoslovacos se unieron al grupo.

—Hemos llegado en plena revolución —susurró Brodsky—. No sé qué ocurre exactamente, pero están escamados.

Uno de los oficiales checos dijo en francés:

—Tenemos que registrar los aviones.

—Adelante —dijo Bernie—. Están vacíos.

—Ya lo veremos. —Gritaron varias órdenes y unos cuantos soldados se acercaron a los aviones.

Uno de los hombres con chaqueta de cuero preguntó a Bernie:

—¿El dinero está en los maletines?

Tenía un acento muy marcado.

Brodsky lo presentó. Dov Benash. El otro se llamaba Zvi Kober.

—Los dos son de la Haganah —dijo Brodsky.

—Nosotros esperar aquí —dijo Benash—. Ahora llevarnos el dinero.

—Por el momento, el dinero se queda aquí —dijo Bernie.

Kober se expresaba mejor, incluso con acento británico.

—¿Quieres decirle a éste quiénes somos, Brodsky?

—Se llama Cohen, Bernie Cohen —dijo Brodsky—. Él es quien manda la operación, no yo, y me parece que tiene razón. Nos quedaremos con el dinero hasta

que veamos la mercancía.

—Pero tú ya nos conoces. ¿No te fías de nosotros?

—Con dos millones de dólares por medio, no me fiaría ni de mi madre. No os preocupéis. No nos moveremos de aquí. ¡Que nadie se aleje! —gritó a los pilotos.

Era evidente que los oficiales checos no entendían el inglés. Escuchaban y miraban. Bernie exhibió sus documentos de identificación.

—Tengo entendido que ya les habían avisado —dijo en francés—. Ustedes nos esperaban.

El oficial asintió con frialdad.

—Mis hombres están cansados y tienen hambre. Necesitan algo de comer y un sitio para dormir. Aquí Irving Brodsky. Yo me llamo Bernie Cohen. También tenemos hambre y estamos cansados. ¿No podríamos sentarnos en algún sitio para hablar?

Kober dijo a Bernie en francés:

—Menos humos, Cohen. —Y, al oficial—: ¿Podemos pasar a la sala de espera, coronel? No son ustedes los únicos que recelan. Él tampoco se fía. Pero tenemos el dinero y estamos dispuestos a hacer la transacción. Y si pueden darles algo de comer a esos hombres, se lo agradeceríamos. —Luego dijo en inglés—: ¿Lleva dinero, Cohen? ¿Americano?

—¿Cuánto?

—Bastará con veinte.

Bernie sacó el billetero y dio a Kober un billete de veinte dólares. El oficial checo miraba sin pestañear, al igual que su compañero.

—Salen baratos —susurró Brodsky.

Kober pasó el billete al checo con un apretón de manos. Fue una maniobra transparente y los hombres de la expedición que la observaron empezaron a sonreír.

—Vamos a la sala —dijo Kober—. Mire, Cohen, tienen que fiarse de Dov y de mí. Somos lo único que tienen. —Bajó la voz—. No se preocupe de esos dos fantasmas. No son nadie. —Cruzó el campo a la cabeza del grupo de hombres—. Yo tampoco le conozco a usted. Tenía que haber diez aviones y sólo hay nueve.

—Uno cayó al mar.

—Perra suerte.

Recorrieron el campo en toda su longitud. La sala, como ellos la llamaban, le pareció a Bernie un parador barato de carretera. Al otro lado se divisaban las siluetas de unas fábricas.

—Los talleres «Skoda» —explicó Kober—. Estamos en un momento muy delicado. Me parece que los comunistas se han hecho los amos. O lo serán muy pronto. Benes se tambalea y nadie quiere exponerse. Ni siquiera estoy seguro de si nuestro trato está en pie, porque, dejando aparte el dinero, este país es un vivero de antisemitas.

—Nadie le hace ascos a dos millones de dólares.

—El dinero ya lo tienen, Cohen. El dinero está en Pilsen y nosotros también. Nos tienen bien atrapados, no se le olvide.

Un pelotón de soldados les habían acompañado hasta la sala y se habían quedado en la puerta. Ellos eran los únicos ocupantes de la sala. Los pilotos empezaron a acosar a Bernie.

—Cohen, estamos muertos de hambre.

—¿Qué hacen éstos ahí fuera?

—¿Se come o no se come?

—¿Dónde nos alojamos?

—¿Qué pasa? ¿Estamos arrestados?

—Por lo visto, no basta con veinte —dijo Kober.

Bernie sacó cuarenta dólares, que Kober entregó a Benash. Éste salió de la sala. Media hora después, regresaba acompañado de dos soldados que transportaban una caja de botellas de cerveza y un cesto lleno de pan con salchicha.

Bernie, Brodsky y Goodman se sentaron a una mesa con los dos hombres de la Haganah. Las salchichas estaban duras, el pan, rancio, y la cerveza, caliente; pero el hambre les hizo pasar por alto la calidad de la comida.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bernie a Kober—. ¿Esperar?

—Eso. Esperar. Ya saben que estamos aquí.

—¿Y cuándo dormimos?

—Sabe Dios. Por lo menos, en esta cochina barraca no hace frío. Quizá podamos instalarnos aquí mismo. Hay un lavabo ahí detrás, de modo que los hombres pueden usar el retrete.

—¿Y con quién hemos de tratar? ¿Con el Ejército?

—No estamos seguros —dijo Benash—. Es difícil determinarlo a ciencia cierta. Quizás el Ejército, quizás el Partido Comunista, quizá la Policía Secreta.

—Con alguien habrán hablado —insistió Bernie.

—Un tipo flaco, un tal Lovazch —dijo Kober—. Anda metido en muchos negocios. Es un paisano, pero cuando habla él, los coroneles se ponen firmes. Eso me hace sospechar que quizá sea del partido, comisario o cosa por el estilo. El Ejército interviene, porque esto es un aeropuerto militar anejo a los talleres «Skoda» que han sido nacionalizados. A nosotros nos lo presentó Max Selnik, que es un director de cine francés que conoce a un montón de gente rara. Max es judío, y por eso se tomó la molestia de organizar todo el asunto. La Haganah compra armas a los checos desde hace tiempo, pero ésta será la operación más importante que se ha hecho hasta la fecha. Dice Brodsky que usted es un experto en armas —añadió mirando a Bernie.

—Las he usado. Combatí en España y luego estuve seis años en el Ejército inglés.

—¿Es comunista?

—No; lo siento.

—Lástima. A uno de los suyos le harían más caso. ¿Conoce las armas alemanas?

—Un poco. Pero no sé ni una jota de fusiles checos.

—No se preocupe, no nos venderán fusiles checos. Nos endosarán la chatarra alemana que recogieron después de la guerra.

—No todo es chatarra —repuso Bernie—. No si está en condiciones aceptables.

—¿Podría usted determinarlo?

—Por lo que se refiere a las armas, sí. Respecto a los «Messerschmitt», nada.

—Dov es mecánico. Él se encargará de revisarlos.

—¿Qué es lo que más necesitan? —preguntó Bernie.

—Armas pequeñas. Rifles y metralletas. Y morteros. Artillería ligera, a ser posible. Pero supongo que tendremos que tomar lo que nos den. Si nos dan algo.

Llevaban casi tres horas en la sala y nadie parecía acordarse de ellos. La mayoría de los hombres estaban tumbados en el suelo. Algunos dormían. Otros jugaban a las cartas. Unos cuantos seguían comiendo pan con salchichas. La mayoría de los que estaban despiertos fumaban, la atmósfera estaba cargada de humo. En un extremo de la sala había un mostrador con un extraño espejo barroco detrás. Evidentemente, aquello había sido un bar o un comedor. En la pared situada detrás del mostrador se veían aún algunos rótulos con precios. Había en la sala cuatro mesas. En tres de ellas se jugaba al póquer. Bernie, Brodsky, Goodman y los hombres de la Haganah, estaban sentados alrededor de la cuarta, con los maletines debajo de la mesa entre dos pares de sensibles pies. Bernie escuchaba adormilado la descripción que Kober hacía de la situación política en Checoslovaquia. Circulaban rumores de que Jan Masaryk, el ministro de Asuntos Exteriores, había sido asesinado por los izquierdistas radicales hacía dos días.

—Dicen que se cayó por la ventana de su despacho en el palacio Czernin —explicó Kober—. Si eso es verdad, se necesita ser torpe. Pero yo no lo creo. Han arrestado a miembros del Gobierno tanto de derechas como de izquierdas, aunque parece que la izquierda quiere cargarle el mochuelo a la derecha y, al parecer, estamos en vísperas de un golpe de mano comunista. Aunque a nosotros eso no nos interesa. Lo importante para nosotros es conseguir los aviones y las armas y largarnos de aquí.

Entonces Bernie vio a dos hombres entrar en la sala. Uno era muy grueso y vestía de paisano. Su cara roja y sudorosa descansaba sobre una doble papada y venía enjugándose la frente con un pañuelo. Tenía el pelo escaso y rubio; los ojos, azules y pequeños, y una curiosa boca de cupido. Llevaba traje gris, camisa blanca, corbata negra y un brazal de luto.

—Ése es Lovazch —susurró Kober—. El brazal es por Masaryk. Tienen un peculiar sentido del humor. Es un cerdo ladino. —El otro hombre llevaba uniforme y

tres hileras de medallas en el pecho. Era alto, con el cabello gris y andaba con la espalda erguida en actitud marcial—. No sé quién es —dijo Kober.

Lovazch, al ver a Kober y a Benash, condujo a su acompañante hasta su mesa. Bernie requisó dos sillas de la mesa de póquer más próxima.

—¡Por todos los santos, Cohen! —exclamó Al Levine, uno de los pilotos—. ¿Pretende que dé las jodidas cartas de pie?

—¡A callar! —susurró Bernie—. Ahí vienen los peces gordos que esperábamos.

Lovazch hizo una rígida inclinación cuando Kober le presentó a Cohen, Brodsky y Goodman.

—Les presento al general Anulko —dijo Lovazch en inglés con un fuerte acento. Luego habló al general en checo. Bernie captó los apellidos de ellos cinco y la palabra Haganah.

—Cohen y Brodsky hablan francés —dijo Kober.

—Habla en inglés, ¿sí? El general no habla francés.

—¿No quieren sentarse? —inquirió Bernie.

—¿Sí? Muchas gracias. —Se sentaron—. ¿Traen dinero?

—Traemos dinero —afirmó Kober.

—¿Cuánto?

—Dos millones. Americano.

—¿Dónde?

—De eso hablaremos después —dijo Kober.

—¿Cómo? ¡Ah... vamos, nada de evasivas, como dicen ustedes! O me dejan ver el dinero o me voy.

Kober y Bernie se miraron.

—Enséñele el dinero —dijo Bernie—. ¿Qué puede importar?

Kober se encogió de hombros. Benash movió afirmativamente la cabeza. Tenía cara de halcón, la piel tostada y las facciones duras, con unos ojos que eran como dos pequeñas hendiduras. «O mucho me equivoco, o tiene un revólver en el bolsillo, y el dedo, en el gatillo —pensó Bernie—. Es un asesino y, como todos los asesinos, está un poco loco. Nada le gustaría tanto como meter a Lovazch una bala en el cuerpo, y eso sería lo único que nos faltaría». En voz alta, dijo:

—Yo mando la operación, señor Lovazch. —Kober y Benash le miraron sorprendidos y guardaron silencio—. Ante todo, deseo expresar mi gratitud a la gran democracia popular de Checoslovaquia y, desde luego, a usted. El dinero no es nada, puramente, un símbolo. Lo que importa es la lucha por la libertad.

Bernie sonrió, movió la cabeza afirmativamente y sacó un maletín de debajo de la mesa. Brodsky hizo otro tanto y colocaron los dos maletines encima de la mesa. Estaban tal como se los entregara Feinsein. No habían sido abiertos. Bernie pensó entonces que acaso no contuvieran dinero. ¿Hasta dónde se podía confiar? ¿Por

cuántas manos habrían pasado antes de llegar a Feinstein? ¿Qué extraña fuerza los mantenía unidos en aquella misión? Bernie siempre pensó que nada había en el mundo tan fuerte como la codicia de los hombres; pero, evidentemente, la voluntad de crear algo sobre un trozo de desierto a orillas del Mediterráneo era aún más fuerte que la codicia. Tropezó con la mirada de Irv Brodsky, cuya leve sonrisa parecía sugerir que tal vez él estuviera pensando lo mismo. Por extraño que parezca, los maletines no estaban cerrados con llave; sólo hubo que soltar los cierres y desabrochar las correas. Mientras él y Brodsky abrían los maletines, sus compañeros de mesa se levantaron. Los dos maletines estaban llenos hasta rebosar de prietos fajos de billetes de cien y quinientos dólares. Como si aquel dinero poseyera una fuerza magnética, las partidas de póquer se interrumpieron, las voces callaron y, lentamente, todos los expedicionarios se congregaron alrededor de la mesa. Una voz exclamó con reverencia: «¡Qué parida!».

Bernie pensó que la exclamación era gráfica y elocuente.

—¡Ya vale, chicos! —exclamó secamente—. Circulen, por favor. Todos habéis visto un dólar antes de ahora. Olvidadlo. Tenemos que hablar de negocios.

Se fueron de mala gana, arrastrando los pies. Bernie cerró los maletines.

—¿Quiere contarlo? —preguntó a Lovazch.

—No hace falta —repuso el gordo, enjugándose la frente. Sacó un cuadernito—. Según lo convenido, ustedes pagan cada compra.

—Ni hablar —replicó Kober secamente.

—¿No sería más práctico pagar cuando carguen la mercancía? —preguntó Bernie.

—Tienen que confiar en mí —dijo Lovazch—. Yo me fío de ustedes y ustedes se fían de mí.

—Cuando hayan cargado la mercancía.

—Me lo ponen muy difícil. ¿No sabe usted, señor Cohen, que en Checoslovaquia estamos viviendo momentos muy difíciles? No me aprieten demasiado. Tengo autoridad para embargarles los aviones y el dinero. Sería una lástima, ¿no?

Permanecieron unos momentos en silencio, y luego Bernie solicitó hablar en privado con sus compañeros.

—Desde luego —admitió Lovazch—. Desde luego.

Los cinco hombres se dirigieron al extremo opuesto de la sala y se pusieron a deliberar.

—Teníamos un convenio —susurró Kober.

—Olvídenlo —dijo Bernie—. Él y el gilipollas del general van a rebañar el dinero, no me cabe duda. ¿Y si les mandamos a la mierda? ¿Hay aquí personas decentes con las que se pueda hacer un trato?

—¿Habla en serio?

—Lo importante es: ¿hará la entrega? —susurró Brodsky.

—Eso sí; pero al precio que le dé la gana. Estamos en sus manos y él está en las nuestras. Yo propongo que le demos lo que nos pida y nos larguemos cuanto antes. Si nos empeñamos en no pagar hasta que carguen la mercancía, lo dejamos en descubierto y ese gordinflón de mierda no lo consentirá.

Volvieron a la mesa.

—Cerramos el trato —dijo Bernie.

—Ah, ya veo que es usted hombre sensato, Cohen. Empezaremos por los «Messerschmitt». Diez aparatos.

—Los aviones están desmontados y preparados para cargar —dijo Kober—; pero sólo podemos llevarnos nueve. Durante el viaje perdimos uno de nuestros aviones de transporte.

—Ustedes pidieron diez y pagarán diez.

—No podemos llevarnos diez —terció Bernie—. ¡Santo Dios, tenemos en Palestina a un puñado de hombres que de un momento a otro estarán luchando por la subsistencia! Cada dólar significa algo para ellos.

—Por favor, nada de invocar a Dios. Ustedes pidieron diez aviones, ustedes pagan diez. Sesenta mil cada uno, seiscientos mil dólares en total.

—¡El precio que nos dieron era cincuenta mil! —exclamó Brodsky.

—Los precios han cambiado.

—¿Qué, señor Lovazch? ¿Quiere usted sacar tajada?

—Yo no soy judío, señor Cohen. Ustedes son judíos. Ustedes sacarán tajada. Pero no a mí. ¡Oh, no! Yo no regateo. Muy judío eso de regatear. Nosotros les ofrecemos la vida y ustedes regatean. —Frunció sus labios de querubín en una mueca de repugnancia—. ¡Qué asco! Basta de regateo o ahora mismo me marcho de aquí y ustedes y sus judíos se van al infierno. ¿Comprendido?

Bernie asintió. El rostro de Benash estaba todavía más frío y tenso. Kober sonreía amigablemente. Bernie, que estaba a un lado, le susurró en un hebreo chapurreado:

—Que Benash no haga tonterías.

Sin dejar de sonreír, Kober dijo a Benash en hebreo:

—Dov, si haces un disparate, te mato. Te lo juro.

—Sólo tengo una pistola —respondió Benash en hebreo—. Si tuviera un cuchillo, le arrancaré el corazón a ese cerdo.

—Hablen en inglés —ordenó Lovazch.

—Desde luego —dijo Bernie—. Aceptamos el precio.

—Entonces venga el dinero —replicó Lovazch, escribiendo en el cuaderno.

—¿Ahora?

—Naturalmente. Hacemos un trato. El dinero cambia de manos.

—Irv —dijo Bernie—, cuenta seiscientos mil.

Brodsky contó el dinero. El mero acto de la entrega de aquella enorme suma de

dinero hizo que los aviadores que escuchaban la conversación se pusieran de pie y se acercaran a la mesa.

Lovazch consultó la libreta.

—Tengo rifles rusos, muy buenos, tres mil, doscientos veinte.

—Nada de rifles rusos —replicó Bernie con firmeza—. Tengo entendido que disponen de rifles alemanes.

—Los rusos son excelentes.

—¡Cierra el maletín, Irv! —gritó Bernie a Brodsky—. ¡A la mierda! Hemos venido a comprar, no a dejarnos robar. Ustedes pueden quitarnos el dinero, pero tendrán jaleo. La mayoría somos ciudadanos americanos. ¡Si ustedes creen que pueden meter en la cárcel o matar a treinta ciudadanos americanos como si nada, pruébelo, Lovazch! Conque ustedes cargarán los nueve «Messerschmitt» y nosotros nos iremos... ¡Y a ver quién nos lo impide!

Su voz había ido subiendo de tono hasta convertirse en un bronco rugido. Brodsky y Goodman le miraban con asombro. Kober sonreía y, por primera vez, los labios de Benash esbozaban una leve sonrisa. Los pilotos estaban radiantes.

Lovazch abrió las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Quién habla aquí de robar?

El general dijo algo en checo. Lovazch le contestó. El diálogo se prolongó durante varios minutos. Luego, Lovazch repitió:

—¿Quién habla de robar? Simplemente, les he sugerido armas rusas. El Ejército Rojo es el mejor del mundo. ¿Creen que hacen la guerra con horquillas de heno? ¿Quieren armas alemanas? Muy bien. Hablemos de armas alemanas. ¿Qué desean?

—«Volksturm Geschuss» —dijo Bernie.

—¡Ah! «Volksturm Geschuss». ¿Y por qué no «Mauser»? Puedo venderles cinco mil «Mauser».

—¿Qué diablos es un «Volksturm Geschuss»? —preguntó Kober.

—Una carabina ligera. Nueve libras y media. Calibre cuarenta y cuatro, con cargadores de treinta cartuchos. Es un arma formidable. Y es lo que queremos —dijo a Lovazch.

—Pero le costará cara, Mr. Cohen, le costará cara. —Consultó la libreta—. Podemos vender doscientas, no más. Cien dólares cada una.

Bernie hizo una seña a Brodsky, que sacó veinte mil dólares.

—¿Municiones?

Sesenta cargadores para cada una.

—Necesitamos más que eso. Por lo menos, el doble.

Brodsky sacó más dinero.

—Quiero «Schmeizers» —dijo Bernie.

—¡«Schmeizers», «Schmeizers»! —exclamó Lovazch—. ¿Y por qué no piden

brillantes?

Brodsky le dio un leve codazo.

—Fusiles ametralladores —explicó Bernie—. El arma más recomendada que se conoce. Setecientas cincuenta descargas por minuto.

—Nada de «Schmeizers» —replicó Lovazch—. *Schluss*. Fuera «Schmeizers».

—¿Por qué?

—¿Pagarían mil dólares por cada uno? ¿Sí?

Kober movió negativamente la cabeza.

—Compre los «Mauser» —susurró a Bernie.

Las negociaciones prosiguieron durante otra hora. Veintidós ametralladoras ligeras «NG42», cinco mil rifles «Mauser», un surtido de pistolas «Lüger». El dinero estaba apilado delante de Lovazch y del general, que no podía apartar los ojos de él. Permanecía inmóvil con su fría mirada fija en los billetes americanos.

—Quiero una prima de cincuenta mil dólares —pidió Lovazch al fin—. Servicios de aeropuerto, combustible, carga...

—¡Cincuenta mil dólares! —exclamó Brodsky.

—¿Cómo llaman ustedes a esto? —sonrió Lovazch—. Sacar tajada, sí. Cargaremos esta noche. Deben despegar al amanecer. Digan a los judíos de Palestina que somos buenos negociantes. Que seamos marxistas no significa que no sepamos utilizar las técnicas capitalistas. —Mientras Lovazch hablaba, el general volvía a meter el dinero en los maletines. Tenía la manía del orden. Apilaba pulcramente los billetes, acariciándolos con dedos largos, finos y cuidados—. No es que quiera darles prisa —continuó Lovazch—. Nuestro país se encuentra en plena revolución. Yo soy amigo de los judíos. Otros no lo son. Conque cuanto antes se marchen, mejor para ustedes.

—¿Cuándo empezarán a cargar? —preguntó Bernie.

—Dentro de una hora.

—Queremos comprobar la carga.

—¿No se fían de mí?

—Son dos millones de dólares —repuso Bernie—. Queremos comprobar la carga. Lovazch se encogió de hombros.

—Como gusten.

Él y el general se levantaron y cogieron un maletín cada uno. Lovazch sonrió y movió afirmativamente la cabeza.

—Como gusten. Les veré en los aviones.

Los dos hombres dieron media vuelta y se fueron.

Se hizo un largo silencio seguido de un torrente de exclamaciones y juramentos de los pilotos.

—¿Queréis callaros ya? —gritó Bernie.

—¡Nos han tomado el pelo! —exclamó uno.

—Puede que sí y puede que no. Quiero que tratéis de dormir. Si hemos de despegar al amanecer, tenéis que descansar.

—¿Dónde? ¿En el suelo?

—En el suelo, sí. No os prometimos una fiesta campestre. Si el día de hoy ha sido malo, el de mañana será peor. De manera que procurad dormir. O, por lo menos, estad callados. Si uno no puede dormir, quizás el de al lado sí pueda.

Kober canturreaba entre dientes. Benash había sacado del bolsillo de la chaqueta un «Colt» del cuarenta y cinco y estaba comprobando el tambor.

—¿Piensas abrirte paso a tiros? —le preguntó Bernie.

—Tal vez.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Brodsky a Bernie.

—Que traerán la mercancía y la cargarán en los aviones —dijo Bernie—. Él quiere tenernos lejos de aquí por la mañana porque ha hecho un gran negocio a costa nuestra. Pero nosotros no podemos hacer nada más que comprobar la mercancía durante la carga.

—Es usted un optimista —observó Kober.

—No, Kober. Ese hombre está cometiendo un fraude. No sé quién más puede intervenir en el asunto aparte el general, pero es lógico suponer que si nosotros armamos jaleo o lo arma él, se le estropea el negocio. Hemos pagado el doble de lo que vale la mercancía; pero, de todos modos, llevamos muchas cosas. Y tenemos los nueve «Messerschmitt».

—Si nos los entrega.

—Veremos. —Bernie miró a Goodman—. Procura dormir un poco, Herb. Tú eres navegante. Nosotros cuatro que somos simples pasajeros nos encargaremos de vigilar la carga. ¿Qué les parece? —preguntó a los otros.

Benash volvió a guardar el revólver en el bolsillo. Los cuatro hombres salieron de la sala y cruzaron el campo. Había focos portátiles que iluminaban el lugar en el que estaban aparcados los aviones. Se acercaban dos camiones haciendo marcha atrás, cargados con las piezas de los «Messerschmitt». Había en los alrededores un centenar de hombres, la mitad, de uniforme, y los más, con ropas de trabajo.

—Bien —dijo Kober—, nuestro Lovazch parece ser hombre de palabra.

—¡Cerdo antisemita! —escupió Brodsky.

—Bonita manera de demostrar tu gratitud.

Pocos minutos después llegó Lovazch y la carga continuó hasta casi el amanecer. Kober y Benash permanecieron junto a los aviones, mientras Bernie y Brodsky regresaban a la sala. Faltaba poco para el amanecer, una fúnebre luz gris bajo un cielo plomizo. Empezaba a llover. Los pilotos, sin afeitar y con los huesos doloridos por haber dormido en el suelo, estaban nerviosos y de mal humor.

—Vamos, chicos —dijo Bernie con suavidad—. Mañana podremos tomar el sol. Una cama blanda, buena comida y todo el día para tumbarse en la playa.

Se dirigieron a los aviones bajo la lluvia. Sentado en el sillón del copiloto, al lado de Al Schlemsky, Bernie consiguió mantenerse despierto durante el despegue. Pocos minutos después, cuando aún no habían dejado atrás las nubes y salido al cielo inundado de sol, él ya se había quedado dormido. Cuando despertó llegaban ya al aeropuerto de Tel-Aviv.

El mismo día en que recibió el cable en el que Bernie le decía que había llegado sin novedad a Tel-Aviv, Barbara almorzó con Jean en «Jack's», de Sacramento Street. El cable de Bernie, aunque muy breve, rebosaba satisfacción. «Una gran historia para ti y para Dan. Dale un beso de mi parte. Pronto regresaré y no más congojas por ser un pobre mecánico». Nada que indicara cuándo exactamente pensaba regresar. Aquella misma mañana, Barbara había asistido a una reunión del Consejo de Administración de la Fundación Lavette, y por la tarde debía mantener una entrevista con Harvey Baxter, su abogado.

Barbara fue la primera en llegar al restaurante. Cuando vio entrar a Jean, no necesitó preguntarle cómo seguía Dan. Jean volvía a ser la de antes, majestuosa con un traje de chaqueta Chanel en lana mohair gris perla y una blusa azul que armonizaba con sus ojos y con el forro de la chaqueta.

—Se nota que papá está mucho mejor —observó Barbara.

Jean asintió.

—El mismo de siempre. Me ha pedido que le pase un puro de contrabando. Yo le he dicho que tendrá que dejar de fumar y me ha contestado con esa ordinariez de que una mujer no es más que una mujer, pero que un buen cigarro es un placer. Empezó siendo un golfillo de los bajos fondos y ha vuelto a sus orígenes. Será seguramente estar en la cama lo que le da esa frescura. Si los hombres no fueran tan patéticos, no me costaría nada despreciarlos a todos. ¿Y se puede saber cómo te has vestido?

—Pues ya lo ves, un conjunto de jerséis y una falda.

Jean movió tristemente la cabeza.

—Unos jerséis que se caen de viejos y una falda decrepita. ¿Cuándo aprenderás a vestir como es debido?

—Cualquiera sabe. ¿Quieres beber algo?

—Sí. Un «Martini» bien seco. Quiero celebrar que no estoy viuda, un estado horrendo. ¿Qué sabes de Bernie?

—Me encantan tus asociaciones de ideas. He recibido un cable de Tel-Aviv. Llegó sano y salvo con nueve aviones. Misión cumplida. A juzgar por el cable, está loco de contento.

—Entonces bebamos las dos para celebrarlo. Es un hombre extraordinario.

¿Cómo lo conociste, Bobby? Nunca has entrado en detalles.

—¿No te lo he contado? —Barbara se interrumpió para pedir las bebidas—. No; no creo que te lo haya dicho. No es lo que se suele contar a una madre.

—No creo que nada de lo que puedas decirme me escandalice. Cada generación imagina que la que le ha precedido no ha perdido la inocencia infantil. Desde luego, en cada generación hay inocentes; pero yo no he sido uno de ellos. A propósito, ayer vi a Tom y le dije que Dan había sufrido un ataque al corazón. Me parece que se conmovió.

Barbara lo dudaba. No le era difícil seguir el rumbo de los pensamientos de su madre. Era menos duro tener un hermano homosexual que un hijo homosexual.

—Se casa, ¿lo sabías?

—No. —Barbara dudó. Una no podía hablar de ciertas cosas con su madre—. Con Lucy Sommers, supongo.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Suelen salir juntos. ¿Sabes? —dijo al cabo de un momento—. A Tom podría perdonárselo casi todo, menos que no haya intentado hacer las paces con papá. Es... es imperdonable.

—Dan no le ha dado facilidades.

Se acercó al camarero y encargaron la comida. Después, Jean trató de recordar cómo había empezado la conversación.

—Me preguntabas cómo conocí a Bernie. Naturalmente que puedo contártelo. Me cuesta trabajo creer que no te lo haya contado ya. Claro que entonces yo era mucho más joven. Ya sabrás que él trabajaba en las bodegas de los Levy...

—No; no lo sabía.

—De eso hace mucho tiempo, en el año veintidós o veintitrés. Era un crío. Después siguió visitándolos de vez en cuando hasta que se alistó en la brigada «Abraham Lincoln». Todo lo hacía por un motivo. Trabajaba en las bodegas porque quería aprender a cultivar la vid para poder plantar viñas cuando fuera a Palestina. Era un huérfano que se había creado su tierra soñada en Palestina, donde todos los males encontrarían remedio. Estudió Agricultura porque quería ser agricultor en Palestina. Se alistó en las brigadas para aprender a combatir. Cuando los Levy me escribieron a París para avisarme de su llegada, mencionaban en su carta que Bernie estaba en la «Brigada Lincoln». Desde luego, entonces aún no le conocía. Pero cuando Marcel, el periodista francés de quien yo estaba enamorada, fue enviado a España por su periódico para hacer un reportaje sobre la «Brigada Lincoln», yo le di el nombre de Bernie. Simplemente, como un contacto. Marcel encontró a Bernie y, cuando llegó la terrible retirada por el Ebro, Bernie le salvó la vida. Cruzó el río remolcándolo y lo llevó a costas durante kilómetros y kilómetros. Marcel me lo contó en una carta que me escribió desde el hospital de Toulouse. Poco antes de morir

—añadió Barbara lentamente—. Me parece que esto tampoco te lo había contado. La herida de la pierna se infectó y él no permitió que se la amputaran. Cuando yo llegué a Toulouse y le convencí, ya era tarde. Murió de gangrena.

—No hables de ello.

—Ahora ya no duele. Marcel era un hombre estupendo. Feo, con una cara muy larga y huesuda, pero fantástico. Nunca he conocido a nadie como él. Siempre estaba alegre y alegraba al que estaba a su lado. Me siguió por los Campos Elíseos una tarde. Me dijo que si desaparecía de su vida quedaría hundido para siempre. Eso fue sólo el principio. Vivimos juntos mucho tiempo. Íbamos a casarnos. ¿No lo sabías?

—Sí; lo sabía —confesó Jean en voz baja.

—Era muy diferente de Bernie. Es raro, ¿verdad? Aunque tú me habías preguntado por Bernie. Ocurrió varios meses después. La guerra civil española había terminado, y las Brigadas Internacionales se dispersaron. Bernie cruzó los Pirineos y pasó a Francia, vendió el rifle por unos cuantos francos y, a trancas y barrancas, consiguió llegar a París. Iba a ver a Marcel. Y es que Marcel sólo sabía hablar de la maravillosa muchacha americana con la que iba a casarse. Bernie no sabía que Marcel había muerto y fue a buscarle a la redacción de *Le Monde*, donde trabajaba. Allí le dieron la noticia y la dirección de mi casa. Y ahora ya lo sabes. Sonó el timbre de la puerta y cuando abrí me encontré frente a ese gigantón desaliñado, vestido con camiseta de manga corta y pantalón de algodón y con una barba de dos días. Estuvimos hablando, le llevé a cenar, me acompañó a casa, se duchó y se afeitó, yo le lavé la ropa y luego nos acostamos. Ahí lo tienes. Me parece que me enamoré un poco de él al verle en la puerta, tan triste, lastimoso y torpe. O tal vez yo necesitara desesperadamente querer a alguien y ser querida, o quizás él fuera todo lo que me quedaba de Marcel o el que le salvara la vida hizo que en cierto modo yo los asociara. ¡Era tan cariñoso y amable! ¡Y yo necesitaba tanto a alguien que fuera cariñoso y amable conmigo...! Así es como conocí a Bernie Cohen.

El camarero les sirvió la comida. Jean apenas probaba bocado. Barbara pensó que nunca había visto a Jean comer con apetito. Tal vez por eso tenía aquella figura tan esbelta y la piel de la cara tan tensa sobre los huesos.

—No sabía con exactitud cuánto tiempo pasó entonces contigo —dijo Jean.

—Se fue a la mañana siguiente. Antes de que yo despertara. Me dejó una nota en la que me decía que estaba sin blanca, que me quería y que no deseaba vivir a mis expensas. Y no volví a verle hasta que se presentó aquí un día, más de seis años después. Había estado en Palestina, con el Ejército inglés. Seis años de soldado.

—¿Y tú seguías enamorada de él?

—No; yo estaba enamorada de un sueño romántico que tenía. Pero luego fui conociéndole. No es difícil conocerle. Es sencillo y sin doblez. Pero también muy complicado. Y no es un intelectual. Su complicación es distinta.

Jean asintió.

—¿Por qué no comes un poco? No me gusta verte ahí sentada, cortando la comida y sin probar bocado. Yo tengo hambre, y al mirarte siento remordimiento. ¿He sido una niña gordita?

—En absoluto. Yo casi nunca como a la hora del almuerzo, Bobby.

—Pues dentro de mí tiene que haber una niña gorda y glotona. ¿Has ido al psiquiatra alguna vez, mamá? Quiero decir si te han hecho el psicoanálisis.

—¿De dónde has sacado esa idea? No.

—No te enfades. Estamos en plan de confidencias, ¿no? Sólo pensaba en lo mucho que has cambiado.

—¿Que yo he cambiado? No sé. Siempre he sido una hija de millonario mal criada. Mientras en España ocurrían esas cosas, yo no tenía más que una ligera idea de lo que pasaba. Sólo me preocupaba de mí misma. Ni durante la guerra hice gran cosa.

—Sin embargo, puedes decirlo.

—¿Qué?

—Me refiero a que tú te ves tal como eres. Que siempre juzgas si lo que haces está bien o mal.

—¿Es eso una virtud?

—No lo sé —contestó Barbara, incómoda—. Yo intento mirarme a mí misma, pero no consigo distanciarme lo suficiente. Es como si me faltara algo y no hago más que preguntarme si acabaré de madurar algún día y cuándo.

—Tú eres una persona muy madura —dijo Jean—. La más madura que conozco.

—Eso es una hermosa ilusión. Opino que tiene mucho mérito engañar a la propia madre. Las dos somos hijas de millonario mal criadas; pero tú parece haberte hecho a la idea. Yo, no.

Irv Brodsky porfiaba para que Bernie se quedara en Palestina y se uniera a la Haganah.

—No tienes idea de cómo te necesitamos. Desde la declaración de las Naciones Unidas, los árabes están furiosos y los ingleses maldito el caso que nos hacen. No piensan más que en mantenerse al margen y preparar la marcha. Han matado a más judíos durante estos últimos meses, que en veinte años. Tú y yo nos habíamos preparado para esto. En toda Palestina no hay ni veinte hombres que sepan de tácticas militares y de la guerra moderna tanto como tú. ¿Cómo puedes ser capaz de marcharte? ¿Cómo vas a darnos la espalda? ¿Te acuerdas de Hyam Kadar?

Bernie recordaba vagamente el nombre. Hyam era un muchacho delgado y moreno, con el pelo rizado.

—Estaba en el kibbutz con nosotros en el treinta y nueve —explicó Brodsky—.

Le mataron hace tres días. Iba en un convoy que trataba de abrirse paso hasta Jerusalén. Los árabes bloquearon con troncos el desfiladero de Bab el-Wad y los mataron a todos. Casi tres mil árabes contra un puñado de los nuestros. Y eso, todos los días. ¿Cómo diablos puedes dejarlo ahora?

—No lo dejo porque nunca estuve en ello —dijo Bernie—. Ni estoy. Voy a cumplir cuarenta y dos años. Soy mecánico de automóviles y tengo un taller en San Francisco. Estoy casado. Tengo una esposa encantadora que no es judía y que soporta mi demencia por razones que no alcanzo a comprender. A estas alturas, todavía no sé con exactitud cómo me he metido en esto. Supongo que no podía soportar la idea de pasar los próximos diez años en el taller. Pero ya he saldado mi cuenta. Obtuve el dinero para los aviones y he llevado a término la misión. Ahora se acabó. Tengo una mujer y un hijo que me esperan. Estoy harto de guerra.

Bernie, Brodsky y una mujer llamada Lena Poldá estaban sentados en la terraza de un café en el Dizengoff de Tel-Aviv. Hacía sol. El aire era tibio y suave. Los hombres iban en mangas de camisa y las mujeres llevaban vestidos de verano. Los niños jugaban en la calle. No se oían sonidos de guerra ni fuego de fusiles. Lena Poldá era una mujer morena y adusta de unos veinticinco años. Era prima de Brodsky en cuarto o quinto grado y trabajaba de contable en Tel-Aviv. La madre de Brodsky, que aún vivía en el Grand Concourse del Bronx de Nueva York, la había llamado por teléfono para que averiguara si su hijo estaba vivo o muerto. Era casi un milagro que hubiera podido hablar con Tel-Aviv en marzo de 1948. Lena fue al aeropuerto y allí estaba cuando aterrizaron los nueve aviones. Dos días después, almorzó con Bernie y Brodsky. Hasta entonces había hablado poco. Su inglés era bastante bueno, pero tenía un fuerte acento. Había nacido en Polonia, en Vilna, y a los diecisiete años fue internada en un campo de concentración por los nazis. Allí vio ir a sus padres a la cámara de gas y fue utilizada como prostituta por los guardianes del campo. Logró sobrevivir, y en 1945 emigró a Palestina.

Ahora, inesperadamente, rompió a hablar para decir a Bernie:

—¿Qué deuda es esa que ha saldado, Mr. Cohen? ¿Quiere decir que ha cumplido con su obligación?

—Más o menos. Es un decir.

—Dígame, ¿qué deuda?

—Lo que Bernie quiere decir es que ha luchado en dos guerras, en la de España y en la última.

Ella extendió la mano para mostrar el número tatuado en el antebrazo.

—Ya. Entonces, ¿yo también he saldado mi deuda?

Bernie asintió lentamente.

—¿Y ya puedo irme a casa?

—Su casa está aquí. La mía, no.

—¿No? Seguro que no. —Se puso en pie—. Tengo que volver al trabajo. Gracias por el almuerzo.

Cuando ella se hubo marchado, Brodsky dijo:

—No te ofendas, es una mujer rara. Como todos los que han estado en los campos de concentración.

Permanecieron en silencio, incómodos. Bernie dijo al fin:

—Tiene gracia. Cuando era niño, siempre soñaba con venir aquí. Odiaba a Hitler, pero no me alisté en la brigada porque fuera antifascista. Me alisté para entrenarme para esto, e incluso cuando llegamos aquí la primera vez, en el treinta y nueve, me pareció que venía a la patria. Y ahora lo único que deseo es volver junto a Barbara y el niño. Comprendo lo que siente Lena. Pero yo no puedo sentir como ella, de manera que es inútil que trates de convencerme, Irv.

—Está bien. ¿Y qué piensas hacer? Esta semana no saldrá de aquí ni un solo avión. Imposible.

—Lo sé. He reservado pasaje en un barco que zarpa de Haifa rumbo a Nápoles. En Nápoles puedo tomar un avión hasta Londres, y de allí, a casa.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días.

—De acuerdo. Mira, nosotros tenemos que ir en coche a Haifa. Yo me quedaré en nuestro viejo kibbutz. ¿Por qué no vienes con nosotros, paras allí una hora, ves las mejoras y luego sigues hasta Haifa? Llegarías con tiempo de sobra.

—¿Quiénes van contigo?

—Dov Benash y Zvi Kober. Los dos están en una unidad de la Haganah con base en Haifa. Salimos mañana por la mañana.

A la mañana siguiente, cuando Bernie despertó en la pequeña habitación que compartía con Brodsky en el destartalado edificio de estuco de Allenby Road que se llamaba pomposamente «Hotel Shalom», de momento no supo dónde se encontraba. Hacía calor y el sol entraba por las ventanas sin cortinas. Momentáneamente, por una pirueta de la memoria, Bernie se sintió transportado a los meses pasados en el norte de África. Tuvo un momento de pánico; la vida y el tiempo saltaban atrás, y durante aquel momento su vida con Barbara fue un sueño. Medio dormido aún, gimió de angustia.

—¿Está bien? —le gritó Brodsky, que se afeitaba en el lavabo.

—Sí; estoy bien.

Habían sucedido tantas cosas y tan aprisa... Era como un sueño: los aeropuertos de Kansas y Nueva Jersey, el de Panamá, el de las Azores, el gordo de Lovazch, que les había estafado en el precio de las armas y, luego, el final, tan insulso y frío, un hombre llamado Yigal Allon, alto, delgado, rubio, con un aire de juvenil altivez le estrechaba la mano casi con indiferencia, «buen trabajo, Cohen» y se quedaba

impasible, como si fuera tan normal que un hombre de San Francisco llamado Dan Lavette regalara ciento diez mil dólares para comprar diez viejos aviones y que él, Bernie Cohen, recorriera medio mundo para llevarlos a Palestina, cargados de armas y de «Messerschmitt». Pero aquello encajaba con todo lo demás. ¿En qué otro tiempo o lugar se manejarían dos maletines repletos de billetes como si no contuvieran más que camisas, pantalones y ropa interior? Allí había una fuerza que convulsionaba el espíritu, una fuerza que alcanzaba a gentes de los más apartados lugares del mundo y, durante un día o una semana, las transformaba, como le había ocurrido a él o quizá las hacía regresar a la adolescencia y salir en busca de aventuras o perseguir los sueños de la juventud. Pero ahora Bernie se sentía estafado y desengañado. Su afán de aventuras era imaginario. Ciertamente Brodsky le había pedido que dirigiera la operación, pero él habría podido negarse, y Brodsky habría terminado satisfactoriamente el trabajo. ¿Qué esperaba él de Yigal Allon, jefe del Palmach, fuerza de choque de aquella minúscula y desesperada nación que muy pronto tendría que luchar por la supervivencia? ¿Que le abrazara e hiciera un discurso diciendo que Cohen era su salvador?

—¿Estás seguro de que no te pasa nada? —preguntó Brodsky—. Será mejor que te levantes, porque dijeron que estarían abajo a las siete y media.

Bernie se vistió, se afeitó e hizo su maletín de mano, que contenía dos camisas, sucias ya las dos, ropa interior y calcetines. Brodsky le vio quedarse pensativo un momento, sosteniendo en la mano el revólver que Kramer, el contable, le había dado en las Azores. Se lo entregó a Brodsky.

—¿Qué es esto?

—Me lo dio Kramer, aquel tipo bajito que nos esperaba en las Azores. Dijo que el dinero necesitaba protección. A mí ya no me hace falta y aquí cualquier arma puede ser útil.

Brodsky guardó el revólver en el bolsillo y bajaron la escalera. Mientras Brodsky pagaba la cuenta, Bernie salió a la calle. El jeep estaba delante del hotel. Benash y Kober, en el asiento delantero, comían pescado frito de una grasienta bolsa de papel, que acompañaban con pedazos de pan; era un pan redondo, que partían con los dedos.

—Pique —dijo Kober—. Pescadito y *chips*, pero sin *chips*. No tan bueno como el de Londres, pero aceptable. El pan es excelente.

Bernie metió la mano en la bolsa y Benash partió un trozo de pan y se lo dio. Al primer mordisco, Bernie sintió un hambre voraz.

—Hay para todos —dijo Kober.

El pescado estaba frío, pero bueno. Brodsky salió del hotel, se acercó a ellos y aceptó pescado y pan. Bernie señaló cuatro cajas de madera que había en el jeep.

—Es nuestra parte del botín —explicó Kober—. Cuarenta «Mauser» y dos cajas de municiones. Lo llevamos a Haifa. Tal vez haya jaleo durante el viaje, de modo que

será mejor que cojáis un arma cada uno y os llenéis los bolsillos de municiones. — Benash tenía dos rifles a su lado y una pistola en el cinturón—. Esa caja está abierta.

El jeep arrancó. Conducía Kober. Bernie y Brodsky iban en el asiento de atrás. Los «Mauser» tenían una gruesa capa de grasa. Bernie sacó una camiseta del maletín y él y Brodsky limpiaron las armas y las cargaron.

Fueron hacia el Norte por la carretera de la costa, al llegar a Natanya viraron al interior y siguieron hacia el Norte por Hadera. Hasta entonces, el día había sido increíblemente tranquilo. No habían visto ni siquiera una patrulla británica; no encontraron más señales de guerra que los restos de tres camiones incendiados, al lado de la carretera. Al Este, las montañas estaban aún cubiertas de bruma matinal. Hombres y mujeres que trabajaban en los campos con el fusil al hombro les saludaban con la mano, y árabes con albornoz vigilaban sus rebaños de cabras y ovejas con indolente indiferencia. Aquel paisaje sereno y apacible producía en Bernie la sensación de algo muy conocido, como si nunca se hubiera marchado de aquel lugar extraño y misterioso. Una vez se dejaban atrás las turbulentas calles de Tel-Aviv con sus casas de estuco, el viajero se sentía fuera del tiempo.

Pararon a almorzar en Hadera y luego tomaron hacia el Nordeste por la carretera de tierra que discurría al pie del Monte Carmelo en dirección a Nazaret. Desde el punto en que la carretera cruzaba las vías del tren, había poco más de veinte kilómetros hasta el kibbutz de Benyuseff, en el que Bernie y Brodsky habían trabajado en 1939 y en el que Brodsky seguía viviendo. En 1942, Brodsky se casó, y al mes de la boda su mujer moría del disparo de un francotirador árabe. Él no había vuelto a casarse. Era la primera vez que hablaba de ello.

—Un día me dijo que te conocía como si fueras un viejo amigo —dijo Brodsky—. Sólo por lo que yo le había contado de ti. Estaba segura de que vendrías. En fin, es la vida. Ya verás, el lugar está desconocido. Doscientos naranjos y casi veinte hectáreas de trigo y cebada. Y vacas, más de veinte vacas. Guardería, escuela. Y yo, que soy el perito agrónomo. ¿Te lo imaginas, Irv Brodsky del Grand Concourse esquina Calle Ciento Sesenta y Tres del Bronx, perito agrónomo? Fui seis meses a una escuela en Tel-Aviv, pero casi todo lo saco de los libros. Cada noche me quedo hasta las tantas leyendo a Weber y Batchelor.

—¿Quiénes son Weber y Batchelor?

—Eminencias en el cultivo de cítricos, de tu California.

—¿Y podrías decirme qué es el Grand Concourse? —preguntó Kober—. Suena a esas fiestas americanas con puestas de largo masivas.

—No es más que una grande y fea calle del Bronx.

Después de cruzar las vías tuvieron que ir despacio. La carretera estaba sembrada de baches causados por las lluvias de la primavera. En algunos trechos, Kober tenía que poner el jeep en primera y avanzar a paso de tortuga. El paisaje había cambiado.

Se encontraban en una región de ondulantes colinas salpicadas de aldeas árabes formadas por chozas de piedras y barro. La tierra no estaba cultivada. Rocas blanquecinas asomaban de las pedregosas laderas. Las cabras habían devorado la vegetación de raíz, y sólo algún que otro olivar mitigaba la aridez del monte. Pasaron ante las ruinas de una antigua construcción de la que sólo se mantenía en pie una columna. Cuando llegaron a la vista de un pueblo, hombres, mujeres y niños corrieron a encerrarse en las casas.

—Eso no me gusta nada —dijo Brodsky, que cogió el «Mauser», accionó el cerrojo y comprobó la carga.

—¿No puede ir más aprisa? —preguntó Bernie a Kober.

—No sin destrozar este cacharro. Es una reliquia. Abrid bien los ojos por si hay francotiradores. Somos cuatro y estamos armados. No creo que quieran exponerse mucho. ¿Cuánto falta?

—Unos quince kilómetros.

No oyeron el disparo. En el parabrisas apareció un agujero con una corona de grietas en forma de tela de araña. La bala rebotó en la plancha del jeep, entre Bernie y Brodsky. Kober detuvo el vehículo.

—¿Por qué paras?

El segundo disparo sí lo oyeron. La bala pasó silbando sin tocar el jeep.

—Están ahí delante —indicó Benash—. A ochocientos o novecientos metros. — Señaló el orificio del parabrisas.

—Más cerca no habría hecho grietas —asintió Bernie—. Mala puntería.

—Puede mejorar.

Kober viró hacia la derecha y sacó el jeep de la carretera, lanzándolo hacia el abrigo de unas peñas. Oyeron por lo menos otros cinco disparos, de los cuales sólo uno dio en el jeep. Ya estaban a cubierto. Kober se volvió a mirar a Bernie.

—Bueno, amigo, usted es el estratega. Tienen mala puntería, pero eso es normal a ochocientos metros. Esa bala —dijo señalando el parabrisas— ha podido volarle la cabeza. La mayoría de esos desgraciados no tienen más que «Lee-Enfields» o «Martinis» de una sola bala, de modo que ahí tiene que haber por lo menos media docena. Y esto no es más que el principio. Todos los que hayan oído los disparos vendrán corriendo al festín.

—Entonces demos la vuelta y regresemos al último kibbutz.

—¿Y cómo llego a mi casa yo? —protestó Brodsky.

—Tú vienes con nosotros a Haifa —le dijo Kober—. Me alegro de que Cohen sea más sensato que heroico. Odio las discusiones.

Hizo girar el contacto, pero el motor no respondió.

Bernie saltó a tierra y levantó el capó.

—¡Jesús! —exclamó.

Una bala había perforado el radiador y se había alojado en la batería. El radiador chorreaba, y el conductor de la batería estaba roto.

—¿Se puede arreglar?

—Quizás en dos o tres horas.

—¿Y no hay manera de poner en marcha el maldito cacharro?

—No. —Bernie miró en derredor. En lo alto de la colina, a unos cien metros de donde estaban, había una cabaña de pastor de piedras y barro, abandonada y sin techo —. Vamos allá. Ahí podemos hacernos fuertes.

—Podríamos intentar llegar a pie hasta el kibbutz —dijo Brodsky—. Ellos también van a pie. Está lejos, pero les llevamos ventaja.

—¡Ni hablar! —gruñó Kober—. Después de oír esos disparos, todo el que tenga un arma tratará de darnos caza. No necesitan más que un par de balas. Si tratamos de escapar corriendo, seremos un blanco perfecto.

—Yo no dejo las armas —dijo Benash—. Vosotros haced lo que queráis, pero yo no les dejo las armas.

—Pues vámonos ya —dijo Bernie—. Vámonos antes de que se nos echen encima.

Se colgó el rifle del hombro y levantó una de las cajas de municiones. Pesaba por lo menos cincuenta kilos. Con la caja en brazos empezó a subir la ladera. Los otros le siguieron. Brodsky consiguió levantar la otra caja de municiones, pero Kober y Benash sólo pudieron llevar una caja de rifles entre los dos, por lo cual hubo que dejar la otra en el jeep. En el momento en que salieron a terreno descubierto, las balas empezaron a batir el polvo alrededor de ellos. Con aquella carga no podían correr y el camino era cuesta arriba. A Bernie le parecía tener plomo en los pies. Cuando, por fin, recorrió aquellos cien metros y se dejó caer, jadeando, dentro de la choza, le pareció que había transcurrido una eternidad. El único herido fue Benash. Una bala le había desgarrado el brazo. Él protestaba diciendo que no era nada. Bernie le vendó la herida con el pañuelo para contener la hemorragia. Luego, Benash se dispuso a salir otra vez.

—¿Adónde diablos vas?

—Hay veinte rifles en el jeep.

—Ésos ya no están a ochocientos metros. ¿Quieres usar la cabeza y echar un vistazo?

Dos árabes acababan de rodear el saliente de la colina. En el mismo instante en que Bernie señalaba hacia ellos, los árabes descubrieron el jeep y echaron a correr. Benash levantó el rifle y disparó. Uno de los árabes cayó. El segundo se paró, vio a Benash en la puerta de la choza y disparó su arma sin apuntar. Benash hizo fuego por segunda vez. El árabe echó la cabeza hacia atrás y se desplomó.

Benash murmuró unas palabras en hebreo y dijo a Bernie:

—Voy a buscar los rifles.

—¡No!

—¡A la mierda, yanqui! —exclamó Benash y se lanzó cuesta abajo saltando con pie seguro.

—¡Ojalá sólo fueran dos! —dijo Kober.

Los tres hombres permanecían agachados en la puerta de la choza, vigilando. Benash llegó al jeep, se colgó los «Mauser» de los hombros y empezó a subir. Otro árabe asomó por el saliente. Casi sin pensar, Bernie levantó el rifle y disparó. El hombre cayó. Por lo más profundo de su mente cruzó este pensamiento: ¡Válgame Dios, he matado a un hombre! Del dintel de la puerta saltaron fragmentos de piedra. Kober y Brodsky se echaron al suelo. Bernie permaneció de pie. Ahora los árabes disparaban desde los dos flancos, y tres de ellos acababan de subir a lo alto de la peña que protegía el jeep. Benash se encontraba a unos treinta pasos de la choza cuando fue alcanzado. Avanzó unos metros dando traspiés y dejando una estela de rifles y cayó de bruces. Bernie corrió hacia él y se lo cargó sobre los hombros con un solo movimiento rápido y convulsivo. Desde que salió de la choza hasta que volvió a ella con Benash no transcurrió ni medio minuto; pero a Bernie le pareció interminable. Despacio, un paso y otro hasta llegar a la choza, donde Brodsky y Kober, agachados en la puerta, vaciaban los cargadores de los rifles. Bernie sintió impactos de bala en el cuerpo de Benash. Éste fue alcanzado dos veces más; pero la primera bala que le había atravesado el cuerpo de lado a lado ya era mortal. Cuando Bernie lo dejó en el suelo de la choza ya estaba muerto.

Brodsky y Kober, echados en la puerta, mantenían un fuego constante, entre una nube de humo.

—Dov ha muerto —les dijo Bernie.

—¡Pobre diablo cabezota!

—¿Contra quién diablos disparáis? —preguntó él—. ¿Es que podéis verlos?

—No.

—Pues entonces no malgastéis municiones.

Dejaron de disparar y, girando sobre sí mismos, se apartaron de la puerta.

—Nos sobran municiones, amigo —replicó Kober—. Durarán más que nosotros.

La choza no tenía techo y las paredes eran muy bajas. Estando de pie, Bernie podía mirar por encima. Se veían árabes a lo lejos, pequeñas figuras. Contó hasta treinta.

—Hemos sido unos estúpidos —dijo Kober—. Usted es forastero, pero Brodsky y yo debimos ser más precavidos.

—Yo pasé por aquí hace seis meses y estaban mansos como corderos —dijo Brodsky.

—Pues ahora, de mansos, nada.

—¿Nos atacarán? —preguntó Bernie.

—¿De día? No. ¿Para qué? Vendrán de noche, nos echarán unas granadas y *finis*.

—¿Tienen granadas?

—¡Oh, sí! Entre los mufti y los ingleses, están bien abastecidos. Es lo malo de ser judíos, Cohen. Nadie nos traga.

—Entonces hemos de salir de aquí antes de que anochezca. Supongo que esperarán a que esté bien oscuro.

—Empieza a gustarme, Cohen —dijo Kober—. Al verle pensé: otro cerdo presumido; pero tengo que reconocer que me gusta su estilo. —Miró a Brodsky—: Anímate, Irv. Lo mejor o lo peor aún está por llegar. En uno o en otro sentido, será un cambio. Y bien venido sea. ¿Habéis notado cómo huele esto? A excremento de cordero. Lo recogen y lo usan de combustible.

—¿Y el pobre Benash?

—¿Qué pasa con Benash? No podemos enterrarlo ni podemos llevárnoslo. Nuestras posibilidades son tan pequeñas, que no podemos ni llorarle.

—¿Tienes algún inconveniente en que rece el Kaddish? —preguntó Brodsky con amargura.

Kober movió negativamente la cabeza mirándole con gesto de sorpresa. Cogió el rifle y se apostó en la puerta. Los árabes habían empezado a disparar otra vez. Atardecía, y las colinas proyectaban largas y oscuras sombras que ocultaban a los árabes. El paisaje tenía matices de terciopelo. El sol ponía en las cimas un tinte color de rosa. Bernie cerró los ojos de Benash, y Brodsky le cubrió la cara con el pañuelo. Bernie comprendió que los dos estaban pensando, lo mismo, que los árabes castraban los cadáveres de los judíos, les sacaban las tripas y, a veces, les cortaban la cabeza. El fiero halcón había volado. Muerto, Benash tenía cara de niño. De vez en cuando, una bala hacía saltar astillas de piedra de la puerta.

—Irv, apártate —ordenó Bernie con suavidad.

Brodsky se retiró de delante de la puerta y entonó la oración de difuntos oscilando suavemente como Bernie había visto hacer, muchos años atrás, al rabino Blum, el hombre que le sacó del orfanato y le educó. El rabino Blum nunca mató a un ser vivo, ni siquiera a un insecto. Él era de otro mundo. Vivía en la Tierra como un forastero. ¿Qué le había dicho Kober hacía un momento? «Usted es forastero, Cohen». Escuchaba el Kaddish con profunda tristeza. Demasiado tarde. Tarde para todo.

—Responded amén —dijo Brodsky en el antiguo arameo en que estaba compuesta la oración.

—Amén —dijo Bernie.

Kober estaba inmóvil. Fuera arreciaban los disparos. Aún faltaban por lo menos dos horas para la puesta del sol.

—Conteste al fuego, Kober —ordenó Bernie con voz ronca y áspera. Están alzando el gallo.

Kober no se movió. Brodsky se acercó a él andando a gatas y dijo a Bernie:

—Está muerto.

Tenía un balazo en la frente. Había muerto instantáneamente y en silencio.

—Nos tienen rodeados —dijo Brodsky con voz neutra—. No hay salida, Bernie.

Con la culata del rifle, Bernie hizo saltar una piedra de la pared de atrás.

—Tú encárgate de la parte trasera —ordenó a Brodsky—. Yo me pondré en la puerta. Dispara continuamente. Quizá Kober tuviera razón y no nos atacarán hasta la noche. Procuraremos escurrirnos antes.

Cuando el «Mauser» de Bernie dejó de disparar, Brodsky se quedó escuchando, esperando volver a oírlo. Él disparaba por la tronera abierta por Bernie. Disparaba sin apuntar. No se veía nada, sólo humo y las sombras del anochecer. Pero el arma de Bernie seguía callada.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Brodsky—. ¡Bernie! ¡Bernie, no me dejes solo! —gritó.

Corrió hacia Bernie, que estaba tendido delante de la puerta y lo sacudió. Después se puso en pie, frente a los tres árabes que estaban delante de la puerta. Apenas tuvo tiempo de verlos antes de que ellos dispararan a quemarropa. Su cuerpo quedó cruzado sobre el de Bernie.

Tercera parte

Inquisición

Había gente que, para describir a Lucy Sommers, utilizaba el calificativo de austera. Era una mujer morena, arrogante, de cuarenta años, hija única de Alvin Sommers, el que fuera presidente del «Banco Seldon», retirado ya, a sus setenta y nueve años. El ritmo vital varía según las personas; unos viven más intensamente en sus primeros años, y otros, en la edad avanzada. Sommers llegó a presidente del Banco a los sesenta y cinco y, a los setenta y nueve, era un ejemplar correoso que parecía que iba a durar eternamente. Lucy era una mujer de buena figura, alta y elegante. Casi nunca sonreía y ni con el maquillaje ni con el peinado hacía el menor esfuerzo por embellecerse. Era una de esas personas de las que las mujeres que viven pendientes de la moda suelen decir: «En dos horas, con la ropa adecuada y la cara arreglada, yo la convertía en una mujer soberbia». Pero nadie se molestó en proponérselo siquiera.

Cuando entre los escasos centenares de habitantes de San Francisco que se consideraban a sí mismos «la ciudad» se corrió la voz de que Tom Lavette iba a volver a casarse y que la novia era Lucy Sommers, las exclamaciones de incredulidad fueron numerosas y vociferantes. Y es que en todo el medio social no había mujer más diametralmente opuesta a Eloise Clawson, su primera esposa.

Pero Tom se sentía a gusto al lado de Lucy, lo cual nunca le sucedió con Eloise. En algunos aspectos le recordaba a su madre, aunque Lucy sólo se parecía a Jean en la estatura. Eloise era tímida, reservada y, delante de Tom, insegura de sí misma. Lucy era serena, enérgica y, en aquellos momentos, sabía perfectamente lo que deseaba del matrimonio.

—Dicen que no hay que hablar mal de los muertos —dijo a Tom—. No sé por qué. A mí me parece que es peor hablar mal de los vivos. Mi marido ha muerto; pero nada bueno puedo decir de él. Era un animal. Creo que debes saberlo, Tom. No sé si, de haberme casado con otro, hubiera gozado con el acto sexual. Pero él destruyó cualesquiera posibilidades que pudieran existir. Nos separamos al cabo de un año de matrimonio, pero debo decir que el recuerdo persiste. Tú me pides que me case contigo y quiero dejar bien claro la clase de asunto en que te metes.

—Te pido que seas mi esposa, no mi compañera de lecho.

—¿Y no te parece un poco extraño?

—No más extraño que una docena de matrimonios que conozco. La única diferencia es que nosotros ponemos las cartas sobre la mesa.

—¿Tienes una amante? —preguntó ella bruscamente.

—No.

—No me importaría; pero me molestaría que se supiera. No quiero ser el hazmerreír de la gente. Yo te respeto y creo que tú a mí. Los dos somos ricos y ambiciosos. Mi padre es dueño de una hectárea de terreno en Pacific Heights y ha prometido regalármela. Me parece que conoces la propiedad. Tiene una vista magnífica. Quiero que comprendas lo que voy a pedirte.

—Yo ya tengo una casa en Pacific Heights —repuso Tom con cierta timidez.

—Lo sé. No es el tipo de casa que me convence. Además, es la casa de otra mujer. Yo me caso contigo, Tom, porque me gustas. También, porque estoy convencida de que, juntos, podremos triunfar. Para ti el triunfo es sinónimo de dinero e influencia política. Lo comprendo. Pero yo, siendo mujer, tengo mis ilusiones. Yo quiero ser la anfitriona más distinguida de la Costa Oeste y, con el tiempo, también de Washington. No sé si te das cuenta de lo mucho que tú necesitas tener a tu lado a una persona como yo. Me doy cuenta de que nuestras amistades me consideran un poco excéntrica. No me importa. Con el tiempo, una invitación a nuestra casa será como una invitación a la Casa Blanca. La política es más que el protocolo de la mansión del gobernador y la legislatura. La política es una cuestión de poder y de cultivar a la gente que posee ese poder.

Después de esta conversación, Tom modificó su opinión acerca de Lucy Sommers. Casi se volvió atrás de su propósito matrimonial, dividido como estaba entre el temor y la admiración. Por un lado, sentía un peligro inminente y, por otro, le impulsaba el deseo de entregarse a la protección de una mujer fuerte. Al fin pudo más el afán de seguridad.

Tom, después de hablar con su madre, transmitió a Lucy la sugerencia de Jean de que se casaran en el extranjero.

—¡Qué tontería! —exclamó Lucy.

—No lo considero una tontería. Mi madre no asistiría a la boda sin mi padre.

—Pues entonces ya es hora de que hagas las paces con tu padre. Bastantes enemigos tendremos fuera de la familia.

—¡Oh, no, Lucy! Hace veinte años que no nos dirigimos la palabra.

—Ahora está en el hospital. ¿Qué mejor ocasión? Ahora o nunca.

El pasante de Harvey Baxter era un joven que respondía al extraño nombre de Boyd Kimmelman. Era muy sagaz, había servido en un tribunal militar durante la guerra, terminó la carrera de Leyes un año después y mostraba una agreste sagacidad, que complacía y asustaba a la vez a Baxter. Ahora discrepaba vivamente de una opinión de Baxter.

—Puede estar segura de que le preguntarán si es o ha sido miembro del partido comunista —dijo a Barbara.

Estaban en el despacho de Baxter los dos abogados y Barbara la mañana de la víspera del día en que ésta debía salir para Washington. El pequeño Sam, sentado en su cochecito, con el chupete en la boca, observaba la escena con mirada bonachona.

—Eso no me preocupa —repuso Barbara—. Ni lo soy ni lo he sido. Lo único que tengo que hacer es decir la verdad.

—Exacto —afirmó Baxter.

—¡Oh, no! No, señor, y perdone. No es tan sencillo. Esos granujas tienen todos los triunfos. Supongamos que asistió usted a una reunión de derechos civiles, por ejemplo, una asamblea en defensa de los jornaleros eventuales. Por lo que dice Harvey, estas cosas le interesan. ¿Me equivoco?

—Puede que tenga usted razón, Mr. Kimmelman.

—Llámeme Boyd, Mrs. Cohen. Como diría Harvey, soy demasiado agresivo para tener derecho a que se me respete.

—Está bien, Boyd. Sí, he asistido a reuniones. He asistido a reuniones de derechos civiles y hace dos meses estuve en una en defensa de los escritores de Hollywood. Pero tengo derecho, ¿no?

—¿Hoy? ¡Quién sabe! A lo que iba. Esos gusanos del Comité de Actividades Antinorteamericanas tienen acceso a los archivos del FBI y pueden estar seguros de que todas esas reuniones de protestas están vigiladas por el FBI. Usted no es precisamente una desconocida en la ciudad, Mrs. Cohen. De modo que vamos a suponer que niega bajo juramento haber sido miembro del partido. Luego, aparece uno de sus soplones a sueldo y dice que la vio en una reunión comunista.

—Mentiría.

—¿Podría usted jurar que no se trataba de una reunión organizada por los comunistas?

—¡Por Dios, Boyd —dijo Baxter—, eso no la convierte en comunista!

—¿Puede demostrar que no lo es? ¿Cómo? Supongamos que un soplón lo jura. ¿Qué pruebas podría presentar ella?

—La verdad es que no lo soy —intervino Barbara—. ¿Cómo podría alguien jurar lo contrario? ¿Qué pruebas tendrían?

—Está anticuada —dijo Kimmelman con impaciencia—. Esa gente no monta tribunales de administración de justicia. No les interesan las pruebas ni las normas de procedimiento. Sólo buscan meter ruido, sacar titulares. Y para sacar titulares tienen que crucificar a alguien. Ya sé que usted no es judía, Mrs. Cohen, pero su apellido lo es y, de entrada, va a tener que pechar con eso.

—Vamos, vamos, Boyd —dijo Baxter, irritado—. Tú ves antisemitismo en todas partes.

—Sólo donde lo hay.

—Pero Barbara no puede negarse a contestar una pregunta pertinente. Eso es

desacato y no quiero que la acusen de desacato.

—El desacato está considerado un delito leve, punible con un año de prisión, si la citan. El perjurio es grave y puede ser castigado con cinco años. ¿Tú la expondrías a eso?

—Un momento —dijo Barbara—. Esta conversación empieza a sonarme a escena de Kafka. Sentencias de un año o de cinco años... Yo no soy una criminal. No he hecho nada ilegal. Soy un ama de casa de San Francisco, madre de un niño de meses y no tengo intención de ir a la cárcel.

—Ni irás —le aseguró Baxter—. Me parece que Boyd pretende asustarte tontamente. No puedo imaginar que alguien declarara que tú eres comunista.

—Yo sí puedo —aseveró Kimmelman.

—¿Y si lo fuera? —preguntó Barbara—. ¿Me mandarían a la cárcel por ello? Al parecer, me equivocaba al pensar que vivíamos en una democracia.

—Y así es —afirmó Baxter—. Y no consiento que un puñado de fanáticos de Washington pretenda hacerme creer lo contrario. Barbara, si fueras comunista y ellos te lo preguntaran, tú deberías limitarte a decir que sí. Suponiendo que lo desearas. No pueden castigarte por decir la verdad.

—¡Ay Dios mío! —exclamó Kimmelman.

—Boyd, nuestra actitud respecto de la ley es distinta —dijo Baxter—. Yo la considero un baluarte levantado a lo largo de los siglos para defensa de lo mejor de la civilización. Para ti es un antagonista al que debes adelantarte y superar. No, escucha... —dijo para atajar la protesta de Kimmelman—. Ésas son precisamente las cualidades que más aprecio en ti; pero tú eres joven y cínico. Cuando me encuentro ante una situación como ésta, me pregunto qué habría hecho Sam Goldberg. En este caso no me cabe la menor duda. Sam hubiera aconsejado a Barbara que respondiera a todas las preguntas con la verdad y sin evasivas. Yo no comparto tus temores a los soplones ni a la trampa. Sería un disparate que Barbara se negara a contestar a una pregunta por miedo a que le tendieran una trampa.

—De acuerdo —suspiró Kimmelman.

—Estamos aquí hablando de ese ridículo comité cuando lo único que realmente me preocupa es no haber tenido noticias de mi marido —dijo Barbara—. Hace dos días que intento hablar con Tel-Aviv y no hay manera de que me den la conferencia ni recibo contestación a mis cables. Tiene que haber algún medio de comunicar con Bernie.

—La situación es muy confusa —repuso Baxter—. Date cuenta, Barbara, de que hay mucha agitación en Palestina, casi estado de guerra.

—Ya lo sé, y es lo que más me preocupa. Tiene que haber algún medio, Baxter. Tú debes de conocer a gente que pueda hacer indagaciones y recibir respuestas.

Mrs. Cohen —dijo Kimmelman—, yo creo que su marido le habrá enviado varios

cables. Si usted no los ha recibido es porque las líneas telefónicas están bloqueadas para las comunicaciones con prioridad. Yo tengo un amigo en la organización sionista de la ciudad que tal vez pueda conseguirnos una clasificación de prioridad. Iré a verle esta misma tarde y trataremos de comunicar con Tel-Aviv. Lo malo es que allí ahora es casi medianoche, por lo que tendremos que esperar un poco. Un primo mío es una especie de oficial de la Haganah, el Ejército judío, y si puedo ponerme al habla con él, quizá consiga noticias. Pero también puedo tardar varios días y es posible que su marido venga ya de camino. Dudo mucho que haya podido salir de Palestina en avión, por lo que habrá tenido que ir en barco hasta Italia o Francia. Quizá le puso un cable y se ha perdido o demorado. ¿Quiere que me entere mientras usted y Harvey están en Washington?

—Se lo agradecería. En cuanto sepa algo, ¿me llamará?

—Desde luego.

El niño se impacientó, y de pronto Samuel Thomas Cohen atronó el despacho con los berridos de un par de robustos pulmones.

—Me lo llevo a casa —dijo Barbara—. Esto es casi una vergüenza en el despacho de un abogado.

—Es un grato sonido de vida —protestó Baxter—. Te recogeré mañana por la mañana a las siete, Barbara, para ir al aeropuerto. No creo que nos quedemos en Washington más de un día.

Una vez en casa, Barbara dio de comer a Sam, lo puso en el coche y se fue con él a las bodegas Higate, en el valle de Napa. Eran las primeras horas de la tarde cuando salió de la autopista 29 y tomó por la carretera de tierra que conducía al grupo de viejos edificios de piedra, cubiertos de hiedra. Una visita a Higate siempre le producía una sensación de amparo y seguridad. Por un lado, el lugar era muy antiguo según la manera de juzgar estas cosas en California. Los primeros edificios habían sido levantados por unos italianos hacia 1870, y posteriormente fueron ampliados y modernizados por los Levy. Y, luego, el cariño y afabilidad de la familia Levy siempre la hacían sentirse a gusto.

Cuando Barbara hubo dejado al pequeño Sam en casa de Eloise, quien se encargaría de atenderlo durante su ausencia, Clair Levy la convenció para que se quedara a cenar en Higate. Sarah Levy, la madre de Jake, había vendido su gran casa de Sausalito y vivía en Higate con su hijo y su nuera. Se sentaron a la mesa Sarah, Jake y Clair, Adam y Eloise, Sally que había llegado de Los Angeles con la niña y Barbara. Sally justificó su visita diciendo que había llevado a la pequeña May Ling para que Sarah pudiera admirarla; pero la verdad era que Sally no quería que su adorada Barbara se fuera a Washington sin verla.

Se reunieron alrededor de la gran mesa en la cocina de alto techo, vigas y azulejos. La mesa, cargada de comida: bandejas de pollo frito, fuentes de patatas,

espárragos, brécoles, manzanas asadas, tomates y tres clases de pepinillos, como si aquella abundancia fuera prueba de la existencia de normalidad y cordura. Barbara no sabía si reír o llorar. No sabía lo que Jake Levy había sido años atrás, pero ahora era un típico granjero, corpulento y curtido por el sol y con la suspicacia del granjero hacia la gente de fuera, la gente de Washington, la gente que no cultivaba la tierra ni cosechaba, sino que chupaba la sustancia de América. Le enfurecía pensar que Barbara había sido citada y que tenía que ir a Washington y comparecer ante una inquisición. Clair, aunque más serena, también estaba indignada.

Sorprendentemente, Barbara se puso a la defensiva:

—No va a pasarme nada. En realidad, hasta siento cierta curiosidad. Me digo a mí misma que eso es algo que conlleva el ser escritora, que es parte del precio que hay que pagar por la fama. Y es bueno que me zarandeen un poco. Cuando voy con Sammy al parque y estoy tomando el sol con las otras madres, casi se me olvida que existe otro mundo. De manera que estoy convencida de que esto puede hacerme bien. Sólo que me gustaría tener noticias del chiflado de mi marido. Así estaría más tranquila y podría saborear la experiencia.

—¡También la saborearía yo! —exclamó Jake—. ¡Es un escándalo!

—Yo comprendo perfectamente lo que Bobby quiere decir —declaró Sally—. Si Oscar Wilde no hubiera estado en la cárcel no habría escrito *Balada de la cárcel* de Reading, ni Bunyan *Viaje del peregrino*, ni Cervantes, *Don Quijote*. Y sabíais que Thoreau fue a la cárcel por negarse a pagar impuestos para la guerra contra México y cuando Emerson fue a verle y le dijo: «Henry, ¿qué estás haciendo ahí dentro?», él le contestó: «Waldo, ¿qué estás haciendo tú ahí fuera?». De manera que sé perfectamente lo que Bobby quiere decir; pero, a pesar de todo, me parece repugnante.

—Yo no voy a ir a la cárcel, y me parece que hay temas de discusión mucho más agradables. ¡Qué bueno es este vino! ¿Cómo se llama?

—Papá lo llama chablis —respondió Jake—. Pero no lo es. No hay chablis en California.

—¡Qué tontería! —gruñó Jake—. Es un chablis tan bueno como el mejor que haya salido de Francia.

—Exacto. Chablis es el nombre genérico que se da a los borgoñas blancos que se crían en la región francesa de Chablis. Y éste es mejor que cualquiera de los chablis que yo he probado. Es más suave y tiene más bouquet. Tenlo en la boca un momento, Bobby. No tiene agrura, o apenas. Es un vino de California, un puro california. En realidad, fuera de los valles de Napa y Sonoma no se cultiva una uva que pueda dar esta calidad de vino. Podemos hacer el mejor vino del mundo, pero nuestro complejo de inferioridad nos hace dar nombres franceses a nuestros vinos. Y nosotros no hacemos vinos franceses.

—Bastante trabajo nos cuesta ya venderlos —dijo Jake—. Si no lo llamáramos chablis, no venderíamos ni un hectolitro.

—¿Qué nombre le pondrías tú, Adam? —preguntó Barbara.

—No sé. Cualquier nombre de aquí. A éste lo llamaría eloise.

—Muchas gracias —dijo Eloise—. Pero prefiero no convertirme en vino. Un solo vasito me da una jaqueca espantosa. Sabe Dios lo que ocurriría si le pusieras mi nombre.

—¿Tú nunca bebes vino? —preguntó Barbara.

—Nunca. No me atrevo. A pesar de que me gusta. ¿No es una cruel ironía estar casada con un cosechero y no poder ni probarlo?

Cuando se levantaban de la mesa, Sally, la cogió del brazo.

—Tengo que hablar contigo, Bobby. ¿Ya te vas?

—Sí, y lo siento. Salgo para Washington por la mañana.

—Sólo unos minutos, ¿sí?

Subieron a la antigua habitación de Sally, y ésta cogió en brazos a May Ling.

—¿No es una preciosidad, Bobby? Y para un año es muy lista. Bueno, a los doce meses tampoco le vas a pedir mucho. Yo la encuentro muy chinita, pero dice Joe que no hay chinitos rubios. Aunque, con setecientos u ochocientos millones, es ridículo generalizar.

—Sally, tú no querías hablarme de eso —atajó Barbara.

—No. De mi matrimonio. Mi matrimonio es un desastre. Y de buena gana me echaría a llorar. Porque, ¿cómo puedo estar casada con un hermano tuyo y haber fracasado tan lastimosamente?

—Que sea hermano mío no quiere decir nada. Tú estás casada con Joe. Dime, ¿qué ha ocurrido?

—Que he desaparecido. Que no existo. Hace dos años que nos casamos y yo no existo.

—Bueno, Sally, ¿qué es eso de que no existes?

—Ahora te lo explico. Él está de pie a las seis treinta, y a las siete ya se ha ido a la clínica. A las diez opera en el hospital. Luego, vuelta a la clínica. Y vuelta al hospital. Y otra vez a la clínica. Si hay suerte, llega a casa a las ocho. Si no, a las nueve o las diez, con el tiempo justo de comer algo antes de irse a la cama. ¡Oh, no quiero decir que sea cruel conmigo, ni desconsiderado, ni mezquino! Ya conoces a Joe. No sería malo ni con Adolf Hitler. Le examinaría y le recetaría unas píldoras para la chifladura.

—¿Has hablado con él?

—Naturalmente. Pero no me oye. Yo tengo mi poesía y tengo a May Ling. Según él, eso tiene que llenar mi vida. Lo único que él deja fuera de consideración es el matrimonio. Yo le quiero, Bobby, y esta situación me pone mala.

—Sally, cariño —dijo Barbara—, yo no conozco remedios fulminantes. Quizá no los haya, pero no creo que tu matrimonio vaya a terminar mal. Eso no sucederá a menos que tú así lo quieras. Deja que liquide este estúpido asunto del comité y pueda hablar con calma con vosotros dos. Quizá sirva de algo.

—¿Sí, Bobby? ¿Lo harás?

—Te lo prometo.

Sam dormía en la cuna. Barbara le dio un beso rápido y, después de agradecer efusivamente a Adam y Eloise que se hicieran cargo del pequeño, emprendió el viaje de regreso a San Francisco. El cable había sido echado por debajo de la puerta. Lo abrió, observó que llevaba cinco días de demora y leyó:

Imposible hablar por teléfono. Llegamos bien, compramos mercancía y todos los aviones a salvo en Tel-Aviv. Imposible salir en avión. Reservado pasaje de Haifa a Nápoles. Allí espero poder tomar avión a Londres y a casa. Diez días a lo más tardar. Te quiero. Prometo no volver a dejarte.

Lo firmaba Bernie.

Jean estaba en el pasillo del hospital, delante de la puerta de la habitación de Dan, cuando apareció Tom. Ella, sin poder dominar la sorpresa, le miraba fijamente:

—Mamá, que no soy un fantasma —dijo Tom.

—Eso ya lo sé —repuso ella lentamente.

—¿Cómo está?

—Mucho mejor.

—¿Puedo entrar a verle?

—No quiero trastornarle —dijo Jean—. Ni herirle. Bastante ha sufrido ya. ¿Por qué has venido?

—¡Vaya una pregunta! —protestó Tom—. En lugar de reconocer que lo que hago está bien, te pones en contra.

—No estoy en contra. Estoy preocupada. Hace veinte años que no hablas con tu padre.

—Y que él no me habla.

—De acuerdo, Tommy. No es el momento de hacer recriminaciones. Si entras, nada de eso. ¿Estás preocupado por él?

—Creo que sí —dijo Tom, dudando. La verdad era que no lo sabía.

—Entonces, si entras a verle, tienes que olvidar el pasado. No quiero que le hables de nada que no sea tu preocupación por él.

—Lo procuraré.

—No es suficiente. Quiero tu promesa.

Tom asintió.

—Antes hablaré yo con él. No le convienen las impresiones fuertes. —Ella se volvió hacia la puerta—. Espera aquí. Ahora no vayas a perder el valor y eches a correr.

—Aquí estaré —asintió Tom, mientras pensaba que su madre le trataba todavía como a un niño testarudo.

Dan, incorporado sobre unos almohadones, leía un viejo ejemplar de las *Baladas de agua salada*, de Masefield. May Ling se lo regaló hacía treinta años con esta dedicatoria: «Para un hombre de agua salada cariñoso y amable». Jean lo encontró entre las cosas de él y se lo llevó al hospital sin mencionar la dedicatoria. El gesto le intrigó; pero Jean tenía muchos rasgos que le intrigaban. Al entrar ella, Dan bajó el libro y dijo:

—Es una lástima que no te gusten los barcos pequeños.

—Depende de lo pequeños que sean. Podría acostumbrarme.

—Un barco de unos diez metros, tipo balandro, algo que pudiéramos manejar entre los dos. Lo construiría yo mismo, bueno no con mis propias manos, pero yo lo diseñaría y seguiría su construcción paso a paso. Sería de teca, nada de esos malditos plásticos de ahora. Y nada de complicaciones. Hay suficiente agua y costas en la Bahía para tener ocupado a un hombre durante años. Te enseñaría a navegar. Es algo que he querido hacer desde el día en que nos casamos y puedes estar segura de que tendrías un buen maestro.

—Es una idea.

—Vamos, Jeanie, ¿te gustaría?

—Antes debes curarte. No te digo que no. Mientras, ahí fuera tienes una visita. Pero he querido avisarte antes de hacerle pasar.

—¿Quién es?

—Tom.

—¿Tom?

—Nuestro Tom. Tu hijo.

En voz baja, Dan dijo:

—No. No lo entiendo. Quiere verme.

—Exactamente. ¿Quieres tú verle a él?

—Quiero verle. Sí.

—Está bien, Danny. Pero el pasado, pasado. De lo contrario, no tendría sentido verle ahora.

—De acuerdo.

—Le diré que entre, pero yo me quedaré fuera —dijo Jean—. Será mejor que habléis a solas.

Dan estaba expectante y nervioso. El corazón le latía con fuerza. Se preguntó si, después de lo sucedido, aquello sería bueno o malo para él. En rigor, no podía decir

que llevara veinte años sin ver a su hijo. San Francisco no es una ciudad muy grande, y durante aquellos años había visto a Tom en tres ocasiones, últimamente, de lejos y, con anterioridad, habían estado dos veces en la misma sala de actos públicos. Sus sentimientos hacia Tom eran una extraña mezcla de contradicciones. Por un lado, Tom era un cerdo. Por otro, Dan suavizaba el juicio y reconocía su parte de culpa. Por otro lado, existía la posibilidad de que su hijo fuera homosexual; pero, dado que sus nociones acerca de la homosexualidad eran bastante primitivas, Dan encaraba tal posibilidad con una negativa, atribuyéndola a una apreciación incorrecta de los demás o a una aberración temporal. Entre los defectos de Dan Lavette no figuraba el de la intolerancia; él no alimentaba odios ni rencores. Al fin y al cabo, hacía más de cuarenta años, en una época en la que los chinos eran severamente discriminados por la población blanca de San Francisco, él contrató al padre de May Ling en calidad de contable, y más adelante le nombró director de todas sus empresas. Era tan estricto al juzgarse a sí mismo, que no se atrevía a condenar a los demás. En lo referente a Tom, vivía con un ferviente deseo, el sueño de que un día el muchacho olvidara su encono y su amargura y volviera a él, porque Dan nunca negó a Tom el derecho a despreciarlo. Según su propio criterio, Dan comprendía que había defraudado a sus hijos, y se decía que si Barbara y Joe le habían perdonado, el mérito era de ellos. Cuando entregó los ciento diez mil dólares a Bernie Cohen, fue un pretexto, su explicación de que con ello pagaba una antigua deuda contraída con Mark Levy. La verdad era que su hija había acudido a él con una petición. Él tenía ahora una oportunidad de dar, y esto era lo único que importaba. Sus temores eran los típicos del que ha nacido pobre y ahora tiene una familia influyente. Dan aún medía la generosidad por el valor de lo que se daba.

De manera que cuando Jean le pidió que olvidara el pasado, ella trataba de acallar sus propios celos. Dan no pensaba en el pasado cuando Tom entró en la habitación. No se daba cuenta de que sonreía un poco y no pensaba sino en que su hijo era un hombre muy apuesto, alto y bien formado, con el tipo del padre y los rasgos faciales y el color del pelo de la madre. A sus treinta y seis años era uno de la media docena de hombres más poderosos de California. A Dan no le impresionaban el dinero ni el poder, pero eran la baza del juego al que él había jugado durante casi toda su vida.

—Hola, papá —saludó Tom, tanteándole. Él también estaba nervioso. Dan alargó la mano y Tom la estrechó. El apretón fue firme—. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien —respondió Dan—. ¿Sabes?, este hospital es judío, y cuando has tenido un infarto dicen que has pasado el *bar-mitzvah*, que te has hecho un hombre, vamos. —Las palabras le salieron sin darse cuenta. Dan se dijo que era una estupidez y que no podía haber empezado peor. «¿Por qué no me habré callado?», pensó—. Aunque la expresión debe de ser nueva para ti —añadió tímidamente.

—Claro que no. Pero aquí no viene a cuento. Tú te hiciste hombre en seguida.

Son las personas como yo las que tienen que madurar.

Dan le miró fijamente, mientras se preguntaba si le hablaría su hijo con sinceridad. Él recordaba su voz de muchacho. Aquélla era una voz firme y bien timbrada, la de un hombre que se hace escuchar.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Dan—. Ha sido largo.

—Lo sé.

—Acercas una silla. Siéntate.

—Debí traer unas flores —dijo Tom.

—¡Maldita la falta! Aún no estoy muerto. No hacen más que llegar ramos, pero yo los mando a la sala de enfermeras. ¿Sabes lo que debiste traer? ¡Un cigarro!

—Lástima que no se me haya ocurrido. Pero mamá me hubiera matado.

—Seguramente. No hace más que husmear como un sabueso. Tienes buen aspecto. ¿Te cuidas bien?

—Procuro.

—¿Qué tal los negocios? —preguntó Dan sin poder pensar en algo que decir y sin poder decir lo que pensaba, sin poder preguntar si su hijo le quería, si le había echado de menos, si le guardaba rencor, y sin poder preguntar si se sentía feliz, solo, satisfecho de la vida o resentido.

—Los de Washington dicen que vamos a hacernos los amos del mundo, que éste es nuestro siglo. Yo antes creía que los negocios eran cuestión de dinero; pero llega un momento en que el dinero deja de importar y todo el panorama cambia.

—Sé lo que es eso —convino Dan.

—Supongo que dominamos ya una parte del mundo muy considerable. Ahora cabe preguntar: ¿cuál es la próxima etapa?

Dan guardó silencio. No se atrevía a pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua.

—Pienso presentarme candidato al Congreso —dijo Tom.

—Eso me habían dicho.

—¿Qué te parece la idea?

—Creo que lo conseguirás. ¿Significa eso que piensas dejar a Whittier al frente?

—Ni pensarlo —contestó Tom—. Sé que John no te cae bien. Supongo que tus razones tendrás. No es hombre que despierte grandes simpatías ni antipatías. Es un pesado y un hipocondríaco. Estoy tratando de convencerle de que lo mejor que puede hacer es retirarse y me parece que acabará por hacerme caso. ¿Sabes que pienso casarme?

—Sí; me lo dijo Jean.

—Se llama Lucy Sommers.

—Yo conocía a su padre; pero a ella no la he visto nunca. Estoy seguro de que es una excelente muchacha.

—Una excelente mujer, papá. Tiene un par de años más que yo. Pero no importa.

—Desde luego.

En aquel momento entró Jean. Tom se puso en pie, diciendo que no quería cansar a Dan. Estrechó la mano de su padre, dio un beso a Jean y se fue.

—¿Qué tal? —preguntó Jean.

Dan se encogió de hombros.

—Bien.

—¿Ha estado agradable?

—¡Oh, sí!

—¿De qué habéis hablado?

—De nada.

—Tú también habrás estado agradable, ¿verdad, Danny?

—Me había alegrado tanto de verle...

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Nada. Absolutamente nada. —Luego, Dan añadió, casi con desconsuelo—: Es un perfecto desconocido, Jeanie. Yo esperaba cualquier cosa menos eso. Pero bien mirado, ¿qué más podía esperar?

Al día siguiente, cuando Barbara iba ya camino de Washington, en los periódicos de San Francisco apareció la noticia de su citación. Los titulares del *Chronicle* rezaban: Escritora de San Francisco, citada a comparecer ante el Comité de la Cámara. Los del *Examiner* decían: Barbara Lavette Cohen, testigo hostil en caso de subversión. Jean comprendió que Dan acabaría por enterarse y se lo contó antes de darle los periódicos, asegurándole que ni Barbara ni Harvey Baxter estaban preocupados.

—Seguramente querrán interrogarla sobre su viaje a Alemania; pero eso no es un secreto. Barbara ha escrito sobre eso y lo saben miles de personas. Lo peor es todo ese sensacionalismo de los titulares. Pero tú no te enfades, ¿eh, Dan?

—¡Hijos de puta de la mierda! —exclamó Dan—. ¿Qué cuernos pasa, Jean? ¿Qué pasa en este país? ¿Y por qué Barbara no me lo contó? ¿Cuándo empezó todo?

—Hace unos diez días. Y me parece que está bien claro por qué no te lo ha dicho.

—¿Tú lo sabías?

—Sí.

—¿Y no me dijiste nada?

—Danny, ¿es que no lo comprendes?

—Debería tener el mejor abogado de la ciudad.

—La acompaña Harvey Baxter.

—Harvey Baxter es una vieja. Debisteis decírmelo. Yo tengo amigos en Washington. Probablemente hubiera podido arreglarlo.

—Tú no estabas en condiciones de hacer nada, Dan. He hablado con Harvey y él está tranquilo.

—¿Y el niño?

—En Higate, con Eloise y Adam. Anda, no te preocupes. —Era más fácil decir eso que acallar el propio temor.

John Whittier entró en el despacho de Tom y dejó caer un ejemplar del *Chronicle* encima de la mesa. Whittier, grueso y de cara colorada, parecía enfermo.

—Ya lo he leído —dijo Tom—. ¿Te encuentras bien?

—No lo sé. Es el estómago o un ataque al corazón. Esto es espantoso. Absolutamente espantoso, Thomas.

—Sí.

—Y las primarias, a tres meses vista.

—John, sé contar.

—Bien, ¿qué piensas hacer? Esa maldita hermana tuya no me ha dado más que disgustos desde el día en que conocí a tu madre.

—Lo sé. Uno no puede elegir a los parientes.

—¿Tú sabías esto?

—Hasta hoy, ni una palabra —respondió Tom—. Y estoy tan disgustado, furioso y frustrado como tú.

—Pero ¿por qué no te lo contó? Hubiéramos podido hacer algo.

—Eso tendrías que preguntárselo a ella.

—¿Te han llamado de los periódicos?

—Todavía no. Pero no tardarán.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿La has llamado? ¿Has hablado con ella?

—Supongo que debe de estar camino de Washington. Llamé a su casa y no contestan.

—Bueno, ¿qué es lo que buscan? ¿Ella es comunista? Me lo figuraba...

—No seas ridículo, John.

—¿O será por el judío de su marido? Me han contado de él auténticas barbaridades.

—John, no sé de este asunto más que tú. He hablado por teléfono con el jefe del distrito y con el del Estado de California y no he podido contarles nada. Le dije a Janet que no me pasara más llamadas para poder pensar en el asunto. Ahora te ruego que vuelvas a tu despacho y hagas otro tanto.

Cuando Whittier se fue, Janet Loper, la secretaria de Tom, le dijo por el interfono que le llamaba Mrs. Carter. Carter era el nombre de casada de Lucy Sommers, que, después de la muerte de su marido, había vuelto a usar su nombre de soltera. Antes de aceptar la llamada, Tom tuvo que reflexionar un momento.

—Hablaré con ella —dijo, mientras trataba de coordinar sus ideas—. ¿Desde cuándo eres Mrs. Carter? —preguntó.

—¿He dado ese nombre? Eso te indica cómo tengo la cabeza. Tom, ¿has hecho alguna declaración a la Prensa?

—No; todavía no.

—No les digas nada. Sal del despacho. Te espero a almorzar en «Casper's» dentro de media hora. Es un sitio tranquilo, y seguramente no encontraremos a ningún conocido. Tenemos que hablar de esto antes de que el asunto siga adelante.

—No puedo salir ahora. Todo el mundo quiere hablar conmigo.

—Entonces con mayor motivo. Vamos, confía en mí.

Lucy esperaba a Tom en una discreta mesa situada al fondo de «Casper's», un pequeño restaurante francés escondido en la Leavenworth Street. Él se dejó caer en la banqueta, mirándola sin decir nada.

—¡Pobrecito! —exclamó Lucy—. He pedido que te traigan un escocés. Tenía que hacerte salir de allí. Imagino lo que debe de ser aquello. —Parecía tan serena y segura de sí misma, que Tom empezó a sentirse más sosegado—. ¿Sabes?, me alegro de que podamos afrontarlo juntos. Aunque no creo que sea el fin del mundo, es mejor que pongamos las cosas en claro. Ante todo, ¿es Barbara comunista?

—Eso me ha preguntado John y le he dicho que no fuera ridículo.

—Pero no estás seguro, ¿verdad?

—¡Y yo qué sé! Hablo con Barbara tres o cuatro veces al año. No nos adoramos precisamente. Ha hecho cosas muy raras en su vida.

—El *Examiner* la llama «testigo hostil». ¿Qué quiere decir exactamente?

—Se lo he preguntado a mi abogado. Al parecer, le han entregado una citación y ella no se ha mostrado dispuesta a colaborar.

—Tal vez tenga la conciencia tranquila.

—Lucy, Barbara ha hecho muchos disparates, como el de renunciar a la fortuna que heredó, para crear la Fundación Lavette; pero nada me había hecho sospechar que pudiera ser roja.

—Vamos a ponernos en lo peor. ¿Qué pensarían los del Partido Republicano? ¿Seguirían dispuestos a designarle candidato?

—Están indecisos.

—Muy bien, Thomas. Hasta que sepamos lo que ocurre en Washington, nada de declaraciones. Yo tengo una casita preciosa en Nicasio, cerca de Marin. Lo mejor será que nos escondamos allí durante un par de días. Así podremos pensar, hacer planes... y conocernos un poco mejor.

Tom la miraba sin pestañear. Le desconcertaba que ella hablara en plural; nadie había decidido por él hasta entonces. Frente a aquella mujer de rasgos enérgicos y elegante, experimentó una sensación de alivio. Era la primera vez en todo el día que

alguien proponía un acto positivo.

—Tengo el coche ahí fuera. ¿Quieres que pida el almuerzo?

Tom asintió.

—Uno de mis mayores pesares es el de no haberme hecho masón —dijo Harvey Baxter a Barbara—. Y no es que Sam Goldberg no me lo pidiera. Él fue masón durante cuarenta años.

Estaban en el avión, volando hacia el Este, rumbo a Washington, cuando Baxter expresó su pesadumbre sin venir a cuento.

Barbara le preguntó cómo se le había ocurrido pensar en ello precisamente entonces.

—Podría ser una gran ayuda. Estaba pensando en las cosas que podrían ayudarnos. Podría haber algún masón en el comité, aunque no me parece muy probable. De todos modos, debí unirme a ellos. Mi mujer me lo quitó de la cabeza. Dijo que bastantes cosas nos separaban ya. Tú no conoces a mi mujer, ¿verdad, Barbara?

—Estoy segura de que es muy simpática, Harvey.

—Pero mandona, Barbara. Muy mandona. Como casi todas las mujeres. Con excepción de unas cuantas, como tú. Si yo le digo a mi mujer que me marcho a Palestina, le da un ataque. Y no es que yo me vea embarcado en una empresa tan disparatada. Como abogado tuyo, debo decir que me pareció disparatada —añadió en tono de disculpa—. ¿Lo comprendes?

—Claro que sí, Harvey.

—Incluso un viaje como éste la pone nerviosa. Será que no le gusta que viajemos solos.

—Harvey, tú eres un hombre atractivo.

—¿Lo crees así? Yo le aseguré...

—Naturalmente. Ahora hablemos de lo que nos espera. ¿Será algo parecido a los interrogatorios de los escritores de Hollywood, con periodistas, fotógrafos y demás?

—Creo que no. Estuve hablando con Donald Jay, que es el asesor jurídico del comité y encargado de hacer la mayoría de las preguntas. Me dijo que la sesión se celebrará en cámara.

—¿Qué quieres decir?

—Sin Prensa ni fotógrafos durante la sesión. Será en la sala del comité del edificio de la Cámara. Sólo tú y el comité. Eso indica que no están muy seguros del terreno que pisan. Andan a ciegas. Me parece que les gustaría meterse con toda la clase de escritores y te han elegido a ti porque te consideran más vulnerable.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué a mí?

—Probablemente, por el asunto de los nazis. Pero yo no hago más que definir su

posición. No creo que seas vulnerable. Quizá pretendan algo totalmente distinto. No importa. Estoy tranquilo respecto a ti.

—Me alegro. Yo, no. Dime, Harvey, ¿no es esto lo que Boyd llama una vista en la Cámara de la Estrella? Si mal no recuerdo, la Cámara de la Estrella era un lugar en el que en Inglaterra el acusado era juzgado sin defensor y sin jurado. ¿No viene a ser lo mismo?

—¡Oh, no, Barbara! El Congreso funciona a través de los comités. En teoría, este comité fue formado para trazar una legislación que defendiera a los Estados Unidos contra la subversión interna. Por ello está facultado para citar a testigos y tomar declaraciones que le ayuden a estructurar esta legislación. Aunque hasta ahora no han producido legislación alguna. Sus métodos me merecen el más vivo desprecio. Pero la ley ampara sus funciones. No se trata de un tribunal, sino de un comité de investigación y, mientras tú contestes a las preguntas pertinentes con rectitud y sinceridad, no pueden hacerte absolutamente nada. Yo no tengo los temores de Boyd.

—¿Estarás conmigo en la sala?

—Tienen derecho a dejarme fuera, pero no creo que lo ejerzan. Jay estuvo muy amable cuando hablamos por teléfono. Muy comprensivo.

—¿Y qué es lo pertinente?

—Es difícil de prever. Operan dentro de un espectro muy amplio. Habrá que decidir sobre la marcha. Sé que todo esto es desagradable y engorroso, Barbara, pero es corriente en estos tiempos.

—Si tú lo dices...

A causa de la diferencia de tres horas entre costa y costa, era casi de noche cuando el avión aterrizó en Washington. Fueron en taxi al «Shoreham Hotel», en el que Baxter había reservado dos habitaciones. Barbara, pretextando cansancio, se excusó de cenar con Baxter y dijo que tomaría un bocadillo y café en la habitación. Comprendía que otra hora de la conversación de Baxter, acerca de temas histórico-políticos era más de lo que ella podría resistir.

Deshizo la maleta, se preparó un baño bien caliente y se quedó en remojo casi una hora. Echada con el agua hasta la barbilla, cerraba los ojos y daba rienda suelta a la imaginación; luego los abría y se observaba y estudiaba. La cicatriz de la cesárea, tan fea y roja al principio, había palidecido hasta quedar de un discreto color de rosa. Aún tenía buena figura, pechos firmes y la cintura apenas tres centímetros más ancha que hacía diez años. Necesitaba cobrar seguridad en sí misma y aceptaba el placer que le daba la observación de su cuerpo. Seguía siendo una mujer bien formada y atractiva. Imaginó una segunda cicatriz. Aún podía tener otro hijo, y el doctor Kellman le había asegurado que una segunda cesárea no era más peligrosa que un parto normal. Era fácil decirlo. Como a él no tenían que rajarlo. De todos modos, Barbara comprendía que a su edad no podía demorar la decisión, aunque por aquella

noche podía esperar. Tendría que hablar con Bernie... y, de Bernie, su pensamiento pasó a Marcel. A medida que pasaba el tiempo, le resultaba más y más difícil aceptar la muerte de Marcel. Era muy fácil imaginar que la separación era momentánea y que pronto podría volver a verle. ¿Era porque Francia era otro mundo, y París un sueño que nunca existió? En sus sueños, Barbara lo veía siempre inundado de sol, una ciudad de hechizo y romanticismo. ¿Cómo estaría ahora, después de la guerra? ¿Volvería ella algún día? ¿Lo deseaba? Marcel estaba enterrado en Toulouse. Era extraño que no deseara volver a Toulouse para visitar su tumba. Ella no era de las que ponían flores en las sepulturas y lloraban sobre las lápidas. El pasado vivía en el recuerdo. Allí estaba para cuando lo necesitara.

Después del baño llamó al servicio de habitaciones y pidió un bocadillo, ensalada y café. Luego leyó el *Washington Post*, que había comprado en el aeropuerto. Su comparecencia ante el Comité de la Cámara era noticia de primera plana, y en ella se la describía como «la atractiva y rica heredera de San Francisco metida a novelista». El texto era neutro. Incluso los periódicos liberales se abstenían cautamente de definirse, y Barbara comprendió que nadie estaba al amparo de la nube de miedo que proyectaba su sombra sobre el país. ¿Era realmente como en la Alemania de Hitler? Trató de recordar el Berlín que había conocido en 1939. No; no podía ser. Ella no lo admitía.

Aún no eran las diez y no tenía ganas de acostarse. De todos modos, tampoco iba a dormir en toda la noche... Se sentó ante el escritorio y decidió escribir a Bernie. No sabía dónde enviar la carta; pero era agradable pensar que tal vez él estuviera ya en San Francisco cuando ella regresara. Entonces le entregaría la carta y le diría: «Toma, eso es lo que yo pensaba la noche antes de enfrentarme al tigre en su madriguera».

Mi querido y desarrollado esposo —empezó, y en seguida rompió la hoja con impaciencia. ¿Por qué sacaba a relucir siempre su tamaño? ¿Quizá porque veía en él a un niño asustado que había pasado toda la vida tratando de vencer el miedo?—:

Bernie, amor mío —Así estaba mejor. Continuó—: *Aquí me tienes, en un hotel de Washington D. C., tratando de averiguar por qué te engañé. Al principio, me pareció una actitud muy noble no hablarte de la citación que llegó antes de que tú te fueras a esa misión disparatada, porque, si te lo digo, tal vez hubieras decidido no marcharte, para que no tuviera que enfrentarme yo sola al Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas; pero después de pensarlo mejor, he sacado la conclusión de que no te dije nada por miedo a que no me perdonaras que estropearas tu aventura. Créeme, te conozco y te quiero lo suficiente como para saber lo mucho que deseabas llevar esos aviones a Europa y salvar a los valientes judíos a los que creías haber abandonado al casarte conmigo y poner un taller de reparaciones de automóviles en San Francisco. Pero no creas que no he pasado malos ratos al ver*

que pasaban días y días y no recibía noticias tuyas. Menos mal que ayer llegó tu cable y he podido venir sin más preocupaciones que la perspectiva de tener que pasar dos días escuchando los consejos profesionales de Harvey Baxter. ¿Por qué hablarán así todos los abogados? En fin, no creo que tú puedas contestarme a eso.

Acerca de por qué me han citado, no tenemos ni la más ligera idea, aunque suponemos que puede tratarse de mi propia escapada, la loca aventura que corrí por mi cuenta en Berlín. Pero, puesto que lo conté todo en un libro que todo el mundo puede leer, no me preocupa en absoluto repetir la historia a los antropoides de aquí. Lo cierto es que ahora estoy en Washington y hoy he salido en la primera plana del Chronicle de San Francisco y del Post de Washington. Soy toda una celebridad, vamos. Al escribir esto, se me ocurre que el pobre Tom va a tener que dar un sinfín de explicaciones a sus padrinos republicanos. ¿Qué pensarán de un candidato conservador que tiene una hermana más rojilla que una rosa? Me parece que lo mejor que puedo hacer para salvar su buen nombre es declarar públicamente que él y yo discrepamos en todo. A fin de cuentas, la carrera de Booth no quedó arruinada porque su hermano asesinara a Lincoln. ¿O sí? Tendré que comprobarlo.

De todos modos, si tú tienes que solazar su espíritu con escapadas tan tontas como la presente, yo, por ser escritora, también he de meter la nariz aquí y allí. Desde luego, se me ocurrió que papá, a través de sus amistades del Consejo de la Marina de Guerra, podría anular la citación; pero él pobre tuvo un ligero ataque al corazón y ahora está en el hospital. Como comprenderás, no puedo ir a marearle con este asunto en su estado. Se pondrá bien, pero no he querido que se enterara de esto hasta que estuviera más fuerte. Y he de confesar que siento curiosidad por ver cómo funciona nuestro propio sistema de represión. Además, aunque te cueste trabajo crearlo, ésta es mi primera visita a Washington. He de comparecer ante el comité a las diez de la mañana y, si no me entretienen mucho, pienso pasar el resto del día haciendo de turista, ya que no tengo que estar en el aeropuerto hasta las cinco.

Tampoco debes preocuparte por Sam. Nuestro hermoso hijo está en Higate, perfectamente atendido por Eloise. Tenemos estupendos amigos. Harvey Baxter es una bellísima persona, pero un poco bobo. Si me preguntas por qué no he buscado otro abogado, la respuesta es que esas cosas no se hacen. Era socio de Sam Goldberg y algo tiene que saber. De todos modos, siempre tengo él recurso de guiarme por mi sentido común, así que no estoy preocupada, sólo siento curiosidad por descubrir lo que me espera.

Ahora, a la cama, y hazme él favor de estar en casa mañana cuando yo llegue, para que podamos reanudar nuestra monótona y sensata vida.

Deberías sentirte satisfecho de que yo esté dispuesta a mostrarme tan contenta en un mundo tan agobiado por el descontento. Me gusta ser esposa y madre, de modo que si ya te has sacado todos los pájaros de la cabeza, yo no tendría inconveniente

en que habláramos de tener otro hijo. Ya sé que no puedo darte la media docena que tú querías, pero dos es un bonito número. ¡Vuelve pronto!

Subrayó las dos últimas palabras.

Stephan Cassala abrió despacio la puerta de la habitación de Dan. Había ido a verle todos los días desde que Dan sufriera el ataque, y hoy traía una cartera y a su hijo, Ralph. Ralph era un muchacho de Veintiún años, bajo y delgado, muy parecido a su padre; cursaba el último año de carrera en la Universidad de Stanford. Era el único hijo de Stephan, circunstancia que la madre de Stephan lamentaba vivamente, a pesar de que Rosa, su otra hija, la había obsequiado con cinco nietos.

—Adelante —dijo Dan.

Stephan advirtió con alivio la firmeza y energía de la voz. El somier estaba levantado y había media docena de periódicos esparcidos sobre la colcha.

—Ralph y yo hemos cenado en la ciudad —dijo Stephan—. Le he traído porque quería verte.

—Me alegro. —Dan estrechó la mano del muchacho. Hacía dos años que no le veía—. Tienes muy buen aspecto.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien. ¿Qué haces ahora, Ralph?

—Último curso de Física. Me han permitido trabajar por mi cuenta en el método Wilson de la cámara de ionización y me parece que he encontrado la forma de mejorarlo.

—¿Te gusta la Física?

—Es lo que más me gusta.

El joven volvió a estrechar la mano de Dan y se marchó. Stephan dijo entonces, moviendo la cabeza a derecha e izquierda:

—Por más que lo intento, Dan, no consigo entenderlo. No lo creerás, pero lleva camino de ganar el premio Nobel. Veintiún años y sólo dos generaciones lo separan de un oscuro rincón de Sicilia, plagado de ignorancia y superstición. No nos ha ido tan mal.

—¡Qué va! ¿Cómo está Joanna?

Stephan se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo puede subsistir un matrimonio vacío? Vamos viviendo. De nada sirve hablar de eso. ¿Y tú cómo te encuentras?

—Bastante bien. Otra semana y Jean me llevará a casa. Aunque no sé si aguantaré una semana más de hospital. Tom ha venido a verme.

Stephan, sorprendido, no hizo comentario.

—La cosa no fue tan mal. Ya era hora.

—Sí —convino Stephan—; ya era hora.

—Estaba leyendo lo de mi hija —dijo Dan, señalando los periódicos.

—Sí. A propósito, ayer fui a ver al senador Claybourne que estaba de paso en la ciudad. Tuve que recurrir a toda mi influencia para que me recibiera. Me concedió diez minutos.

—A ese cerdo le dimos diez mil dólares.

—Pues salen a mil dólares el minuto. No es precisamente una ganga. Lo cierto, Dan, es que tiene miedo. Que Dios nos asista, pero McCarthy y ese comité tienen a todo el país con el alma en vilo. Dice que ni él ni nadie del Senado pueden meterse con el comité de la Cámara. No quiere hacer nada. Este asunto de la culpabilidad por asociación se ha convertido en una enfermedad de todos.

—¿Sacaste algo de él?

—Nada. Sugirió que llamaras al presidente. Ni le conoces, ¿no?

—Hablé con él una vez. Lo mismo que otras diez mil personas.

—También fui a ver al juez Fredericks. Su consejo es que descanses y dejes que las cosas sigan su curso. Harán unas preguntas a Barbara, ella contestará, ellos meterán un poco de ruido y ahí terminará todo. El daño que eso pueda hacer a su carrera ya está hecho. De todos modos, ella sobrevivirá. Se me ocurrió la disparatada idea de poner un pleito al comité.

—No tan disparatada.

—Es imposible, Dan. No se puede demandar a un comité del Congreso.

—Me gustaría acorralarlos a todos en un callejón oscuro. Pero no son más que pensamientos ociosos. Me doy el lujo de decir cosas fuertes y maldito lo que puedo hacer por esa criatura. ¿Qué es eso? —preguntó señalando la cartera de Stephan.

—He pensado que podríamos despachar algunos asuntos.

Dan movió negativamente la cabeza.

—No. Olvídalo, Steve. En estos momentos lo que menos me importa son los negocios. Estos días que he pasado metido en la cama he estado cavilando, buscándoles el sentido a mis sesenta años de vida en este mundo y, en mi actual estado de confusión, no podrás sacar de mí nada en claro. A propósito, ¿sabes algo de Bernie?

—No. En casa no hay nadie, y en el garaje no saben nada.

Eran casi las tres de la madrugada cuando, por fin, Barbara se quedó dormida, y a las siete ya estaba despierta y completamente despejada, sin asomo de cansancio, animada por la idea de que, al término de aquel día, hacia las doce, hora de California, estaría de regreso en San Francisco. Jean había insistido mucho en que cuidara su atuendo, ya que siempre consideró a Barbara una feroz enemiga de la

moda, por lo que, para complacer a su madre, Barbara consintió en ponerse un traje de chaqueta azul marino, zapatos negros y blusa camisera blanca. Su melena castaño claro, ligeramente ondulada, no presentaba dificultades. La llevaba peinada con raya a un lado y a ras de los hombros. No tardó más que unos minutos en arreglarla. Tenía buen semblante y le bastó una breve mirada al espejo para decidir que la ocasión no requería maquillaje.

Antes del desayuno, Barbara salió a dar una vuelta por los hermosos jardines del hotel, en los que no vio a nadie más que un jardinero negro que podaba unos rosales y que le dio los buenos días.

—Hace una hermosa mañana —dijo Barbara—. ¿Tienen ustedes muchos días como éste?

—Algunos. No muchos en esta época del año. ¿No es usted de por aquí?

—No; soy de California. De San Francisco.

—Eso está muy lejos.

—Sí; muy lejos. Mucho.

Barbara se fue al comedor. Tenía hambre. Harvey Baxter ya estaba allí, inclinado sobre un plato de huevos con tocino. Al verla, se puso en pie de un salto.

—¡Oh, no te levantes, Harvey! Me siento estupendamente. Lucharemos contra el comité de Mr. Drake y venceremos. ¡Adelante y arriba!

—Barbara, por favor, un poco de formalidad. No es el comité de Mr. Drake. Simplemente, él es muy conocido aquí porque es de nuestro Estado. No es que trate de defenderlo. La mayoría de sus actos me parecen deplorables. Pero tienes que tomarlo en serio. Acaban de llamarme del despacho del congresista Hood, el presidente del comité. La sesión será pública. No será filmada ni televisada, pero habrá una mesa de la Prensa.

—¿Qué les ha hecho cambiar de plan?

—No lo sé, y me preocupa. Algo habrán encontrado. Barbara, ¿estás segura de habérmelo contado todo?

—Me parece que sí, Harvey. Pero no te preocupes, por favor.

—Un pequeño rayo de sol. Con esta clase de sesión, yo podré sentarme a tu lado y tú podrás consultarme cuantas veces lo desees.

—Muy bien. Ahora deja que la condenada se desayune como es debido.

Fueron en taxi hasta el edificio del Congreso. Barbara, mirando por la ventanilla, comentó:

—Es una ciudad bastante bonita. Pero una ha visto ya tantas postales...

—No puedo dejar de pensar que Sam Goldberg hubiera sido mucho más minucioso —dijo Baxter, inquieto.

—Supongo que debe de ser el motivo de mi visita lo que me impide sentir emoción. Y tú, Harvey, ya has estado aquí otras veces y por eso no te conmueves.

Mira, el Capitolio.

La verdad es que Barbara empezaba a estar impaciente por todo el asunto. Empezaba a disiparse su buen humor de unas horas antes y le irritaba pensar que un puñado de funcionarios de Washington tuvieran el soberano derecho a hacerle cruzar el país para someterla a un interrogatorio, con la amenaza del castigo suspendida sobre su cabeza si se negaba a contestar. El guardián del vestíbulo les tomó los nombres y les indicó la sala a la que tenían que ir. Estaba en la planta baja, al fondo de un corredor, en el que había un grupo de hombres esperando y fumando. Cuando Barbara y Harvey entraron en la sala, los que esperaban la miraron con curiosidad, pero ninguno le dirigió la palabra, y Barbara se preguntó si serían periodistas.

En la sala había ya cinco hombres, tres de ellos sentados a la mesa de la Prensa. Uno estaba frente a una tarima sobre la que había una mesa larga y manipulaba una máquina de estenotipia. El quinto hombre, alto, gris y cadavérico, salió a su encuentro. Tenía los ojos oscuros y pequeños, las cejas hirsutas, las mejillas hundidas y la barbilla larga y puntiaguda. Se presentó a sí mismo como Donald Jay, asesor jurídico del comité. Barbara observó que tenía las uñas negras. Estrechó la mano de Baxter. Barbara se dijo que, si se la tendía a ella, procuraría no rozarla siquiera.

—Siéntense aquí, Mrs. Baxter —dijo Jay señalando una mesita situada frente a la de la Prensa en diagonal.

En la mesa de la Prensa sólo había seis sillas, pero Barbara observó que detrás habían colocado una docena de ellas, para más periodistas o quizá para una pequeña parte del público. La sala no mediría más de unos quince metros de largo por ocho de ancho. Sobre la mesa de la tarima, cinco pequeños rótulos indicaban los nombres de los congresistas que compondrían el *quórum*: Arthur Hood, Norman Drake, Lomas Pornay, John Mankin y Alvin Bindle. De los cinco, Barbara había oído nombrar únicamente a Drake, que representaba un distrito de la zona de la Bahía.

Pocos minutos después de que tomaran asiento Barbara y Drake, empezó a llegar gente: un policía federal, un tipo gordo con traje oscuro y la placa prendida en la chaqueta; periodistas que ocuparon todas las sillas situadas alrededor de la mesa de la Prensa y otras cuatro, detrás de éstas y, finalmente, por congresistas: Hood, bajo, los labios apretados y unos ojos azul pálido tras unas gafas con montura dorada; Drake, inexpresivo, con la cara redonda e inocente; Pornay, obeso, con rollitos en el cuello y las mejillas color de rosa como un querubín; Mankin, el más viejo de todos, con las mejillas colgando, con cara de basset huraño y, por último, Bindle, joven y guapo y sonriendo nerviosamente. Tomaron asiento, cogieron los lápices que había en cada sitio, miraron a los presentes y se quedaron esperando inexpresivamente.

Finalmente, una vez transcurrido el tiempo que le pareció prudencial, Mankin, arrastrando las sílabas con marcado acento sudeño, dijo:

—Reunión del Comité de la Cámara de Representantes sobre Actividades

Antiamericanas, a dieciséis de marzo de mil novecientos cuarenta y ocho. Que conste en acta que hay *quórum*.

—Se hace constar —respondió Donald Jay.

—¿Está presente la primera testigo?

—Sí, señor.

—Tómenle juramento.

El oficial del tribunal se acercó a Barbara y le presentó una Biblia.

—Apoye la mano derecha en la Biblia —le dijo—. ¿Jura que el testimonio que va a dar será la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Las palabras sonaron sin entonación ni sentido.

—Lo juro —respondió Barbara.

—Que conste que la testigo ha prestado juramento —dijo Jay.

Se había situado a un lado, para no tapar la visión a ninguno de los congresistas, y se mantenía de pie, con los brazos cruzados.

—¿Querrá la testigo dar su nombre? —preguntó a Barbara.

—Barbara Cohen.

—¿Señora o señorita?

—Señora.

—¿Es ése su único nombre? —inquirió bruscamente Dixon.

—No le entiendo.

—¿Se la conoce por otro nombre? —preguntó Jay.

—Barbara Lavette —respondió ella, titubeando.

—¿Es un seudónimo?

—No; es mi nombre de soltera. Lo uso en mis escritos.

—¿Por qué?

—Porque empecé a escribir antes de casarme y mis lectores me conocían por Barbara Lavette. No me pareció necesario cambiar mi nombre literario. —En un susurro, dijo a Baxter—: Esto es idiota. ¿He de contestar todas las preguntas estúpidas que me hagan?

Baxter asintió.

—Sí, Barbara, por favor.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó Jay.

—¿Mi profesión? Acabo de decírselo.

—Sírvase responder.

—Muy bien —suspiró Barbara—. Soy escritora. También soy ama de casa. Y madre. Desempeño las tres profesiones y opino que cualquiera de las tres es más constructiva para la vida de esta nación que la de congresista...

—¡La testigo se limitará a contestar a las preguntas que se le hagan! —la interrumpió Hood.

—Por lo que más quieras —susurró Baxter—, nada de pullas.

—Veo que la testigo tiene sentido del humor —reconoció Jay—. Pero éste no es el lugar más indicado para ejercitarlo. Ahora le ruego que preste atención a mi próxima pregunta. ¿Es en la actualidad o ha sido alguna vez miembro del partido comunista?

Barbara no se paró a pensarlo.

—Ni soy ni he sido nunca miembro del partido comunista.

—Ya —dijo Jay volviéndose hacia Drake.

Éste sacó unos papeles del bolsillo interior de la americana, los extendió sobre la mesa y estuvo estudiándolos durante un rato con los labios fruncidos.

—Mrs. Cohen —dijo Drake—, ¿dónde residía usted en el mes de mayo de mil novecientos treinta y nueve?

«Ya salió», pensó Barbara, casi con alivio.

—Residía en París.

—Ya. ¿Y en calidad de qué? Quiero decir si era turista, estudiante...

—Era periodista. Corresponsal del *Manhattan Magazine*.

—¿Y cuáles eran sus obligaciones?

—Escribir un artículo semanal. Comentarios sobre modas, libros, estrenos teatrales, exposiciones de arte, cosas así.

—Entonces, ¿no era periodista especializada en temas políticos?

—Me temo que no.

—¿No es verdad que en mayo de mil novecientos treinta y nueve dos comunistas franceses, Claude Limoget y su esposa, Camille Limoget, la convencieron para que realizara una misión comunista?

—Por la forma en que lo dice, es evidente que trata hacer aparecer mi anterior respuesta como una mentira.

—¡Responda a la pregunta!

—Y esa información la han sacado de mi libro —dijo Barbara, casi gritando—. Nunca traté de ocultarlo. Mi libro tuvo mucha difusión. Fue seleccionado libro del mes por el Club de Lectores. Miles de personas saben exactamente lo que ocurrió.

—¿Se niega a responder a la pregunta? —insistió Dixon.

—Barbara, responde, por favor —susurró Baxter.

—No me niego, voy a contestar. Pero puesto que están redactando un acta, no quiero que en ella se indique que han descubierto un secreto en mi vida. —Se sentía furiosa y excitada y se dijo: «Así no. Tranquila, Barbara, tranquila».

—Sírvase contestar a la pregunta —replicó Jay.

—Sí; acepté llevar a cabo una misión. Pero no era una misión comunista.

—¿Cómo la calificaría entonces? —preguntó Dixon—. Dice en su libro que fue usted a Alemania para ponerse en contacto con el partido comunista.

—Claude y Camille Limoget eran comunistas y no trataban de ocultarlo —dijo Barbara a media voz.

—¡Más alto, por favor!

—He dicho que los Limoget eran comunistas. Yo, no. Por eso recurrieron a mí. Me dijeron que el partido comunista francés había perdido contacto con el partido comunista de Alemania, que ese contacto era importantísimo y que, en mi calidad de periodista sin filiación comunista, yo podría entrar en Alemania sin peligro.

—¿Y sin ser comunista estaba dispuesta a entrar en la Alemania nazi con riesgo de su vida, a fin de establecer ese contacto?

—No me pareció que mi vida corriera peligro. Yo era periodista y mi director se mostró encantado con la posibilidad de que le enviara crónicas desde Alemania.

—Pero usted aceptó esa misión por encargo del partido comunista de Francia, ¿no es así? —recalcó Dixon.

—Sí.

—¿Y pudo cumplirla satisfactoriamente?

—No —respondió Barbara en voz baja—. El hombre había muerto.

—¡Más alto, por favor!

—No.

—¿Y a pesar de todo niega haber pertenecido al partido comunista?

—Nunca he pertenecido al partido comunista.

Dixon se echó hacia atrás con una fina sonrisa.

—Todo va bien —susurró Baxter—. Sólo tratan de meter ruido.

Donald Jay descruzó los brazos.

—¿Conoce a Harry Bridge? —preguntó a Barbara.

—Sé quién es. No le conozco personalmente.

—En mil novecientos treinta y cuatro, Mrs. Cohen, durante los incidentes registrados en el puerto de San Francisco en el llamado «Jueves sangriento», ¿trabajó en un puesto de socorro comunista?

—No. No recuerdo ningún puesto de socorro comunista. Yo llevaba material sanitario en mi coche, vendas y demás, y curamos a varios estibadores heridos.

—¿Con quién estaba usted?

—Con un estibador.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo. De eso hace catorce años.

Jay se acercó a la mesa y cogió una hoja de papel.

—Tengo aquí una declaración jurada hecha por un tal Manuel López, estibador de San Francisco. La leeré para que conste en acta: «En julio de mil novecientos treinta y cuatro, en el día conocido por “Jueves sangriento” yo ayudé a instalar un puesto de socorro en una furgoneta en la Calle Segunda de San Francisco. La furgoneta era

propiedad de Barbara Lavette, que trabajaba en el puesto de socorro. Yo era entonces miembro del partido comunista y di por seguro que ella lo era también». ¿Desea hacer algún comentario al respecto, Mrs. Cohen?

—Desde luego que sí —contestó Barbara—. Eso es mentira. No conozco a ningún Manuel López ni existía un puesto de socorro propiamente dicho. Era una furgoneta con unas cuantas vendas, yodo y agua oxigenada, y no tenía nada que ver con el partido comunista. Y, desde luego, yo ni era comunista entonces ni lo he sido nunca.

Jay se acercó a la mesa y se puso a hablar en voz baja con los miembros del comité.

—Harvey —susurró Barbara—, ¿qué es esa monstruosidad acerca del tal López?

—¿Estás segura de no haber conocido a nadie de ese nombre?

—Completamente.

—Entonces, por algún oscuro motivo, le habrán obligado a mentir. Me repugna pensar que puedan sobornar a un testigo; pero tal vez lo hayan hecho. Tú no te preocupes. Tus respuestas son claras y sinceras y quiero que sigan siéndolo. Por lo que se refiere a ese Manuel López, si nos enfrentamos a él en un juicio, puedo hacer trizas su declaración.

—¿Un juicio? Yo no soy una criminal, Harvey. ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

—Barbara, ten calma. Y no te preocupes. No es tan malo como parece.

—¡Vaya un consuelo, Harvey! —exclamó ella con amargura—. ¡No es tan malo como parece!

Jay se apartó de la mesa y volvió lentamente a su sitio. Sacó un cuadernito del bolsillo y lo estudió con gesto pensativo. Luego, lo cerró con un golpe seco y dijo:

—Mrs. Cohen, ¿conocía usted a un hombre llamado Marcel Duboise?

—Sí.

—¿Cuáles eran sus relaciones con él?

—Le quería. Íbamos a casarnos.

—¿Pero no se casaron?

—No; él murió.

—Ya. ¿A qué se dedicaba?

—Era periodista. Trabajaba para un periódico francés llamado *Le Monde*^[1].

—¿Usted y Marcel Duboise vivían juntos en París?

—¿He de responder a eso? —susurró a Baxter.

—Está en el libro, Barbara. Es del dominio público. Podrías negarte a contestar, alegando que no es pertinente, pero ¿por qué no responder?

—Sí —contestó Barbara a Jay—; vivíamos juntos.

—¿Era comunista Marcel Duboise?

—No.

—¿Estuvo en España con las Brigadas Internacionales, la Brigada Quince, tengo entendido?

—No; estuvo en España en calidad de reportero de *Le Monde*.

Sintió una tirantez en el pecho. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿No podríamos hacer una pausa? —preguntó Baxter—. Mi cliente está bajo una gran tensión.

—Si la señora lo precisa —dijo Mankin magnánimamente—, podemos hacer un descanso de quince minutos.

A solas con su cliente en la pequeña sala de visitas, con la puerta cerrada para que no entraran los periodistas, Baxter sugirió pedir el aplazamiento para el día siguiente.

—¡De ninguna manera! —se negó Barbara—. Quiero terminar cuanto antes y marcharme de esta maldita ciudad.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, Harvey; pero ¿qué están haciendo conmigo? Lo han deformado todo y me han convertido en una especie de vesánica agente roja. Y ese asunto de López... ¿Quién puede ser?

—No lo sé y no quiero que te preocupes. En estos momentos no pueden relacionarte con el partido comunista. Esa declaración no tiene ningún valor. Tú dices la verdad y no nos desviaremos de esa línea. No creo que esta investigación abarque mucho más.

Era un pobre consuelo, y Barbara estaba perdiendo ya la escasa confianza que tenía en Harvey Baxter.

—No tiene objeto provocarles —siguió diciendo el abogado—. Drake es un hombre vengativo. Yo en tu lugar respondería con suavidad y aprovecharía los privilegios de que puede valerse una mujer frente a un grupo de caballeros.

Ella le miró fijamente, preguntándose si habría perdido el juicio.

—¿Caballeros?

—Es un decir. Cuanto más te resistas, más agresivos se pondrán. ¿Estás segura de poder continuar?

—¿Cuánto tiempo más?

—Media hora a lo sumo. Supongo que lo de López era el triunfo que se guardaban, por lo que lo peor ya ha pasado.

Los periodistas miraron a Barbara con curiosidad cuando ella y Harvey Baxter volvieron a la sala; pero no hicieron preguntas ni comentarios. Su reserva la desanimó. Los congresistas ya estaban sentados, esperando.

—Todavía está bajo juramento —le recordó Donald Jay.

Barbara advirtió que Pornay hojeaba un ejemplar de su primer libro, el relato de sus experiencias en Francia y Alemania. Jay miró a Pornay y éste movió afirmativamente la cabeza.

—Su marido se llama Bernie Cohen —dijo Jay—, ¿no es así?

—Sí.

—¿Él luchó en España con la «Brigada Lincoln»?

—Sí.

—¿Era la «Brigada Lincoln» una organización comunista?

—No lo sé.

—¿Su marido es o ha sido comunista?

—No tienes que contestar —le dijo Baxter en voz baja.

—Quiero contestar. —Levantando la voz, respondió—: No; mi marido nunca ha sido comunista. Mi marido es y ha sido un ferviente sionista, lo cual no es compatible con la filiación comunista.

Jay se acercó a la mesa y estuvo cuchicheando unos minutos con Drake y Pornay. Luego habló con Mankin, volvió a su sitio, cruzó los brazos y dijo:

—Usted es presidenta del consejo de la Fundación Lavette, ¿no es verdad, Mrs. Cohen?

—¿Es pertinente esta pregunta? —susurró a Baxter—. ¿Tiene que figurar en esto la Fundación?

—No lo sé. Pero si te niegas a responder, Barbara, les darás un pretexto.

—Sí; lo soy —admitió Barbara.

—¿Cuál es el objeto de la Fundación Lavette?

—Es una organización benéfica que presta ayuda financiera a obras de carácter médico, científico y artístico.

Jay volvió a consultar con los congresistas. Luego miró a Barbara con aire pensativo y preguntó casi con indiferencia:

—¿Qué es el Hospital del Sagrado Corazón?

Barbara miró a Baxter que parecía tan sorprendido como ella. El abogado se encogió de hombros y movió afirmativamente la cabeza.

—Es un hospital situado en la ciudad de Toulouse, en Francia —respondió Barbara.

—¿Qué relación tiene usted con ese hospital?

—Marcel Duboise ingresó en él después de ser herido en España. Allí murió —añadió en voz baja.

—¡Sírvase la testigo hablar más alto! —exclamó secamente Drake.

Ella repitió su respuesta.

—Haré la pregunta con otras palabras —dijo Jay—: ¿qué relación tiene actualmente con este hospital?

—¿Qué es esto? —cuchicheó Baxter—. ¿Qué tiene que ver ese hospital? ¿Quieres que pida otro aplazamiento? Quizá deberíamos hablar.

—No, Harvey —susurró ella—. Terminemos de una vez. Lo del hospital está muy

claro. —Y a Jay—: En mil novecientos cuarenta y cinco, la Fundación Lavette donó cien mil dólares al Hospital del Sagrado Corazón. Posteriormente se han hecho otras dos donaciones.

—¿Cuál era el fin de esas donaciones?

—Dotar a un pabellón que atendiera a los heridos del Ejército Republicano que habían cruzado los Pirineos y a sus familias. Y ya que esto va a figurar en acta —añadió Barbara— deseo que conste que, antes de hacer las donaciones, consultamos con las autoridades competentes y disponemos de documentos que demuestran que las donaciones estaban dentro del ámbito de acción de la Fundación.

Nadie la interrumpió, y Barbara se felicitó de haber pensado en ello. Estaba serena y hasta tranquila. Ya no le palpitaba con fuerza el corazón. Levantó una mano y la miró. Estaba firme.

—¿Todas esas llamadas donaciones procedían de la Fundación Lavette? —preguntó Jay.

—Sí.

—¿Intervino usted en otras colectas en favor del Hospital del Sagrado Corazón? —inquirió Jay.

—Sí. Se recaudaron unos doce mil dólares mediante una suscripción privada, para la compra de penicilina y otros medicamentos.

—¿La recaudación la hizo la Fundación Lavette?

—No; la Fundación no pide dinero a particulares. La hice yo personalmente.

—¿Cuántas personas hicieron donativos?

Barbara pensó un momento, tratando de recordar.

—Dieciocho o diecinueve.

—¿Alguna de esas personas era comunista?

—No tengo ni la menor idea. Es lo último que se me hubiera ocurrido preguntarles.

Jay volvió a consultar con los congresistas. Luego se hizo a un lado y Drake tomó la palabra.

—Mrs. Cohen, tenga la bondad de dar al comité los nombres de las personas que allegaron fondos a la colecta.

Era lo último que esperaba Barbara. Después comprendió que hubiera debido preverlo desde el principio. Un tortuoso interrogatorio que desembocaba en esto. Debió figurárselo. Era lo mismo de siempre. Todas las investigaciones realizadas por este comité tenían el mismo objetivo: nombres. Nombres eran lo único que les interesaba, nombres que pudieran utilizar para seguir tendiendo su red de miedos y sospechas. Recordó a una anciana de San Francisco de ochenta y dos años que le dio mil dólares porque, le dijo, «esa gente luchó por nuestras convicciones, hija mía. Y ahora están enfermos y desvalidos. No se puede volver la espalda a esas personas».

Barbara imaginó a la anciana citada a Washington, declarando ante el comité. Recordó al profesor de Berkeley que le dio cien dólares. Si Barbara daba su nombre al comité, él se encontraría en la calle. No volvería a trabajar en la Universidad de California ni en ninguna otra. Pensó en el doctor Kellman, que le había dado dos mil dólares. ¿Le cerraría las puertas el hospital? ¿Le impediría seguir operando? Ella había leído informes de casos parecidos. Había leído las crónicas de todas las investigaciones realizadas por aquel comité, las había leído con el aire de indiferencia y seguridad con que el ciudadano corriente lee el periódico de la mañana. Ahora estaba en el edificio de la Cámara en Washington y la pregunta se la hacían a ella.

Harvey Baxter la miraba. «¿Por qué no dice algo?», se preguntó Barbara. Jay la miraba. Drake la miraba sin apartar de su rostro sus pequeños ojillos.

—¡No! —exclamó Barbara.

—Se le pide que dé los nombres de las personas que contribuyeron a la recaudación para el Hospital del Sagrado Corazón —dijo Jay—. Sírvase nombrarlas.

—No —contestó Barbara—. No pienso hacerlo.

—¿Permiten un momento? —dijo Baxter. Y susurró a Barbara—: No puedes negarte a responder, Barbara. Sería desacato. Ni siquiera podemos acogernos a la Primera Enmienda, como los escritores de Hollywood. Aquí no tiene aplicación. Tú has abierto esa puerta y ahora tienes que darles los nombres que te piden.

—¿Y convertirme en soplona? ¿Y entregar a esos cerdos a unas personas que confiaron en mí? ¿Estás en tus cabales, Harvey?

—Tú eres mi cliente y mi deber es defender tus intereses. No consentiré que te expongas a una acusación de desacato por un asunto tan ridículo.

—Harvey, cállate, haz el favor —susurró ella. Y dijo a Jay—: No, Mr. Jay; no pienso darle esos nombres.

—¿Sabe usted que podemos examinar sus libros y anotaciones?

—Todas las anotaciones referentes a esas donaciones las tengo en la cabeza. Pero si hubiera libros y papeles, pueden estar seguros de que los destruiría antes de que ustedes pusieran en ellos las manos.

—¡Ay, Dios mío! —suspiró Baxter—. No digas nada más.

—Mrs. Cohen —dijo Drake—, ¿se da cuenta de que, al negarse a responder a esa pregunta, incurre en desacato ante este comité?

—No sé exactamente lo que eso significa —dijo Barbara hablando despacio—; pero si quiere decir que no les respeto ni a usted ni a sus compañeros, es la verdad.

—¡Hemos terminado con la testigo, Mr. Jay! —gritó Drake, entre un murmullo de risas y comentarios procedentes de la mesa de la Prensa—. ¡Llévensela de aquí!

En el avión, durante el viaje de regreso a California, Barbara descubrió que, en el fondo, compadecía a Harvey Baxter.

—Anímate, Harvey —le dijo—. No es el fin del mundo ni mucho menos. Los dos hemos sido igual de incautos al no imaginar que el interrogatorio tomaría este rumbo.

—¿Por qué no me hablaste de esas donaciones, Barbara? Soy tu abogado.

—No se me ocurrió, Harvey. Nunca hubiera sospechado que les importara que amigos míos hicieran donativos para medicamentos. ¿Quién iba a imaginar que eso estaría mal visto, incluso por esos reptiles?

—Debimos preverlo.

—¿Y de qué hubiera servido? Yo en ningún caso daría esos nombres a semejantes canallas. ¡Pero vamos a olvidarnos de Washington! Nunca, nunca me había alegrado tanto de marcharme de un sitio. No volvería ni aunque me eligieran Presidente. Trasladaría la capital a Omaha, Nebraska o a Tulsa, Oklahoma. ¡Repugnantes y estúpidos hipócritas! Bueno, asunto terminado. Ojalá a Bernie se le haya pasado también la chifladura. ¿No sería fantástico que lo encontrara esperándome en casa? Incluso, tal vez, en el aeropuerto. Mamá sabe el número del vuelo. Sería una estupenda sorpresa.

—Ese asunto no ha terminado, Barbara —dijo Baxter tristemente.

—¿Te refieres a lo del desacato? No pienso preocuparme por eso.

—Pues a mí me preocupa, Barbara.

—Bueno, ¿y qué pueden hacerme? ¿Meterme en la cárcel? ¿Darme unos azotes?

—El primer paso es citarte y estoy seguro de que lo harán. Jay lo dijo claramente. Luego, se somete a la votación del Congreso. Si el Congreso vota en favor de apoyar la citación por desacato, el caso pasa al Departamento de Justicia, que dicta orden de arresto y juicio.

—¿Como si fuera una criminal o una espía rusa?

—No es cosa de risa, Barbara. Si en el juicio se te considera culpable pueden sentenciarte hasta a un año de cárcel. Desde luego, no creo que lleguen a tanto; pero hay que estar preparados para afrontar lo peor. El único rayo de esperanza es que el desacato pueda ser anulado en cualquier momento hasta que el juez dicte sentencia e incluso después.

—Harvey, eres el colmo —dijo Barbara—. ¿Quieres hacer el favor de dejar de ser abogado durante un momento y convertirte en un ciudadano americano corriente? La gente no va a la cárcel por hacer lo que yo he hecho. Ya sé que estamos en una época atroz; pero éste aún es el país en el que yo nací y me crié.

—Supongo que sí —convino Baxter lúgubrementemente.

—Ahora explica en qué consiste eso de anular el desacato.

—Muy sencillo, Barbara. El desacato se ha producido al negarte a dar esos nombres. No creo que tuvieras que dar los dieciocho. Quizá con tres o cuatro, con el consentimiento de los interesados, desde luego, podrían anularlo. Hablé de ello con Jay y me pareció dispuesto...

—¡Harvey!

—No te enfades.

—Me enfadaré, y mucho, si vuelves a hablar de eso. Si tengo que ir a la cárcel, iré a la cárcel. No me parece probable, pero si es preciso, iré. En este momento, no quiero pensar en ello. Ni hablar de ello.

—¿Y a mí tampoco me darías esos nombres?

—¡No!

—¿Significa eso que no tienes confianza en mí?

—Eso no, Harvey —dijo Barbara, suavizando el tono—. Tengo confianza en ti, Harvey, y creo que has hecho cuanto has podido para protegerme y ayudarme. Te lo agradezco. Pero esto es algo que tengo que decidir yo sola, y no deseo discutir con nadie, ni siquiera contigo ni con Bernie. No quiero que veas en mí a una mujer indefensa. No estoy indefensa, ni soy débil. Ahora hazme un favor: quiero que durante una hora leas tranquilamente el periódico y no me digas nada. Tengo muchas cosas en que pensar. —Le dio una palmadita en la mano—. Y no te preocupes.

Jean los esperaba en el aeropuerto de San Francisco. Hasta que dejaron a Baxter en su casa, Jean sólo habló de Dan, de su rápida mejoría y de lo que había llovido durante los dos últimos días. Había hablado por teléfono con Eloise, quien le había dicho que el hijo de Barbara estaba muy bien, que tenía buen apetito y, al parecer, no echaba mucho de menos a su madre.

Cuando se quedaron solas en el coche, Jean preguntó:

—¿Fue muy malo?

—Bastante. Sacaron a relucir el pasado, cosas que me sucedieron en Francia, y yo reaccioné sentimentalmente. Ahora ya pasó y no quiero pensar más en ello.

—¿Te fue Harvey de alguna ayuda?

—No mucho. No. El pobre hizo cuanto pudo.

—Dan opina que es un idiota.

—No; no es un idiota. Lo que ocurre es que se niega a creer lo que está sucediendo. Es decir, no puede creer que eso le suceda a una Lavette o a una Seldon, o como quiera que nos considere.

—Ni yo tampoco. ¿A mi casa o a la tuya, Bobby?

—A la mía, mamá. Tengo ganas de cambiarme de ropa y tal vez encuentre noticias de Bernie. Imagino que tú no sabes nada, o me lo hubieras dicho.

—No; nada.

Cuando llegaron a la casa de Green Street, Barbara repasó el correo. Nada de Bernie y ningún cable echado por debajo de la puerta.

—Tenía la ilusión de encontrarlo aquí o esperándome en el aeropuerto. En el avión, ensayaba lo que le diría acerca de mi viaje a Washington. Deseaba mostrarme lista y ocurrente. Pensaba en cómo lo contaría Dorothy Parker de haberle ocurrido a

ella. Me encanta Dorothy Parker. ¿Por qué no escribiré como ella?

Se sentó en una silla, puso la cara entre las manos y se echó a llorar.

—Tesoro, ¿lloras porque no escribes como Dorothy Parker, o porque no sabes nada del chalado de tu marido?

Jean la miraba con gesto de impotencia.

—Estoy bien, mamá. Sólo cansada. Anoche casi no dormí. Cualquiera pensaría que, después de lo que he pasado en mi vida, esto no había de importarme. ¡Pero fue tan horrible, tanto!

—¿Qué pasó, Bobby?

—¿Tienes un «kleenex»? —Barbara se enjugó las lágrimas con un pañuelito de papel que le dio Jean—. Creí que había superado el síndrome del llanto. No me atrevo a pintarme los ojos, para que no se me hagan churretes en la cara. ¡Oh, yo me portaba muy bien, hasta que salieron con lo de los nombres! Querían que les dijera quiénes contribuyeron en la recaudación para las medicinas destinadas al hospital de Toulouse, y cuando me negué a hacerlo, me acusaron de desacato.

—Yo te di dinero para eso. ¿Por qué no se lo dijiste? No me importaría en absoluto.

—Mamá —dijo Barbara—, por favor, no hablemos de eso. Lo único que necesito ahora es tomar un baño y meterme en la cama. Mañana hablaremos. Iré a recoger a Sam y lo llevaré conmigo al hospital. ¿Estarás allí sobre las cuatro?

La Associated Press había cubierto la investigación del Comité de Washington, y los periódicos más importantes de San Francisco, el *Chronicle* y el *Examiner*, publicaban crónicas en primera plana. Hada más de cuatro décadas que los Lavette eran noticia en San Francisco y, desde las nueve de la mañana, el teléfono de Barbara estuvo sonando intermitentemente; pero ella ya estaba camino del valle de Napa, por lo que se libró de las llamadas de los periódicos hasta que estuvo de regreso con Sam a última hora de la tarde.

John Whittier fue menos afortunado. Después de repetir varias veces que no tenía la menor idea de dónde se encontraba Tom Lavette, dio orden de que no le pasaran más llamadas y pasó la mayor parte del día cavilando sobre las calamidades que le había deparado la familia Lavette desde que, diecisiete años atrás, contrajera matrimonio con Jean Lavette. Y en nada contribuyó a calmarle una llamada de Tom Lavette desde Nicasio, que la secretaria decidió pasarle.

—¡Esa hermana tuya es una irresponsable total! —gritó a Tom.

Tom trató de apaciguarle. A continuación, Whittier le preguntó qué diablos pretendía, escondiéndose en Marin County.

Cuando Tom repitió la conversación a Lucy, ella sonrió, y Tom, sin darse cuenta, sonrió a su vez.

—Whittier es un borrico de tomo y lomo. Le tiene miedo a Ronny Brinks, el jefe de la organización republicana de la ciudad.

—Conozco a Ronny —dijo Lucy—. No es nada. Con diez mil dólares podríamos comprar a Ronny y, con otros cinco mil, a su mujer y a sus hijos, Me parece que ya es hora de que pongamos a John Whittier a pastar.

Otra vez hablaba en plural. Pero a Tom ya le gustaba. Lucy había ido al pueblo y comprado los periódicos de San Francisco y Oakland. Leyó las crónicas despacio, en especial, la del *Tribune* de Oakland, en la que el redactor hacía una vivida descripción de lo ocurrido en la sala durante el interrogatorio.

—¿Cómo ponemos a John Whittier a pastar? —preguntó Tom—. Yo estoy de acuerdo; pero ¿cómo?

—Hay formas amables, y otras, menos amables. Una forma amable sería decirle que necesita descanso y pedirle que se retirara. Otra forma menos amable sería echarle. Papá tiene doce mil acciones de la «Great Cal Shipping». Si vota contigo, tienes la mayoría asegurada.

—Eso, si no tienes escrúpulos, desde luego.

—¿Respecto a Tom? No; ninguno.

—Bien. Entonces, en su momento oportuno, John se tomará un merecido descanso. Y, acerca del asunto ese de Washington, casi me alegro de que haya sucedido.

—¿Por qué? —preguntó Tom, asombrado—. Lo ha estropeado todo.

—¿Estás seguro? Mira, Tom, yo nunca compartí tu entusiasmo por la política. La idea de que los políticos y sus estúpidas legislaciones gobiernan el país es propia de ingenuos adolescentes. Es una ilusión romántica. Este país está gobernado por un sistema construido sobre el dinero y el poder, el *establishment*, como dirían los ingleses, o sea, el sistema. Pero ¡caramba!, en el fondo, tú eres un Seldon y deberías saberlo. Comprendo que te seduzca la idea de jugar a la política. Es el mejor juego que existe para el hombre que no quiere crecer; pero yo no quiero ver en ti a un niño. Por lo que yo sé de tu hermana, no creo que dé su brazo a torcer, y este asunto lleva trazas de convertirse en una *cause célèbre*. ¿Qué querrán que hagas tú? ¿Que la critiques públicamente? Eso en nada favorecería tu imagen. No, cariño; es preferible ser dueño de un político que ser político. El juego no tiene más que un nombre, el juego del poder. Y el poder de los políticos es una ilusión.

Tom la miraba con interés.

—Me asombras, Lucy. Posees cualidades que yo ni soñaba.

—¿Cómo tengo que tomar eso?

—Como un cumplido, imagino. Tú y yo nos llevamos bien. Aún no hemos tenido nuestra primera pelea.

—¿Soportarías que te leyera en voz alta? Escucha lo que dice el *Tribune* de

Oakland.

Lucy le leyó la crónica de la investigación.

—¡Pobre Barbara! —exclamó Tom—. La compadezco.

—Ella se lo ha buscado. A los idealistas les encanta sufrir por sus convicciones. Pero yo pensaba más en Norman Drake que en Barbara.

—Es un hijo de su madre, ¿no te parece?

—O mucho me equivoco, o tiene grandes ambiciones. Además, es vecino nuestro, del distrito de la Bahía. Desde hace muchos años, Tom, los de la Costa Oeste estamos en segundo plano. Incluso Texas tiene un papel más importante y eso no me parece lógico. Ya no somos la frontera. Ahora somos la médula del país.

Hizo una pausa y le miró, pensativa.

—Continúa —pidió Tom.

—Sí. Opino que deberíamos hablar con Mr. Drake.

—Es raro; pero quizá sea conveniente —admitió Tom.

Sally decidió quedarse en Higate hasta que Barbara volviera de Washington. Dijo a su madre que no era mucho más difícil atender a dos niños que a uno, por lo que podría ayudar mucho a Eloise. En realidad, Clair no necesitaba que le dieran excusas y estaba encantada de tener cerca a sus dos hijos y a sus nietos. Hacía pocos años que su hijo Joshua había muerto en combate en el Pacífico. Clair tardó mucho tiempo en recuperarse del disgusto, y una gran parte de su ser había quedado dañada para siempre. Dicen que el tiempo mitiga las penas; pero su memoria se conservaba nítida. Al cabo de varios años, aún había momentos en los que los recuerdos la atormentaban atrozmente: la visión de aquel muchacho inteligente y hermoso al que ella dio el ser y educó, desangrado en algún lugar del Pacífico, sepultado en el océano, sin una tumba siquiera que diera testimonio de su paso por este mundo. En estos momentos se encerraba en su habitación a llorar.

Esto no lo sabía nadie de la familia. Clair Levy no era propensa al llanto. Jake, su marido, no recordaba haberla visto llorar, ni siquiera cuando llegó la noticia de la muerte de su hijo. Era una mujer fuerte de cuerpo y de espíritu, alta, angulosa, competente e indiferente a la moda, tras veintiocho años de trabajar en el campo, casi siempre con pantalón vaquero y camisa de algodón, pero todavía de buen ver a sus cuarenta y ocho años y, a los ojos de Jake, tan hermosa como siempre.

Pero, aunque la complacía tener cerca a sus dos hijos, estaba preocupada por Sally y Joe y así lo dijo a Jake.

—A mí me parece que si Sally se ha quedado no es tanto por ver a Barbara y al niño como por alejarse de Joe. Me parece que ese matrimonio no marcha bien y estoy muy preocupada, Jake.

—¿En qué te fundas?

—Lo huelo.

—¡Fantástico! A eso lo llamo yo intuición. ¿Por qué no lo dejamos? Si el matrimonio no marcha, pues no marcha. ¿Cuántos matrimonios estupendos conoces tú? Nuestra hija está bastante chiflada.

—¡Muy bonito! Y Joe es una perla de marido, un mártir.

—Joe es un médico decente, serio y trabajador.

—Y Sally, una criatura preciosa, inteligente y sensible, digas lo que digas.

—No es una criatura; es una mujer, madre de familia.

—Tiene veintidós años y para mí sigue siendo una criatura. Lo malo de ti, Jake, es que estás construyendo un imperio. No ves más allá ni te importa nada más que el negocio. Recuerdo la época en que estabas a matar con tu padre porque él y Dan Lavette hacían fortuna con la guerra. Antes cultivábamos unas cuantas viñas y embotellábamos varios hectolitros de vino. Ahora embotellas miles de ellos y vas casi todos los días al barrio de las finanzas.

—¡Eh, eh, un momento! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué he dicho yo? Que Joe es un muchacho honrado y trabajador...

Clair dio media vuelta y se fue dejando a Jake con la palabra en la boca y moviendo la cabeza con perplejidad.

La impresión de Clair se fundaba en algo más que en el olfato. Sally siempre fue exuberante, aficionada a interminables peroratasseudoliterarias, osada y lenguaraz. Ahora estaba callada y apagada.

La noche en que Barbara se fue, Sally llamó por teléfono a Joe. Lo encontró en el hospital, entre operación y operación.

—¿Qué hay, Sally? No dispongo de mucho tiempo.

—Aún estoy en Higate.

—¿No te parece que deberías volver a casa?

—¿Y a ti qué más te da?

—Eso no tiene sentido.

—Si tú no estás, ¿qué puede importarte dónde esté yo?

—Estoy el mayor tiempo posible —repuso Joe con impaciencia—. Tengo trabajo.

—Ya lo sé.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya lo sabes? No estoy de juerga con una pájara. Estoy en el hospital.

—Eso ya lo sé.

—¿Cuándo volverás a casa?

—Esperaré a Barbara y regresaré. Será dentro de dos o tres días. Ayudaré a cuidar a Sam.

—Para eso no te necesitan a ti. Tienen toda una institución en Higate.

—Pero es para hacer vino, no para cuidar de los niños.

—Eso no tiene gracia.

—No trato de ser graciosa —replicó Sally—. Sólo pretendo seguir viva. Tengo veintidós años y trato de seguir con vida.

—Me gustaría que te explicaras mejor.

—Está bien, Joe. No te preocupes. Me iré a casa en cuanto Barbara regrese de Washington.

—Conforme —dijo él—. Ten cuidado.

Sally colgó el teléfono y pensó que su marido ni siquiera había preguntado por su propia hija.

Cuando Barbara llegó a su casa después de recoger a Sam en Higate y pasar por el hospital para ver a su padre, era ya casi de noche y no le hizo ninguna gracia encontrar a un reportero del *Examiner* apostado en su puerta. Era un agresivo joven que no aceptó la excusa de que estaba fatigada y tenía que cambiar y dar de cenar al niño. Él trató de hacerse simpático admirando la fachada victoriana de la casa.

—Si tanto le gusta —dijo ella—, puede quedarse ahí contemplándola durante una hora. Si para entonces he terminado todo lo que tengo que hacer, hablaremos.

—Oiga, ¿y por qué no puedo esperar dentro?

—Porque no quiero tenerle ahí.

Cuando, más de una hora después, ella abrió la puerta, el joven seguía allí.

—Admiro su insistencia —le dijo—. Pase.

—Es usted una mujer enérgica, Mrs. Cohen. No crea que he venido a crucificarla. Sólo quiero ayudarla.

—Puedo prescindir perfectamente de la ayuda del *Examiner*.

—Pero yo no de la suya. Si no les llevo algo, estoy listo. He ido al taller para hablar con su marido, pero me han dicho que está fuera de la ciudad. ¿Dónde ha ido?

—Eso no viene a cuento. Pregúnteselo a él cuando regrese.

—Bien, no quiero ser pesado. Después de su experiencia, ¿cuál es su opinión del Comité de la Cámara?

—Pobre, muy pobre.

—Pobre opinión. —Tomó nota—. Estoy de acuerdo con usted. Leí su primer libro. En el frente. Ya sabe, una de esas ediciones en rústica para las Fuerzas Armadas. Me gustó. Aún no he leído el segundo, pero pienso hacerlo. ¿Y esos nombres?

—¿Qué hay de eso?

—Son gente de aquí.

—La mayoría, sí.

—Supongo que no tendrá objeto que le pregunte quiénes son esas personas.

—No.

—¿Qué pasará si el Congreso la acusa de desacato? ¿Irá a la cárcel?

—Espero que no.

—¿Qué opina del partido comunista? Quiero decir si le parecen subversivos, si cree que pretenden derribar al Gobierno con el uso de la fuerza y la violencia.

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Se considera anticomunista?

—Es usted muy listo. Si digo que sí, hago causa común con esos cretinos de Washington y, Si digo que no, tiene usted una declaración sensacional. ¿Sabe lo que le digo? Que será mejor que se marche.

—Vamos, que usted también fue periodista. Tenía que probar. Sólo un par de preguntas más. ¿Qué me dice de su hermano?

—¿Qué quiere que le diga?

—Dicen que es probable que los republicanos lo designen candidato al Congreso. ¿Cómo afecta esto a sus planes? ¿Se llevan ustedes bien?

—Buenas noches, amigo mío —dijo Barbara, mientras lo empujaba hacia la puerta, haciendo caso omiso de sus fervientes protestas.

«Vaya, vaya, guapa —dijo mirándose al espejo, después de cerrar la puerta—, tienes fama de terrible sin haber hecho nada por ganarla».

Por fin pudo leer la correspondencia. Había una carta de su editor dándole ánimos, aunque en el último párrafo expresaba la esperanza de que su próxima novela no fuera «excesivamente política». Barbara subió a la habitación del niño y comprobó con alivio que Sam dormía profundamente. Volvió a bajar y se sentó delante de la máquina de escribir, repasando mentalmente con una viva sensación de culpabilidad los días perdidos; pero las palabras no acudían. Permaneció toda una hora mirando las teclas, mientras su pensamiento estaba en todas partes menos en la hoja de papel que tenía delante. Hacía apenas dos semanas, mientras tomaba el sol con Sam en el parque de Huntington, trabó conversación con una niñera francesa. Barbara estaba muy contenta de poder hablar en francés con alguien. Cuando llevaban ya quince minutos de charla, la niñera le preguntó de qué parte de Francia procedía. No podía creer que Barbara fuera americana y, cuando se convenció de ello, preguntó si también era niñera.

—En cierto modo —admitió Barbara—. La verdad es que me encanta venir aquí con el niño. Soy escritora. Escribo novelas.

—¿Y pierde usted el tiempo con esto? —preguntó la niñera mirándola con expresión de incredulidad.

Barbara no trataba de explicar los quince últimos años. Había vivido tres vidas distintas, y ahora se confesaba a sí misma que deseaba desesperadamente que la tercera continuara. Quería que su mundo continuara tal como estaba, no más ancho que la estrecha casa victoriana de Green Street. Quería tener a su corpulento y

taciturno marido en la habitación contigua, escuchando discos de *El clavecín bien temperado*. Su pasión por Bach era tan incongruente como los demás rasgos de su persona. Poseía más de trescientos discos de música de Bach y podía tararear casi todos los temas desafinando un poco. Ella ya no sentía deseos de viajar ni de hurgar en el pasado. Amaba su pequeño estudio, con las paredes recubiertas de libros. A su modo de ver, había pagado su contribución. El sentimiento de culpabilidad que le produjo heredar quince millones de dólares había sido neutralizado con la creación de la Fundación Lavette. Barbara era lo bastante romántica como para apreciar el valor de su renunciamento y se consideraba a sí misma un ser humano decente y normal. Casi todas sus amigas de la infancia se habían divorciado o tenían que ir al psiquiatra, y ella estaba decidida a defender celosamente su castillo, la pequeña casa de madera que era su hogar.

Pero todo ello no hacía sino contribuir a que las dos últimas semanas resultaran más inverosímiles. Barbara era persona de carácter alegre, refractaria a la depresión. Ahora, puesto que no podía escribir, decidió dedicarse a pagar las facturas que se habían acumulado desde la marcha de Bernie. A las once, puso la radio para escuchar las noticias.

Ella y Bernie habían hablado de comprar un televisor. La mayoría de sus amistades ya lo tenían, pero Barbara no acababa de decidirse. Que imágenes de gente extraña se colaran en su casa le parecía casi una intrusión. Bernie opinaba de otro modo.

—Pero, mujer, ¿en qué se diferencia de la radio? Yo me acuerdo, y tú debes de acordarte también, de la época anterior a la radio. Siendo niño me construí un aparato de galena. Todo el material me costó siete dólares, y recuerdo la primera vez que pedí al rabino Blum que se pusiera los auriculares. Creí que se enfadaría, pero se entusiasmó como un niño. Me dijo que siempre trató de imaginar a qué nivel se comunicaba Dios con sus criaturas y que ahora, por fin, lo sabía. Desde luego, no dijo quién sería el patrocinador de la emisión. Él no pensaba en esas cosas.

Barbara no esperaba oír su propia voz. Era incapaz de considerarse noticia y ahora se oía a sí misma responder al interrogatorio. Pero lo que más le interesaba era la información de Palestina, que últimamente era de una agobiante monotonía. Los hombres del Mufti habían atacado a un autobús con bombas de mano y ametralladoras. Doce niños judíos y cuatro adultos habían resultado muertos y otras veintidós personas, heridas. La guerra se perfilaba en el horizonte. Los países árabes estaban preparados para invadir el pequeño Estado judío por los cuatro costados. Un kibbutz había sido destruido, y sus treinta y siete ocupantes, hombres, mujeres y niños, aniquilados. La voz del locutor no denotaba emoción, y Barbara pensó que el mundo se había acostumbrado a que mataran judíos. Era lo normal.

—Que Dios me proteja —susurró—. Yo misma empiezo a enfocar así. Lo único

que siento es alivio de que Bernie ya esté de regreso. ¿Por qué no me siento identificada con ellos en su sufrimiento? ¿Por qué no lloro? Mi marido es judío. ¿Cómo puedo quedarme aquí sentada, escuchando con tanta calma?

Desconectó la radio, apagó las luces y subió las escaleras. Sumergida en la delicia de un baño caliente, se sintió relajada y se quedó traspuesta; pero cuando se metió entre las frías sábanas volvía a estar completamente despierta.

Durante un rato trató de conciliar el sueño; luego desistió y dejó vagar libremente sus pensamientos. Siempre estuvo latente en su subconsciente la idea de que a Bernie le hubiera ocurrido algo. Ahora afloró a la superficie. A pesar de tantos años de guerra, nunca había recibido ni la más leve herida, ni un arañazo. Él le dijo una vez que un soldado indio al que había conocido en el norte de África lo atribuía a su karma. Barbara, sintiéndose un poco ridícula, hizo una visita a la biblioteca para enterarse de qué era el karma, pero no averiguó sino que los budistas lo consideraban el compendio de existencias pasadas que influía en la presente. Puesto que todo ello era ajeno a sus creencias, Barbara no volvió a pensar en aquella idea. Hacía años que no la recordaba; pero aquella noche se aferraba a ella como algunas de sus amigas se aferraban a las lucubraciones de sus horóscopos. A Barbara no le gustaba dormir sola. Sentir a su lado el cuerpo del hombre le infundía una sensación de plenitud; una persona sola era una fragmentación. Despertar a media noche, alargar la mano y palpar un cuerpo, sentir el contacto de unos músculos, la presión de un cuerpo en su cuerpo... así debía ser la noche. La noche era soledad y vacío, sombras y temores.

Por la mañana, Barbara llamó por teléfono a Jean.

—Mamá, ¿podrías quedarte con el niño un par de horas? —le dijo—. Tengo que ver al doctor Kellman en el hospital y, de paso, podría hacer una visita a papá.

—¿Estás enferma?

—No; me encuentro estupendamente. No se trata de una consulta médica, sino de otra cosa.

—Dan sale mañana del hospital y le viste ayer. No es necesario que vayas otra vez.

—Ya lo sé; pero es más conveniente para el doctor.

En el hospital, Dan estaba sentado en la cama, gruñendo por el modo en que el *Examiner* trataba a su hija.

—¡Cerdos! —exclamó—. De buena gana compraba el periodicucho y los ponía a todos en la calle.

—Mr. Hearst no vende —dijo el doctor Kellman—. Y si no aprendes a mantenerte tranquilo, no te dejo ir a casa.

—¿Cómo está en realidad? —preguntó Barbara al médico, mientras iban hacia el despacho de éste.

—Arreglado para otros veinte años, si se lo toma con calma. ¿De qué se trata,

Barbara? Si es de ese dinero que te di para España, para los medicamentos, no me importa un rábano que les des mi nombre.

—No se trata de eso y no quiero hablar de este asunto con nadie, ni siquiera con personas como tú. Es un problema mío y sólo mío.

—Me gustaría ayudarte. —Sentado detrás de la mesa de su despacho, encendió un cigarrillo y la miró interrogativamente. Era un hombre delgado, calvo, de unos cincuenta años. Tenía una sonrisa tranquilizadora, una bonita sonrisa para un médico, según pensó Barbara—. No pareces estar enferma. Preocupada, sí; pero sana.

—¿Has dado dinero alguna vez para ayudar a los judíos de Palestina? —preguntó ella bruscamente.

—Eso sí que no me lo esperaba. Sí; un poco. No el suficiente.

—¿Cómo se hace? Quiero decir si existe alguna organización que tenga contacto con Palestina.

—¿Por qué, Barbara?

—Tengo mis motivos.

—No es un secreto. Se trata del Socorro Judío Unido. Sí; deben de tener contactos con Palestina.

—¿Conoces al que la dirige?

—Sí; se llama Alex Denaman.

—¿Podrías llamarle por teléfono y preguntarle si puede recibirme ahora mismo? Por favor.

—No hay inconveniente. —El médico cogió el teléfono, hizo la llamada y dijo a Barbara—: Te recibirá dentro de media hora. Su despacho está en Market Street. Te anotaré la dirección.

Cuando Barbara entró en el despacho de Market Street, una habitación cuadrada, de tres metros y medio de lado, repleta de archivadores, salió a su encuentro un hombre afable y rechoncho, que le pidió disculpas por el desorden.

—Estoy buscando secretaria —le dijo—. No es que tenga dónde ponerla, pero mi mecanografía... Tenemos voluntarias. ¡Voluntarias! Con eso está dicho todo. Me alegro de conocerla, Mrs. Cohen. Siendo amiga del doctor Kellman... ¿En qué puedo servirla? ¿Ha traído el talonario de cheques? —Al ver la expresión de Barbara, se apresuró a decir—: Perdone. Era una broma. Por favor, tome asiento. —Le ofreció una vieja silla de madera—. Broma sí y no. Necesitamos dinero desesperadamente. Eso, siempre, pero ahora, más que nunca... Pero ése es mi problema, no el suyo. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿O qué puede usted hacer por mí?

—Yo no soy judía —dijo Barbara.

—Me lo figuraba.

—Mi marido lo es. Voy a contarle lo que ha hecho, porque creo que quizá pueda usted ayudarme. Se lo diré confidencialmente si no le importa, porque mi padre está

involucrado.

—Descuide. Además de bonita, tiene cara de buena persona. Un momento... ¡Claro! Usted es la Barbara Cohen de la que hablan los periódicos.

Barbara asintió.

—Sí. ¿Eso cambia las cosas?

—No, no. Siga.

Denaman escuchó atentamente, y sin interrumpirla ni una sola vez, lo que Barbara le contó de Bernie y de los diez «C-54». Cuando ella terminó de hablar, el hombre exclamó:

—¡Pero eso es fantástico! Es la primera noticia. ¡Formidable! ¿Está segura de que llevaron los aviones a Tel-Aviv, con los «Messerschmitt» y las armas?

—Sí. Recibí un cable de mi marido en el que me lo confirmaba.

—Debe de ser un gran tipo.

—Lo es. Pero el cable fue enviado hace nueve días. En él me decía que tenía pasaje para un barco que iba de Haifa a Nápoles, donde pensaba tomar un avión hasta Inglaterra y otro avión hasta casa. Pero no he sabido nada más y estoy muy preocupada.

—Quizás haya tenido que esperar en Haifa. Esos barcos no tienen salidas fijas.

—Me hubiera avisado. Le conozco bien.

—Pero eso no es tan sencillo, señora. Yo he tenido que esperar tres, cuatro y cinco días para hablar con Haifa. Eso si puedo hablar. Lo mismo ocurre con los cables.

—Sí, pero hace nueve días.

—¿Qué quiere que haga? Después de oír cómo su padre dio esos ciento diez mil dólares... Estoy mudo de asombro, lo que se dice mudo.

—¿Podría usted averiguar lo que le ha ocurrido a mi marido, si está bien y dónde está?

—Sí; puedo hacerlo. Llamaré a la oficina de Nueva York echándole mucho misterio al caso. Les diré que tiene prioridad doble A uno. Dentro de lo humanamente posible, no aceptaré un no como respuesta. De manera que quizá consigamos algo. Pero usted no se preocupe. Un hombre como su marido... En fin, no se preocupe. Todo saldrá bien.

—Estoy segura de ello —dijo Barbara—. No sé cómo darle las gracias.

—No me las dé todavía. Veremos lo que puedo hacer.

Barbara le dio su dirección y número de teléfono. Cuando se despidió de Denaman, se sentía mucho más tranquila. Cuando subía en el tranvía por California Street, se sonreía de sus propios temores e inquietudes. Si Bernie estaba ya camino de casa, ¿por qué iba a preocuparse por comunicarse con ella? Sería sólo cuestión de días y así podría tener la satisfacción de llamar al timbre y ver su cara cuando ella

abriera la puerta. ¡Qué estúpida había sido al incordiar con sus dramas al doctor Kellman y a Mr. Denaman!

Se lo contó a Sam aquella tarde mientras lo llevaba en su cochecito a Huntington Park. Barbara había leído que las madres que se refugian en el monólogo muestran un esquema de conducta francamente neurótico; pero ella no era dada a la cháchara insustancial. A diferencia de Sally, su cuñada, ella no se entregaba a la verborrea desaforada. Por otro lado, puesto que Sam aún no poseía más, se reducía a gorgoritos y dos palabras, una de las cuales era «mamá», y la otra, probablemente, «coca», era el oyente ideal. Aceptó benévolamente las explicaciones de su madre y ella pensó que tal vez un día Sam llegase a ser un excelente diplomático.

—O un mecánico de automóviles. Que tampoco es grano de anís. Saber reparar un coche es la habilidad más útil que se pueda tener en nuestra sociedad, y las dos ramas de mi familia hicieron fortuna trabajando con las manos. Mi padre empezó de pescador, pescaba cangrejos, por eso ahora nunca los come. Es responsable de la muerte de sabe Dios los miles de cangrejos, y es natural que con eso en la conciencia no se atreva a mirarlos a la cara. Es cierto que mi madre nació con una cuchara de oro en la boca, en la mejor esfera de la sociedad de San Francisco, lo cual, traducido, significa dos generaciones de dinero. Es cierto que mi abuelo Thomas era presidente del «Banco Seldon»; pero la familia guarda celosamente el secreto de que el padre del abuelo Thomas era minero, e incluso se rumorea que tenía una sala de baile que no era tal, sino una gran tienda de lona de la que no diré más para no ofender tus jóvenes oídos. Pero no tardó en descubrir que prestar dinero con usura era aún más rentable que la más antigua de las profesiones y así estamos ahora, al cabo de apenas cien años. La abuela sí que pertenecía a una familia muy encopetada, de Boston, y se llamaba Asquith. No la recuerdo muy bien; sólo sé que era una señora muy alta, con la nariz muy larga y delgada. Toda la familia tenemos los huesos grandes. Los de la parte de papá todos eran pescadores, lo cual simplifica mucho las cosas...

Barbara se interrumpió por deferencia a dos ancianas que acababan de sentarse en el banco de enfrente y la miraban con extrañeza.

—Es muy joven —explicó Barbara—; pero tiene un vocabulario muy extenso. Quiero decir que no es tan pequeño como parece.

Barbara se alejó empujando el cochecito y, cuando las perdió de vista, se echó a reír. No sabía por qué, pero, desde su entrevista con Mr. Denaman, se sentía más alegre y confiada. Llevó a Sam a casa, lo bañó, le dio de cenar y lo acostó. Luego se preparó dos huevos revueltos y dos tostadas y leyó el primer capítulo de la última novela de Sinclair Lewis, *Sangre de rey*. Con un capítulo bastaba. Barbara no compartía el entusiasmo de su padre por Lewis.

Se fue a su estudio y, como todas las noches, trató de trabajar en su propio libro. Aún no había empezado a escribir cuando sonó el timbre de la puerta. No esperaba a

nadie y tuvo una grata sorpresa al reconocer a Alex Denaman. Le hizo entrar, saludándole efusivamente; pero, al verle la cara, se quedó cortada.

En seguida se dio cuenta. Denaman no sabía disimular, y Barbara nunca podría olvidar su expresión.

—Pase, por favor —dijo.

No importa lo que sepas. Una parte del cerebro neutraliza la otra parte y la muerte nunca encaja en la experiencia. Sólo la vida forma parte de la experiencia. La muerte es algo que existe sin ser imaginado, es lo inimaginable. A pesar de que ya la había sentido cerca otra vez, seguía siendo la intrusa importuna y malévola. Todas las puertas se le cierran, pero ella entra con las puertas cerradas.

Denaman se quedó de pie en la salita, dando vueltas al sombrero con sus manos gorditas. Era un sombrero gris, muy viejo. Llevaba un abrigo bastante raído, y la piel de los zapatos se cuarteaba bajo el betún. Saltaba a la vista que el cargo de director del Socorro Judío de San Francisco, en 1948, no daba mucho dinero.

—Por favor, dígame todo lo que haya averiguado —dijo Barbara.

Él recordaría después lo amable que era su voz, como si ella le compadeciera.

—Pregunté por su marido, Mrs. Cohen. —Cada palabra tenía un acento dolorido—. Me ha parecido que tenía que venir personalmente.

—¿Ha muerto? —preguntó ella lentamente—. ¿Es eso lo que tiene que decirme?

—Sí.

Se miraron en silencio, largamente. Barbara advirtió que por el momento aún no sentía nada; en su interior se había hecho un gran vacío, como si se hubiera convertido en una concha hueca, frágil, quebradiza. Dio un paso atrás y se sentó.

—¿Quiere que le traiga algo? —inquirió él—. ¿Un vaso de agua?

—No —respondió Barbara en voz baja—; muchas gracias, Mr. Denaman. —Hablabla despacio, pronunciando cuidadosamente las palabras, como una niña—. Siéntese, se lo ruego y cuéntemelo todo. Tal vez esté usted equivocado.

Pensó que era muy raro que se le ocurriera imaginar que podía estar equivocado.

Él se sentó frente a ella, en el borde de la silla, sin dejar de manosear el sombrero.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Sí.

—Hablé con Tel-Aviv. Me dijeron que su marido, con un tal Irving Brodsky y dos hombres de la Haganah se dirigían a Haifa. Eso fue el mismo día o al día siguiente de mandarle el cable. ¿No quiere que avise a alguien? ¿A su madre? ¿Está usted sola?

—Siga, siga usted, por favor.

—Iban en un jeep. Los árabes los atacaron y mataron a los cuatro. El Haganah encontró los cadáveres al día siguiente, pero no pudieron identificarlos. Ayer hicieron prisioneros a varios árabes y les encontraron los objetos que habían quitado a los cadáveres. El billetero de su marido y varios carnets. Hoy mismo, apenas unas horas

antes de que yo llamara, un tal Goodman los identificó. Era uno de los que fueron a Checoslovaquia con su marido; no podía equivocarse.

Barbara volvía a sentir la opresión en el pecho. Le costaba trabajo respirar.

—En la cocina, Mr. Denaman, hay una bolsa de papel marrón...

—Comprendo, comprendo —dijo él, alegrándose de poder hacer algo.

Se fue hacia donde Barbara señalaba y al momento volvía con la bolsa.

Ella se la puso en la boca y respiró en su interior un par de minutos.

—Ya pasó —dijo—. Me han dicho... —Tragó saliva y volvió a empezar—. Me han dicho que los árabes torturan a los prisioneros. ¿Sabe usted cómo murió mi marido?

—Lo pregunté. Recibió un balazo en la cabeza y murió instantáneamente.

—Ya.

—Ellos le escribirán y le enviarán sus cosas.

—Sí. —Ahora se le crispó la cara. Por las mejillas le corrían lágrimas.

—¿Puedo llamar a alguien para que le haga compañía?

—No —susurró Barbara.

—¿No quiere que me quede un rato, Mrs. Cohen?

—No. —Se oyó llorar arriba—. Tengo que ir a ver al niño —dijo Barbara—. Será mejor que se marche. Le estoy muy agradecida, Mr. Denaman, pero quiero estar sola.

—Comprendo.

En la puerta, él se detuvo y se volvió a mirarla.

—Buenas noches —dijo Barbara.

Él salió y cerró la puerta.

Barbara subió las escaleras. Sam estaba mojado. Ella le cambió el pañal. Movía las manos maquinalmente, atontada por el dolor. Luego entró en su habitación, dando traspies en la oscuridad, sin ánimo de encender la luz. Se tumbó de espaldas en la cama, con los ojos abiertos, observando cómo se disipaba la oscuridad a medida que sus ojos se habituaban a la falta de luz. Ya podía verse la mano. Flexionó los dedos delante de los ojos. Esto era vida. Bernie estaba muerto. Nunca volvería. La cama estaría fría noche tras noche. Y vacía. El mundo estaba vacío.

Cuarta parte

Juicio

El 14 de mayo de 1948, el mismo día en que los ingleses terminaban oficialmente su mandato en Palestina y, por primera vez desde hacía mil años, se creaba un Estado judío, el Congreso de los Estados Unidos hizo un alto en su titánica tarea de legislar para la nación más poderosa de la Tierra y, entre otras trascendentales decisiones, intercaló una votación por la que se acusaba de desacato a una tal Barbara Lavette Cohen por negarse a responder a una pregunta pertinente formulada por el Comité de la Cámara para Actividades Antinorteamericanas.

Harvey Baxter llamó por teléfono a Barbara para comunicarle la noticia.

—No creas que es fácil para mí decírtelo, después de todo lo demás, pero pensé que valía más que lo supieras cuanto antes. Yo tenía mis esperanzas de que el Congreso lo desestimara, pero se votó.

—¿Y eso qué significa exactamente, Harvey?

—Pone la citación por desacato en manos del Departamento de Justicia. Se trata de un delito federal de menor cuantía, lo cual quiere decir que, si te consideran culpable, la sentencia no puede ser superior a un año de prisión. Pero no saques conclusiones precipitadas. No estoy diciéndote que tengas que pasar un año en la cárcel, ni siquiera que tenga que haber juicio. Eso aún no se ha decidido. ¿Por qué no vienes a verme cuanto antes para que hablemos de ello?

Barbara estaba harta de hablar de ello. A pesar de todo, accedió.

—Iré mañana o pasado, Harvey.

No podía concebir la noción de juicio y cárcel. Eran sólo palabras y las palabras, antes tan importantes, habían perdido todo significado. El doctor Kellman le habló compasivamente de los efectos de la depresión.

—Eso pasará —le dijo.

¿Qué pasaría? ¿El qué? «El dolor se irá y yo estaré tan contenta como un ruiseñor», se dijo. Pero ya no sentía dolor, sólo vacío. Todo estaba vacío.

Y no era la primera vez. «He enterrado a dos hombres», pensaba. Pero uno estaba en una tumba que ella quizá nunca pudiera ver. Bernie estaba enterrado en algún lugar de lo que ya era el Estado de Israel. Denaman hizo indagaciones y le dijo que existía la posibilidad de trasladar el cadáver a los Estados Unidos. Sería difícil y laborioso, pero podía hacerse. Barbara dijo que no, que se quedara allí. Así lo hubiera deseado él. Era el lugar al que él había consagrado su vida. Ella no era dada a venerar las tumbas ni a llorar sobre ellas. Nunca volvió a visitar la tumba de Marcel en Toulouse. Lo que quedaba de él y de Bernie estaba en ella misma.

La vida continuaba. Barbara lo sabía ya por experiencia. La vida no se detiene por la muerte. Sam mojaba los pañales, se acostumbraba al orinal a regañadientes, engullía vorazmente su comida, dormía y jugaba en el mundo maravilloso de la infancia y sólo lloraba cuando tenía el pañal mojado o la tripa vacía. Él existía en un mundo completamente vital, un mundo en el que no había muerte. De su padre no sabría más que lo que Barbara le contara y lo que él viera en las fotografías. ¿Qué imagen se haría de aquel hombre corpulento, afable y bondadoso que le había dado el ser? Llevaría apellido judío, pero Barbara sabía que, según la ley judaica, no se le consideraría judío. La carga, el estigma o la honra de ser judío es transmitida por la línea materna.

Después de la horrible primera noche, lloró muy poco. Jean, que nunca fue muy buena en asuntos fúnebres, sugirió encargarse un funeral, pero Barbara se negó. Ella era la única persona del mundo que conoció bien al que había sido su marido y no estaba dispuesta a aguantar frases cursis y vacías de condolencia y adulación. Ella misma no idealizaba a Bernie, sino que le veía tal como era. Sólo que de todos los hombres que había conocido, únicamente hubo dos con los que hubiera querido vivir.

Barbara fue educada en la Iglesia episcopaliana, muy cerca de la catedral de la Gracia; mas para ella la religión reglamentada era un recuerdo tan carente de sentido como los cuentos de hadas de su infancia. La última iglesia en la que había estado era la capilla del colegio de Sarah Lawrence. No tenía prejuicios a favor ni contra la religión y no creía en una vida eterna del alma sin el cuerpo, ni la deseaba. Siempre le gustó su cuerpo; era fuerte, sano y hermoso. Un cuerpo que los hombres amaban y admiraban, y ella siempre fue sensible a ese amor y admiración. Cuando se publicó el primer libro de Barbara, el relato de sus experiencias en Francia y en la Alemania nazi, un crítico escribió: «No se debe esperar profundidad de Barbara Lavette. No es una persona profunda. En realidad, es una joven corriente, afable y alegre que afronta un mundo enloquecido, de pesadilla y es eso precisamente lo que da sentido y emoción al libro». El crítico buscaba profundidad y apreció una falta de tristeza y pesimismo, cualidades que a menudo se confunden con aquélla. Barbara no se regodeaba en la tristeza ni en la profundidad. Tuvo varias semanas de una aflicción agobiante y devastadora; pero ella siguió funcionando, cuidando del niño y ofreciendo a la familia y amigos que iban a verla un aspecto sereno y tranquilo. Incluso aquella primera noche pudo decirse: «Bernie ha muerto; pero yo estoy viva y Sam está vivo».

Sin embargo, al cabo de varias semanas se dio cuenta de que una parte de su ser no admitía que Bernie hubiera muerto. No era que dudara de la información. A su debido tiempo, recibió un paquete que contenía el billetero, varias tarjetas y, sorprendentemente, las llaves de un coche; seguramente, las del jeep en el que viajaban. Había también una carta de Herbie Goodman que decía, entre otras cosas:

Me revienta escribir sobre ello, porque me parece una falta de consideración, pero opino que debo hablarle de la identificación. No me cabe duda de que era Bernie. No estaba desfigurado. Su expresión era muy serena, por lo que no creo que sufriera. Yo apreciaba mucho a su esposo. Era un hombre valiente y honrado. Sin él, nunca habiéramos podido hacer lo que hicimos... De manera que no se podía dudar de su muerte. Sin embargo, una parte de Barbara seguía esperando su regreso.

Habló de ello con Clair Levy.

—Sé muy bien lo que es eso, Bobby —le dijo Clair—. A mí todavía me ocurre lo mismo con Josh. A veces, sin saber por qué, me pregunto cuándo volverá y me pongo a calcular cuántos años tiene. Seguramente, eso nos ocurre porque no hemos podido ver la tumba. Aunque en eso tú me ganas. Algún día podrás visitar la de Bernie.

—¿Y entonces sabré que no ha de volver?

—Y, mientras, cada vez que suene el timbre...

—Yo soy una mujer fuerte —dijo Clair—. Ya sabes cómo me crié. De niñeras tenía a prostitutas, y a los doce años sabía más palabrotas que cualquier marinero de la costa de Redwood, y si mi padre estaba una semana sin aparecer, lo cual ocurría con bastante frecuencia, me las arreglaba perfectamente para sobrevivir. Pero cuando Josh murió en el Pacífico, yo morí también. Lo peor del mundo es que se te muera un hijo. Recuerdo que, a pesar de lo que quiero a Jake, yo pensaba: ¿Por qué no ha sido Jake... o yo? Sí; me morí. Estaba vacía. No tenía ganas de vivir, de reír, de hablar ni de despertar por la mañana.

—Conozco esa sensación —dijo Barbara.

—Y no creía que algún día pudiera cambiar. El pensar en cosas alegres me parecía obsceno. Pero ¿sabes?, poco a poco, todo cambió. Yo cambié. No es que la pena se haya ido, pero vivo con ella del mismo modo que Eloise vive con esos terribles dolores de cabeza. Y soy feliz, muy feliz. Lo mismo te ocurrirá a ti, créeme.

—Ya me ha ocurrido —dijo Barbara—. He pasado por ello dos veces. Lo sé porque cuando murió Marcel murió también una parte de mí. Ya se me pasará, Clair.

Poco a poco. Barbara volvió a su vida normal. El volver a escribir fue un proceso lento y doloroso, una especie de tortura, pues la sola imagen de la máquina de escribir la obligaba a buscar en su interior y remover recuerdos. Entonces se dio cuenta de que en realidad no hay escritor que se limite a inventar. Toma algo de aquí y de allá, lima, retoca, desarrolla; pero, siempre, sobre algo que ha entrado en su vida. ¡Y en la vida de Barbara había entrado tanto! Barbara recordaba el día de 1946, poco después de su regreso a San Francisco, tras dos años de viajar en calidad de corresponsal por el norte de África y el teatro de operaciones de China-Birmania-India, cuando acababa de comprar la casa de Sam Goldberg, en que su madre fue a verla y la encontró escribiendo un artículo acerca de la porcelana de Spode para una revista

femenina. «¡Porcelanas de Spode!», exclamó Jean con asombro. Entonces necesitaba evadirse de la realidad, y ahora, también. Pero ninguna de las revistas femeninas que la acosaban con sus peticiones antes de la investigación quería ahora un artículo suyo.

Barbara trataba de continuar la novela, pero era casi imposible. Las palabras estaban vacías. No conseguía comunicar sentimiento alguno a lo que escribía. Se entregó con más entusiasmo al trabajo de la Fundación Lavette. El Departamento del Tesoro, para no ser menos que el comité de la Cámara, envió a un equipo de censores de cuentas a examinar los libros de la Fundación y durante dos semanas escrutaron, examinaron, sumaron, restaron y comprobaron. Cuando Barbara preguntó a Harvey Baxter qué buscaban, éste respondió que no tenía la menor idea y que, probablemente, ellos tampoco. Le dijo que no se preocupara, que habían sido muy meticulosos.

El taller de Bernie también le absorbía algún tiempo, de lo que se alegraba. No deseaba conservar el negocio y lo traspasó a Francis Gómez, el encargado, quien le pagaría con los beneficios, si los había. La conmovió su gratitud como la había conmovido el sincero pesar expresado por él y los demás mecánicos por la muerte de Bernie.

—Era una buena persona —dijo Gómez—. Créame, Mrs. Cohen, tenía un modo recto y sincero de tratarle a uno.

Barbara pensó que había peores epitafios.

Cuando, al día siguiente de la votación del Congreso, Barbara fue a ver a Harvey Baxter a su despacho, llevó consigo a Sam. Uno de los efectos de la muerte de Bernie era el afán de no separarse de Sam. Comprendía que con el tiempo pasaría, pero por el momento era un impulso irresistible. El niño había aprendido ya a bajarse del cochecito, y sus ansias de libertad eran cada día más fuertes, por lo cual Barbara lo dejó al cuidado de la secretaria mientras ella hablaba con los abogados.

—Así que ya he sido acusada de desacato —dijo a Baxter—. ¿Es que antes no lo estaba? ¿Qué significan estas pamplinas?

—Ahora es distinto, Barbara. El comité te citó y la Cámara votó la acusación. Antes de la votación no estabas acusada, por así decirlo.

—¿Y ahora?

—Ahora el asunto está en manos del Departamento de Justicia. Según el procedimiento normal, expedirán una orden para tu arresto.

—¡Oh, no, bromeas! —dijo Barbara.

—¡Ojalá fuera así! Pero debes de comprender que esto no es más que un trámite. Comparecerás en el juzgado y luego podrás marcharte, previo depósito de una suma simbólica fijada para fianza, por ejemplo, quinientos dólares. Pero tú no debes preocuparte. En cuanto te entreguen la orden de arresto, si te la entregan, nos llamas y

Boyd o yo nos encargaremos de todo. No tendrás que ir a la cárcel ni una hora. Quiero que lo comprendas.

—Eso estoy intentando. Y también intento no volverme loca. Soy un ama de casa, madre y viuda, que vive en los Estados Unidos, en este año de mil novecientos cuarenta y ocho, a la que dicen que va a ser arrestada por el Gobierno. ¿No es monstruoso? ¿Qué es lo que he hecho?

—Mrs. Cohen —contestó Kimmelman—, si me lo permite, me gustaría puntualizar, para que no nos perdamos. Lo que ha hecho usted es muy simple. Proteger a las dieciocho personas que hicieron donativos para comprar medicinas para el hospital de Toulouse. Ésa es una acción buena y valerosa y en tiempo normal merecería el aplauso general y la cosa no pasaría de ahí. Ni hacer una recaudación ni proteger a sus amigos es delito. No tiene nada de malo. Pero éstos no son tiempos normales. El país se ha vuelto loco y todos andamos metidos en una demencial caza de brujas. Le ha tocado a usted. Por qué la han elegido está muy claro para mí, aunque para usted tal vez no lo esté tanto. He leído atentamente las actas del interrogatorio. El tal Manuel López cuya declaración leyó Donald Jay puede ser tanto un hombre de paja del comité o del FBI como un criminal que está comprando la libertad a base de dar nombres al comité. Esos sujetos son insaciables. Si el delito de López era el de haber sido comunista, pronto se le debieron de acabar los nombres. Y tuvo que empezar a inventar. Era estibador, de modo que sabía que ayudó usted a los huelguistas en el treinta y cuatro. ¿Qué mejor nombre que el de Barbara Lavette, hija de Dan Lavette y nieta de Thomas Seldon, la flor y nata de la Costa Oeste, de la clase de los Crocker, los Hearst, los Huntington y los Giannini? Y, por si fuera poco, con el delicioso aditamento de que su apellido de casada es Cohen. No pudieron resistir la tentación. No habían tenido unos titulares así desde el caso de los escritores de Hollywood.

—¿Y por eso van a arrestarme? ¿Por comunista?

—¡Oh, no! A eso respondió usted bajo juramento que ni lo era ni lo había sido nunca. Si quisieran atacar por ahí, la acusación sería perjurio, no desacato. A la pregunta de si era comunista respondió; por tanto, no hay desacato, y ellos saben que una acusación de perjurio nunca podría prosperar. Sería desestimada, y no creo que se atrevieran a hacer comparecer a López. De manera que siguieron probando hasta que dieron con una pregunta que usted no quiso responder. Y eso es desacato, negarse a responder.

—Pero puedes invalidarlo en cualquier momento —terció Baxter—. Es una puerta que siempre queda abierta, Barbara. Seguramente habrá entre todas esas personas tres o cuatro a las que no les importará que des su nombre. Probablemente, ni les citarían.

—Harvey —replicó Barbara con frialdad—, ya te he dicho que no quiero hablar

de eso.

—No creo que haga falta volver sobre eso, Mrs. Cohen —dijo Kimmelman—. Lo que importa es que, si vamos a juicio, será un juicio sonado. El hecho de que el delito sea de poca cuantía no le restará importancia. Y, si vamos a juicio, no creo que debamos representarla nosotros. No quiero decir que tengamos que salirnos del caso, pero opino que debería representarla un abogado muy distinguido, alguien que impresione al tribunal y que haga que el juez lo piense dos veces antes de dictar sentencia.

—¿Tú estás de acuerdo, Harvey? —preguntó Barbara.

—Sí; creo que sí. Me parece que Boyd se precipita a sacar conclusiones. No estoy seguro de que el caso llegue a los tribunales; pero, de ser así, deberíamos hacernos representar por alguien importante.

—¿Piensas en alguien en particular?

—Pensaba en el juez James Fredericks. Es amigo de tu padre. Se retiró después de una brillante carrera.

—Y es muy impresionante —añadió Kimmelman.

Cuando la niña de Sally Lavette cumplió trece meses, Joe convenció a su mujer para que la destetara y le diera leche de vaca. Sally accedió de mala gana, pues pensaba que por primera vez en su vida su busto había adquirido un tamaño satisfactorio, el propio de cualquier mujer americana. Había leído que, al término de la lactancia, el pecho quedaba reducido a un tamaño inferior incluso al que tenía antes. Joe la convenció de que estaba equivocada, pero el proceso de convencerla dio lugar a una acerba discusión, en la que, como de costumbre, Sally lo dijo todo.

Aquellas discusiones eran cada vez más frecuentes. Y Sally tenía que decirlo todo, porque Joe no replicaba ni se enfadaba, por lo que rehusaba a Sally la oportunidad de llegar a la raíz de lo que la preocupaba. Hacían una extraña pareja. Sally, a los trece años, durante un verano en que Joe, nueve años mayor que ella, estaba trabajando en Higate, declaró que si él se casaba con otra, le mataría. Era una muchachita muy lista y muy romántica, que idealizó a Joe cuanto se pueda idealizar a un hombre. Y el ideal no encajaba con la realidad.

Joseph Lavette era un muchacho serio, formal y realista. También era inteligente. Estaba entre los cinco primeros de su curso, y en el hospital en que operaba se había hecho un nombre por su pericia y su integridad. En el frente del Pacífico adquirió la experiencia de toda una vida en tres años de cirugía de campaña, pero a cambio dejó su juventud, sus fantasías, sus sueños románticos y casi todas sus ilusiones. Él no tenía el optimismo visceral de su hermana Barbara, su indestructible alegría de vivir; cuando volvió del Pacífico, lo único que le atraía de su antiguo mundo era Sally Levy. No era de extrañar que un joven medio chino y medio italiano, moreno y

taciturno, se enamorara de Sally, tan alegre, esbelta y elástica como un gamo. Era rubia natural y, aunque ella solía decir que tenía el pelo como la paja, su tono era delicadamente dorado y lo llevaba muy largo y liso. Nunca había sido bonita —tenía los huesos grandes y los hombros anchos, como su madre—, pero de pronto, en un momento de su desarrollo, se transformó y adquirió una belleza exótica, con sus ojos azul pálido muy hundidos bajo unas cejas rectas y sus pómulos altos y prominentes. Vivía con un pie en el mundo y el otro fuera de él. Su imaginación era viva y exuberante y la publicación de su primer libro de poemas, *Cantos de Napa*, le reportó, si no dinero, sí muchos elogios.

Joe la aceptaba tal como era sólo en parte. No deseaba que cambiara, pero tampoco acababa de gustarle su manera de ser. La guerra no hizo de él un cínico, ni un médico canallesco y pagado de sí mismo, ni un cirujano insensible y ambicioso, sino una especie de santo abnegado que hubiera hecho voto de pobreza. Al principio, Sally se sintió impresionada y admirada; pero con el tiempo, su admiración se agrió con la frustración y la irritación —exacerbada ésta por la imposibilidad de obligarle a pelear—. Con una explosión de furor, Joe hubiera podido limpiar el ambiente. Pero Joe nunca se permitía enfadarse.

Sally no había hecho voto de pobreza. No le gustaba la clínica, no le gustaba trabajar allí y no le gustaba Boyle Heights. No era insensible a la pobreza ni al infortunio de sus vecinos; simplemente, pensaba que tenía derecho a su propia existencia. Al principio trató de compartir la labor de Joe. Trabajaba en Recepción, limpiaba las habitaciones, hervía el instrumental, consolaba a las madres de los niños enfermos y dejaba a su hija para atender a los niños que eran llevados al dispensario. Pero su actitud obedecía a una visión romántica del trabajo de Joe y, cuando el romanticismo se deshizo, como era inevitable, el trabajo se convirtió en una faena ingrata e inútil.

Hubo una noche que Sally no olvidaría nunca. Estaba en el sexto mes de embarazo. Caía sobre Los Angeles una lluvia torrencial, una de esas lluvias tropicales que azotan la ciudad durante el invierno. Sally ayudaba a Joe en el dispensario. Estaban solos, pues Frank González ya se había ido a casa. Poco antes de las doce, llegó a la clínica un grupo de chicanos que llevaba a tres muchachos, uno de dieciséis y dos de diecisiete años, malheridos en una pelea callejera.

Joe le dijo que llamara a una ambulancia y Sally así lo hizo. Hasta el día siguiente no se enteró de que la ambulancia había chocado de frente con un camión. Mientras, Joe examinó a los heridos. Los acompañantes habían desaparecido, como era lógico, ya que seguramente habría una investigación de la Policía. Cuando Sally colgó el teléfono, oyó que Joe la llamaba. Corrió a la sala de curas, dio un grito de horror y se tapó la boca con las manos para no vomitar. En cada una de las dos mesas había el cuerpo ensangrentado de un muchacho. El tercero estaba tendido en el suelo, con el

mango de un pico de hielo asomándole el pecho, temblando al ritmo de la respiración. Tenía los ojos abiertos y decía:

—¡Socorro, socorro que me muero...!

Sally dio media vuelta y la voz de Joe le llegó como un trallazo:

—¡No te vayas! Te necesito. Yo solo no puedo con todo.

—¡Es que no puedo!

—¡Claro que puedes y te quedarás!

Al día siguiente, Sally leyó las anotaciones de Joe: «Fórtez, herida de arma blanca, entrada subcostal lado izquierdo, a un palmo del ombligo. Profunda y sucia. Cuerpos extraños en el interior. Cinco centímetros de profundidad. Cuestión inmediata: perforación del bazo. Águila, herida de bala. Orificio limpio en caja torácica, segundo espacio intercostal derecho. Sin orificio de salida. Consciente. Dolor en axila derecha, con parestesias de dedos de la mano derecha. Hubiera debido hacerse radiografía, pero imposible. Suerte. Bala en axila, próxima al plexo braquial. Signos vitales bastante buenos. Tercero, nombre desconocido. Pico de hielo en el corazón. Consciente. Herida punzante parasternal izquierda, tercer espacio intercostal». Eso fue al día siguiente. Ahora Joe le decía:

—Te necesito, Sally.

—No puedo. Tú lo sabes.

—Dame esas tijeras. ¿Has llamado a la ambulancia?

—¡Oye, que estoy de seis meses!

—¿Me das esas condenadas tijeras? —gritó él—. Ese chico que está en el suelo. Que no se mueva. Dile algo —ordenó mientras le cogía las tijeras—. ¿Has llamado a la ambulancia?

—Sí.

—Bien, háblale. Arrodíllate a su lado y háblale. Dile que se esté quieto, que no se mueva. Anda, mujer, tú hablas español mejor que yo.

Sally se arrodilló al lado del muchacho que tenía el pico de hielo clavado en el pecho. Sentía que se iba a desmayar. Durante mucho tiempo tuvo pesadillas. Veía el mango del pico de hielo que se movía al compás de los latidos del corazón. Mientras Joe cortaba la ropa del muchacho herido en el costado, ella se arrodilló en el suelo, murmurando maquinalmente:

—*Lo compadezco*^[2]. Por favor, no se mueva. Pronto estará mejor.

Él acercó la mano al mango del pico y Joe gritó:

—¡Que no lo toque! Dile que si intenta arrancárselo, morirá. Díselo.

—¿Por qué no haces algo por él?

—Porque no puedo. Éste tiene una perforación del bazo y, si no le opero, morirá. De todos modos, por ése no puedo hacer nada. Si tiene el pico clavado en el corazón, necesita una máquina pulmón-corazón. ¡Maldita sea, necesito un hospital! ¿Dónde

está esa condenada ambulancia?

—Estese quieto —dijo ella al muchacho—. No debe tocar eso que tiene en el pecho. Se pondrá bien, pero debe estar quieto.

Él estaba llorando y le oprimía la mano.

—Llama a Frank —dijo Joe de pronto—. Dile que venga inmediatamente. —Su voz se hizo más suave—. Y tú vuelve, cariño, te necesito.

Sally huyó de la sala y telefoneó al compañero de Joe. Frank dormía.

—¡Tenemos aquí a tres hombres que se están muriendo! —gritó—. ¡Ven en seguida!

Luego se fue al baño y vomitó. Se quedó un momento de pie en el lavabo, abrazando su abultado vientre, tratando de no temblar, tratando de ahogar las convulsiones del estómago. Volvió al despacho de Joe y llamó otra vez al hospital. Le dijeron que la ambulancia ya había salido. Llamó a la Policía.

Después se obligó a sí misma a entrar de nuevo en la sala de curas.

—Frank estará aquí dentro de diez minutos —dijo, casi con afectación—. He llamado a la Policía.

—¿Cómo te encuentras?

—Creo que estoy bien.

—Éste no puede esperar. Tiene el bazo perforado y, si no se lo extirpa, morirá. Operaremos en cuanto llegue Frank. Tú ya sabes cómo funciona el esterilizador. Frank se encargará de la anestesia, pero necesitaremos tu ayuda, Sally.

Les ayudó. La ambulancia llegó cuando ya era tarde. El muchacho que estaba en el suelo, con el pico de hielo en el pecho, murió. Sally soportó las dos horas siguientes Sin desmayarse ni volver a vomitar, pero el horror de aquella noche no lo olvidaría. No experimentaba satisfacción alguna por socorrer a un ser humano que sufría. Intelectualmente, podía asumir esta actitud; pero en seguida se desmoronaba. No experimentaba ninguna sensación de triunfo al ver realizar con éxito dos operaciones con los escasos medios del dispensario. Era incapaz de compartir aquello con Joe. Sólo podía estremecerse de horror ante la monstruosa estupidez de las peleas callejeras y el sufrimiento que desfilaba por el dispensario.

—Tú y yo somos diferentes —dijo a Joe—. Dos personas distintas.

—Eso lo comprendo —admitió él.

—No; no lo comprendes. Tú sólo ves en mí a tu mujer.

—Bueno, eres mi mujer —dijo él en tono apaciguador.

—Pero tú no eres mi dueño.

—¿Alguna vez he dicho que lo fuera?

—Sí; de cien maneras distintas, y la principal es que todo lo que tú haces es importante, y lo que hago yo, una tontería.

—Yo nunca lo he enfocado así —protestó Joe.

—Naturalmente que dices que no. Si pudieras ver las cosas como las veo yo, eso no ocurriría. Pero tú sólo sabes mirarme con aires de superioridad y condescendencia, y ni siquiera me respetas lo suficiente como para perder los estribos conmigo.

—¿El que yo me enfadara y te gritara cosas feas significaría que te respeto?

—¡A mí me parece que sí! Por lo menos, me sentiría viva. Sabría que existo.

—Sally, reconozco que mi trabajo me absorbe —admitió él—. No es sólo que me guste mi trabajo; es que forma parte de mí. Es mi razón de existir. Ya sé que son muchas horas; pero ¿qué puedo hacer yo? Frank González trabaja tanto como yo y su mujer no se queja.

—Claro que no. Ella es mexicana.

—¡Bravo! No esperaba eso de ti.

—Lo que quiero decir es que ellas no tienen la menor independencia, que siempre las han obligado a callar. Y no soy antimexicana por decir que reprimen a sus mujeres. ¡Oh, dejémoslo! ¿Para qué seguir?

Pocos días después de esta discusión, Billy Clawson llamó por teléfono y preguntó a Sally si podía ir a verla a su casa. Desde su primera visita al dispensario, Billy trabajaba allí sin cobrar y vivía en una pensión de Boyle Heights. Sally no sabía qué pensar de él: ni le gustaba ni dejaba de gustarle. Se dijo que él y Joe eran los dos polos opuestos de lo que ella llamaba «el complejo de Jesucristo». «Joseph es un santo fuerte, enérgico y acongojado. Billy es un santo dulce, amable y acongojado. ¡Valiente pareja!». Aunque obsequioso no era la palabra, se dijo. Billy era dulce y despistado; daba la impresión de haber venido al mundo accidentalmente. A los treinta años tenía la timidez de un muchacho de veinte; al igual que Eloise, su hermana, siempre parecía abrumado por la convicción de la propia insignificancia.

Cuando Billy llegó a la casa de Silver Lake, Sally estaba metiendo a May Ling en un cochecito.

—Nos vamos a dar un paseo —dijo a Billy—. ¿Por qué no nos acompañas?

Él llevaba el mismo jersey de cuello alto que ella le había visto semanas atrás, un pantalón de pana deformado y toscos zapatos de trabajo.

—¡Oh, estupendo! Me apetece un paseo.

Él andaba a su lado, en silencio. Sally empezó a sospechar si el verdadero motivo de su visita no sería éste: el silencio. Ella dijo que hacía buen día y que May Ling estaba muy bien.

—Bueno, Billy, tú dirás si puedo hacer algo por ti.

—Pues no por mí exactamente. Verás, tengo remordimientos por lo de Barbara.

—¿Barbara? ¿Por qué?

—Por todo lo que está pasando, con la muerte de su marido y con ese mal trago de la investigación del comité de Washington. En fin, que siendo ella de la Iglesia episcopaliana y siendo yo cura episcopaliano y siendo amigos, bueno, no íntimos,

desde luego; pero he pensado, a ver qué te parece, si no sería un consuelo para ella que yo fuera a San Francisco para charlar con ella.

—¿Con Barbara?

—Sí, con Barbara.

Sally dejó de empujar el cochecito y se volvió hacia Billy.

—Mira, Billy, a mí me pareces muy simpático y muy buena persona; pero no estoy segura de que sea buena idea. Tengo la impresión de que lo que menos desea Barbara en este momento es el consuelo de un clérigo.

—Menos mal —repuso él—. Eso de consolar nunca se me dio bien.

—Me parece que eres injusto contigo mismo. Lo que ocurre es que Barbara es especial. ¿Sabes?, te encuentro un hombre muy extraño.

—Debo de serlo.

—¿Eres homosexual? —preguntó ella llanamente y, al ver que él la miraba atónito, añadió—: No te escandalices, hombre. Opino que es mejor hablar claro para que no haya cuchicheos por ahí. Personalmente, me importa un pito que lo seas o no.

—No, no lo soy —respondió él, hablando despacio—. Imagino por qué lo preguntas; pero no lo soy.

Siguieron andando.

—Lo que yo no entiendo es tu forma de vida —dijo Sally.

—¿Qué tiene de particular?

—Pues que trabajes en el dispensario de enfermero y de portero sin cobrar.

—No necesito paga. Tengo dinero.

—¿Te gusta lo que haces?

—Sí.

—¿Y nunca te preguntas adónde va tu vida? —insistió ella.

—¿Adónde va la vida? —preguntó Billy, sorprendido—. ¿Adónde va la tuya? No es que quiera fisgar en lo que no me importa. Pero es una pregunta extraña.

—A mí no me lo parece. Es una pregunta que yo me hago constantemente. Antes pensaba que la poesía era un buen camino y que sabía adónde iba. Pero la poesía no da prestigio ni dinero; y yo no me siento plenamente viva ni independiente si no tengo suficiente dinero para hacer lo que quiera. Ahora he tomado un nuevo rumbo. Estoy escribiendo un guión para el cine. Eso da dinero. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve vivir a las puertas de Hollywood si no te aprovechas de ello?

—Si necesitas dinero, Sally...

—¡Oh, Billy! —rió ella—. No puedo creer que seas real.

—¿Por qué no?

—¿Ibas a ofrecerme dinero?

—Sí; si lo necesitas.

—Ahora me toca a mí preguntar. ¿Por qué? ¿Por qué tienes tú que ofrecerme

dinero?

—Porque te aprecio. Porque eres maravillosa. Porque eres la esposa de Joe —añadió tímidamente.

—¡Ya salió! —exclamó ella secamente.

Siguieron andando en silencio. Sally se había enfadado y él no podía imaginar por qué. Por fin, ella inquirió:

—¿Por qué no das el dinero al dispensario?

—Ya les di algo. Les di cinco mil dólares. No quería hablar de ello.

—Naturalmente —dijo Sally, irónica—. El quinto precepto de la santidad: no hablarás de tus cochinas buenas obras.

Antes de que Dan saliera del hospital, Jean comprendió que su sueño de crear un museo de arte moderno en San Francisco era eso: un sueño y nada más. Por otra parte, quería que la casa de Russian Hill fuera sólo un hogar para ella y para Dan. Pronto cumpliría cincuenta y nueve años. Así se lo dijo a Eloise cuando le comunicó que cerraba definitivamente la galería de arte y volvía a amueblar la casa.

—Quiero que esté lista cuando Dan salga del hospital. No sé cuánto tiempo nos queda; pero me gustaría tener unos cuantos años buenos y normales.

—Lo comprendo, pero lo siento —dijo Eloise—. Eso significaba tanto para mí... No sólo la galería, sino todo ese mundo del arte. Y tú me lo diste a conocer, Jean. Todo lo que he aprendido, todas las clases que he tomado, a ti te lo debo. Te parecerá una tontería, pero siempre imaginé que un día sería esto un gran museo de arte moderno, que tú serías la directora, y yo, tu ayudante o una de tus ayudantes. Estaba segura de que tendrías, por lo menos, media docena.

Estaban en el gabinete de Jean, situado en el último piso de la casa de Russian Hill. En la planta baja había ya decoradores y pintores. Las decisiones de Jean se traducían inmediatamente en obras, y ahora se había propuesto terminar las reformar antes de que Dan viera la casa otra vez.

—Por lo menos, media docena —rió Jean—. No, no, guapa. Las señoras ricas y comodonas nunca son directoras de museo, ni de nada. El diletantismo es enfermedad de los ricos de hoy como la gota lo era en tiempos de la vieja Inglaterra. Pero a ti te habrá servido de algo, ¿no? Has aprendido mucho. Dudo que haya en la ciudad cinco personas que sepan de los modernos tanto como tú.

—Aunque así fuera, no sé cómo voy a usar mis conocimientos. Me siento desorientada y, lo que es peor, ya no tendré ocasión de venir a la ciudad. El valle me gusta mucho; pero esto, Jean... eres la persona más estupenda del mundo.

El elogio conmovió a Jean. Le habían dedicado tantos calificativos —fría, altiva, arrogante, aristocrática, snob, inmovible— que la simple afirmación de Eloise casi le hizo llorar. ¡Cómo apreciaba a la dulce y tímida Eloise que con tanto tesón

trabajó siempre!

—Quiero que escojas un cuadro para ti. El que más te guste. Será mi regalo.

—¡De ninguna manera, Jean! Todos son demasiado valiosos.

—Nada es demasiado valioso.

—¡Que no puedo!

—No querrás ofenderme, ¿verdad?

—No, Jean. No me atrevo.

—Pues yo sí me atrevo. Yo elegiré por ti. Vamos abajo.

Eloise siguió a Jean a la planta baja. Los cuadros estaban almacenados en lo que había sido la cocina, era ahora despacho y muy pronto volvería a ser cocina. Jean escogió un espléndido Mondrian de sesenta y cuatro por noventa.

—Esto no hay que entenderlo. Es la composición de color y espacio más precisa y espléndida que pueda imaginar el hombre, y supongo que a Adam tiene que gustarle más que un Klee, un Kandinsky o cualquiera de los otros, que requieren una base filosófica para ser apreciados.

Eloise movió la cabeza a derecha e izquierda con gesto de desesperanza.

—Jean, es el único. No hay otro Mondrian en San Francisco... ni en toda California. No puedo aceptarlo. Vale miles de dólares.

—Pues vamos a tener que pelearnos y no nos hablaremos nunca más. ¿Tú deseas eso?

—No —respondió Eloise en voz baja.

—Pues basta de discusiones. Te lo llevas y se acabó.

Cuando Dan salió del hospital, las obras estaban casi terminadas. El blanco de escayola de las salas de exposición estaba cubierto por papel y molduras. La casa por la que Jean conducía a Dan con paso lento se parecía mucho a la que habitaban hacía treinta años. Dan, de pie en la sala todavía a medio amueblar, miraba en derredor con la extraña sensación de que el tiempo había hecho marcha atrás. Jean, que le observaba desde varios pasos de distancia, iluminada por la suave luz de las lámparas, parecía aún la muchacha de la que él se enamorara perdidamente hacía una eternidad. Dan nunca fue hombre de muchas palabras, y ahora no sabía qué decir. Jean esperaba. Finalmente, casi con torpeza, él señaló el sofá y dijo:

—Es el mismo. Vaya, el mismo sofá.

Como si ella hubiera hecho un milagro.

—No, Danny, es del mismo estilo, un Lawson hecho por encargo. Ahora bien, si entras en la habitación de ahí al lado, donde tenías el despacho... No; ven conmigo. Tienes que verlo.

Lo llevó de la mano a la pieza contigua, amueblada con mullidos sillones tapizados de cuero. Encima de la repisa, un cuadro bastante primitivo del *Oregon*

Queen, su primer barco.

—¡Que me ahorquen si no es...! —exclamó Dan en voz baja—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo tenía Sarah Levy. Cuando se enteró de lo que estaba haciendo, se empeñó en regalártelo.

—Un momento —dijo Dan—. Ésta es tu casa. Yo no vivo aquí.

—Ya lo sé. Es lo correcto. Tú tienes tu piso en Oakland y aquí tienes tu casa de citas particular.

—¿Te parece un lenguaje propio de una señora de edad?

—Aún me quedan unos cuantos años buenos, Danny. ¿No te gustaría mudarte aquí?

—¿Mudarme? ¿Y por eso has endomingado tanto la casa, para tentarme?

—Más o menos. Me gustaría que te casaras conmigo.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Acabo de proponerte matrimonio. Reconozco que ya no estoy en edad de concebir, y supongo que, si quisieras, con tu dinero, podrías encontrar a una jovencita; pero yo aún estoy de buen ver, conservo una figura que no está mal y, con intervalos, llevamos casi cuarenta años durmiendo juntos, y ya hemos pasado lo peor y yo creo que te quiero, bueno, me parece...

—¡Un momento! —exclamó él, dejándose caer en una butaca—. Déjame pensar un momento.

—Está bien. ¿Quieres beber algo?

—Sí. Whisky con agua. ¿No habrás mandado traer, junto con los muebles, una caja de cigarros por casualidad?

—Se han acabado los cigarros, Danny. El doctor Kellman dice que basta de cigarros, que estás como nuevo si dejas el tabaco y alguna que otra cosa.

—¿Eso dice? Ya lo veremos.

Jean salió en busca de la bebida y Dan se quedó mirando el cuadro del *Oregon Queen*. Minutos después, ella volvió con un vaso.

—¿Tú no tomas?

—No; quiero conservar la cabeza despejada. ¿Qué te ocurre, Danny? ¿Fantasmas o un pasado demasiado denso?

—Un poco de cada.

—Dicen que un hombre puede contar con setenta años.

—Si tiene suerte.

—Ya hemos consumido sesenta.

—¡Al cuerno lo consumido! Quizá podamos gozar de los otros diez. Quizá. Yo he tenido un infarto. No soy más que medio hombre. ¿Estás segura de que quieres casarte conmigo?

—Ese medio es mejor que todo lo que he encontrado hasta ahora. Sí. Lo he pensado mucho. Me hubiera gustado que hubiera salido de ti; pero estoy cansada de esperar.

—¿Qué clase de matrimonio?

—De juzgado.

—Joe no va a dejar su trabajo por una boda y Tom sería peor que un divieso —dijo Dan—. Tendremos a Barbara de testigo.

Entonces sonó el teléfono, y Barbara, con voz serena y entonación lenta, les explicó que Bernie había muerto.

Dos meses después, en el Ayuntamiento y sin más testigos que Barbara, Jean y Dan se casaban por segunda vez, y Jean Seldon Whittier se convertía de nuevo en Jean Seldon Lavette.

Thomas Lavette y Lucy Sommers contrajeron matrimonio un mes después, el último sábado de junio de 1948. Los diez días que precedieron a la boda fueron muy agitados para ambos; pero, puesto que pensaban irse quince días a Europa en viaje de novios, querían dejar todos los cabos bien atados antes de partir. John Whittier era el primer asunto pendiente.

Cuando Tom entró en el despacho de Whittier, éste le recibió con una sarta de reproches, señalando que apenas le había visto durante las dos últimas semanas.

—Decisiones sin mí, reuniones sin mí, y ese contrato naval de Milton, un contrato de diez millones de dólares y yo ni siquiera he visto el documento. La primera noticia ha sido una carta de Leonard Milton en la que me da las gracias por el contrato. ¿Qué te pasa, Tom? Todavía soy presidente de la Great Cal. Aún es una empresa Whittier. Todavía no estoy muerto.

—No.

—Por lo menos, en eso estamos de acuerdo.

—No; no me has entendido, John. Ya no es una empresa Whittier sino una empresa Lavette.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Tengo el voto de las doce mil acciones de Alvin Sommers. Nos vendió el paquete a Lucy y a mí como tenedores conjuntos. Esto me da una amplia mayoría. — La voz de Tom era amable; pero el significado de sus palabras era inconfundible.

Whittier le miraba sin pestañear.

—John, John, esto tenía que llegar —dijo Tom—. Tú lo sabías. Estás cansado y no te encuentras bien. Necesitas descansar.

—Creí que ibas a presentarte candidato al Congreso —dijo Whittier lentamente.

—Era una idea descabellada. No me gusta la política.

—¿Qué quieres?

—Quiero que dimitas.

—¿Y tú me sustituyes?

—Sí.

—¡Eres un cochino canalla! ¡Tú y todos los Lavette!

—Eso sobra.

—Yo creo que no.

—Creí que podríamos hablar de esto como señores y viejos amigos —dijo Tom.

—Yo no te considero un señor ni un amigo.

Tom se puso en pie.

—Está bien, John. Si lo quieres así... —En la puerta, se volvió para decir—: He convocado una reunión del Consejo para esta tarde. Puedes asistir o no, como desees. De todos modos, no quiero verte aquí mañana.

—¡Vete a la mierda! —gruñó Whittier.

Tom cerró la puerta.

En la reunión de aquella tarde, Tom fue elegido presidente de la Compañía, y Lucy entró a formar parte del Consejo de Administración. Se modificó el nombre de la Compañía. A instancias de Lucy, en lo sucesivo se llamaría GCS. El nombre de «Great Cal Shipping» le parecía, por un lado, limitativo, ya que las actividades de la empresa no se limitaban a la navegación y, por otro, un poco anticuado. Después de pensarlo, Tom se sentía de acuerdo con ella.

Antes de pasar al segundo asunto de la agenda prematrimonial, Lucy quiso hablar con Tom acerca de la familia Lavette.

—Me alegro de que te reconciliaras con tu padre —le dijo Lucy—. Fue una buena jugada. Pero no creo que debamos frecuentar a tu familia.

—Estás pensando en Barbara.

—Más o menos. También tu hermanastro, Joseph Lavette, resulta molesto con ese dispensario en Los Angeles. Pero la peor es Barbara. Barbara tiene problemas y siempre los tendrá.

—¡Por Dios, Lucy, no creerás que es comunista!

—No sé lo que es. No te pido que rompas públicamente con ella; pero creo que lo mejor es cada uno por su lado. Nada que ver. Y hacerlo constar.

—No he hablado con Barbara ni tres veces en un año. De todos modos, nunca nos hemos entendido.

—¿Te has enterado de que su marido intervino en un asunto de tráfico de armas para el Estado de Israel?

—Sí.

—Barbara tiene que pagar las consecuencias de su tontería, Tom.

Él movió afirmativamente la cabeza.

—¿Sabes a qué me refiero?

—No tienes que convencerme. Bastante me mortificó ese estúpido numerito de Washington.

—Y eso no es más que el principio. Estamos viviendo tiempos muy interesantes. No creo que en los Estados Unidos se haya conocido nada igual. Pero para nosotros no son malos tiempos.

El siguiente asunto de la agenda era Norman Drake. La secretaria de Tom le llamó a Washington y, cuando él le dijo que regresaba a Berkeley al día siguiente, ella le preguntó si querría ir a cenar con Mr. Lavette a San Francisco. Después, cuando la secretaria informaba a Tom de la llamada, al llegar a este punto, él movió la cabeza sonriendo:

—No siga. Le ha dicho que, si quiero verle, que vaya yo a Berkeley.

—Sí —respondió Janet—. ¿Cómo lo sabe?

—Ese granuja es ahora el gallito del lugar. ¿Le dijo que iría?

—Sí.

—Está bien. Podríamos quedar para pasado mañana. Llámele y dígaselo. Y sea muy amable con él. Luego, reserve una mesa para tres, o para cuatro, si quiere traer a su esposa.

—¿En Berkeley? ¿Dónde?

—En el «Frederick's», ¿dónde si no? Mencione a Drake al hacer la reserva y diga que queremos una buena mesa.

Lucy tenía sus dudas acerca de Drake.

—No me fío. Además, su intervención en el asunto de Barbara lo enturbia todo.

—No buscamos a un hombre honrado —repuso Tom.

—Es deprimente. Sólo mirarle te pone de mal humor.

—Lo que importa es que entra en el juego. Todo el que le conoce opina igual. Entra en el juego.

Tom y Lucy fueron los primeros en llegar al restaurante. Tom dio veinte dólares al *maître* recomendándole que se tratara a Mr. Drake como si fuera un miembro de la realeza. Lucy no conocía bien Berkeley. Nunca había estado en «Frederick's» y sonrió con escepticismo cuando Tom le dijo que su mesa, situada cerca de la puerta del restaurante, era una de las tres o cuatro más solicitadas.

—Si tú lo dices... —sonrió—. De todos modos, el lugar es horrible.

El *maître* acompañó a Drake hasta la mesa. El recién llegado era un hombre de unos treinta y cinco años, flaco, pero con barriguita y mofletes. Se sentó con gesto de reserva. Había hecho caso omiso de la invitación para que llevara a su esposa e iba solo. Desconfiaba. Su apretón de manos fue flácido.

—Mi prometida —indicó Tom, presentando a Lucy. La expresión del congresista Drake daba a entender que ponía en tela de juicio la necesidad de que ella tuviera que estar presente en lo que debía ser una entrevista de negocios—. También es mi

asociada —explicó Tom, disimulando perfectamente el desdén que le inspiraba aquel sujeto pequeño, de ojitos de zorro.

Lucy tenía razón en lo que decía de la política. Aquel hombre, que tenía un escaño en la Cámara de Representantes, era ruin, ruin de modales y ruin de aspiraciones. No podía sospechar cuáles eran las relaciones entre Tom y su hermana. De haber tenido un ápice de integridad, hubiera rechazado la invitación. Tom se preguntaba qué esperaba de él. ¿Un soborno? ¿Cuánto haría falta para salvar a Barbara? ¿O era demasiado tarde? Lucy decía que ya era tarde, puesto que el Congreso había votado el desacato. Entonces, ¿qué era? ¿Respeto por el dinero? En parte, desde luego. Drake estaba enterado de la influencia de Tom, influencia que el propio Tom apenas empezaba a calibrar. Lucy la conocía mucho mejor.

Tom sintió una oleada de orgullo por tener a Lucy a su lado. ¡Al diablo los que decían que no era atractiva! A él le gustaba. Era una mujer fuerte y, a su modo de ver, muy elegante y con mucha personalidad. No se habían acostado juntos ni tenido contacto físico; pero pensar en ello le excitaba como no le había excitado ninguna otra mujer desde hacía mucho tiempo.

Él pensaba en estas cosas mientras Lucy charlaba con el congresista. Tom pidió bebidas, whisky con agua para todos.

—Ante todo, quiero poner en claro una cosa —dijo Drake inesperadamente—. No puedo hacer absolutamente nada por su hermana. Demasiado tarde. Deseo que sepa usted que cuando el comité la citó yo ignoraba que fuera su hermana. El nombre era Barbara Cohen. Después descubrí quién era. Estuvo insolente y hostil, pero eso no tiene nada que ver. Lo que importa es que puede anular la acusación cuando ella quiera. Lo único que tiene que hacer es contestar a la pregunta y dar los nombres que le pedimos.

Antes de responder, Tom miró a Drake con gesto pensativo. Lucy observaba con interés, mientras se preguntaba cómo actuaría Tom. Por fin, éste dijo:

—Eso depende de mi hermana, ¿no?

Drake pareció sorprendido. Se limitó a asentir.

—Yo no siento un gran aprecio por mi hermana —repuso Tom con voz fría y sin emoción—. Es una mujer hecha y derecha y siempre ha obrado sin consultarme. Yo esperaba a que nos conociéramos un poco mejor, congresista, lo cual hubiéramos conseguido con un par de copas más, pero ya que usted se ha lanzado al agua, yo le seguiré. No le pedí esta entrevista para abogar por mi hermana. Quería hablarle de los Lavette porque me parece que, cuando usted decidió citar a mi hermana, sabía muy poco de nosotros.

Drake, ahora ya a la defensiva, insistió en que no conocía la identidad de Barbara.

—Desde luego —prosiguió Tom—. Pero eso ya es agua pasada. Lo que quiero que quede claro es esto. Soy el presidente y primer accionista del quinto grupo de

empresas de este Estado. No me refiero únicamente al «Banco Seldon», sino a un conglomerado que llega a todos los rincones de California y más allá. No creo tener que decir mucho más. En otoño se presenta usted a la reelección. También se dice por ahí que le gustaría ser gobernador. Dudo mucho que el Partido Republicano pudiera elegir sin nuestra ayuda a un gobernador para California.

—No sé a estas alturas qué podría hacer yo por su hermana —dijo Drake, desvalido.

—Nada, lo comprendo. Es una lástima que se haya metido mi hermana de por medio. Pero vamos a hablar de los planes de usted, míster Drake.

Durante la hora siguiente, Tom y Lucy escucharon el ampuloso y autosuficiente monólogo de Norman Drake. Ellos iban dándole de comer y de beber, mientras elogiaban su sagacidad y patriotismo y él, a su vez, se deshacía en lacrimógenas disculpas por su ignorancia.

Finalmente, Tom y Lucy le acompañaron a su casa en el coche, pues estaba demasiado ebrio para conducir. Drake vivía en San Pablo y, cuando le dejaron, estaban exhaustos y, en lugar de regresar a Pacific Heights, decidieron pasar la noche en un hotel. Pidieron habitaciones separadas pero contiguas.

Tom, entusiasmado por la forma en que él y Lucy habían manipulado a Drake, nervioso como un colegial en su primera escapada y perfectamente descansado después del baño, se puso otra vez la camisa y el pantalón, ya que no tenía equipaje, y decidió ir a la habitación de Lucy. Pero ella se le adelantó. Le traía un fajo de revistas.

—Te traigo lectura por si no puedes dormir.

Le miraba con afecto e interés.

—Estás muy guapa —dijo él.

—Muchas gracias, aunque no sea verdad. Me impresionó tu manera de tratar a ese cerdito.

—No seas tan dura con él, Lucy. De ahora en adelante, será nuestro cerdito.

—¿De verdad no te importa lo que le ocurra a Barbara?

—¿Eso te escandaliza?

—No. No tengo ninguna simpatía por tu hermana. La verdad, la considero una pava sentimental. Pero lo que pienso de Drake no es para repetirlo. Es un personaje repugnante. ¿Realmente piensas que está destinado a grandes cosas?

—Si nosotros ayudamos a destinarle. No es una frase muy brillante, pero creo que cuadra.

—Una frase muy feliz.

—Será muy obediente y no creo que muerda la mano que le alimenta. En este momento siente remordimientos por lo de Barbara y no puedo convencerle de que en realidad a mí ese asunto me tiene sin cuidado. Aunque no estoy seguro de querer

convencerle.

Lucy se echó en la cama.

—Ven aquí, Thomas —dijo.

—¡Oh!

Él se acercó a la cama y la miró.

—¿A ti te ha hecho el amor una mujer?

—Lucy, tengo treinta y seis años.

—Ah, sí, y tú has hecho el amor a las mujeres. Pero eso no es lo que yo te pregunto. ¿A ti te ha hecho el amor una mujer? —Alargó el brazo y le tomó una mano—. No contestes. Quítate esos ridículos pantalones y échate a mi lado.

De pronto, mientras se desabrochaba el pantalón, él notó que le temblaban las manos como a un adolescente en su primera aventura sexual. Lucy le sonreía. Su cara larga y angulosa tenía cierta belleza. Ella se quitó los zapatos y se desnudó. Era la primera vez que Tom la veía desnuda. Tenía un cuerpo esbelto, musculoso, de caderas estrechas y busto plano. Él temblaba de excitación. Ninguna mujer le había hecho reaccionar así. Por fin, acabó de desnudarse también.

—Échate —dijo ella, haciéndose a un lado—. Échate y olvídate de todo. —Él se tendió a su lado y ella empezó a acariciarle, a palpar y palmear su cuerpo, que temblaba al contacto de sus manos. Cuando él trató de responder, ella susurró—: No, no; éste es mío.

—¿Quieres que apague la luz?

—No; es mejor así.

Cuando él trató de tocarla, ella le apartó las manos, apretándoselas contra el colchón. En su pensamiento, él se veía como un prisionero, como una criatura mimada, y esta noción le causaba un intenso placer erótico; y cuando, por fin, ella se puso encima de él, dejando que su negro cabello le acariciara la cara, con sus pequeños senos colgando y una amplia sonrisa de triunfo en los labios, él culminó con una violencia que le sacudió todo el cuerpo y lo dejó yerto y alhelado.

—Después, Lucy le dijo:

—Me parece que nos convenimos mutuamente, Thomas; pero ni yo pienso hacer de esposa celosa ni tú vas a hacer de marido celoso. Será un arreglo interesante.

Tres días después se casaron en San Francisco, en casa del padre de la novia. Puesto que para ambos eran segundas nupcias, la ceremonia fue íntima y sólo asistió la familia: Alvin Sommers, padre de la novia, muy viejo y arrugado, unos tíos de la novia, Dan y Jean Lavette y Barbara. Tácitamente, se acordó que Joe, el hermanastro de Tom, quedara excluido de la fiesta. En realidad, él y Tom ni siquiera se conocían. Alvin Sommers que, a la dimisión de Jean, ocupó la presidencia del «Banco Seldon» no cabía en sí de gozo por aquella boda; la perspectiva de que su familia volviera a controlar la respetable y creciente fortuna de los Seldon le hacía sonreír de júbilo

geriátrico. Pero, aparte las alegrías financieras del anciano, la escasa concurrencia se mostró fría y apagada, y las efusiones se limitaron a unos corteses besitos al aire. La reunión se disolvió temprano. Dan y Jean llevaron con ellos a Barbara, para que tomara una copa en su casa y tener unos minutos de charla.

La semana anterior, Barbara había contratado a Anna Gómez, hija de Francis Gómez, el mecánico que se había quedado con el taller de Bernie, para que cuidara de la casa y de Sam. Anna era una muchacha agradable y de fiar, y Barbara la apreciaba; ahora, en que la muerte de Bernie, después de las primeras semanas de agudo dolor, había pasado a ser una realidad permanente y asumida, Barbara comprendía que necesitaba disponer de más tiempo, no sólo para su trabajo sino para organizarse su propia vida.

—¡Qué familia más rara la nuestra! —exclamó Barbara a Jean—. ¡Y qué boda más insípida y deprimente! No creo que pueda llegar a querer a Tom, pero le compadezco sinceramente, sobre todo, en sus momentos de alegría.

Dan les sirvió un coñac. Estaban sentados delante de la chimenea, en el salón de la casa de Russian Hill.

—Yo no le llamaría un momento de alegría —dijo Jean—. Aunque no será mucho peor que la mayoría de los matrimonios.

—Esa mujer es una barracuda —dijo Dan—. Aunque también Tom es bastante piraña.

Barbara se echó a reír.

—¡Bonito símil piscícola! Ya salió mi papá pescador.

—Yo estoy de acuerdo con Bobby —terció Jean—. Tom me da un poco de pena.

—Sabrá defenderse. ¿Sabéis lo de John Whittier?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Que Tom le ha echado. Como ahora dispone de los votos de las acciones de Al Sommers, le ha hecho saltar. El viejo Grant Whittier debe de estar revolviéndose en su tumba.

—Pero ¿qué dices?

—Lo queseabas de oír. John Whittier ha saltado de la «Great Cal Shipping» que ahora se llama «GCS Corporation». Tom es su nuevo presidente.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Las noticias corren.

—Tom era su protegido. John le adoraba.

—No creo que John Whittier haya adorado nunca a nadie más que a John Whittier —dijo Barbara.

—Ya sé que tú le odiabas, Bobby, pero él quería a Tom. La idea de asociar el Banco a su Compañía partió de él. ¿Por qué habrá hecho eso Tom? John es viejo y está enfermo.

—Y Tom está impaciente —dijo Dan—. Pero no hay que llorar por John Whittier. Aún le quedan sus acciones y millones suficientes para vivir como un rey.

—¿Crees que habrá sido idea de Lucy?

—Es posible. Ella le ha dado la mayoría. Pero no subestimes a nuestro chico, Jeanie. Es todo un águila.

Un día, mientras jugaba con su hijo en Huntington Park y trataba de enseñarle lo divertido que era atrapar la pelota y volver a lanzarla, Barbara se dio cuenta de que estaba riendo de buena gana.

Había sucedido. La sensación de culpabilidad pasó en seguida. «No hay nada malo en reír», se dijo; pero, al mismo tiempo, estaba segura de que sentirse tan plenamente viva y alegre tenía que ser intrínsecamente pecaminoso. Pero ya había sucedido, y ella no era persona que se sumiera deliberadamente en la tristeza. No sabía cómo se hubiera sentido de no tener a Sam; pero la aterrizzaba la sola idea de que pudiera ocurrirle algo al niño. Sam representaba toda la cordura, toda la razón, toda la luz de su mundo. Ahora sabía que ya no tendría más hijos. Iba a cumplir treinta y cinco años, y aunque pudiera prolongar sus años de fertilidad, aunque estuviera dispuesta a sufrir otra cesárea, no podía pensar en otro matrimonio. Jean abordó el tema con sumo tacto, pero Barbara se negó a hablar de ello.

Pasara lo que pasara, tenía a su hijo, un año y siete meses, quince kilos, que caminaba aferrado a su dedo mientras ella empujaba el cochecito vacío que él desdeñaba ya. La vida continuaba, se renovaba. El sol salía todos los días; soplabla la brisa del Pacífico; era una frase hecha decir que la vida pertenece a los vivos, pero también era una verdad palmaria. Pasaban los tranvías pesadamente y con ruido sordo, y Sam los miraba contento. Cuando Barbara salía sin el cochecito, a pie los dos y, levantando al niño con un brazo, subía al tranvía, el pequeño chillaba de gozo. Barbara daba gracias a Dios por ser alta y fuerte; quince kilos no es un peso ligero. Recorrían todo el trayecto, de un extremo a otro de la línea y Sam gorgoteaba de placer cuando el tranvía coronaba la cuesta y se deslizaba por la pendiente hacia la Bahía que se abría a sus pies. Luego volvían a casa, y Barbara dejaba al niño con Anna mientras ella se sentaba a la máquina.

Estaba escribiendo otra vez, y en su trabajo apreciaba una mayor profundidad y un nuevo vigor. Barbara no era poco imaginativa; pero se sentía incapaz de escribir sobre lo que no había vivido y cuando ensayaba la pura ficción, notaba que su trabajo resultaba insulso y vacío. Aunque le resultaba difícil creer que un día irían a arrestarla y la someterían a juicio en virtud de algo que aún le parecía una pura aberración, el pensamiento no la abandonaba en ningún momento y Barbara sentía la imperiosa necesidad de terminar el libro antes de que ocurriera, si tenía que ocurrir.

Aquel libro se apartaba de la temática de los dos anteriores que trataban de sus

experiencias vividas en París y Berlín antes de la guerra y de los años pasados en el norte de África, la India y Birmania. Su nueva novela era una historia de amor aparentemente simple, de un soldado que volvía de la guerra y se instalaba en San Francisco. Desde luego, su editor, que le había rogado encarecidamente que no diera al asunto un tratamiento político, podía estar tranquilo. Le resultó más difícil que cualquiera de sus libros anteriores, y tanto más por cuanto que la muerte de Bernie ocurrió cuando iba por la mitad del libro. Estuvo varias semanas sin poder escribir; ahora cada día avanzaba en el trabajo y estaba segura de que lo que hacía era bueno.

A primeros de julio, Barbara recibió una carta de Herb Goodman, de Israel. Incluía la foto de una tumba, una de muchas iguales que se veían detrás, en las simétricas hileras propias de los cementerios militares. Se le nubló la vista y sintió un nudo en la garganta al mirarla. Estuvo contemplando la foto largo rato, sin poder leer la carta.

Ésta no era larga:

Querida señora Cohen: He pensado que le agradecería tener esta foto de la tumba de Bernie. Está enterrado en un cementerio militar, en un monte cercano a Jerusalén, con otros hombres que cayeron luchando por una patria judía, hombres buenos y valientes. La próxima semana me caso con una sabra, que así se llama a los que han nacido en Israel. Hemos decidido que a nuestro primer hijo, tanto si es niño como niña, le llamaremos Bernie, no sólo porque yo le apreciara, sino porque fue de los mejores. El segundo se llamará Irv, por Irv Brodsky, que murió con Bernie. No sé lo que esto significará para usted, pero imagino que le gustará saberlo. Con la foto le mando un mapa con instrucciones para encontrar la tumba, por si un día viene a Israel y quiere visitarla. Ahora que la guerra ha terminado, los cementerios militares estarán bien atendidos y la tumba estará perfectamente cuidada. No sé qué más decirle, sino que le deseo todo lo mejor. Imagino lo que siente, porque el hermano de mi novia también murió en la guerra y aquí casi todo el mundo ha perdido a alguien. Esperemos que éste sea realmente el fin de la guerra.

Anna entró en la habitación y vio a Barbara llorando, con la carta en la mano.

—¿Malas noticias, señora?

—No; carta de un amigo de mi marido.

Pocos días después, Sally fue a San Francisco a ver a Barbara. Había dejado a la niña con Lola González, la esposa del compañero de dispensario de Joe.

—Tenía que marcharme —dijo a Barbara—. Allí me ahogaba, me consumía, me moría. Soy un desastre, Bobby. No tengo paciencia, y como ama de casa soy una calamidad y hago muy desgraciado al pobre Joe, que es un persona estupenda,

maravillosa, que merece algo mucho mejor que yo. Además, estoy desesperada. ¿Puedo quedarme a dormir? Regresaré por la mañana.

—¿No vas a Higate a ver a tus padres?

—No puedo ir allí. Ellos viven felices y contentos, y lo único que les interesa es su precioso vino. Y tampoco puedo soportar estar con Eloise que lo único que le pide a la vida es ser una organización al servicio de mi hermano Adam. ¡Oh, Bobby, estoy desesperada!

—De acuerdo —aceptó Barbara—. Puedes quedarte a dormir, desde luego. Sube al cuarto de huéspedes, guarda tus cosas y toma un buen baño caliente que es la mejor medicina que conozco para las diversas clases de desesperación. Luego cenaremos y charlaremos.

Durante la cena, Barbara dijo:

—Sally, deja ya de tratar de explicar que Joe es una especie de santo de escayola y dime qué ocurre. Joe es mi hermano; pero a ti te quiero mucho, créeme.

—¿De verdad, Bobby, de verdad?

«¡Qué muchacha tan extraña! —pensó Barbara—. Tiene la cara más asombrosa que he visto en mi vida. Un momento es la máscara de la tragedia, y al momento siguiente es la de un divino payaso, con esa boca grande, esos ojos de un azul pálido increíble, y ese pelo tan rubio y largo. Tendría que cambiar de peinado. Pero para decidirse a cortarlo tendría que madurar».

—Sí, mujer.

—Tú sabes lo enamoradísima que yo estaba de Joe...

—No creo...

—¡Bobby!

—Estabas enamorada, sí; pero ¿de Joe? ¿No estarías sólo enamorada?

—No lo sé, Bobby. Pero estoy harta. Quiero mucho a la niña, sí... casi siempre. Es una preciosidad. Pero ¿quién soy yo? ¿Qué soy? Aquella casa me deprime un horror. Cuando Joe llega a casa está tan cansado que no puede ni hablar y cuando hablamos no tenemos de qué. Cuando le leo mis versos él hace como que escucha, pero no. Un día se quedó dormido a media poesía. Nunca hace nada cruel ni mezquino, sé que vive entregado al dispensario. Si tuviera un consultorio particular, podría ganar el dinero a montones. Dicen que es uno de los mejores cirujanos de Los Angeles y hay cirujanos que no tienen ni la mitad de pericia que él y ganan más de cien mil al año y viven en esas grandes mansiones de Beverly Hills...

—¿Y eso es lo que quieres, Sally, dinero y una mansión en Beverly Hills?

—Ya sabes que no es eso, Bobby. Sólo dinero suficiente para tener a alguien que cuide de May Ling y un coche decente en lugar de esa cafetera. Por eso escribí el guión.

—¿Has escrito un guión?

—Lo de la poesía es casi como un servicio público. Me sentí tan contenta cuando me publicaron el libro de poesías. Cobré en concepto de derechos exactamente ochenta y seis dólares y por cada poesía que mando a un periódico o revista me dan diez o quince dólares. Así no hay forma de hacerse rico, ¿no te parece? Y cuando voy al cine y veo esas espantosas películas, estoy segura de que yo sabría hacerlo mejor. Conque he escrito esto. Lo traigo por si quieres leerlo, Bobby. No tardarás más de una hora.

—Pues claro que lo leeré —aceptó Barbara.

—Y luego, ¿sabes?, recuerdo que hace años Joe me dijo que tu padre había construido un yate para un director de Hollywood muy importante.

—Sí; se llamaba Alex Hargasey. Por cierto que vi una película suya hace cuatro meses. *El frenesí del deseo* se llamaba, ¿o no?

—Ése es el hombre. Si Dan quisiera hacerme el favor de llamarle para pedirle que me recibiera...

—Estoy segura de que lo hará —dijo Barbara—. Luego lo leeré.

El guión no entusiasmó a Barbara.

Lo encontró sensiblero, cursi y carente de impacto dramático. Dijo a Sally:

—La verdad es que yo no entiendo. Es el primer guión de cine que leo en mi vida y no tengo ni la más remota idea de las limitaciones ni de las normas que rigen en esto.

—Pero ¿te ha gustado? Como simple lectora.

Barbara recordaba que hacía muchos años cuando vivía con Dan y May Ling en Westwood y trataba de escribir su primer libro dio a leer varias páginas a May Ling que se mostró sincera e implacable. Aquellas páginas volaron en pedazos y, tras un breve enfado con May Ling, Barbara volvió a empezar su libro, con mejor fortuna esta vez. Pero no podía hacerle eso a Sally. Ella era incapaz de juzgar un guión de cine con una óptica profesional; pero, además, era evidente que Sally estaba alterada.

—Sí; me ha gustado —mintió Barbara tristemente.

—¡Oh, cuánto me alegro, Bobby! ¿Y dirás a Dan que hable con Mr. Hargasey?

—Sí.

Sally se puso en pie de un salto, corrió hacia Barbara y la besó.

—¡Oh, cómo te quiero, Bobby! ¿Y qué me dices de Billy Clawson?

La pregunta era totalmente inesperada.

—¿Qué le pasa?

—Me parece que está enamorado de mí.

A esto Barbara no supo qué responder. Se quedó mirando fijamente a Sally hasta que ésta, incómoda, insistió:

—¿No me has oído? Digo que me parece que Billy Clawson está enamorado de mí.

—Eres la criatura más asombrosa...

—Sé lo que piensas —dijo Sally—. Todos opinan que Billy es un inútil y, algunos, que es homosexual. Pero eso es porque en realidad es incapaz de comunicarse con la gente y por ese complejo de Jesucristo. Quiero decir que a veces parece que se cree Jesucristo y vive en un cuartucho amueblado del barrio y friega los suelos y hace de enfermero en el dispensario...

—¡Un momento! —gritó Barbara—. Sally, ¿quieres callar un momento para que pueda coordinar mis ideas?

Sally suspiró y dijo:

—Está bien, no te pongas así. ¿Qué es lo que he dicho?

—Nada, nada. Ya estaba enterada de lo de Billy Clawson. Me lo dijo Joe. Sé lo que hace en Los Angeles. De Billy personalmente no sé nada. No hemos cruzado más de diez palabras. Pero es hermano de Eloise y a Eloise la quiero tanto como a ti. Os quiero a las dos, aunque reconozco que tú estás completamente loca.

—¡Oh, eso no es justo!

—Quizá no. Pero dime, Sally, ¿tienes un lío con él? También puedes decir que eso a mí no me importa. En realidad, no sé cómo me he metido en esto.

—¡Por todos los santos! ¡Pues claro que no!

—Entonces, ¿qué? ¿Te ha dicho que te quiere?

—No. Es un conejito asustado. Él nunca me diría una cosa así.

—¿Tú le quieres?

—No.

Barbara se puso en pie y empezó a pasear por la habitación.

—No comprendo por qué me cuentas esto, Sally. No es que quiera inhibirme, pero comprende que me pones en una situación muy delicada. Soy hermana de Joe. No sé qué decirte. La verdad es que tampoco conozco ya muy bien a Joe. Antes de que se alistara en el Ejército nos comprendíamos muy bien; pero él ha cambiado. Me doy cuenta de lo que te pasa, pero no puedo ayudarte.

Sally se acercó a Barbara y la abrazó.

—¡Pobre Bobby! Soy una egoísta. Después de todo lo que has sufrido, sólo te faltaba que yo viniera a desahogar mis penas contigo.

—Está bien —murmuró Barbara.

—No, no lo está; nada está bien. El mundo entero está desquiciado. Tú encuentras a Bernie después de todos esos años, y él se va, lo matan y ahora esos cerdos hacen su numerito contigo. Nada está bien.

Se dejó caer en una silla y se echó a llorar. Barbara la miró tristemente.

Stephan Cassala se quedó asombrado del magnífico aspecto que tenía Dan el día en que volvió a su despacho de Jack London Square, en Oakland. Estaba más delgado

y tenía todo el pelo blanco, pero lucía un magnífico bronceado por las horas pasadas al sol en la terraza de la casa de Russian Hill y parecía encontrarse en plena forma. Dan había estado demorando la vuelta al trabajo. Por primera vez en su vida se sentía a gusto sin hacer nada. Le bastaba la compañía de Jean. Un día, sentados los dos en la terraza, le dijo:

—Jeanie, te miro y todavía no estoy seguro de tenerte.

—Eso es lo bueno, ¿no?

—¿Qué? ¡Ah, quizá! Pero al cabo de cuarenta años...

—Todavía no son cuarenta.

—Bueno, casi. Después de tanto tiempo, ya tendría que estar seguro de conocerte. Pero no; te miro y, sin darme cuenta, empiezo a pensar en la forma de instalarme en lo alto de la colina y casarme con la hija de Tom Seldon.

—Pues ya te has casado con ella. Dos veces.

—Es verdad. Sí, es verdad.

Ahora estaba de vuelta en la oficina, sin demasiadas ganas de sentarse detrás de su escritorio, paseando inquieto mientras Stephan Cassala le observaba.

—¿Cómo te encuentras, Dan? —le preguntó éste con cautela.

—Muy bien. Será que eso de ver de cerca a la muerte te hace sentirte más vivo. Luego, si consigues darle esquinazo, te consideras un tío con suerte. Supongo que yo la he tenido. ¿Cómo van las cosas?

—Estamos ganando dinero.

—De eso se trata, ¿no? Pero ojalá me interesaran esas cosas. —Se sentó detrás de la mesa y miró a Cassala—. Lo malo, Steve, es que ya no le veo la gracia. No me interesa. No hace falta que te diga cuál ha sido mi vida. Tú has estado siempre a mi lado.

—Sí; siempre juntos, Danny.

—¿Y qué buscaba yo? Mira, durante estas semanas, casi no he hecho más que tumbarme en la terraza a leer. Y Jean no se separaba de mi lado. Yo le decía que saliera y se ocupara de sus cosas, pero ella apenas se movía de allí. Luego, yo me preguntaba: ¿quién diablos es Dan Lavette? ¿Qué quiere? Bueno, quise a Jean y la conseguí, en cierto modo. Después quise a May Ling y la tuve mientras vivió. Ahora vuelvo a tener a Jean y eso es lo que más me importa. La Compañía, ya no.

—Puedes retirarte, Danny, si lo deseas. Yo puedo llevarla solo.

—Es lo que has estado haciendo. —Dan miró el calendario de sobremesa—. ¿Qué es eso?

—Tom llamó para saber si habías vuelto. Vendrá a verte esta tarde. Le cité a las tres. Antes podríamos almorzar juntos tú y yo y hablar de varias cosas.

—¿Qué hay del senador Claybourne?

—El Congreso termina las sesiones a finales de semana y entonces regresará a

San Francisco. Dice que estará encantado de recibirte.

—¿Cómo estuvo?

—Cordial. Contribuimos con diez mil dólares a su campaña, de modo que está en deuda con nosotros.

—Yo no te daría ni diez centavos por el agradecimiento de esos malditos políticos. Venden cuando el precio les conviene y cuando nadie puede controlar sus movimientos. En los viejos tiempos, cuando operábamos desde Nueva York y Jimmy Walker era alcalde, llevaban el negocio desde Tamany Hall. Se hacía con todas las de la ley. Tenían una tarifa impresa en ciclostil en la que figuraban todos los crímenes que puedas imaginar, empezando por el asesinato a quinientos dólares. Claro que era la época de la depresión y los precios eran bajos. Pero el soborno a precio fijo resulta más decente. ¿A ti te parece que eso tiene sentido, Steve?

—Imagino que sí, en cierto modo.

—¿Ha dicho Tom por qué quiere verme?

—No.

—¿Qué opinas de él?

—Que es influyente.

—No seas tan cauto.

—Es tu hijo, Dan.

—Sí, ¿verdad?

Después del almuerzo, Dan se sentía cansado. Había comido demasiado. Kellman le había puesto un régimen; pero, lejos de Jean y en un restaurante italiano en compañía de Cassala, Dan no pudo resistir la tentación de saltárselo. Se hinchó de espaghetis y ternera y, al terminar, su moral acabó de desmoronarse y Dan pidió un cigarro al camarero. Por fortuna, en el restaurante no tenían más que una sola caja de tabaco del país, por lo que Dan pudo rechazarla sin gran sacrificio. A las dos y media estaba de regreso en la oficina. El primer día y ya estaba aburrido, indiferente.

Se puso a dibujar un barco en su bloc de notas. En el hospital, Jean se mostró dispuesta a acompañarle a explorar la bahía en el barco de sus sueños. Ahora se preguntó si ella habría cambiado de parecer. A Jean no le gustaban las embarcaciones pequeñas. ¿Acaso porque simbolizaban al pescador con el que se había casado? Quizás esto también hubiera cambiado, como tantas cosas. Dibujó una yola y luego eliminó el segundo mástil. Un solo palo, hasta que pudiera enseñarla a navegar. Cerró los ojos e imaginó a Jean con un pantalón de algodón blanco subido hasta las rodillas, un jersey a rayas y la melena al viento. Al pensar en ella aún sentía el vértigo del deseo. «Tiene cincuenta y ocho años y es como si esta mañana la hubiera visto por primera vez», pensó. Añoró el sentimiento de culpabilidad. Sabía que mientras vivió con May Ling no había podido olvidar a Jean. Había leído no sabía dónde que la escueta verdad de lo que se ha dado en llamar el amor romántico es, sencillamente, la

ilusión de que el ser amado posee aquello que nos hace falta. Eso podía decirse de las dos mujeres que habían compartido su vida. Se preguntó si los demás hombres serían como él, si también necesitarían a una mujer para sentirse completos.

Se quedó dormido sin darse cuenta. Le despertó el zumbido del intercomunicador. Su secretaria le dijo que su hijo acababa de llegar.

—Que pase —dijo Dan.

Tom entró en el despacho andando con aplomo. «Al fin y al cabo —pensó Dan—, ya no somos dos extraños. En veinte años habremos hablado tres veces: en el hospital, en la boda y ahora».

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Tom, tras estrecharse las manos.

—Bastante bien. Como antes, más o menos. No me parece haber tenido un ataque al corazón.

—Me alegro.

—¿Qué tal el viaje?

—Corto. No puedo apartarme de esto. La verdad es que me divierte más hacer lo que hago que andar por ahí. A Lucy le ocurre lo mismo.

—Es bueno que al hombre le guste su trabajo —dijo Dan.

—¿Te gusta a ti?

—¿A mí? ¿Si me gusta mi trabajo?

Dan miró a su hijo, pensativo. Hasta entonces, en todas sus conversaciones, Tom había evitado llamarle «padre», «papá» o, simplemente, «Dan». Era como si se hubiera trazado una línea de la que no quisiera pasar. ¿O quizás una vez...? En la boda no, desde luego, fue en el hospital, en su primera entrevista. Dan trataba de recordar mientras miraba a aquel hombre alto y bien parecido que era su hijo. Desde luego, se parecía a Jean, era todo un Seldon. Y, mientras miraba los rasgos físicos del hombre que tenía delante, Dan pensó de pronto: «Si yo tuviera un hijo así...». Pero no; ya era tarde. Tarde para todo, salvo para la cortesía. De todos modos, era algo.

—¿Decías...? —preguntó Dan.

—Si te gusta tu trabajo, dirigir esta línea marítima.

—Es lo único que sé hacer, lo único que entiendo, barcos y navegación. Durante sesenta años no he aprendido nada más. Aunque no es precisamente la Cunard. Operamos con siete petroleros, cuatro de ellos con bandera liberiana. Son buenos barcos y tenemos buenos contratos.

—Pero ¿a ti te gusta?

—No, no mucho. Todo esto empieza a aburrirme, Tom.

—Me alegra oír eso.

—¿Por qué?

—Porque quiero comprar tu Compañía —contestó Tom bruscamente.

Luego se arrellanó en el sillón y se quedó observando a Dan y esperando.

Dan miraba a su hijo sin pestañear. Tardó casi un minuto en responder. La proposición de Tom era totalmente inesperada. No estaba preparado para oír aquello. No pensó que alguien pudiera comprar la Compañía y, mucho menos, su hijo. Finalmente, inquirió:

—¿Hablas en serio?

—Ahora lo veremos —dijo Tom con calma—. Tenéis siete petroleros de dieciséis mil setecientas toneladas de desplazamiento. Fueron construidos en mil novecientos cuarenta y cinco para la Comisión Naval, por lo que son prácticamente nuevos y, además, muy buenos barcos. Tienes contratos con la «Orpheum Oil» y la «Coonstown Oil». Dispones de instalaciones portuarias aquí en Oakland, en Honolulu, en Galveston y en Long Beach. Eres dueño de este edificio y de tres depósitos en Honolulu. Me interesan muy especialmente tus negociaciones con la «Freeway Oil» de Hawai. La compré la semana pasada. Opino que en las Islas está el núcleo de los grandes negocios petrolíferos y supongo que tú estarás de acuerdo conmigo, puesto que les propusiste hace tiempo la fusión.

—Ya veo que traes bien aprendida la lección —dijo Dan.

—Me gusta saber por dónde voy. Hoy en día sólo hay un negocio que merezca la pena y es el petróleo. Whittier era corto y no supo verlo. Lo único que a él le interesaba era la carga seca. Teníamos un petrolero que se incendió y eso le hizo tomarles miedo. Es verdad que ando detrás de los petroleros; pero eso no es más que el principio. Tengo contactos en Alemania. Están reconstruyendo los astilleros y me mandaron los planos de un petrolero de treinta mil toneladas, doscientos veinte metros de eslora y veintinueve de manga y cala once metros a plena carga. ¿Qué te parece?

—Que debe de ser todo un señor barco. —Dan sintió un cosquilleo en la piel al verse a sí mismo con una flota de petroleros como aquél, pero fue una sensación pasajera—. Por el tamaño, como un gran transatlántico. ¿Tú crees que pueda ser práctico?

—Sí; he pedido dos. Además, tengo en arriendo tres mil hectáreas de terreno en Texas. Sondeos. Ahora comprenderás por qué necesito tus petroleros.

—Sí.

Dan volvió a guardar silencio.

—¿Bien?

—¿Cuánto ofreces? —preguntó Dan.

—Sé lo que pagaste por los barcos. Fueron una ganga. Pero ya pasó la época de las gangas. Te daría diez millones por todo. En efectivo, en acciones de la «GCS» o mitad y mitad. Creo que es un buen precio. ¿Qué dices?

—Es un buen precio —dijo Dan lentamente—. Deja que lo piense. Te contestaré dentro de unos días.

Se estrecharon las manos y Tom se fue. Durante los quince minutos siguientes, Dan permaneció sentado, mirando el dibujo del balandro. Luego llamó a Cassala a su despacho.

—¿Cómo fue la entrevista? —preguntó Cassala.

—¿Sabes por qué ha venido, Steve? Quiere comprarnos la Compañía.

—¡Caramba!

—Por diez millones de dólares. Mi hijo no se anda por las ramas.

—¿Qué le has dicho?

—Que lo pensaría. Ante todo, vamos a hablar claro. Cuando viniste, yo te di el diez por ciento. Si se hace la operación, tú te irás con un millón limpio.

—¡Pero Dan, no es posible que hables en serio! ¿Qué harías tú?

—Tal vez nada. Coleccionar sellos. Viajar con Jean. Construir el barco con el que siempre soñé. Estoy cansado de esto, Steve, ha dejado de interesarme. Nada me importa. Tengo dinero suficiente. No me interesa. Desde luego, las hipotecas y los préstamos saldrán de mis nueve millones. Todavía me quedarán más de tres millones que, incluso después de deducir los impuestos, es más de lo que puedo gastar. Por otra parte, Jean no es pobre. Y tú tendrás, deducidos impuestos, tres cuartos de millón. Suficientes para que te dediques a gozar de la vida. Ya sé que te hago una jugarreta, pero ¡caray!, quiero dejarlo.

Cassala se dejó caer en un sillón y se quedó mirando al suelo. Cuando levantó la mirada, tenía lágrimas en los ojos.

—Tú no me haces una jugarreta, Danny. Hace tres años, cuando me llamaste, me salvaste la vida. Ahora voy a ser rico, aunque no sé si eso tiene ya importancia. Pero... no sé, recuerdo los viejos tiempos cuando papá me decía: «Stephan, Dan es tu hermano». Creí que seguiríamos juntos unos años por lo menos.

—Steve, entre nosotros todo seguirá igual. Tú eres el único que queda de la vieja guardia. Todos los demás se han ido.

Derick Claybourne tenía aspecto de senador de los Estados Unidos o, por lo menos, de un senador de los Estados Unidos de los años veinte o treinta. Después de la guerra, empezaba a quedar un poco anticuado. Los senadores ya no eran gordos ni usaban corbatín, sombrero de ala ancha ni traje de sarga negra; pero éstos eran los distintivos de Claybourne y él no los abandonaba; tan característicos como su voz de papel de lija o su cigarro. Ofreció uno de éstos a Dan.

—Setenta y cinco centavos de auténtico habano, Danny. Adelante.

—Muchas gracias, senador; pero lo he dejado. Órdenes del médico.

—¡Y qué saben ellos! Yo tuve mi infarto hace seis años. ¿Te parece que estoy peor por fumar? Estas delicias me mantienen en forma.

—Yo no tengo su fortaleza, senador.

—¡Qué diantre, si no se vive bien, no se piensa bien! Danny, tú me caes bien, desde el primer día. Hace casi veinte años que Al Smith me dijo que fuera a verte, de modo que no necesitas gastar saliva para convencerme. Lo triste es que no puedo hacer nada. Tu hija se ha metido en un buen atolladero. No creas que esos cabritos engreídos del comité de la Cámara me caen mejor que a ti, ¡qué diantre!, pero son la nueva ola. No me preguntes cómo ha podido ocurrir. Todo empezó con esa estúpida orden de Truman por la que se exige a todos los funcionarios federales un juramento de lealtad. Después vino el desmadre. Hasta el último chupatintas empezó a imprimir juramentos de lealtad en su maldito ciclostil, y luego siguieron las escuelas, los colegios universitarios, los jefazos de Hollywood y, ¡por los clavos de Cristo!, hemos llegado a un extremo en que los que mandan son esos berzas del comité y Mr. J. Edgar Hoover. Hay un clima de miedo —dijo lentamente, arrastrando las sílabas—, un clima de miedo, Danny.

—¿Quieres decir que tienes miedo, Derick?

—¿De qué cuernos voy a tenerlo? Soy senador de los Estados Unidos. Pero no hago componendas, Danny, tú lo sabes. No voy a engañarte, se hacen componendas y muchas. Sé de un congresista que se saca diez mil a la semana. No hay trapicheo en el que no se meta. Pero nadie se atreve a tocar nada que huelga a rojo. Tienen miedo. El senador McCarthy se ha desmandado y nadie se atreve a pararle los pies. Ni yo mismo. De todos modos, no hay forma de arreglar esto. Tendrías que hablar con el fiscal general y Tom Clark no te escucharía, tratándose de un asunto de esta índole.

—Es amigo tuyo, ¿no?

—No hay nada que hacer, Danny. Quizá se hubiera podido intentar algo antes de que la Cámara lo sometiera a votación; pero ahora ha pasado al Departamento de Justicia. Y allí también se andan con pies de plomo. Mr. J. Edgar Hoover les tiene cagados de miedo y todos van derechos como husos. Ya sé que Barbara no es comunista, Danny, pero ¿por qué no le da la gana de responder a esa dichosa pregunta para que pueda retirarse la acusación?

—No la educamos debidamente —respondió Dan con amargura.

—Tiene sentido del honor —reconoció magnánimamente el senador—. La verdad, Danny, es que hoy en día no puede uno permitirse tener sentido del honor. Tú ya sabes lo que yo opino acerca de esas llamadas cazas de brujas, pero ¡qué diantre!, en lo internacional estamos empeñados en una lucha a vida o muerte. Una lucha a vida o muerte.

—¿Y lo que pueda ocurrirle a mi hija favorece la seguridad internacional? ¿Así es como tú lo ves?

—Danny, ya te he dicho lo que yo veo. No puedo hacer nada.

Aquella noche. Barbara cenó en casa de sus padres. Parecía más interesada en los

platos que había preparado Jean que en el fracaso de la gestión de su padre cerca del senador Claybourne.

—No tiene importancia, papá —dijo—. Te quiero mucho y agradezco lo que tratas de hacer por mí, pero preferiría que lo dejaras. Es un plato que yo he guisado y que yo tengo que comer. Aunque reconozco que no sabe tan bien como esto. ¿Qué es?

—Pasta con ricotta: espinacas, queso, ricotta, huevos, perejil y pasta. Un plato de alta cocina italiana.

—No tan alta —dijo Dan—. Yo lo he comido en «Gino's».

—Eso sí que no —replicó Barbara—. Está delicioso. Eres fantástica —dijo a su madre—. Continuamente me sorprendes. Cuando éramos niños, ¿alguna vez guisaste para nosotros?

—Eso no te incumbe —replicó Jean—. Aunque la verdad es que no. La primera vez que lo intenté fue la noche en que tu padre recibió el premio de la Comisión Naval. Le traje a casa y preparé huevos revueltos y tostadas. En realidad, no tiene mucho mérito. Te compras un buen libro de cocina y sigues las instrucciones. Aunque hay que ser rico.

—¿Por qué?

—Porque las tres primeras veces tienen que tirarlo y a la cuarta ya resulta comestible. Pero no creas que me he regenerado, Bobby. Odio la cocina, y la próxima semana empezaré a buscar cocinera. No soy tan distinta de la muchacha que tu padre cortejaba hace treinta y ocho años. ¡Ojalá lo fuera! Entonces quizá comprendiera por qué haces eso.

—Ya hemos hablado muchas veces de este asunto.

—Sí, y me parece que podría adivinar quiénes son esas dieciocho personas. No les ocurriría nada. No hicieron nada malo. Sólo dieron dinero para una causa que les pareció justa.

—A decir verdad, ellos tienen muy poco que ver en este asunto —dijo Barbara—. Es algo entre mi Dios y yo, quienquiera que sea mi Dios. Yo tengo que seguir viviendo con mi conciencia.

—¿Es Tom uno de ellos? —preguntó Dan.

—¿Lo preguntas en serio, papá?

—Naturalmente.

—No; no lo es. Es mi hermano y, sin duda, le aprecio; pero no creo que tenga sangre en las venas.

—¿No eres muy severa con él?

—Procuro no serlo. No es fácil. En cierto modo, para ti Tom es como una nueva amistad. Sólo ha sido hijo tuyo desde que estuviste enfermo; pero hace muchos años que es hermano mío y no es que sea mala persona, vil o canallesco, no;

sencillamente, tiene la suerte de carecer del sentido del bien y del mal. Tal vez eso sea lo que se llama una personalidad psicópata. De todos modos, es un síndrome que hoy en día está muy extendido en América.

—Ojalá pudiera decir que te equivocas —repuso Dan tristemente.

—Bobby ha pasado unos meses muy malos —le dijo Jean—; comprendo que sienta amargura. Pero las cosas no son o blancas o negras, hija. Tom ha comprado la línea marítima de Dan. Hizo una oferta muy interesante y la operación ya se ha cerrado.

—¿Y lo has vendido todo? —preguntó Barbara a su padre—. ¿Por qué?

—Porque estaba harto. Perdí el interés. Y él lo deseaba tanto... Quizá tengas razón en lo que dices de él, Bobby, pero es mi hijo y es la primera vez en mi vida que me pedía algo. Quería esos siete petroleros como un niño una bicicleta nueva. La comparación es tonta, pero se ajusta al caso.

—¿Y qué harás ahora?

Dan se encogió de hombros.

—Buscaré algo. Quizá me dedique a conocer a tu madre. Ya es hora de que salgamos a trotar por ahí los dos. No somos tan viejos.

Barbara acababa de dar el desayuno a Sam y estaba vistiéndole para su paseo matinal cuando llamaron a la puerta.

—Termina tú, Anna —dijo—. Yo abriré.

Dejó a Anna poniendo el jersey al niño y ella bajó a abrir.

El que llamaba era un hombre bajo y grueso, con traje oscuro.

—¿Mrs. Barbara Cohen? —preguntó.

—Sí.

Él sacó una carterita de piel y la abrió para mostrarle una placa y una tarjeta de identidad.

—Simmons, oficial de los tribunales de los Estados Unidos. Traigo una orden de arresto contra usted.

Hacía semanas que Barbara esperaba que esto ocurriera; no obstante, la impresionó vivamente. Tardó bastante en reaccionar y hacerse a la idea de que ya había ocurrido.

—Haga el favor de pasar —dijo con toda la calma de que era capaz—. He de llamar por teléfono y en seguida estoy con usted. Tengo un niño pequeño y es preciso que deje instrucciones. ¿Adónde me llevará? —Al oír su propia voz, la escena le parecía irreal. ¿Así actuaba la gente cuando la arrestaban?—. ¿No quiere sentarse? —preguntó al hombre.

Él la miró con extrañeza y movió la cabeza negativamente, miró la habitación y luego otra vez a ella.

—Supongo que puede usted tomarse unos minutos. Luego, iremos al juzgado federal de la Séptima, esquina Mission.

Barbara subió a la habitación de Sam y dijo a Anna que estaría unas horas fuera de casa.

—Llévalo a Huntington Park, Anna, pero por lo que más quieras, no lo sueltes. Últimamente, está muy travieso y retozón. Será mejor que le pongas los tirantes. Él se enfadará, pero yo estaré más tranquila. Si no he vuelto a mediodía, le das la comida: un huevo pasado por agua, una rebanada de pan y fruta.

Luego, bajó la escalera y llamó al despacho de Harvey Baxter.

Baxter no estaba, pero se puso al teléfono Boyd Kimmelman.

—Tranquila, Mrs. Cohen —dijo—. Por Dios, no se asuste. Se trata de un simple trámite. Vaya usted con él, y cuando lleguen al juzgado, yo ya estaré allí. No va a la cárcel ni mucho menos, y estoy seguro de que a mediodía ya estará en casa.

Ella le dio las gracias. Simmons miraba el reloj.

—¿Me pone las esposas, Mr. Simmons? —preguntó Barbara.

—No es necesario. Aquí está la orden —dijo, mostrándole un papel doblado.

—Acepto su palabra. Voy a buscar un jersey.

El coche del oficial estaba delante de la casa. Era negro, con el escudo nacional en la matrícula. Barbara se preguntó si el negro era obligado para el servicio oficial: coche, traje y corbata o era, simplemente, un símbolo con el que se trataba de anunciar a la víctima lo que le esperaba. Sólo tardaron unos minutos en llegar al juzgado, y cuando el coche se detuvo delante de la puerta, Kimmelman saltó de un taxi y corrió a su encuentro.

—Soy Boyd Kimmelman —dijo al oficial—, el abogado de Mrs. Cohen. La semana pasada hablé con el juez Fremont y él dijo que cuando llegara la orden podíamos entrar a verle directamente para depositar la fianza. Ahora está en su despacho.

—Es que... —el oficial titubeaba—. No es el trámite normal. Hay que inscribirla en el registro según el procedimiento normal.

—Oficial, si el juez Fremont lo dice, es procedimiento normal. Si le digo al juez que ha desobedecido usted una orden judicial...

—¿Una orden judicial?

—Una orden judicial la dicta el juez, oficial.

A regañadientes, el oficial consintió que Kimmelman los llevara directamente al despacho del juez Fremont. Fremont era un hombre de unos sesenta años, mejillas sonrosadas, cabello blanco y ojos picaros que miró a Barbara con franca admiración y despidió al oficial con un ademán.

—Deje aquí la orden —dijo—. Yo me encargo de que la prisionera no escape. — Cuando el oficial salió, el juez dijo a Barbara—: Si tuviera veinte años menos,

incluso diez, yo mismo la ayudaría a escapar. A cambio de favores, claro. No me mire de ese modo. Soy un viejo verde impenitente. En realidad —dijo dirigiéndose a Kimmelman—, esta preciosidad no es una desconocida para mí. Yo estudié con Sam Goldberg y Adam Benchly antes del terremoto. Goldberg y Benchly... hoy en día ya no se hacen abogados así. —Y a Barbara—: Sam me hablaba mucho de usted, la hija terrible de Dan Lavette. Eso era en el treinta y cuatro, cuando usted militaba con Harry Bridges. Sam la quería como a la niña de sus ojos. Usted fue el último amor del viejo. ¿No lo sabía? —preguntó, al ver la expresión de Barbara—. Hijita, genio y figura... En fin, me parece que me he salido del tema. Me gusta usted, jovencita. Tiene coraje, algo que hoy en día no se estila. Me recuerda los viejos tiempos, pero los viejos tiempos ya se fueron, ¿verdad? —Se volvió de nuevo hacia Kimmelman—. Puede irse a su casa, Boyd. ¡Fianza! —gruñó—. ¡Fianza, por vida de...! ¿Qué mosca les ha picado a los de Washington? ¿Es que se han vuelto todos locos? La dejo en libertad bajo su propia responsabilidad, y cuando vaya a juicio esta majadería, si es que va, tú se lo notificarás para que se presente.

En el corredor, Kimmelman dijo:

—¿Qué le ha parecido, Mrs. Cohen?

—Simpatiquísimo. Y, Boyd, creo que ya es hora de que me llame Barbara.

—Está bien... Barbara.

—Me echaría a llorar. Ha estado tan amable y cariñoso... No tengo que preocuparme, ¿verdad, Boyd?

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que cuando me juzguen, pase lo que pase, no es fácil que el juez Fremont me mande a la cárcel, ¿verdad?

—No. Pero, Barbara, creo que será mejor que lo sepa cuanto antes. El juicio no se celebrará en este distrito federal. Ni en California. Se celebrará en el distrito de Columbia porque el delito se cometió en Washington.

—¡Oh, no!

—Lo siento. Barbara.

—¡Adiós mis ilusiones! ¿Cuándo tendré que ir y para cuánto tiempo?

—Es difícil decir cuándo. Podría ser mañana, aunque no es probable, y podría ser dentro de un mes. Depende de cómo programen y del número de casos. ¿Cuánto tiempo? El juicio no puede durar más de tres o, a lo sumo, cuatro días. Pero ahí no acaba la cosa. Quiero decir que no vaya a creer que, si pierde y la sentencian, tendrá que ir directamente a presidio. Nos queda el tribunal de apelación y, si encontramos una cuestión constitucional, aún nos queda el tribunal supremo. Todo eso podría llevarnos otro año. Siempre suponiendo que pierda. Pero no vamos a juicio para perder. Vamos para ganar. Otra cosa. Pensamos que debe tener a su lado a un abogado defensor de categoría como el juez Fredericks. Es un antiguo amigo de su padre.

Sería conveniente que Mr. Lavette fuese a verle para pedirle que se haga cargo del caso. ¿Se lo dirá a su padre?

—Se lo diré —respondió Barbara.

El juez James Fredericks, retirado, pertenecía al pequeño círculo de San Francisco llamado de los Primeros Colonizadores, lo cual significaba que su abuelo Big Bo Fredericks, fue juez de paz en el San Francisco de 1852. Había llegado tres años antes, en el *California*, vapor de rueda de la «Pacific Mail Steamship Company» en el que se embarcó, junto con varios centenares más de ávidos buscadores de oro, en la costa occidental de Panamá. Dado que no tuvo suerte en las minas de oro, optó por el salario fijo de juez de paz en la trepidante ciudad que en tres años había pasado de los ochocientos a los cuarenta mil habitantes. Ahora, casi cien años después, su nieto residía en una casa de estilo Tudor cubierta de hiedra en Pacific Heights, coleccionaba cerámicas chinas, daba alguna que otra conferencia y redactaba sosegadamente la historia del sistema judicial de California. Era un hombre delgado, de aspecto aristocrático, con su fino pelito blanco peinado en banda sobre un cráneo largo y estrecho. Llevaba mucho tiempo trabajando en Derecho marítimo y conoció a Dan Lavette a través del almirante Land, cuando Dan construía buques de cabotaje en Terminal Island. Trató de mostrarse contento de ver a Dan. Hablaron de los viejos tiempos, de unas cosas y de otras y del caso de Barbara.

—Si me encargara del caso, Dan, sería bajo falsas pretensiones. No estoy capacitado. Hace más de treinta años que no actúo en tribunales. Soy un especialista en Derecho marítimo, sí, y he presidido muchos juicios, pero no estoy muy ducho que digamos en Derecho federal o constitucional. Quizás usted me respete, pero en Washington no sería más que un presuntuoso abogado de California haciendo ostentación de título. Allí no nos quieren. No sería ninguna ayuda, sino más bien todo lo contrario.

—No lo sé —dijo Dan—. Me cuesta trabajo creerlo. Hacia dondequiera que me vuelva, me encuentro con un muro ciego. Nadie quiere involucrarse, nadie... ¡Por todos los santos del cielo, que no se trata del secuestro del hijo de Lindbergh! Ni es un asesinato alevoso. Se trata de una mujer cabal que no quiere hacer de soplona. ¿Es antiamericano? ¿Es un delito? ¿Qué es lo que nos pasa?

—Comprendo lo que siente, Dan —admitió el juez Fredericks—. Pero usted da a entender que tengo miedo y en esto se equivoca. Ya no ejerzo y dispongo de medios de fortuna. No tengo miedo a nada ni a nadie, y ese comité no me inspira más que una viva repugnancia. Estoy tratando de ser franco con usted. ¿Lo ha sido usted conmigo?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dan con frialdad.

—Quiero decir que viene usted a mí después de haber tomado sus medidas y eso

es algo que me desconcierta.

—Me parece que será mejor que se explique.

—No sabe de qué le hablo.

—No, no lo sé.

—Bien. Ese desperdicio humano que nuestro Estado ha elegido para martirizar a la nación, es decir, el congresista Norman Drake, está a sueldo de las empresas Lavette. Les pertenece a ustedes en cuerpo y alma, eso suponiendo que la tenga. Hubiera podido, no ya impedir que este asunto fuera sometido a la votación del Congreso, sino pararlo incluso después. Sólo tenía que apuntar a los del Departamento de Justicia que el comité no deseaba que el caso llegara a los tribunales, y ahí hubiera terminado todo. Por eso, decir que su petición me sorprende es decir poco.

El doctor Kellman había prevenido a Dan contra los accesos de furor. «La cólera es un acto de violencia que se inflige al propio cuerpo —le dijo—. Hay otras maneras. Respira hondo, piensa, reflexiona».

Dan recordó el consejo y trató de controlar la indignación. Consiguió decir con voz serena:

—Dice usted que Drake está a sueldo de las empresas Lavette. Es posible que a Drake no se le pueda calumniar, pero a mí sí se me ha calumniado. Nunca he visto al congresista Drake ni he hablado con él; de modo, juez Fredericks, que aquí se impone una explicación y, si no me la da, no respondo de mí. Veo que no me conoce; si me conociera, no se atrevería a decirme eso.

Siguió un silencio largo y tenso. Dan se puso en pie, y los dos hombres quedaron frente a frente. Finalmente, Fredericks dijo:

—Le ruego que acepte mis disculpas.

—¡Al cuerno sus disculpas! Quiero una explicación.

—De acuerdo. Dos personas, las dos de absoluta confianza, me han dicho que se ha visto juntos a su hijo y a Drake, en el restaurante «Frederick's» de Berkeley, donde se hallaba también la persona que me informó. También se han entrevistado aquí, en San Francisco. En esta última ocasión, su hijo entregó a Drake una suma de dinero, no sé exactamente cuánto. El que facilitó el efectivo a su hijo sólo me dijo que era una cantidad considerable.

—¿Es que tiene montado un servicio de espionaje particular? —explotó Dan—. ¿Qué historias son ésas?

—La verdad. Tengo amigos y oigo lo que se dice por ahí. Si cree que le he insultado, perdóneme. Ya le he presentado mis disculpas. Es lo único que puedo hacer. Creí que usted estaba enterado y por eso me sorprendió saber que su hija había sido arrestada y que va a ser sometida a juicio. Francamente, creí que había mediado un soborno; pero ahora veo que usted no está al corriente de lo que pretende su hijo,

sea lo que fuere. Comprenda, pues, que son varias las razones por las que no puedo encargarme del caso de su hija.

Dan respiró varias veces profundamente antes de decidirse a hablar y luego dijo, muy despacio:

—Creo que ahora me toca a mí pedir disculpas. Gracias por recibirme. Siento mucho lo ocurrido.

—También lo siento yo —contestó el juez Fredericks.

Dan subió al coche y se quedó un rato sentado al volante, con los ojos cerrados. «No puedo ir por la vida como un inválido —se dijo—. Eso nunca». El acceso de cólera había pasado, pero todavía estaba indignado; sentía una ira sorda y persistente.

Se dirigió hacia el centro y aparcó el coche al lado de la torre de acero y cristal que albergaba a la «GCS». Encima de la puerta había un brillante rótulo nuevo con letras de casi dos metros. Dan tomó el ascensor hasta la planta de Dirección. También aquí se observaban signos de los nuevos tiempos: alfombras tejidas a medida, cuadros abstractos, una recepcionista con una melena rubia tan reluciente como el teléfono cromado de encima de la mesa.

—Quiero ver a Mr. Lavette —le dijo Dan.

—¿Está citado?

—Soy su padre.

Sin dejarse impresionar por la información, la muchacha dijo a Dan que tenía que hablar con la secretaria de Mr. Lavette. El parentesco influyó y Dan fue introducido en el despacho de una mujer de pelo negro, que se presentó a sí misma como Miss Loper.

—¡Ah, el papá de Mr. Lavette! Nadie lo diría al verle tan joven. —Al ver que aquel hombre alto de pelo blanco permanecía impasible, la mujer añadió rápidamente—: En seguida le recibirá. Está hablando por teléfono.

Tom abrió la puerta que conducía a su despacho.

—Pasa, pasa —dijo—. Ya conoces a Janet, mi brazo derecho. Me alegro de que te hayas decidido a venir. Debí pedírtelo hace semanas, pero he tenido un alud de trabajo. —Cerró la puerta—. Siéntate. ¿Quieres beber algo?

Dan se quedó de pie. Tom se situó detrás de su enorme escritorio con tablero de ébano y se sentó lentamente.

—¿Pasa algo malo? —preguntó, intrigado.

—¿Tú has andado por ahí con Norman Drake?

Tom titubeó. Luego, dijo:

—¿A eso vienes? ¿A preguntarme por Drake?

—Te he hecho una pregunta. ¿Has visto a Drake?

—Sí, efectivamente. Le he visto un par de veces.

—¿Le has dado dinero?

—Ése es asunto personal. No pienso hablar de mis relaciones con él.

—¿Le has pedido que retire las acusaciones contra Barbara?

Nuevamente, Tom vaciló, esta vez más ostensiblemente.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque Barbara puede hacer que se retire la acusación cuando quiera. No tiene más que dejar de hacer de Juana de Arco y responder a la pregunta que le hicieron.

—¿Sabes que ayer la arrestaron?

Tom se encogió de hombros.

—Ella se lo ha buscado.

—Muy bien —dijo Dan—. Eres mi hijo. Eres un cerdo; pero eres mi hijo. Si no lo fueras, quizá te matara aquí mismo. De todos modos, no quiero volver a verte más.

Salió del despacho dando un portazo, pasó rápidamente ante la asombrada Miss Loper y salió del edificio.

Aquella noche contó a Jean lo sucedido, sin omitir nada.

—¿Qué es lo que hicimos mal, Jean? ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—Deja de darle vueltas o te volverás loco, Danny. En esta ridícula sociedad nuestra, nadie está preparado para educar a los hijos, y los ricos, menos todavía. No me gusta la idea de volver la espalda a Tom para siempre; pero me preocupa mucho más el disgusto que tú te has llevado. No te hace ningún bien.

—Estoy perfectamente. Si quieres ver a Tom, yo no tengo inconveniente.

—Ahora no tengo ganas de verle, desde luego. Dentro de seis meses o un año, no sé. Lo que importa es decidir si se lo decimos a Barbara.

—Tengo que decirle por qué Fredericks se niega a encargarse del caso.

—Dale las otras razones. No pongas obstáculos entre ellos, Danny. Bastante pena tiene ya.

Una mañana, una hora después de que Joe saliera hacia el dispensario, sonó el teléfono en casa de Sally. Una voz de mujer que dijo ser la secretaria de Alex Hargasey le preguntó si podría estar a las tres en el despacho de Mr. Hargasey.

—¡Y tanto! —exclamó Sally—. Puede estar segura.

—Estudios «Paramount». La puerta de entrada está en Marathon, al este de Cower. Si baja por Melrose...

—Sí; ya sé dónde está.

—Dejaremos un pase para usted en la garita de la entrada. El guardián le indicará.

Temblando de emoción, Sally puso a May Ling en su sillita del coche y fue al dispensario. El coche era un «Ford» de ocho años, díscolo y caprichoso, y Sally se encomendaba a todos los santos para que no le fallara aquel día.

Eran las diez de la mañana, y el dispensario estaba abarrotado. Sally esperó con

impaciencia a que Joe saliera del consultorio. Se sentó a un extremo de la hilera de sillas mirando a las mujeres y niños mexicanos, con algún que otro hombre entre ellos, todos sentados apáticamente, con gesto de resignación, como está la gente en la sala de espera de los dispensarios gratuitos, triste, paciente y callada.

Salió Billy, y su cara se animó al verla.

—¿Por qué no has avisado que estabas aquí?

—Joe se enfada cuando le interrumpo.

—Eso no; Joe nunca se enfada.

—¿Querías hacerme un gran favor, Billy? Te acuerdas de mi guión, ¿verdad? Lo mandé a Alex Hargasey, a la «Paramount», y ahora quiere verme. Ha llamado su secretaria y ha dicho que vaya a las tres. Habla con Joe, ¿quieres? Necesito a alguien para que cuide de la niña un par de horas. Si pudieras estar en casa a las dos, tendría tiempo de sobra.

Entonces salió Joe, y Sally repitió la explicación.

—¿No estás contento? —preguntó—. ¿Verdad que es emocionante?

—Tenemos mucho trabajo. Necesito a Billy aquí.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¡No puedo creerlo!

—Vamos a mi despacho —dijo Joe—. No quiero hablar aquí.

Billy no había dicho nada; sólo miraba a Sally con muda admiración. Ya en el despacho, Joe dijo:

—Podías haber llamado por teléfono. No tenías por qué traer aquí a la niña.

—Creí que tú estarías en el hospital y que tendría que convencer a Frank para que me dejase a Billy unas horas. Todo esto es ridículo. ¿Tú sabes las posibilidades que hay de que te admitan un guión? Puede que una entre mil. Y pagan cifras enormes, de veinte o treinta mil dólares o más. Ahora tengo esta oportunidad y tú te quedas como si no te importara.

—Pues claro que me importa, Sally. Tienes razón, he sido un poco bruto. A veces me parece que voy a volverme loco. Cada día tenemos más pacientes y el municipio se lava las manos. A nadie le importamos.

—Ya lo sé. Me llevaré a May Ling. Ya habrán visto a otros niños pequeños.

—Ni hablar. Te mandaré a Billy.

Aquella tarde, cuando Billy llegó, Sally todavía estaba peleando con su pelo y con su cara. Se pintó los labios y luego se quitó la pintura, se puso colorete y luego se lavó la cara. Se puso «Kleenex» dentro del sujetador y se lo quitó, furiosa. Se miró el pelo y le pareció paja; siempre lo tendría como la paja. Se miró la cara, aquellos pómulos salientes, los ojos muy azules y hundidos, la boca grande y expresiva, y se dijo que no tenía arreglo. Se cambió tres veces de ropa y, por fin, se decidió por una falda plegada gris, una blusa blanca y una chaqueta de punto gris. «Soy rancia —se dijo—. Siempre lo fui y siempre lo seré». Y a Billy:

—¿Cómo estoy? ¿Una facha? Puedes decirlo tranquilamente.

—Creo que eres la mujer más hermosa que he conocido —contestó él muy serio.

—Y yo creo que estás chiflado. No he debido preguntarte. Billy, tú tienes de mí una idea completamente disparatada. No soy bonita. Soy egoísta y vanidosa y estoy volviendo loco a mi marido.

—¡Oh, no, no! No te disgustes por lo que dice Joe. No puedes imaginar lo que es aquello últimamente. Cuando te fuiste esta mañana trajeron a dos muchachos heridos en una riña a navajazos, sangrando como cerdos. Dos horas tardamos en contener la hemorragia y suturar. Luego, necesitaban sangre y no encontrábamos un hospital que los admitiera para hacerles una transfusión...

—Eso ha sido mi vida durante los dos últimos años —dijo Sally, interrumpiéndole—. Hablemos de May Ling. Ahora duerme. Cuando despierte estará mojada. ¿Sabes cambiar pañales?

—Supongo que sí —sonrió él.

—Luego la llevas a la sala. Dale la cosa para los dientes. No te molestará. Tú sólo vigílala. Ya anda, ¿sabes?

—Nos llevamos bien. No te preocupes.

Sally le abrazó y le dio un beso.

—Eres un ángel. Demasiado bueno para ser verdad.

Billy movió negativamente la cabeza.

—No; soy un desastre.

En la verja de los estudios, el guardián miró con escepticismo el coche de Sally.

—¿En qué puedo servirla, señorita?

—Mr. Hargasey me espera. Soy Sally Lavette.

El hombre miró la tablilla y asintió.

—Tuerza a la derecha, Miss Lavette. Puede dejar el coche junto a la pared. Luego, siga la línea amarilla y verá un edificio con entramado de madera, a la derecha. La recepcionista le indicará dónde está el despacho de Mr. Hargasey.

Cuando Sally aparcaba el coche eran sólo las tres menos diez. Avanzó lentamente por el recinto de los estudios, saboreando cada instante. Era la primera vez que pisaba unos estudios cinematográficos y se sentía hechizada por el ambiente: los grandes platos, la gente que andaba apresuradamente de un lado para otro, caracterizada para cada película, cowboys, indios, hermosas mujeres en traje de noche, hombres de frac andando bajo el sol, dos lindas rubias vestidas de cerilleras. «Me gusta, me gusta esto —pensaba—. Sería estupendo trabajar aquí». En un edificio situado a su izquierda había un rótulo en el que se leía: escritores. «Ahí estaría yo —se dijo—, ahí dentro, trabajando, sintiendo que mi vida tenía sentido. Bueno, veremos, veremos qué dice Mr. Hargasey. Quién sabe, quizás esté ahí dentro mañana mismo, revisando el guión».

Encontró el edificio con entramado de madera. La recepcionista le dijo que el despacho de Mr. Hargasey era el número cuatro, al final del vestíbulo. Cuando Sally empujó la puerta del despacho número cuatro, le temblaba la mano. La habitación era lo bastante regia como para albergar a Mr. Hargasey, pero no era más que el habitáculo de la secretaria, una rubia platino bien redondeada y muy maquillada que se ajustaba a la idea que tenía Sally de lo que debía ser una mujer atractiva.

—¿Es Mrs. Lavette? —inquirió con una sonrisa mecánica—. Siéntese, haga el favor. Mr. Hargasey la recibirá dentro de unos minutos. ¿Quiere ver los papeles?

Sally no tenía ni idea de lo que eran los papeles, pero asintió y la secretaria le dio unos ejemplares del *Daily Variety* y del *Reporter* de Hollywood. Sally los hojeó, sintiéndose integrada en aquel mundo maravilloso de las películas. Sonó el teléfono de la secretaria. Sally podía pasar al despacho de Mr. Hargasey.

—Por ahí —le dijo la secretaria, señalando la puerta de comunicación.

El despacho de Hargasey era grande, de siete metros por nueve, totalmente alfombrado en blanco marfil. Había un sofá, dos grandes butacones de cuero negro y una mesa enorme. Hargasey se levantó al entrar ella. Era un hombre fornido, completamente calvo y frisando en los sesenta.

—Siéntese, siéntese —dijo sonriendo y señalando una butaca situada frente a la mesa.

Hablaba con un vago acento extranjero, identificable por una placa de latón que había encima de la mesa en la que se leía: «No basta ser húngaro; también hay que tener talento».

—Conque usted es la nuera de Danny —dijo—. ¡Cuánto me alegro de poder hablar con alguien de la familia de Danny Lavette! Es todo un hombre. ¿Cómo está? Cuente, cuente.

—Tuvo un ataque al corazón.

—¡Oh... no!

—Pero ya está bien, muy bien. Mi marido, es decir, su hijo, es médico y dice que Dan se ha recuperado del todo.

Hablaba precipitadamente, como una boba.

—¿Y su preciosa esposa china? ¿Sigue tan guapa?

—¿May Ling? No. La pobre May Ling murió en Pearl Harbor hace casi ocho años. A mi hijita le pusimos su nombre.

—¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Qué gran pérdida! ¿Le diré a Danny cuánto lo siento? ¿Sí?

Sally asintió. Se quedó esperando que Hargasey continuara. Él la miraba con interés. El silencio se prolongaba y al fin Sally dijo:

—¿Podríamos hablar de mi guión?

—¿Su guión?

—El que le mandé.

—¡Ah, sí! Desde luego. Un asco.

—¿Qué?

—Usted me pregunta por el guión. ¿Qué quiere que le diga? Es un risco. Hija mía, existe una técnica, una manera, un arte de escribir para el cine. Y es algo que usted no posee. Olvídelo.

Sally le miró fijamente, luego se levantó bruscamente y, apoyándose en la mesa, le dijo:

—¿Y para eso me ha llamado? ¿Para decirme que mi guión es un asco?

—La llamé porque es la nuera de Danny. Yo quiero mucho a Danny.

—¡Quiere mucho a Danny! —exclamó ella, levantando la voz—. ¡Qué emoción! Quiere usted a Danny y por eso me hace concebir esperanzas, monta esta ridícula pantomima y luego no es capaz de decirme qué tiene de malo mi trabajo. ¡Oh, no, sólo que es un asco! ¡Puede usted ser el amigo del alma de Dan, Mr. Hargasey, pero yo no puedo menos que corresponder a sus sentimientos y decirle que es usted un asco, señor mío!

Le miraba temblando de indignación, echando chispas por sus ojos azul celeste. Hargasey la miraba atentamente, sin enfadarse ni alterarse, sólo la miraba.

—Es un... un... —Sally se quedó sin voz.

—Siga, siga usted —dijo Hargasey.

Sally tragó saliva, respiró profundamente y juntó las manos con fuerza, para disimular el temblor.

—Si me da el guión, me voy —susurró.

—Camine —pidió Hargasey.

—¿Qué?

—Dé unos pasos. Es posible, sí.

—¿Por qué?

—Usted quiere su guión. Está bien, camine por el despacho y se lo daré.

—¿Está loco?

—Puede. ¡Quién sabe!

Sally dio dos pasos y se volvió con ojos llameantes.

—¡Váyase usted al cuerno! ¡Encima va a tomarme el pelo! Usted puede decirme que mi trabajo es un asco, pero nada más.

—Quítese el jersey.

—¡No! ¡Deme mi guión!

Hargasey se levantó y dio la vuelta a la mesa. Sally retrocedió.

—Cuidado —le dijo—, aunque me vea flaca soy fuerte. Y soy más alta que usted. Me crié en el campo, con dos hermanos. Conque cuidado con lo que hace.

Él soltó una carcajada.

—¡Oh, Sally, qué encanto de criatura! ¡Las cosas que pasan en Hollywood! ¿Verdad? Y tú te lo crees todo. Eso es lo que tiene de malo el guión. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—¡Qué hermosura! Podrías ser mi nieta. Hay hombres de mi edad que juegan con niñas. Yo no. Quítese el jersey. Quiero verla sin él.

Sus modales eran distintos. Era amable, insinuante, enigmático. Mientras se quitaba la chaqueta, Sally advirtió que su furor se había disipado y se preguntó por qué le obedecía. Él la miró unos momentos, examinándola de pies a cabeza.

—¿Has actuado ya, Sally? ¿Teatro de aficionados o algo por el estilo?

Ella movió negativamente la cabeza.

—No importa. —Se acercó a la mesa y cogió un manuscrito—. Siéntate ahí y lee esto. Hay un personaje que se llama «Lotte». Léelo y piensa en esa mujer.

—Yo no sé actuar. No he actuado en mi vida. Tampoco puedo sentarme ahí a leer. Tengo una niña pequeña en casa. He de volver ahora mismo.

Él señaló el teléfono.

—Llama. ¿Quieres que mande a una enfermera a tu casa? O a mi secretaria. Lo que prefieras.

—No sé qué pretende usted —repuso ella, quejumbrosa.

—Déjame pensar. Llama a tu casa.

—Ni siquiera soy bonita —suspiró Sally tristemente.

—Sally, esta ciudad está llena de muchachas bonitas. Las hay por todas partes. Ahí fuera hay cincuenta caras bonitas. No significa nada, absolutamente nada. Son todas iguales, cortadas por el mismo patrón. Tú tienes eso que tenía la Garbo. Ya sé que no te pareces a ella en nada, gracias a Dios. No es una de mis favoritas. Tampoco eres guapa, pero tienes una cara especial. Y carácter. Eso. De acuerdo, estoy loco. Ahí fuera, cincuenta chicas se arrastran a mis pies, llorando. A ellas debería pedirles que leyeran ese guión. Hazme un favor. Llama a tu casa.

Ella se acercó a la mesa, descolgó el teléfono y empezó a marcar.

—No; primero el nueve y luego marcas el número.

Volvió a marcar. Contestó Billy.

—Billy, ¿podrías quedarte un par de horas más, por favor? ¿O hasta que yo vuelva?

—¿Qué ocurre, Sally? Tienes un tono terrible.

—No, no es terrible. Estoy bien.

—Supongo que no habrá inconveniente en que me quede —inquirió él—. ¿Y qué le digo a Joe? ¿Volverás para la cena?

—¡Oh, sí!

—No te preocupes. Eso de los pañales se me da muy bien.

—Billy, si a las cinco aún no he llegado, en la nevera verás una botella. Caliéntala hasta la temperatura del cuerpo. Y mézclale una taza de «Pabulum». Las instrucciones están en la caja. Deja que coma cuanto quiera.

Sally colgó el teléfono y se volvió hacia Hargasey.

—No sé por qué hago esto. Me parece que he perdido el juicio.

—De acuerdo, has perdido el juicio. —Le dio el guión—. Lee.

Ella cogió el manuscrito, se sentó en una de las butacas de cuero y se puso a leer. Hargasey descolgó el teléfono y Sally le oyó decir:

—Ponme con Mike Bordon —y, al cabo de un momento—: Mike, he encontrado a nuestra «Lotte». Quiero que prepares una prueba. —Pausa—. Ya sé que estas cosas no suceden, pero ha sucedido. Tienes que verla. Alta, hombros anchos, un pelo rubio que no es de frasco, parece que acaba de saltar de una carreta. Y cara de ángel enojado. Y personalidad. —Otra pausa—. ¿Que si sabe actuar? Mike, ¿quieres decirme quién diablos sabe actuar en esta cochina industria? Ésta me recuerda a Lauren Bacall, pero tiene algo que para sí quisiera la Bacall. ¿Qué más puedo decirte? Ya la verás. Dentro de una hora.

Eran casi las ocho cuando Sally llegó a su casa. Joe estaba en la cocina y al oír la entrar se levantó rápidamente, salió a su encuentro y la abrazó.

—Estaba preocupado —le dijo—. Creí que me volvía loco. Llamé a los estudios, pero el contestador me dijo que ya habían cerrado por hoy.

—¿No estás enfadado?

—Nunca me enfado contigo, Sally. ¿Es que no sabes lo mucho que te quiero? He pasado muy mal rato.

—¡Oh, Joey, me ha pasado la cosa más estupenda y fantástica que puedas imaginar! Ya sabes que fui a la «Paramount» porque ese Hargasey, el amigo de tu padre, el que le encargó el yate, me había mandado llamar. Creí que me diría que mi guión era maravilloso. Es un hombre muy raro, gordito y calvo como una bola de billar; pero no me dijo eso, sólo quería verme porque como aprecia tanto a tu padre...

—Calma, calma —suplicó Joe, riendo a pesar suyo—. Vamos a la cocina. He hecho café. Te pondré una taza.

Sally esperó hasta que estuvieron sentados a la mesa de la cocina.

—Tú escucha, Joey, y no te rías ni te enfades; pero de entrada él me dice que mi guión es una porquería, que no vale nada y que yo no entiendo ni una jota de escribir para el cine. Bueno, yo me puse furiosa y empecé a gritar y le dije todo lo que pensaba de él. Y él, allí sentado, me miraba. Me miraba y me dijo que caminara y luego me preguntó si había actuado. Yo pensé que se insinuaba y me puse furiosa, pero nada de eso; es un hombrecito muy simpático. Me dio a leer un guión y mandó que me hicieran una prueba allí mismo...

—Un momento, un momento —dijo Joe—. ¿Qué estás diciendo, Sally? ¿No te habrás dejado engañar por ese truco?

—Pero ¿vas a escucharme? No es un truco ni yo soy una idiota ni una niña pequeña. ¿Quieres saber lo que pasó? Estuve una hora leyendo el guión. Es un Western, nada del otro jueves, pero no está mal. *El sortilegio púrpura* se llama. Luego, Hargasey me llevó a un local inmenso en el que había nada menos que cuatro platós. Aprovecharon uno de ellos que representaba un saloon del Oeste porque ya estaba preparado, pero aún no se han hecho los decorados para la película porque ni siquiera han empezado. El plató estaba iluminado con focos y había un cámara y otro hombre, el director de producción de Hargasey, Mike Bordon se llama, que me leía las réplicas, pero yo me aprendí de memoria mis frases y luego lo filmaron. Luego me mandaron hacer otras cosas y también las filmaron. Después hablamos. Los dos estuvieron muy simpáticos y me dijeron que volviera mañana, que ya estará revelada la película, el copión dijeron, y Mr. Hargasey me prometió que si doy bien, el papel es mío, porque ya está harto de buscar a alguien que no existe. Él habla así porque es húngaro, pero muy amable. Y dice que no me preocupe por no tener experiencia, que ya me buscará un maestro, pero que tengo talento natural, que no sé lo que quiere decir.

Sally dejó de hablar y miró a Joe. Él la miraba preocupado, con el entrecejo fruncido y la cara crispada.

—¿Joe?

—Yo te quiero tanto...

—Joe, llevas semanas sin mirarme a la cara. A veces me pregunto si te habrás enterado de que existo.

—Es mi manera de ser —repuso él tristemente—. Tú lo sabes, Sally, siempre he sido igual. No significa que no te quiera. Tú eres lo más importante de mi vida.

Impulsivamente, Sally se levantó, dio la vuelta a la mesa y le oprimió la cabeza contra su pecho.

—Tú me llamabas tonto. Lo soy.

—¡Oh, no, no...! Eres el hombre más bueno que conozco. Joey, ¿tú no quieres que lo haga? —Ella le soltó y le miró con los ojos muy abiertos—. Si tú no quieres...

—Tú lo deseas ¿verdad?

—Es como un sueño. Joe, ojalá yo fuera la clase de persona que tú quieres y pudiera estar siempre en casa y tener hijos, y estar aquí cuando tú me necesitaras... pero no puedo, yo no soy así y he sido tan desgraciada...

—Tú lo deseas mucho, ¿no?

—Más que nada en el mundo. —Sally cerró los ojos y se quedó muy quieta un momento, con las manos juntas.

Al verla así, Joe comprendió lo que había ocurrido en los estudios. Sally era como

una extraña criatura silvestre criada en cautividad, pero no domesticada ni civilizada.

—Ya nos arreglaremos —dijo—. No te preocupes, Sally. Tú sigue adelante y veremos qué ocurre.

Al día siguiente, cuando Sally volvió a los estudios, Hargasey le presentó a un tal Jack Lesser, de unos cuarenta años, con gafas y bien vestido.

—Lesser es de la agenda William Morris —dijo Hargasey—. Es una agenda artística muy respetable cuyo trabajo consiste en procurar que los actores no sean estafados por gente como yo. Le he llamado porque voy a hacerte una oferta y él te dirá que lo que yo ofrezco no es bastante. Es su trabajo. En realidad podría contratarte por una miseria, pero eres la nuera de Danny y, además, me gustas. De todos modos —dijo a Lesser—, vosotros tendríais que darme dinero encima. Tengo que enseñarla a actuar, a andar, a hablar...

—Me partes el corazón —dijo Lesser y, a Sally—: represento a una excelente agencia, Mrs. Lavette, pero no se deje usted influir por Hargasey. Tiene que contratarme por propia voluntad. Yo le pediré que firme un contrato con nuestra agencia. El dinero que gane lo cobrará a través de la agencia que le deducirá un diez por ciento. ¿De verdad quiere que yo sea su representante?

—Sí. Ya había oído hablar de la agencia William Morris. Sí, me gustaría. Es decir, si Mr. Hargasey opina que voy a necesitar un representante.

—Lo necesitas —afirmó Hargasey—. Puedes estar segura.

El doctor Kellman llamó por teléfono a Barbara para invitarla a ir a su casa al día siguiente por la noche.

—Me gustaría invitarte a cenar, Barbara —le dijo—; pero yo no puedo estar en casa antes de las nueve. ¿A las nueve y media?

—Sí, desde luego. ¿Se trata de papá?

—En realidad, no. Pero ya hablaremos mañana.

Kellman vivía a poca distancia de Barbara, en uno de los nuevos bloques de pisos de Jones Street. Era una fresca y tranquila noche de verano y Barbara fue andando, disfrutando del paseo. Últimamente pasaba demasiadas horas encerrada en su estudio. Recordó con nostalgia el caballo que tenía en Menlo Park, cuando era jovencita, las cabalgadas por la montaña, el galope en el picadero, sintiendo el viento en la cara. Vendió el caballo, *Sandy*, regalo de su padre, en 1934, como había vendido todo lo que tenía para comprar comida para la cantina en la que trabajó durante la huelga portuaria. Hacía de aquello catorce, casi quince años, y desde entonces no había vuelto a montar. ¿Hubo realmente una época en su vida en la que lo más importante del mundo era para ella *Sandy*? ¿Qué había sido de su maravillosa, tranquila y fútil niñez? ¿O fue de verdad maravillosa y tranquila? ¿Y qué derecho tenía a quejarse? Había dado y recibido amor, había conocido el dolor y la alegría. Barbara tenía el don

de vencer la desesperación casi en el mismo instante de sentirla, y cuando llegó a casa del doctor Kellman, estaba tranquila y contenta y sólo medianamente interesada en el motivo de su llamada.

Por lo que le había dicho su madre, Dan no llevaba una vida apropiada para un convaleciente, y Barbara suponía que el doctor Kellman quería pedirle que usara su influencia con su padre, aunque, desde luego, resultaba extraño que el doctor Kellman se dirigiera precisamente a ella. Tanto mayor fue su asombro cuando, al entrar en el apartamento del doctor Kellman, se encontró rodeada de gente. Pero casi inmediatamente Barbara comprendió el motivo de la reunión.

Allí estaban las dieciocho personas que habían dado dinero para comprar las medicinas para el hospital de Toulouse: el doctor Kellman y su esposa; el profesor Brady de Berkeley y su esposa; Mrs. Seligman, de ochenta y nueve años, decana de la vieja sociedad de San Francisco; el doctor Montrosa y su esposa; Dave Appelle, contable; Eloise y Adam Levy; dos amigas de la infancia, Ruth y Leslie Adams, hermanas, con sus maridos; el profesor Gladstone, el historiador; Arnold Dell, que trabajaba para el *Examiner*; la viuda Gifford; Mrs. Abramson; Jed Kenton; Stephan Cassala; el doctor Murphy; Fred Cooper y Carl Anson, del sindicato portuario, todos rodeándola, abrazándola y diciéndole lo contentos que estaban de verla.

Fue muy emocionante, y Barbara tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar. Finalmente, el doctor Kellman dio unas palmadas para imponer silencio y dijo:

—Está bien, señoras y caballeros. Se acabaron los saludos. Tengan la bondad de tomar asiento en las sillas o en el suelo, porque esto no es una reunión social, sino una reunión oficial, y como tal debe ajustarse a un orden. Como sea que he traído a Barbara bajo un falso pretexto, debo empezar por pedirle perdón. ¿Me perdonas?

Incapaz de hablar, Barbara asintió y abrió las manos. Frotándose los ojos y parpadeando, se sentó en la silla que le ofrecían.

—Las bebidas y las pastas, después —dijo el doctor Kellman—. Primeramente, vamos al asunto de la noche, una noche nada fácil de organizar por cierto. Todos ustedes son personas muy atareadas. De todos modos, dado que la idea de convocar esta reunión partió de Mrs. Seligman, le cedo a ella la palabra. Por favor, no se levante —dijo a la anciana que estaba sentada en un ángulo de la sala, apoyada en un bastón—. Puede hablar desde donde está.

—No es que no pueda ponerme de pie —repuso Mrs. Seligman—. Esa ridícula prevención que se tiene contra los viejos... que si achacosos, que si chochos... En fin, sepan ustedes que yo personalmente embauqué a Barbara para que me diera sus nombres. Todos y cada uno de ellos. La invité a tomar el té y, con una sinceridad y una confianza que yo no merecía, habló conmigo del asunto sin la menor reserva. Luego, conspirando con Milt Kellman, decidimos ponernos en contacto con todos ustedes. Como puedes ver —dijo a Barbara—, hay aquí cinco personas que podrían

perder su empleo si se revelaran sus nombres. Quedamos trece a los que no nos importa y nos encontramos aquí esta noche para decirte lo orgullosos y agradecidos que estamos porque hayas hecho tanto para protegernos. Pero ya basta. Mañana daremos nuestros nombres a la Prensa y éste será el fin de todos tus problemas.

Sonó un murmullo de aplausos y todos los rostros se volvieron hacia Barbara que se levantó vacilando.

—Tienes la palabra —indicó el doctor Kellman.

—Pero casi no puedo hablar. Lo que de verdad me gustaría es irme a un rincón y llorar a mis anchas. Sois todos tan estupendos... Ésta es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Pero no podéis hacer eso.

—Está decidido —terció Mrs. Gifford.

—No, por favor. Trataré de explicarme. Esta idiotez, este desacato al Congreso del que me acusan, es algo que hice yo y que sólo yo puedo remediar. No serviría de nada, ni a mí ni a vosotros, el que vuestros nombres aparecieran en los periódicos. Yo seguiría en desacato.

—Pues da tú nuestros nombres al comité —dijo el doctor Montrosa—. ¿Alguien tiene inconveniente?

Todos movieron negativamente la cabeza, pero Barbara dijo:

—Yo lo tengo, lo siento.

—¿Por qué, Barbara? —preguntó el doctor Kellman.

—Todos sois muy amables y pensáis que trato de protegeros. Bueno, quizás haya algo de cierto en eso, porque yo estoy en deuda con vosotros. Yo os pedí ese dinero, por lo que todo este asunto es responsabilidad mía, no vuestra...

Hubo protestas.

—¡Oh, no!

—Estás equivocada.

—La responsabilidad es de todos.

—Por favor, escuchad. Eso es sólo un aspecto del caso y aparte lo que vosotros penséis, aunque no estuviera en deuda con vosotros, sé lo que me debo a mí misma. Eso es algo que sólo yo puedo decidir, porque tengo que vivir con mi conciencia. Y estoy decidida. No pienso dar los nombres de personas inocentes a ese repugnante comité. No lo haré y nadie podrá hacerme cambiar de parecer. Ya sé que parezco testaruda e inflexible, pero lo he pensado muy bien. Y no significa que no agradezca el que estéis aquí esta noche, pero así están las cosas.

La discusión se prolongó durante una hora, pero Barbara no cedió y, finalmente, se acordó que no se publicarían los nombres. Barbara se fue con Adam y Eloise y, una vez fuera del apartamento, Eloise dijo:

—Bobby, estoy orgullosa de ti. Yo en tu lugar me habría vuelto atrás.

—No lo creo.

—Recuerda que para todo lo que puedas necesitar ya sabes dónde estamos. A menos de una hora de viaje.

Dejaron a Barbara delante de la casa de Green Street. Eran casi las doce. Siempre que Barbara regresaba tarde a casa, al abrir la puerta experimentaba una sensación de carencia, de vacío. La casa no estaba vacía. Dentro estaban Anna y Sam. El vacío estaba en sí misma, y la sensación parecía comunicarse al entorno, como una presencia lúgubre y fantasmal. Encendió las luces de la sala y miró alrededor. La alfombra tejida a mano, el viejo sofá negro de crin que perteneciera a Sam Goldberg, las dos butacas tapizadas de cuero, una a cada lado de la chimenea; decía Bernie que eran las únicas en las que cabía su persona, las revistas de la mesita, todo se impregnó de su soledad.

Subió las escaleras casi corriendo, como si quisiera escapar y entró en la habitación de Sam. La lamparilla estaba encendida. Sam, gordito y plácido, dormía feliz, con su cara sana y colorada. Barbara bajó de puntillas a la sala, pensando en la fantástica panacea que podía ser un niño bien alimentado, segura de que su momentánea depresión estaba vencida y preguntándose si no habría en su carácter alguna grave tara, si no adolecería de insensibilidad y por eso se consolaba tan pronto. «Si yo fuera una persona normal —pensó—, ahora tendría que sentir lástima de mí misma y no es así. ¡Qué gente tan simpática!».

No tenía sueño. Se preparó una taza de té y puso en el tocadiscos las *Invencciones* de Bach. Se sentó en la butaca favorita de Bernie, bebió poco a poco el té y entornó los ojos escuchando la maravillosa catarata de notas musicales. Se quedó dormida y la despertó el leve chirrido del cambio automático.

Sintió frío y subió al dormitorio. Anna siempre bajaba el calor antes de acostarse y las noches de verano son frescas y húmedas en San Francisco. Barbara se desnudó y se quedó un momento delante del espejo, tiritando. Se palpó los pechos, todavía firmes, y la lisa superficie del vientre, en el que apenas se notaba ya la cicatriz. «¡Qué desperdicios! —murmuró—. ¡Qué estúpido desperdicio!». Luego se puso el camisón y se metió en la cama. Las sábanas estaban heladas. Mientras esperaba que el calor del cuerpo calentara la cama, dijo en voz alta:

—¿Qué te parece, Bernie? ¿Hago bien? —Llorando y riendo a la vez, continuó—: ¡Cómo nos parecíamos! ¿Por qué no me di cuenta antes? Sé lo que dirías tú, con tu estilo inimitable: «¡Que los zurzan a todos!». ¡Tarado, dejarte matar así!

Boyd Kimmelman llamó por teléfono a Barbara y le dijo:

—Por fin han fijado fecha para el juicio. La primera semana de setiembre, juzgado federal de Washington. Pero no dejes que esto te quite el sueño. Recuerda lo que te he dicho. Aunque aquí se vaya todo a paseo y nos caigamos con todo el equipo nos queda el Tribunal de Apelación y el Tribunal Supremo.

—Boyd, a estas alturas, este asunto se ha convertido ya en parte de mi rutina diaria. La verdad es que me alegro de que la espera haya terminado. Es mucho mejor así.

—Tú, Harvey y yo tendríamos que reunimos para discutir la jugada, estudiar el plan de ataque, vamos. ¿Cuándo podrías venir?

—¿Ha de ser pronto, Boyd?

—Cuanto antes, mejor. ¿Mañana por la tarde?

—De acuerdo.

—Bien. Despejaremos el campo y procuraremos disponer de toda la tarde para reconocer el terreno, si hace falta.

Barbara se echó a reír por lo bajo. Maquinalmente había contado las frases hechas. Durante el par de minutos transcurridos desde que contestara al teléfono, había llegado a siete.

—Boyd —dijo—, eres formidable.

—¿Por qué? ¿He dicho algo especial?

—Hasta mañana.

Colgó el teléfono, se fue al estudio y escribió en el dietario: «A las tres, abogados defensores». Movi6 tristemente la cabeza al leerlo. Le parecía ampuloso y siniestro. Había cometido una transgresión menor. A su regreso de Washington buscó en el diccionario el significado del término. Encontró varias explicaciones: mala conducta, inconveniencia, falta que no llegaba a delito. En algunos lugares, escupir en la acera era una transgresión. O fumar donde estaba prohibido. O decir palabrotas. O pasearse desnuda por las calles de San Francisco. «O no contestar a una pregunta hecha por unos patanes indecentes», añadió.

Pero los diez escritores y directores de Hollywood que también se negaron a contestar preguntas habían sido sentenciados a ir a la cárcel, la mayoría, un año menos un día, de modo que no había que tomar el asunto a la ligera. Cuando Kimmelman llamó. Barbara se disponía a salir con Sam. La víspera había terminado el borrador de su novela. Hacía casi cinco meses que Bernie había muerto. Durante las primeras semanas, creyó que no podría volver a escribir ni a pensar con coherencia. Pero el trabajo estaba hecho. Pensaba pasar el día con Sam en el parque Golden Gate. Jean había quedado en pasar a recogerlos. Luego, los tres almorzarían por ahí. Sería el primer almuerzo de Sam en un restaurante, a los veinte meses de edad.

El timbre de la puerta la hizo salir de su abstracción. Era Jean, a la que Sam recibía con grandes demostraciones de alegría.

—Tú y yo, cogidos de la mano —dijo al niño, llevándolo hacia el coche—. Eres un joven muy guapo. Y muy buen andarín. —El coche era un «Cadillac» descapotable gris perla con todos los adelantos—. Es el regalo de cumpleaños de Dan

—explicó a Barbara—. Tiene de todo y lo hace todo. No le falta más que hablar. ¿No es un encanto?

Barbara subió al coche y sentó a Sam en su regazo.

—Este mundo nuestro es una maravilla. Papá te regala un «Cadillac» descapotable en tu cumpleaños y Tom echa a John Whittier de la empresa del abuelo, sin el menor miramiento, lo cual es prácticamente parricidio.

—¿Ya estás enterada?

—¿Queda alguien en la ciudad que no lo esté? Tengo un hermano excepcional. Me recuerda al emperador Calígula, pero con menos escrúpulos todavía.

—Me alegro de no conocer a ese Calígula. Sin embargo, opino que tú y Tom deberíais mantener cierta relación.

—¡Si la mantenemos, mamá! Pero el papel de Caperucita Roja no me va. Mas, continuando con el inventario familiar, mi hermano Joe está haciendo oposiciones a santo, a padre Damián o algo por el estilo en Los Ángeles...

—¿Quién es el padre Damián? Me parece que lo malo de ti, Barbara, es que tienes un exceso de cultura. Eso te viene de leer demasiado. Hijita, los ricos sólo necesitan un mínimo de conocimientos, unos toques de Princeton, por ejemplo, como tuvo tu hermano Tom. Todo lo que sea pasar de ahí puede despertar algo que se llama conciencia. Y respecto a ese padre Damián...

—Yo no soy rica, mamá. Me gano la vida escribiendo libros y artículos para las revistas femeninas; aunque últimamente huyen de mí como de la peste.

—Lo serás cuando muramos Dan y yo, a no ser que vuelvas a darlo todo. Aunque tampoco somos ricos, sino acomodados. Tom sí es rico. La diferencia que existe entre mi hijo y mi padre por un lado y yo por el otro puede definirse con una palabra que usan los ingleses para distinguir a la gente simplemente acomodada como yo y los que son tan ricos y poderosos que dominan. Los ingleses los llaman el *establishment*, algo así como el «sistema». Y Tom es uno de ellos. Pero yo sigo sin saber quién es el padre Damián.

—Era un sacerdote que se fue a vivir y a trabajar con los leprosos de Molokai, en las islas Hawai.

—¿Joe cuida a leprosos?

—No, mamá; pero la pobreza es una enfermedad peor. Y ahora Sally va a ser artista de cine o algo por el estilo. Y antes de que tú llegaras me llamó mi abogado para decirme que ya se ha señalado fecha para el juicio. Una pequeña delincuente para completar la colección. En conjunto, no puede decirse que no tengamos un buen palmarés, ¿no te parece?

—No podemos contar con el juez Fredericks —dijo Harvey Baxter a Barbara—. Ha rechazado el caso.

—¿Barbara sabe ya por qué? —preguntó Kimmelman.

Por el rabillo del ojo, Barbara vio que Baxter movía vivamente la cabeza.

—No lo necesitamos —dijo Kimmelman—. Yo siempre he dudado de la conveniencia de contar con un defensor distinguido. No es que no podamos contratar a un defensor de fama, Barbara. Ahora mismo puedo nombrarte a media docena de hombres que estarían dispuestos a intervenir y, si tú quieres, Harvey y yo te secundaremos en todo. ¿No es así, Harvey?

—Oh, sí, desde luego. Lo que importa saber, Barbara, es si tienes inconveniente en que te representemos nosotros.

—Harvey, francamente, ¿serviría de algo tener otro abogado?

Baxter movió afirmativamente la cabeza.

—Dejaré que Boyd conteste a eso, Bárbara. Él ha estado husmeando en los libros y se ha dedicado a tu caso.

—Plenamente —admitió Kimmelman—. Pero no se trata de encontrar algo exclusivo, puedes creerme, Barbara. Vamos a enfocarlo de este modo: he hablado varias veces con Washington, con viejos compañeros de armas y parece ser que el juez que entenderá del caso es Lansing Meadows. Me he documentado a fondo sobre él. Tiene sesenta y dos años, es republicano, fue nombrado por Herbert Hoover y nació en Richmond, Virginia. Tiene fama de duro, severo y conservador, no se dejará impresionar por un demócrata californiano y no creo que podamos conseguir que nos represente un republicano preeminente. Es un caso muy curioso, Barbara. Antes de la guerra eran muy pocos los casos de desacato que iban a juicio, y en éstos las sentencias eran raras. Generalmente, todo acababa en una multa bastante fuerte y una sentencia aplazada. El juez Meadows se ha encargado de cinco casos de desacato, el más reciente, en el cuarenta, y en todos ellos impuso una multa y dejó la sentencia en suspenso. Pero ahora ha cambiado el panorama. Todos los casos que llegan a los tribunales a través del Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas terminan en una sentencia de prisión. Parece una locura que una falta pequeña te coloque en semejante situación, pero son los nuevos tiempos. Ahora bien, tanto Harvey como yo creemos que el caso puede ganarse; pero tú debes decidir.

—¿Y si perdemos, Boyd, qué es lo peor que puede ocurrir?

—Un año de cárcel. Pero es lo peor de todo y no creo que llegemos a eso, en ninguna circunstancia.

—Está bien —dijo Barbara—. No tengo inconveniente en que tú y Harvey me representéis. No quiero otros abogados.

—De acuerdo. Veamos cómo están las cosas. He leído las actas del interrogatorio una docena de veces y no me cabe la menor duda de que la pregunta que te hicieron es pertinente. Digamos que lo no pertinente era la investigación en sí. Eso es otra cosa. Pero si aceptamos la investigación, hemos de reconocer que la pregunta es

pertinente. Ellos te la hicieron. Tú te negaste a contestar. *Ipsa facto*, desacato al Congreso. Desde este punto de vista, la cosa no tiene vuelta de hoja. Pero no opino yo así. Existen dos caminos abiertos a la defensa. El primero, demostrar que la citación era improcedente, que tú, Barbara Cohen, no habías cometido acto alguno que pudiera considerarse antinorteamericano y, por consiguiente, no había lugar a la citación. He encontrado un precedente que apoya este planteamiento y en él basaré mi primera jugada, mejor dicho, lo hará Harvey, puesto que él llevará el caso. Lo primero, pues, será presentar una moción para que el caso sea sobreseído. Existe una posibilidad, aunque yo en tu lugar no me haría muchas ilusiones. Si se rechaza la moción, presentaremos otra, aduciendo que no incumbe al comité citarte como testigo para una investigación. No prosperará, pero lo haremos constar en acta.

—No comprendo, Boyd. ¿En qué se basará entonces la defensa propiamente dicha?

—A eso iba. En un caso criminal ordinario, el Estado debe demostrar la culpabilidad del acusado al que, en principio, se supone inocente. Pero aquí, puesto que no existe delito, la Cámara de Representantes ha votado ya la acusación de culpabilidad y la acusada tiene que demostrar su inocencia. Sé que es disparatado, pero trata de no perderte. Tú eres culpable de desacato en virtud de un voto de la Cámara. ¿Cómo establecemos tu inocencia? Sólo podemos hacerlo invalidando la actuación del comité. Es un procedimiento que viola todos los cánones de la ley anglosajona ordinaria y, a mi modo de ver, también es anticonstitucional. Creo que contraviene el espíritu de la Quinta Enmienda que declara que no se podrá obligar a nadie a declarar contra sí mismo. Harvey opina que perdimos la oportunidad de hacerlo y que él debió aconsejarte que invocaras la Quinta Enmienda y ahora se lo reprocha amargamente. Pero en realidad él no tenía por qué decirte que te acogieras a ella. Yo voy a hacer un nuevo planteamiento y trataré de establecer que, fuera invocada o no, la Quinta Enmienda debe aplicarse. Barbara, no sólo es nuestra única esperanza, sino que toca un tema constitucional, que es lo que yo quiero por encima de todo. Porque, si perdemos, podemos apelar hasta llegar al Tribunal Supremo, con la esperanza de que nos escuchen. Ésta es nuestra baza.

—Pero Boyd quiere llamarte a declarar —dijo Baxter—. Y, siendo la acusada, no tienes por qué salir al estrado. Me da miedo.

—Pero, Harvey, tengo que salir. ¿Quién si no? Estoy sola en esto.

—Podríamos llamar a testigos que declarasen sobre tu carácter.

—Vamos, Harvey —dijo Kimmelman—, tienes que aceptar la realidad. Nuestro único testigo es ella. Sin Barbara no hay caso.

La discusión se prolongó hasta casi las cinco. Boyd Kimmelman salió a la calle con Barbara. Mientras bajaban las escaleras, ella dijo:

—Esta tarde, cuando empezamos a hablar, tú preguntaste si sabía por qué el juez

Fredericks había rechazado el caso y Harvey te mandó callar por señas.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—Por lo menos, lo intento. ¿Por qué no quiere saber nada de nosotros el juez Fredericks?

—Creo que deberías preguntárselo a Harvey.

—Boyd, no te hagas el listo conmigo. Soy una mujer mayor y estoy metida en una ciénaga hasta las rodillas. Quiero saber por qué.

—No es más que un rumor.

—¿Qué rumor, Boyd?

Él suspiró:

—¿Insistes en que te lo diga?

—Naturalmente. ¿Para qué están los abogados? Si no me lo dices tú, me enteraré por otros y mi confianza en ti saldrá mal parada.

—Está bien. Es un asco; pero, si lo pones así, no tengo alternativa, ¿verdad?

—Exactamente. No tienes alternativa.

—Se dice por ahí que tu hermano Tom ha estado metido en trapicheos con el congresista Drake desde el principio.

Barbara se paró y le miró. Estaba en el vestíbulo del edificio, delante de la puerta de la calle. Sintió una bola de hielo en el estómago.

—No puedo creerlo.

—Nosotros tampoco podíamos. Harvey fue a ver al juez Fredericks y el juez lo admitió.

—¿Lo sabe mi padre?

—Supongo que sí; él fue el primero que habló con Fredericks. Lo siento mucho, Barbara.

—Yo soy quien debe sentirlo, Boyd —dijo ella tristemente—. ¡Qué basura! En fin, procura olvidarlo. No hace falta que Harvey se entere de que me lo has dicho.

Barbara, sentada entre Harvey Baxter y Boyd Kimmelman, presenciaba la selección del Jurado. Subió al estrado un negro muy corpulento, correctamente vestido con traje negro, camisa blanca y corbata negra que miró imperturbable a Peter Crombie, el fiscal del Gobierno. Del bolsillo de la americana asomaban cuatro gruesos cigarros.

—¿Nombre? —preguntó Crombie.

—Ephraim Jones.

—¿Profesión?

—Soy enterrador —respondió Mr. Jones.

—Excusado por causa justificada. Puede retirarse.

—¡Qué rapidez! —comentó Barbara—. ¿Cómo han podido averiguar tan pronto

que no les convenía?

—Es enterrador —replicó Kimmelman—. Vivimos en la época de la intimidación. ¿Cómo intimidar a un enterrador?

«Eso —se dijo Barbara—, ¿cómo intimidar a un enterrador?». Alicia vio un conejo blanco y cuando el conejo blanco se metió en un agujero del suelo, Alicia le siguió. Desde aquel momento, dos y dos dejaron de sumar cuatro. Barbara, al igual que Alicia, tenía que repetirse constantemente: soy Barbara, tengo treinta y cuatro años, bueno, casi treinta y cinco; mido un metro setenta y peso sesenta kilos. Soy viuda, tengo un hijo de dos años y acabo de escribir una novela que los críticos tacharán de empalagosa y sentimental. En virtud de estos datos puramente anecdóticos, me encuentro actualmente en Washington, distrito de Columbia, capital de la nación más poderosa de la Tierra, en esta espléndida sala de la audiencia federal en la que se hallan formadas todas las fuerzas vivas con el propósito de mandarme a la cárcel.

—Todas esas pamplinas con los jurados no tienen absolutamente ningún sentido —dijo a Kimmelman—. Ya me advertiste, pero acabo de darme cuenta. Ya he sido declarada culpable. Primero, el veredicto y, después, el juicio. ¿Has leído, por casualidad, *Alicia en el país de las maravillas*?

El juez Lansing Meadows la miraba con severidad. Barbara le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa. «Tiene cara de hurón», se dijo Barbara. Nunca había visto un hurón, pero un día tropezó con la palabra en el diccionario y recordaba haber leído que el hurón es un animal parecido a la comadreja que vive en África y en Europa y se utiliza para cazar conejos. El juez Meadows tenía unos labios finísimos, casi invisibles, la barbilla puntiaguda, la nariz delgada y se peinaba con raya a un lado para taparse la calva. Encima de la mesa, tenía un vaso de agua y, apoyado en el vaso, un gran trozo de hielo que goteaba en el vaso. Cuando el juez tenía sed, lanzaba una mirada a un oficial que se levantaba rápidamente y sostenía el hielo mientras el juez mitigaba la sed y luego volvía a colocar el hielo de modo que siguiera el goteo. El proceso fascinaba a Barbara y le parecía a un tiempo original y único en la Era de la refrigeración eléctrica. Le resultaba difícil mantenerse atenta al desarrollo de los acontecimientos y sus pensamientos vagaban sin cesar. Nada de lo que allí ocurría era tan importante como el haber tenido que separarse de Sam. Estaría cuatro o tal vez cinco días sin verle. Jean se había instalado en la casa de Green Street, a fin de que el cambio en el régimen de vida del niño fuera mínimo. Eloise pidió a Barbara que lo llevara a Higate, pero Barbara pensó que sería más práctico dejar al niño en casa.

Barbara siempre se había sentido vivamente intrigada por su madre. Su padre era más comprensible. Al mirarlo, aún podía ver al muchacho fogoso e intrépido que había convertido una pequeña flota pesquera en uno de los imperios navieros más importantes de los años veinte. Jean era completamente distinta, la arrogante belleza

de otro tiempo, ahora más dulce, más comprensiva, más serena y, cada una de estas etapas, una sorpresa.

«No existe auténtica comprensión entre padres e hijos —pensó—. No hay manera de entenderse. Mamá es asombrosa y desconcertante. Un día Sam me preguntará por qué he hecho esto. Mamá sólo me lo preguntó una vez; después, empezó a pensar en la ropa».

—No quiero que te ofendas, Bobby —le dijo Jean—; pero no me parece que el juez ni el jurado vayan a quedar muy impresionados por tu forma de vestir.

—¿Qué tiene de malo mi forma de vestir?

—Hija, a tu edad, una faldita escocesa, un cardigan y mocasines no es precisamente el atuendo *de rigueur*.

—Mamá, no pienso llevar mocasines cuando vaya a la audiencia.

—Eso espero. Vamos a dar un repaso a tu vestuario, a ver si encontramos algo apropiado. Si no, saldremos de compras.

Barbara pensó que era lo más lógico. Cuando tu hija es sometida a juicio, tienes que ocuparte de que vista como es debido.

—¡Por todos los santos del cielo, Barbara! —le susurró Baxter al oído—. ¿De qué te ríes?

—De mi madre.

—Aquí no. Produce un efecto desastroso.

La imagen conseguida por Jean era la de una maestra de escuela de provincias. Barbara llevaba su grueso cabello castaño recogido en la nuca en un discreto moño, traje chaqueta de lana azul marino, blusa de algodón blanco y zapatos azul marino. Por ella, no se hubiera maquillado; pero Jean le dijo que resultaría sospechoso.

—¿Sospechoso, mamá?

—Bobby, la clase de mujer que no se maquilla...

—¿Clase de mujer?

—Mira, Bobby, si yo formara parte del jurado y te viera allí sin pintar pensaría: «Esa mujer que no se maquilla tiene que ser una radical».

—Mamá, yo casi nunca me pinto.

—Y eres una radical. Ahí lo tienes.

—¿Yo radical? Yo soy un ama de casa corriente.

—Bobby —dijo Jean pacientemente—, lo último que se te podría considerar es un ama de casa corriente.

A última hora de la tarde, se terminó la selección del jurado, siete mujeres y cinco hombres: tres amas de casa esposas de funcionarios del Gobierno, cuatro funcionarias del Gobierno y, de los hombres, uno era conductor de autobús, otro, empleado de Teléfonos y los tres restantes, funcionarios.

—No lo entiendo —dijo Barbara—. Todos los miembros del jurado trabajan para

el Gobierno. ¿Quién está de nuestra parte?

—No hay nada que hacer, Barbara. Estamos en Washington.

Los periodistas esperaban a Barbara a la salida de la sala. Los periódicos de Washington la llamaban ya «la rica heredera de San Francisco». No importaba que, cerca de diez años antes, hubiera cedido irreversiblemente a una fundación la casi totalidad de su herencia; heredera había sido y heredera seguiría siendo. Y el que su madre se hubiera divorciado y vuelto a casar con el mismo hombre no hacía sino echar más salsa al caso, al igual que la circunstancia de que Tom Lavette fuera el primer accionista de la «GSC Corporation». Barbara se decía que Estados Unidos es el único país del mundo en que la riqueza es venerada y deplorada al mismo tiempo, dado que la misma ética puritana del trabajo que hace de la acumulación de riqueza una misión sagrada marca su posesión con el estigma de una palmaria depravación.

Aquella noche, en el hotel —esta vez, el «Mayflower»—, Barbara apenas probó bocado de la cena, pese a la insistencia de Baxter que le aseguraba que aquél era uno de los mejores restaurantes de Washington.

—Harvey, la verdad es que estoy aburrida —dijo Barbara—, como lo estaría en una orgía estúpida. La ruindad, la imbecilidad, la malicia fastidian porque denigran el espíritu. La Alemania de Hitler me pareció cruda, brutal y repugnante. Aquí todo está envasado en recipientes esterilizados.

—Vamos, Barbara, no irás a compararnos con la Alemania de Hitler —dijo Baxter—. No se puede y tú lo sabes. Aquí, por lo menos, existe el derecho. Tú estás libre por el simple reconocimiento de tu obligación a comparecer ante el tribunal. Aquí no tenemos una Gestapo.

—¿Quieres decirme entonces por qué estoy aquí?

Los dos hombres la miraron, desconcertados. Ella movió la cabeza, sonriendo.

—Perdonad. Con lo bien que os estáis portando vosotros, a mí me da ahora por despotricar.

—Opino que tienes perfecto derecho a un buen ataque de histerismo —observó Kimmelman—. Si has de sentirte mejor, ¡adelante!

—No va conmigo, Boyd.

—Bien, entonces hablemos de mañana. Harvey y yo hemos repasado el material y él quiere que yo me encargue de la introducción y del interrogatorio, si no tienes inconveniente.

—La verdad es que yo no soy abogado de juicios y me parece que Boyd posee un don natural para eso. Además, él tiene más agilidad mental. Yo soy más denso —reconoció.

—Eso no, Harvey, tú no eres denso. Pero si quieres que hable Boyd, yo no tengo nada que oponer.

Las dos mociones presentadas por Harvey Baxter para que se desestimara la citación por desacato fueron sumariamente rechazadas. El juez Meadows estaba irritado. Barbara observó que tenía poca paciencia.

—Debería usted saberlo, Mr. Baxter —le indicó—. No hay ningún ciudadano de los Estados Unidos que pueda sustraerse a la autoridad del Congreso. Por lo que respecta a pertinencia, ésta se establece durante el interrogatorio del testigo, como usted bien sabe.

—Yo sigo sin enterarme —dijo Barbara a Kimmelman en voz baja.

—La sala era más pequeña de lo que ella esperaba y también más oscura, con apenas una docena de asientos para el público. Dos reporteros seguían el juicio con ojos soñolientos. Había otras cuatro personas que podían ser espectadores, aunque Barbara no comprendía cómo alguien podía meterse en un juzgado federal en un soleado día de setiembre. Goteaba el trozo de hielo del juez que, con cronométrica regularidad, hacía su seña al oficial de color y éste levantaba el hielo para que su señorita bebiera.

El Gobierno llamó a un solo testigo, Donald Jay, consejero del Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas. El interrogatorio fue breve y anodino. Barbara observaba al jurado. Sus componentes mantenían una expresión de indiferencia, como si lo que ocurría en la sala no les afectara en absoluto.

—¿Su nombre, señor? —preguntó a Jay el fiscal del Gobierno, Crombie.

—Donald Jay.

—¿Es usted consejero del Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas?

—Sí.

—¿En el mes de marzo, cuando Mrs. Barbara Cohen compareció ante el Comité en calidad de testigo, efectuó usted el interrogatorio?

—Sí.

—¿Se la citó y tomó juramento?

—Sí, señor.

—¿Y es verdad que, posteriormente, el expresado Comité de la Cámara decidió en votación citar a la testigo por desacato al Congreso y, con posterioridad a esta votación, se sometió a la Cámara de Representantes en su totalidad, aquí en la capital de la nación y que la Cámara en su totalidad votó apoyar la citación por desacato?

Kimmelman protestó. Cuando se efectuó la votación, no estaba presente más que el *quórum* indispensable. El acta no debe dar la impresión de que el desacato fue votado por toda la Cámara.

Meadows aceptó la protesta e indicó a Crombie que rectificara los términos de la pregunta y así lo hizo el fiscal. Barbara no alcanzaba a comprender que ello tuviera gran importancia.

—¿Tiene en su poder las notas taquigráficas de la investigación del Comité de la Cámara a la que nos referimos?

—Sí, señor.

—Solicito al tribunal permiso para que el testigo utilice estas notas a fin de refrescar la memoria.

—Concedido —dijo el juez Meadows.

—Mr. Jay —continuó Crombie—, a la luz de esta citación de desacato, ¿puede usted repetir la pregunta que originó la transgresión cometida por Mrs. Cohen?

Barbara trató de ahogar la risa. Kimmelman le dio un codazo y protestó.

—Eso sería sacar sus palabras del contexto, Señoría. Solicito que se lea el acta completa.

—Puesto que el acta está a la vista, puede usted solicitarlo cuando repregunte. No veo necesidad de hacerlo ahora.

—No te rías, Barbara —susurró Kimmelman—. Los del jurado no te pierden de vista.

—Transgresión. Es una palabra tan tonta como todo lo demás.

—Es corriente aquí.

—Prosiga, Mr. Jay —decía Crombie.

—El congresista Drake dijo:

«Mrs. Cohen, tenga la bondad de dar al comité los nombres de las personas que allegaron fondos a la colecta.

»Respuesta de la testigo: —No.

»Donald Jay: —¿Sabe que podemos examinar sus libros y anotaciones?

»Respuesta: —Todas las anotaciones referentes a esas donaciones las tengo en la cabeza. Pero si hubiera libros y papeles, pueden estar seguros de que los destruiría antes de que ustedes pusieran en ellos las manos.

»Congresista Drake: —Mrs. Cohen, ¿se da cuenta de que, al negarse a responder a esa pregunta, incurre en desacato ante este comité?

»Respuesta: —No sé exactamente lo que eso significa, pero si quiere decir que no les respeto ni a usted ni a sus compañeros, es la verdad».

Después de lo cual se dio por terminado el interrogatorio.

Crombie miró a Kimmelman:

—Su testigo.

Ahora, al observarla Boyd Kimmelman, Barbara pudo darse cuenta de lo mucho que en él pesaban sus veintinueve años. A ella no le preocupaba que éste fuera el primer caso importante que Boyd defendía ante un juez. Era un muchacho bajo y fornido, de ojos azules y pelo rubio, que mostraba una marcada tendencia a ponerse de punta a pesar del fijador.

Era teatral por naturaleza y Barbara estaba segura de que había pasado horas

enteras ensayando sus ademanes. Hizo su primera pregunta sin levantarse:

—Mr. Jay, de acuerdo con el acta que acaba usted de leer, el congresista Drake advirtió a Barbara Cohen que incurriría en desacato si insistía en no delatar a sus amigos...

—¡Protesto! —gritó Crombie—. La inferencia es inadmisibles.

—Ah, ¿sí? —preguntó Kimmelman suavemente.

—Debe rectificar los términos de la pregunta, Mr. Kimmelman —dijo el juez—. Y le advierto que no toleraré que esta sala se convierta en una tribuna política.

Kimmelman asintió.

—De todos modos, el congresista advirtió a Mrs. Cohen que estaba cometiendo desacato. ¿Es verdad, Mr. Jay?

—Lo es.

—¿Podría el taquígrafo leer la respuesta de Mrs. Cohen?

El taquígrafo leyó:

—«No entiendo lo que eso significa exactamente...».

—Es suficiente —dijo Kimmelman poniéndose en pie y acercándose a Jay—. Y cuando ella dijo eso, Mr. Jay, ¿no pensó usted que debía explicarle qué significa desacato al Congreso?

—No, señor. Se le hizo una pregunta y ella se negó a responder.

—Pero usted había asistido a muchos interrogatorios, y ella, no; éste era el primero. ¿No consideró necesario explicarle la gravedad de la situación, el significado de una votación de desacato en el Congreso, ni que un día podía verse sometida a juicio y expuesta a una sentencia? ¿No le pareció necesario informarla de esto?

—Tenía a su abogado al lado. La respuesta es no.

Kimmelman se volvió hacia el jurado.

—¿Cuál es la finalidad del Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas, Mr. Jay?

—¡Protesto! —saltó Crombie.

—No se admite —dijo el juez.

—Tiene que autorizar la pregunta —susurró Baxter—. Quiere un sumario limpio, sin puntos que puedan rebatirse.

—Crear una legislación que proteja de la subversión a los ciudadanos de este país.

—Muy laudable. Si no estoy mal informado, el comité fue creado en el mes de mayo de mil novecientos treinta y ocho.

—Eso creo.

—Lo cree. ¿No sabe cuándo se creó el comité para el que trabaja?

—Sí; mil novecientos treinta y ocho.

—Hace diez años. Hace mucho tiempo. Estábamos en una depresión, salimos de la depresión y luchamos en una larga y terrible guerra que, por cierto, se llevó cuatro años de mi vida.

—Puede ahorrarse los detalles biográficos, Mr. Kimmelman —intervino ásperamente el juez Meadows.

—Sí, Señoría. Mr. Jay, durante esos diez largos y azarosos años, ¿cuántas leyes redactó y sometió al Congreso el Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas? ¿Una, dos, diez, o ninguna?

Antes de que Kimmelman acabara de hablar, Crombie ya estaba de pie, protestando. Meadows pidió a los dos letrados que se acercaran al estrado.

—¿Qué espera usted conseguir con ese tipo de preguntas, Mr. Kimmelman? —preguntó el juez en voz baja.

—Me propongo demostrar que este comité ha defraudado el fin para el que fue creado y que ahora, en desafío a la Quinta Enmienda, actúa como Cámara de la Estrella, cuya única finalidad es inducir a los testigos a la autoincriminación o hacerles víctimas del abuso cometido por el comité en el ejercicio de su facultad de acusar por desacato.

—En esta sala, no, Mr. Kimmelman.

—Creo que la Constitución me autoriza a ello, Señoría. ¿Puedo preguntar respetuosamente por qué no?

—Porque aquí no se juzga al comité de la Cámara, Mr. Kimmelman, sino a su cliente. Estoy seguro de que usted no lo olvida.

—De todos modos, con el mayor respeto, Señoría, mi deber es defender a mi cliente y ésta es mi única defensa constitucional.

—Estoy seguro de que sabrá usted encontrar otro enfoque. Recuerde que cuando un abogado con licencia para ejercer en otro Estado, en su caso, en California, defiende un caso ante un tribunal federal del distrito de Columbia, lo hace por un privilegio que le concede el tribunal. Estoy seguro de que no hará usted nada que me induzca a cuestionar ese privilegio, Mr. Kimmelman.

—No, Señoría.

Crombie sonrió y volvió a su mesa.

Kimmelman no tenía más preguntas para Jay y Crombie, magnánimamente, renunció al segundo interrogatorio, como si el simple testimonio de un solo testigo fuese todo lo que requería la ocasión.

El juez anunció que la sesión se reanudaría a las dos.

Durante el almuerzo, Boyd Kimmelman lloraba sin lágrimas.

—¡Soy un genio! —exclamó—. ¡El joven prodigio, decidido a escribir una página gloriosa de la jurisprudencia, el brillante abogado californiano que iba a destruir el comité de la Cámara! ¡Un imbécil, un perfecto imbécil! Y a ti te he hecho un flaco

servicio, Barbara. ¡Esa vieja momia indecente!

—Tú no podías prever eso —dijo Baxter—. Has hecho lo que tenías que hacer, Boyd.

—¡Oh, no, no! Debí figurármelo. Era elemental. ¿Por qué no lo vi?

—Pero todavía no ha terminado, Boyd —dijo Barbara—. Sé cómo te sientes; pero ahora me llamarás a declarar...

—No sé.

—¿Por qué no? Dices que lo que ha ocurrido esta mañana nos obliga a descartar la posibilidad de invocar la Constitución. ¿No puede haber en mi testimonio algo que nos permita invocarla?

—No es tan fácil, Barbara —repuso Baxter—. Vaya como vaya el juicio, trataremos de llevarlo al Supremo sobre una base constitucional. No es necesario que aparezca en el sumario. El plan de Boyd era obligar a Meadows a afrontar aquí mismo el planteamiento de anticonstitucionalidad y aceptarlo o situarse en una posición falsa. Pero el juez es zorro viejo y no ha picado. No me gusta la idea de que subas al estrado.

—¿Cuál será el veredicto si no subo?

Como ninguno de los dos hombres respondiera, ella dijo:

—Culpable, ¿no? Pero si declaro, por lo menos tendré una posibilidad.

—Sí, una posibilidad —convino Kimmelman—. Pero, desengáñate, si sales, Crombie te preguntará si eres miembro del Partido Comunista.

—Dijiste que no podía preguntarlo.

—Puede y no puede. Lo preguntará, yo protestaré, el juez apoyará mi protesta; pero el jurado habrá oído la pregunta.

—¿Y es eso tan terrible?

—Opino que sí.

—Y están las actas —añadió Baxter—. Crombie sacará a relucir la declaración de Manuel López. Nosotros protestaremos, pero el jurado lo habrá oído. Además, existe la posibilidad de que el juez acepte la pregunta.

—No puedo creer que no podamos convencer a uno solo de los doce miembros del jurado de que mi proceder es, ni más ni menos, el de una persona decente —dijo Barbara—. Si es así, ¿qué nos ha ocurrido?

—Hay un clima de miedo —murmuró Baxter.

—La mayoría son funcionarios, Barbara; pero la decisión debes tomarla tú. Si no declaras, no tenemos muchas posibilidades. Si declaras, no lo sé. De todos modos, no puedes empeorar las cosas.

—Vamos a arriesgarnos —sonrió Barbara—. Y vosotros, ánimo. Bajo la fría coraza del juez Lansing Meadows tiene que haber una persona de carne y hueso.

Pero, al sentarse en el estrado de los testigos y ver de cerca la inexpresiva cara del

juez, Barbara empezó a dudar de su humanidad. «De todos modos, yo que siempre me pregunté qué se siente al subir aquí, ahora ya lo sé. Que es una idiotez. Y si es ese jurado...».

Miró al jurado. Asombroso; ni uno solo de sus miembros sostuvo su mirada. Miraban al vacío.

—Mrs. Cohen —le dijo Kimmelman—, según la declaración de míster Donald Jay, el Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas le pidió los nombres de dieciocho personas y usted se negó a darlos. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Quiénes eran esas dieciocho personas? No le pido sus nombres. Es una pregunta de carácter general, qué relación tenía usted con ellas y qué clase de personas son en el contexto social.

—Son amigos míos. Personas a las que he conocido por residir en San Francisco o por razón de mi trabajo en la Fundación Lavette. Profesionales, médicos, empresarios, maestros, amas de casa, sindicalistas.

—Comprendo. ¿Y a todas las conoce personalmente?

—Sí, a todas.

—¿Cree usted que alguna de estas personas se entrega a actividades subversivas o supone una amenaza para el Gobierno de los Estados Unidos o para nuestras instituciones?

Antes de que Kimmelman terminara la pregunta, Crombie ya estaba protestando.

—Supone una conclusión.

—No conteste a esa pregunta —dijo el juez.

—Está bien. Según la declaración prestada por usted ante el comité de la Cámara, la Fundación Lavette hizo varias donaciones en efectivo al Hospital del Sagrado Corazón de Toulouse, una ciudad francesa. ¿Puede decirnos algo sobre este hospital?

Crombie protestó.

—No se admite. Usted mismo abrió la puerta, Mr. Crombie. —Y a Kimmelman —: Repita la pregunta en otros términos. Aquí no tolero discursos ni declaraciones. Lo guardaremos para el resumen. Haga preguntas específicas.

—¿Cuál fue la primera vez que entró en contacto con ese hospital, Mrs. Cohen? —preguntó Kimmelman.

—En la primavera de mil novecientos treinta y ocho, cuando mi prometido, Marcel Dubois, fue ingresado en él a causa de una herida en una pierna, recibida en España. Era corresponsal del periódico francés *Le Monde*. Yo me encontraba en París cuando recibí la noticia y me fui a Toulouse inmediatamente. Él murió en ese hospital.

—¿Estuvo bien atendido en el hospital?

—Sí. Los médicos y las monjas eran muy buenos y cariñosos.

—¿Monjas? ¿Era un hospital católico?

—Sí. Estaba atendido por religiosas.

—Comprendo. Dígame, ¿cómo se inició la relación entre la Fundación Lavette y el hospital del Sagrado Corazón?

—El doctor Charles Lazaire, el cirujano que trató de salvar la vida a mi prometido, me escribió a San Francisco para contarme el grave problema que tenían con los refugiados republicanos de España y la falta de medios de que adolecía el hospital. Yo expuse el caso al consejo de la Fundación Lavette y se acordó que destinaríamos unas sumas al hospital para atender a los refugiados republicanos y a sus familias.

—Comprendo. Ahora bien, según su declaración, entre este grupo de dieciocho personas se recaudó una cantidad de alrededor de doce mil dólares, para la compra de penicilina y otros medicamentos. ¿Por qué no se hicieron esas compras a través de la Fundación?

—Por falta de tiempo. Las medicinas se necesitaban urgentemente. Una donación de la Fundación requiere mucho papeleo y, si los fondos se destinan a una organización extranjera, las cosas se complican más todavía.

—¿Cómo fueron recaudados entonces esos doce mil dólares?

—Llamé a varios amigos y les expuse el problema y el dinero se recaudó aquella misma noche.

—Diga, ¿es verdad que hace tres semanas esas dieciocho personas cuyos nombres se niega usted a facilitar al comité de la Cámara se reunieron en el apartamento de uno de ellos en la ciudad de San Francisco?

—Sí.

—¿Había sido usted informada de la reunión con anterioridad?

—No.

—Entonces, ¿fue usted a la reunión sin saber cuál era su finalidad?

—Sí.

Barbara esperaba que Crombie protestara; pero el fiscal escuchaba atentamente. Su ayudante, un muchacho sentado a su lado, le dijo unas palabras al oído. Crombie movió negativamente la cabeza. Era evidente que estaba intrigado por el interrogatorio y quería saber adónde conducía.

—¿Y cuál era el objeto de la reunión?

—Mis amigos conocían mi dilema. Decidieron hacer una declaración a la Prensa dando sus nombres.

—¿Y usted qué les dijo?

Barbara observó que el joven sentado junto a Crombie cuchicheaba otra vez con vehemencia, y nuevamente Crombie le hacía callar con un gesto.

—No conteste a eso —dijo el juez. Y a Crombie—: Mr. Crombie, aquí ha lugar

una protesta.

—Prefiero oír la respuesta de la testigo —repuso Crombie.

—Puede responder —dijo el juez.

—Rehusé el ofrecimiento. Les dije que la única forma de salir de este trance era que yo diera los nombres, y eso no pensaba hacerlo. Les di las gracias y les disuadí de su propósito.

—¿Por qué se negó usted a dar esos nombres al Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas si era evidente que las personas implicadas no temían represalias?

—Porque yo tengo que seguir viviendo con mi conciencia —dijo Barbara con suavidad—. Si me convierto en delatora, pierdo algo que me es precioso: la propia estimación. Nadie puede exigirme tal cosa, ni el Congreso ni el comité. Por lo que respecta a esas personas, su peligro debía juzgarlo yo. Yo les había pedido el dinero. La responsabilidad era mía, no de ellos.

—Muchas gracias —dijo Kimmelman—. No haré más preguntas.

Volvió a su mesa. Baxter susurró:

—Excelente, Boyd. Muy bien.

—Sí. Que Dios nos asista ahora.

Crombie se puso en pie y se quedó mirando a Barbara.

—Observa ahora —dijo en voz baja Kimmelman.

—¿Es usted miembro del Partido Comunista, Mrs. Cohen?

—¡Protesto! —gritó Kimmelman.

—Tache esa pregunta —dijo el juez al taquígrafo.

—¿Podemos acercarnos al estrado? —preguntó Crombie.

El juez asintió, y Crombie, Baxter y Kimmelman se acercaron al estrado.

—Esa pregunta fue hecha durante la investigación —dijo Crombie—. Hemos abierto el testimonio. Creo que la pregunta es admisible.

—Ella lo negó —adujo Kimmelman—. Lo negó bajo juramento. Si existen pruebas de lo contrario, ¿por qué no formula el Gobierno acusación de perjurio?

—Lo he preguntado tan sólo para sentar una base. La cuestión se suscitó varias veces en su declaración ante el comité de la Cámara.

—¿Puedo ver esa declaración? —preguntó el juez.

Crombie le entregó el acta impresa y el juez la hojeó. Los otros tres hombres esperaron. Finalmente, el juez dijo:

—Lo siento, Mr. Kimmelman, voy a tener que autorizar la pregunta. Usted podrá volver sobre ello en el segundo interrogatorio.

—Entonces solicito respetuosamente que conste en acta mi protesta.

Crombie pasó lentamente por delante de Barbara y, mirando al jurado, preguntó:

—Mrs. Cohen, ¿es o ha sido usted alguna vez miembro del Partido Comunista?

—No; ni lo soy ni lo he sido.

—¿En mil novecientos treinta y nueve aceptó una misión del Partido Comunista francés que la llevó a la Alemania nazi?

—Protesto —dijo Kimmelman.

—No ha lugar.

—No era una misión...

—Conteste sí o no. ¿Aceptó una misión del Partido Comunista francés en mil novecientos treinta y nueve?

—No puedo contestar con un simple sí o no a esa pregunta.

—¿Era su objetivo ponerse en contacto con el Partido Comunista de Alemania?

Transcurrió un largo momento y el juez dijo:

—Conteste, Mrs. Cohen.

—Sí.

Crombie se encogió de hombros.

—No haré más preguntas.

—¿Cuál era su profesión en mil novecientos treinta y nueve? —preguntó Kimmelman.

—Era periodista. Corresponsal de *Manhattan Magazine*.

—¿Y entró en Alemania en calidad de periodista, enviada por su revista?

—Sí.

—¿Quiénes eran Claude y Camille Limoget?

—Eran periodistas, amigos de mi difunto prometido.

—¿Qué relación tenían con usted?

—Social. Iban a mi casa y solíamos tener acaloradas discusiones.

—¿Acaloradas discusiones? ¿Por qué?

—Porque ellos eran comunistas, y Marcel y yo, no.

—¿Y no obstante podían ser amigos?

—Entonces eso era posible en Europa, en Francia por lo menos.

—Y puesto que usted tenía que ir a Alemania como periodista, ¿qué le pidieron sus amigos Claude y Camille Limoget?

—Dijeron que todas las comunicaciones entre el Partido Comunista francés y el Partido Comunista alemán estaban rotas. Deseaban saber si quedaba en Alemania una resistencia organizada. Me dieron el nombre de un profesor de la Universidad, Friedrich Wilhelm, de Berlín, y me pidieron que averiguara si él tenía aún contactos con algún movimiento antinazi.

—¿Y lo averiguó usted?

—No. La Gestapo lo había matado.

—Entonces, ¿usted ni tuvo ni buscó contacto alguno con el Partido Comunista alemán?

—No.

—¿Tuvo algún contacto con el Partido Comunista francés?

—No. Los Limoget fueron los únicos comunistas que traté, tanto en el aspecto social como en cualquier otro.

—Así, pues, la noción de que aceptó usted una misión del Partido Comunista francés, ¿es una invención de Mr. Crombie?

Crombie protestó airadamente, y el juez pidió a Kimmelman que modificara la pregunta.

—¿Usted nunca aceptó una misión del Partido Comunista de Francia en el sentido supuesto por Mr. Crombie?

—No.

—Entonces, ¿por qué arriesgó usted su vida, tal como es de suponer, al tratar de establecer contacto con este profesor alemán?

—Porque estábamos en mil novecientos treinta y nueve —respondió Barbara con acento de cansancio—. Porque todo el mundo parecía estar derrumbándose al paso de los nazis. Porque habían matado al hombre a quien yo amaba y porque los despreciaba a ellos y a cuanto representaban.

—Eso es todo. Muchas gracias —dijo Kimmelman.

Boyd Kimmelman no creía en los informes largos y menos en aquel caso, en el que desde el primer instante advirtió la hostilidad del jurado. Existía sólo una línea muy tenue entre irritarlo y buscar un nervio sensible, un residuo de dignidad humana.

—Mi cliente no es una mujer corriente y yo le haría un flaco servicio si afirmara lo contrario —dijo—. Es una persona de principios que siempre ha vivido de acuerdo con ellos. Desciende de una de las familias más antiguas y más ricas de San Francisco. A los veintiséis años heredó un legado de más de quince millones de dólares, que rechazó y destinó a la Fundación Lavette, institución benéfica de ayuda a la investigación científica y médica. Si hago mención de ello, es únicamente para poner de relieve su sentido de la moral y sus principios.

»Mrs. Cohen es viuda. Su marido murió hace seis meses luchando por el Estado de Israel. Tiene un hijo de corta edad, y para ganarse la vida escribe, estando conceptuada como una artista de talento y sensibilidad. En otras circunstancias, un Gobierno agradecido hubiera tenido a gala recompensarla por su altruismo y generosidad. Nunca ha hecho nada de lo que deba avergonzarse. Por el contrario, toda su vida ha honrado a su país.

»Han escuchado ustedes su declaración. En ningún momento ha tratado de eludir su responsabilidad. No ha negado su acto. Se le hizo una pregunta. Se le pidió que diera los nombres de dieciocho personas amigas que habían confiado en ella. Hacerlo hubiera sido renegar de sus principios. No desafiaba a su Gobierno ni discutía los poderes del Congreso; no obraba por terquedad ni altanería; sencillamente, hacía lo

que le dictaba su conciencia. Un gran escritor dijo: «A ti mismo serás fiel y de ello se desprende, como la noche sigue al día, que no puedas tratar al prójimo con falsedad». ¿Debe ser condenada y castigada por ser fiel a sí misma y a los más altos principios de la nación? Creo que no y les ruego que, con benevolencia y comprensión, pronuncien el veredicto de inocencia.

Crombie fue aún más breve, como si el caso estuviera tan claro que no necesitara argumentaciones.

—Somos una nación que funciona con la ley y, Dios mediante, seguiremos siéndolo. El Congreso dicta las leyes y, a fin de construir una legislación que favorezca el bienestar, la salud y la protección de esta nación, está facultado para obtener información. La persona que es citada a comparecer ante un comité del Congreso de los Estados Unidos y que se niega a contestar a una pregunta pertinente al asunto tratado y formulada por el Congreso, incurre en desacato al Congreso. Si suprimimos este poder del Congreso, un poder al que no pueden sustraerse ni los más fuertes, atentamos contra el Gobierno democrático.

»¿En qué momento los principios se convierten en arrogancia? ¿Hemos de suponer que sólo tiene principios Mrs. Barbara Cohen? ¿No los tiene nuestro Gobierno? ¿Nuestra Constitución? ¿Y qué son los principios? ¿Acaso cualquiera puede desafiar al Congreso de los Estados Unidos invocando los llamados principios? ¿Se ha querido insinuar que nosotros, la gente corriente, somos inmorales y canallescós?

»Yo rechazo estas insinuaciones. Tampoco me impresiona la circunstancia de que la acusada proceda de una familia rica. El nuestro es un Gobierno del pueblo, no de los ricos, y si los ricos infringen la ley, que no busquen impunidad. Esta mujer, Mrs. Cohen, reconoce arrogantemente su acto de desacato. Ella misma demuestra su culpabilidad. Aquí únicamente se trata de determinar si se negó a responder a una pregunta que le formuló el Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas. Ya hemos visto que sí. A ustedes les incumbe el resto.

Las instrucciones del juez Meadows no fueron menos concisas:

—Ya han oído el testimonio —dijo al jurado—. Se acusa a Mrs. Barbara Cohen de desacato al Congreso de los Estados Unidos. El desacato en una investigación del Congreso, es la negativa a contestar a una pregunta que sea pertinente a la investigación en curso. Por lo que respecta a la negativa de la acusada a responder a la pregunta formulada, las pruebas no dejan lugar a duda. La pregunta fue hecha y ella se negó a responder. Hoy, en su testimonio ante este tribunal, la acusada se ha reafirmado en su actitud.

»Ello reduce a uno solo los extremos a determinar por el jurado: ¿Era la pregunta pertinente a las atribuciones del Comité de la Cámara de Representantes sobre Actividades Antinorteamericanas? En el momento de su fundación, bajo la

presidencia del congresista Martin Dies, de Texas, su finalidad era la investigación de organizaciones nazis, fascistas, comunistas y demás consideradas de «carácter antinorteamericano». Hoy agrupamos su objetivo bajo la calificación más amplia de «subversivas». La finalidad de tales investigaciones es la creación de una legislación apropiada para la protección del pueblo de los Estados Unidos.

»Ya han oído las declaraciones. No deben dejarse influir por consideraciones de índole sentimental. La culpabilidad o inocencia de la acusada ha de determinarse únicamente sobre la base de si la pregunta que le fue formulada era pertinente a las funciones del comité de la Cámara. Si consideran ustedes que así es, deberán emitir un veredicto de culpabilidad.

Sumergida en la bañera del hotel, Barbara se dijo que una civilización que proporciona agua caliente sin limitación no puede ser tan mala. «Soy una delincuente condenada —pensaba—. Sin embargo, no noto la diferencia. En realidad, me alegro de que haya terminado esa estúpida farsa de juicio».

El jurado tardó nada menos que veinte minutos en decidir por unanimidad que la acusada era culpable. Luego, Boyd Kimmelman llevó a Barbara al hotel, mientras Baxter se quedaba hablando con el juez en el despacho de éste.

—Necesito un baño —dijo a Kimmelman—. Y ropa limpia. Me siento sucia, incómoda y desaliñada. Nos encontraremos a las siete en el comedor.

—Barbara —dijo él—, estoy deshecho. Te he hundido. Soy un estúpido y un inútil, pero lo que más siento es haberte fallado.

—Voy a hablarte muy en serio, Boyd. Opino que eres un abogado formidable. Cuando hacías el informe, de buena gana me hubiera escondido en un agujero, de la vergüenza que me daba lo que decías de mí. Espero que te hayas dado cuenta de que todo era mentira. No obstante, tuve que admirar tu elocuencia. Papá me contó una vez un cuento de un miembro de una cofradía que se muere y le hacen un funeral. El oficiante se pone a hablar del difunto con tanta emoción y sentimiento y describe sus sufrimientos con tanta compasión, que todos los que le escuchan lloran a lágrima viva. Todos menos uno, que está impasible. El cofrade que está a su lado le pregunta si no le resulta conmovedora la oración fúnebre. «Mucho —responde el hombre—; lo que ocurre es que yo no soy de esta cofradía». ¿Lo comprendes, Boyd? Ninguno de ellos es de la cofradía, ni el juez, ni el jurado, ni Mr. Crombie. Ya hemos ido a juicio y en parte estoy contenta. Voy a formar parte de un interesante grupo de escritores cuyos libros les han hecho ir a la cárcel.

—No hables así, Barbara; todavía no estás en la cárcel. Ni lo estarás, si yo puedo impedirlo.

—Eres un tesoro. —Él era un poco más bajo y Barbara tuvo que inclinarse ligeramente para darle un beso en la frente—. Ahora, al baño.

Antes de entrar en el baño, Barbara llamó por teléfono a su casa. En San Francisco eran las tres de la tarde y Jean acababa de llegar del parque con Sam.

—¿Cómo estás, Bobby? —preguntó.

—Muy bien. ¿Cómo estás tú y mi hijo?

—Tu hijo está en plena forma. Estoy agotada. Criar a los niños es trabajo de jóvenes. Pero nos hemos divertido. ¿Cómo va ese estúpido juicio?

—Terminó. Soy culpable.

—¡Oh, no, Bobby!

—No te preocupes. Por el momento no pasará nada. Todavía no me han sentenciado y, aunque tenga que ir a la cárcel, Harvey dice que las apelaciones pueden llevarnos de uno a tres años. De manera que todavía no voy a la trena.

—¿Cómo puedes bromear con esas cosas?

—¿Y cómo voy a tomarlas en serio, mamá? Me parecía que era Alicia, juzgada por el rey y la reina de corazones. Harvey se enfadaba conmigo porque me daba risa. Él y Boyd estuvieron magníficos. Realmente, son buenos abogados y ahora están desesperados.

—¿Cuándo regresas, hija?

—Mañana, espero. Pero aún falta saber cuándo me sentenciará el juez. Ya te avisaré. Y haz el favor de no preocuparte por mí.

La idea que Jean tenía de Washington era muy mundana y convenció a Barbara para que metiera en la maleta un traje de cóctel de gasa negra. Barbara se lo puso para bajar a cenar, con zapatos de noche de tacón alto y medias negras. La complacía no sentir abatimiento. Se maquilló con esmero y se recogió el pelo en lo alto de la cabeza. Cuando apareció en el comedor, con un retraso de apenas veinte minutos, Baxter y Kimmelman se levantaron y la miraron sin pestañear.

—No es momento de llorar —les dijo—. Estamos sangrando pero no nos doblegamos. Además, tengo hambre.

—Estás preciosa —dijo Kimmelman.

—Eres muy amable, Boyd. No sé cómo estaréis vosotros, pero yo necesito un «Martini» bien fresco. —Hizo una pausa y añadió—: No hablaremos de la ley y el orden ni de tribunales hasta que terminemos las bebidas.

Después de las bebidas y de pedir la cena, Baxter le habló de su entrevista con el juez Meadows.

—Le insinué que California está muy lejos y que el Gobierno no gana nada haciéndonos ir y venir tantas veces y él accedió a dictar sentencia mañana por la mañana.

—¡Qué considerado!

—¿Cómo estuvo? —preguntó Kimmelman—. Quiero decir si se mostró cordial.

—Muy frío, por desgracia. No le somos simpáticos, tal vez por ser de California o

tal vez porque nos considera rojos.

—Tú no, Harvey —dijo Barbara—. Para considerarte a ti radical hay que estar mal de la cabeza.

—No sé si tomarlo como un cumplido o todo lo contrario.

—¿Hablaste con él? —insistió Kimmelman—. ¿Hiciste algún elogio de Barbara?

—Lo intenté. Pero él me dijo que era una incorrección insinuar siquiera que yo pudiera influir en él.

—Si se pincha, saca agua helada.

—O vinagre —añadió Barbara—. Bueno, no te aflijas. Lo que sea sonará.

—Lo que hay que tener presente mañana es que esto es sólo el principio. Llevaremos el caso al Tribunal de Apelaciones y, si lo rechazan, al Supremo. Estoy seguro de que el cargo es improcedente.

—¿Qué es lo mejor que puedo esperar? —preguntó Barbara.

—Una sentencia aplazada indefinidamente y una fuerte multa.

—¿Y lo peor?

—¡Sabe Dios! Hace una semana, hubiera dicho que era imposible que un juez competente te mandara a la cárcel.

—Los escritores de Hollywood han ido a la cárcel.

—Sí, ya lo sé.

A las diez de la mañana, Barbara, Baxter y Kimmelman estaban en la sala del juzgado sin más compañía que dos ujieres. Al cabo de quince minutos, entró el juez Meadows.

—¡Todos en pie! —gritó el alguacil.

Meadows se sentó y miró fijamente a Barbara. Luego lanzó una mirada al negro que levantó el iceberg del día mientras el juez tomaba un sorbo de agua helada.

—En estos momentos se piensa en la contrición —dijo Meadows—. Yo no la considero una delincuente, Mrs. Cohen, sino un producto de estos difíciles tiempos que vivimos. Tomando en consideración que es usted madre y viuda, antes de dictar sentencia quiero preguntarle si estaría dispuesta a purgar el desacato. Puede hacerlo compareciendo ante el Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas y respondiendo a las preguntas que ellos estimen conveniente hacerle. ¿Se avendrá a hacerlo?

—No; lo siento —dijo Barbara.

—En tal caso, no me deja alternativa. La sentencio a pagar una multa de quinientos dólares y cumplir seis meses de prisión en una penitenciaría a designar por el Departamento federal de Corrección. Sus abogados ya han interpuesto recurso, por lo que el tribunal la autoriza a permanecer en libertad bajo fianza hasta que se conozca el resultado de la apelación.

Quinta parte

Castigo

Sentada en el parque con su padre, Barbara miraba cómo Sam daba vueltas en su triciclo. El niño, alto para su edad, bien formado y competente, manejaba la pequeña máquina con soltura y agilidad.

—¿Cuánto tiempo tiene ya? —preguntó Dan—. Pierdo la cuenta.

—Dos años y nueve meses. Cumplirá tres en diciembre. —Barbara miró a su padre con curiosidad—. Papá, ¿a ti te importa esto? Quiero decir si no te aburre estar aquí sentado, en el parque.

—¿Que si me importa? ¿Qué tiene que importarme?

—No sé qué decirte. Lo encuentro raro. Dan Lavette, sentado en el parque sin nada que hacer.

—¿Estás diciéndome que me marche?

—¡Papá! —le cogió una mano—. Me gusta mucho que estés aquí. Me gusta tenerte conmigo. ¿Alguna vez probaste de hablar con los gorriones? ¿O las gaviotas? Las gaviotas son más interesantes. Estoy harta de leer. Ahora he terminado *La montaña de los siete círculos*, de Merton. Sería fantástico sentirse religiosa, si una pudiera generar el entusiasmo necesario. Ahora estoy con el informe Kinsey y es pesado, pesado...

—¿El informe Kinsey? ¿Y para qué?

—Es un buen sucedáneo del sexo.

—¿De qué cuernos sirve un sucedáneo? ¿Por qué no sales un poco, Bobby y hablas con la gente? Eres joven y guapa y los Lavette no estamos hechos ni para frailes ni para monjas. Somos una tribu libidinosa.

—Te adoro.

—Hace un año y medio que murió Bernie. ¿Cuánto tiempo piensas estar de luto?

—No estoy de luto, papá. Guardar luto es sentirse culpable y yo no me siento culpable cuando pienso en Bernie. Sólo me da mucha pena pensar lo que pudo haber sido si él hubiera estado dispuesto a aceptar la vida y vivirla sencillamente.

—Esa clase de hombres no pueden aceptar la vida con sencillez. Si hubiera sido de éstos, tú no te habrías fijado en él.

—Tal vez. No sé. Pero hablábamos de ti: Dan Lavette sentado en el parque, con su nieto.

—Es un chaval formidable.

—¿Ya se te ha pasado el síndrome del imperio? ¿No más líneas marítimas ni aéreas?

—Bobby, he edificado tres malditos imperios. Ya está bien. Es un juego de tontos. O te vuelve loco el afán del dinero, o te chifla el poder. Ésa es la enfermedad que padece tu hermano. Yo vivo contento. Dibujo planos para un balandro que seguramente nunca he de construir y, por fin, me he hecho a la idea de que la mujer más hermosa de San Francisco, tu madre por cierto, está enamorada de mí. No está mal para un muchacho de los bajos fondos. Y esa maldita carrera de ratas ya se la regalo.

—A propósito de la más hermosa de San Francisco. ¿Dónde está mamá?

—Anda por ahí con un agente de fincas. Dice que no hay ni una sala de exposiciones decente en todo San Francisco.

—Tiene razón. ¿Pero no irá a abrir otra galería de arte?

—Esta vez por negocio. Todavía está empeñada en introducir el arte moderno en la ciudad. Es una buena idea. Tendrá un aliciente. Siempre le ha gustado la pintura moderna. Y hasta puede que yo aprenda algo, si me deja que la ayude, es decir, para los trabajos más pesados. Piensa asociarse con Eloise, aunque no creo que a Adam le entusiasme la idea de que ella pase todo el día en San Francisco.

—Vosotros dos, mamá y tú, sois como una pareja de chiquillos. Sois fantásticos. Realmente os adoráis.

Dan sonrió tristemente.

—No ha sido fácil. Hemos pasado cuarenta años zahiriéndonos. Tenemos más cicatrices que dos boxeadores profesionales. Lo único que nos ha salvado es que siempre hemos estado locos el uno por el otro. Locos es la palabra, más que enamorados. Pero si le ocurriese algo... —Movi6 negativamente la cabeza—. En fin, esto no viene a cuento. Hablábamos de ti.

—Papá, olvidas que tengo una cita con una penitenciaría federal. Lo último que deseo ahora es complicarme la vida con relaciones sentimentales.

—¿Y qué es lo que hacen? Llamé a Harvey la semana pasada. El caso ni siquiera ha llegado a la División de Apelaciones.

—No tengo prisa. Aunque a veces pienso que me gustaría que todo hubiera terminado.

Se levantó y echó a correr para desviar al niño, que se dirigía hacia la calle. Dan, al observar la gracia y soltura de sus movimientos, se admiró por enésima vez de haberla engendrado. Cuando miraba a Barbara como ahora, reflexivamente, en lugar de limitarse a aceptarla, le recordaba a May Ling. Se parecía más a la dulce y exótica chinita que a Jean. Dan se alegraba de poder pensar en las dos, en Jean y en May Ling, sin pena ni remordimiento. No era dado a vivir de recuerdos; pero tenía un pasado muy denso al que no podía sustraerse del todo. En cierto modo, se sentía agradecido por aquel ataque al corazón. Durante aquella lucha con la muerte, había mirado detenidamente en su interior, y al hacerlo se dio cuenta de que nunca se había

encarado consigo mismo. Y con la reflexión se desmoronó la estructura que sustentaba su afán de poder. Algo parecido le sucedió aquella otra vez, en 1930, en que se encontró arruinado y sin trabajo en los muelles de San Pedro; pero entonces fue un derrumbamiento provocado por la desesperación. Ahora en el hospital, al pensar que podía morir, no sentía pesar ni fracaso. Ya había vencido el deseo. No era que no quisiera vivir —lo quería y mucho—, pero si había que morir, no tenía inconveniente. En cierto modo, ésta era la respuesta a la pregunta de Barbara; pero él no conocía las palabras para explicarle por qué había perdido el gusto por el dinero y el poder.

Ella volvió a sentarse a su lado y le preguntó:

—¿Cómo es la cárcel, papá?

Dan la miró sonriendo.

—No creo que vayas a la cárcel.

—Nadie lo cree, excepto yo.

Al día siguiente, Barbara recibió una carta de su editor con una liquidación de sus derechos. Su última novela había sido publicada hacía seis meses; pero las ventas no eran muy buenas. En el estadillo, Barbara pudo apreciar que la mitad del anticipo cobrado a cuenta de los derechos aún estaba por cubrir. La carta del editor era en parte explicación, y en parte, disculpa.

Es un libro estupendo —escribía Bill Halliday—. Mantengo mi opinión al respecto; pero es un libro callado, suave, y tú te hiciste un nombre con dos libros que podían ser cualquier cosa menos suaves y sosegados. No tienes más que echar una mirada a la lista de ventas para ver qué es lo que devora el público. Por un lado, Los desnudos y los muertos y, por el otro, una bazofia de Lloyd C. Douglas titulada El gran pescador. El problema es ver dónde encaja tu libro y cómo venderlo. La historia del soldado que regresa a San Francisco después de la guerra, se enamora y se casa con una muchacha del montón y lleva una vida perfectamente normal, es una de las cosas más difíciles de lograr, y todavía no me explico cómo has podido hacerlo tan bien, con todo lo que te ha ocurrido mientras lo escribías. Francamente, no lo entiendo.

Pero no imagines que nos hemos dejado intimidar por presiones o que no nos esforzamos por vender el libro. Porque presiones las hay, no lo niego. Unas son encubiertas, y otras, menos. Vinieron a verme dos del FBI. Muy educados. Simplemente, me dijeron que era norma visitar al patrono de cualquier persona convicta de un delito federal. Yo les dije que no podía creer que tú hubieras cometido un delito y ellos respondieron que el sumario demostraba lo contrario. Luego me

preguntaron si pensaba seguir publicando tus libros y yo les aseguré que ésa era precisamente mi intención.

La presión encubierta se ejerce en forma de devoluciones. Las cajas en las que enviamos algunos de los primeros pedidos se nos han devuelto sin abrir. Si te lo cuento es porque no quiero que pienses que hemos abandonado tu libro. Creo poder decir con orgullo que en, él mundo editorial no existen listas negras, como las hay indudablemente en él cine y la televisión. Estamos decididos a seguir publicando tus libros.

Barbara dejó la carta sonriendo con amargura. No había listas negras en las editoriales, pero la carta no hacía mención de anticipo para su próximo libro ni dejaba traslucir la menor curiosidad sobre lo que pudiera estar escribiendo. Hacía un año que ninguna revista le pedía artículos, y el que escribió sobre su experiencia en Washington le había sido devuelto por todas las redacciones a las que lo enviara. Con posterioridad, fue rechazado también otro artículo sobre la Arabia Saudí y otros lugares desconocidos para las mujeres norteamericanas.

Paciencia, ya se arreglaría. Tenía el sueldo que le pagaba la fundación y una suma considerable que su madre había invertido en su nombre, procedente de la herencia de su abuelo. Ni se moriría de hambre ni tendría que recurrir a su padre. Pero no era agradable sentir que una especie de red invisible se tendía a su alrededor.

A pesar de todo, no se dejaría vencer por la ansiedad. Crearse un coro de fantasmas en una pesadilla manipulada por sí misma era un pasatiempo que podía conducir a la locura. Se mantenía contenta no porque creara deliberadamente una máscara de contento ni porque fuera indiferente a su propio destino sino, sencillamente, porque estaba viva y sana y porque el sol salía todas las mañanas y se ponía todas las tardes. Si éste no era el mejor de todos los mundos posibles, por lo menos no tenía alternativa.

Durante un discurso pronunciado en Wheeling, West Virginia, el senador Joseph R. McCarthy dijo:

—La causa de que nos encontremos en una situación de impotencia no es la de que nuestro único enemigo poderoso posible haya enviado hombres a invadir nuestras costas, sino la acción traicionera de aquellos a los que esta nación ha tratado con toda generosidad. No son los menos afortunados ni los miembros de grupos minoritarios los que han vendido a esta nación, sino los que han gozado de todos los bienes que puede ofrecer la nación más poderosa de la Tierra: las mejores casas, la mejor educación universitaria y los mejores empleos en el Gobierno. Ésta es una verdad palmaria por lo que respecta al Departamento de Estado. En mi opinión, el Departamento de Estado está infestado de comunistas. Tengo en mis manos cincuenta y siete casos de individuos que parecen ser miembros del Partido Comunista con

carnet o, por lo menos, leales a él y que, no obstante, aún contribuyen a desarrollar nuestra política exterior.

Son muchos los que opinan que noviembre es el mejor mes del año en el sur de California. Ya ha pasado el calor del verano. Los tórridos vientos del desierto de Santa Ana han dejado de soplar. El aire tiene una deliciosa pureza, el cielo no puede ser más azul y, con frecuencia, el viento fresco del Pacífico libera de su capa de *smog* la hondonada de Los Angeles.

En esto pensaba Alexander Hargasey mientras conducía su automóvil por Sunset Boulevard de Hollywood a Beverly Hills. Bajo las ventanillas del «Rolls-Royce» aspiró profundamente y siguió pensando en el mejor de los mundos posibles.

Debe decirse en favor de Hargasey que, a diferencia de la mayoría de sus colegas, él no olvidaba su origen. Había nacido en los barrios bajos de Budapest, a los catorce años empezó a trabajar de ayudante de un primitivo cineasta, fue movilizadado por el Ejército húngaro, capturado por los ingleses en 1917 y, finalmente, en 1922, se encontró en Hollywood sin más capital que su ingenio. Ahora, en 1949, estaba considerado como uno de los bastiones de la industria cinematográfica frente a la creciente intrusión de la televisión.

Al llegar a Beverly Hills, Hargasey torció a la izquierda por Rexford Drive y entró en la avenida de una hermosa casa construida al estilo de un *château* francés. Le abrió la puerta una doncella mexicana, y una voz le gritó desde el piso de arriba:

—¿Eres tú, Alex? Estoy aquí. Sube.

Hargasey subió la escalera y entró en un dormitorio cuadrado de diez metros de lado, decorado en azules, rosas y verdes manzana, cretonas de flores y brocado; Sally Lavette era de lo más clásico. Estaba tumbada en un diván, leyendo un guión. Llevaba pantalón vaquero, camisa de algodón y una cinta recogiénole el pelo en la nuca. No usaba maquillaje, un tanto a su favor, en opinión de Hargasey y una indicación de la complejidad que tenía delante.

Durante una entrevista en respuesta a la pregunta de cuál era el triunfo del que se sentía más orgulloso, dijo:

—Haber llegado a comprender la psicología de la estrella cinematográfica.

Su respuesta fue tomada a broma, pero él lo había dicho completamente en serio. Durante veinticinco años, Hargasey había presenciado y, con frecuencia, manipulado la ascensión al estrellato de oscuros chicos y chicas de Nebraska, Nueva York, Kentucky, Utah, Texas y una docena de lugares más. Había visto a tímidas colegialas de provincias convertirse en monstruos de codicia; a rancheros sencillos y trabajadores, en tiránicos egoístas; a hombres y mujeres amables y dúctiles, en seres crueles y malvados, y a personas que no probaban el alcohol, en unos alcohólicos en cuestión de meses. Había visto a muchachitas ingenuas convertidas en ninfómanas y

a hombres aparentemente decentes, en brutos que pegaban a la esposa. No era un proceso agradable. Había excepciones; pero podían contarse con los dedos de una mano y sobraban dedos. Su único consuelo era que cada caso le parecía distinto y le permitía esperar que fuera una de las excepciones.

Sally Lavette era distinta, desde luego, pero Hargasey aún no había conseguido descubrir en qué se diferenciaba exactamente. Por lo menos, no era estúpida ni insensible. La estupidez y la insensibilidad eran los defectos que más aborrecía Hargasey. Levantaban un impenetrable muro contra el que se estrellaban la razón y la ternura. Pero Sally era inteligente y sensible. Lo malo —según opinaba Hargasey a veces— era que había trabajado en dos películas de gran éxito. Otras veces se alegraba y enorgullecía de su éxito. Hay gente que es incapaz de actuar. Después de varios años de estudiar arte dramático con los mejores maestros, siguen como si nada. Y hay gente que parece haber nacido con ese don. Sally era de éstos. Bastaba una sugerencia, Hargasey no tenía más que insinuar lo que deseaba y ella lo hacía e incluso lo mejoraba. Tenía instinto, algo muy necesario para el comediante y daba a Hargasey la rara sensación de creación y triunfo que experimenta el director que descubre un talento innato.

Sally arrojó el guión a un lado, se levantó y besó suavemente a Hargasey.

—Querido Alex, ¿qué es lo que hace que la montaña venga a Mahoma?

—Ah, ¿ahora eres Mahoma? Siempre he sido una montañita. Estoy aquí porque no contestas al teléfono.

—Es que en este estúpido lugar un número privado no es privado ni diez minutos. ¿Por qué no te sientas, en lugar de mirarme con ferocidad? Me azaras más que mi madre, que ya es decir.

—¿Yo te miro con ferocidad?

—Sí; siéntate.

Él advirtió que ya se habían trocado los papeles. Ocurría con todos, en un momento dado, en el que el alumno se convierte en estrella y pasa a ser el maestro.

—Estaba pensando, pensando en ese guión que está ahí, en el suelo. Y también es elocuente el que no estés trabajando. No se tira al suelo un guión que es de tu agrado.

—Harvey, te adoro y adoro tu sintaxis. No te enfades conmigo.

—¿Alguna vez me he enfadado contigo?

—Una o dos, que yo recuerde.

—Está bien. ¿Qué te parece el guión?

—¿Recuerdas lo que me dijiste hace quince meses, el día que fui a tu despacho después de mandarte mi guión? Que era una porquería. Éste también es una porquería. Yo podría hacerlo mejor.

Hargasey guardó un prudente silencio, mientras pensaba que el guión que Sally acababa de tirar al suelo tenía un protagonista masculino sensacional. No hacía falta

que él se lo dijera. Sally ya se había fijado.

—¿Qué? ¿No hay comentarios, Alex?

—¿Comentarios? ¿Para qué? Buscaremos otra cosa. Ya encontraremos algo que te guste.

—Te has enfadado.

—No me he enfadado, Sally.

—Ahora ya nos conocemos. Cuando te sientas así, sin cruzar las piernas siquiera, es que estás enfadado.

—No estoy enfadado. Estoy triste. ¿Dónde está Joe?

—¡Oh, Alex! —exclamó ella con irritación—. ¿Por qué no dejas ya de tratarme como si fuera una niña? Sabes muy bien dónde está Joe. Está donde siempre, en el dispensario y por las noches duerme en su despacho, en un sofá, y si piensas que me satisface, es que estás loco. ¿Y sabes tú cómo sé que tú sabes dónde está Joe?

—No; dímelo —rogó él en voz baja.

—Porque Joe vino ayer a ver a May Ling y me contó que estuviste en Boyle Heights y le ofreciste cinco mil dólares para el dispensario. ¡Alex, por el amor de Dios, qué estupidez!

«Una muchachita de veintitrés años a la que he sacado de la nada me llama estúpido —pensó Hargasey—. Hay que ver las cosas...».

—¿Por qué dices que fue una estupidez? —preguntó—. Joe está haciendo una labor maravillosa. Me gusta lo que hace. ¿Crees que no tengo corazón? ¿Por qué no he de poder poner un poco de dinero?

—Si hubieras pensado un poco lo que hacías, habrías comprendido que la primera reacción de Joe sería pensar que querías comprarle.

—¿Comprarle? ¿Por qué?

—Para que me dejara libre.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Joe cree que tú y yo tenemos un lío? ¡Yo no juego con niñas! —Hargasey levantó la voz—. No tolero ni que lo insinúes. Hace más de un año que me conoces. ¿Alguna vez...?

Sally le abrazó cariñosamente.

—Alex, basta ya. No quiero pelearme contigo. Joe piensa que me he convertido en una especie de superpájara. No quiero que tú pienses lo mismo. —Se separó de él, con una mirada de furor en sus ojos azul celeste—. No cree que tú y yo tengamos un lío porque yo le dije que no lo teníamos y se lo dije claramente. Le dije que no tenía líos con nadie. ¡Y tú lo sabes! Tú sabes las sucias murmuraciones que hay en el cine. ¿Se ha murmurado de mí? ¿Me has visto insinuarme con alguien? ¿Piensas que me he prendado de alguno de esos figurines sin seso? ¿Qué imaginas que me ha pasado? ¿No lo sabes? ¿No entiendes que si en menos de quince meses das medio millón de dólares a una persona que se ha criado en una granja del valle Napa, forzosamente

esa persona tiene que cambiar? No; no sufro. Esto me gusta. Me gusta ser una estrella. Me gusta hacer cine. Si soy feliz, no lo sé. A veces estoy muy triste. Pero siempre me siento viva, y mientras estuve en aquella casucha de Silver Lake, no me sentía vivir.

Oyéndola, viéndola, Hargasey sólo podía pensar: «¡Qué soberbia actuación!». Pero por eso era ella lo que era.

—No deseo divorciarme de Joe —continuó Sally—. Le quiero, le he querido siempre, desde que tenía doce años. Pero él tiene ese maldito complejo de pobreza... Y, lo que es peor, ese dinero lo he ganado yo. Si lo hubiera ganado él... en fin, no sé. Pero vivir en una casa comprada con mi dinero... ¡oh, no, él tiene su orgullo, ese maldito orgullo de mierda que viene de tener un par de huevos! No me mires con cara de espanto, Alex, yo ya decía palabrotas antes de conoceros a ti y a la «Paramount Pictures».

—¿No te imaginas lo que siente Joe?

—Alex, ¿qué puede importarte a ti? ¿Por qué ha de preocuparte lo que pase entre Joe y yo? ¿Conoces a alguien en este ramo que triunfe y siga casado con el mismo o la misma que tenía cuando llegó?

—¿Y a ti te parece bonito?

—Me parece un desastre. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Romper el contrato? ¿Quemar esta casa? ¿Comprar una casa en Boyle Heights? Escribo poesías. ¿Te extraña? He escrito más de cincuenta en un año y voy a publicarlas. Es un gesto de altruismo del editor. Me darán un anticipo de cien dólares, más otros cien que sacaré durante los dos o tres años siguientes. No pienso ponerme de rodillas delante de Joe para pedir perdón, ¿qué he hecho?

Hargasey suspiró y extendió las manos.

—Está bien. Eso es algo que hablando ni se arregla ni se resuelve. —Sacó un guión del bolsillo interior de la chaqueta—. Te traigo otro. Muchacha de la Resistencia francesa. —Sally abrió mucho los ojos—. Captura. Campo de concentración alemán. Evasión. Sacrifica la vida para salvar al hombre que ama y muere delante del pelotón alemán, cantando *La marsellesa*.

En esta ocasión, Sally no hizo comentarios sobre la sintaxis. Le echó los brazos al cuello y le abrazó con fuerza.

—Alex, te adoro. Tú no me has oído cantar. No soy una gran cantante, pero me defiendo, quiero decir que entono, vaya.

El juez Hampton Fremont llamó por teléfono a Harvey Baxter para pedirle que pasara por su despacho a las cinco de aquella tarde.

—¿De qué puede tratarse? —preguntó Kimmelman cuando Baxter le habló de la llamada.

—Sabe Dios. Quizás haya tenido noticias de la División de Apelaciones.

—Si sabe algo, ¿crees que sería una falta de ética que te lo adelantara?

—Opino que no.

—¿Qué impresión te ha dado? ¿Estaba contento, deprimido, preocupado? Ya sabes que aprecia a Barbara.

—No sé. Sólo ha dicho que quería verme.

—Podrías haberle preguntado si las noticias eran buenas o malas.

—¡Por todos los santos del cielo, Boyd! A un juez no se le pregunta eso. Cuando le vea, sabré de qué se trata. No digas nada a Barbara. No tiene objeto animarla ni preocuparla.

Fremont se mostró afable, pero grave.

—Siéntese, Harvey —dijo. Acabó de firmar varios documentos y miró tristemente a Baxter—. Han perdido. El tribunal de Apelaciones apoya al juez Meadows. Acabo de enterarme. Se lo notificarán oficialmente mañana.

Baxter asintió lúgubrementemente.

—Lo que me temía.

—Le he llamado para preguntarle si piensa llevar el caso al Supremo.

—Desde luego.

—Bien. Inicie los trámites inmediatamente y mantendremos a Mrs. Cohen en libertad. Eso les dará tal vez otros seis meses. Aunque no creo que el Tribunal Supremo atienda a sus razones. Nunca concederán *certiorari*.

—¿Y por qué no? Es un caso de principio jurídico. Va mucho más allá de la simple transgresión.

—Eso es lo malo, Harvey. Hemos dejado que esos dos comités de locos nos arrastraran a la encerrona más ridícula en que hayan podido caer los tribunales federales. Que yo recuerde, nunca se utilizó la acusación de desacato para castigar a personas de principios. En fin, nosotros hemos cavado nuestra propia tumba. ¿Es que no lo comprende? En estos casos una apelación equivale a un desafío al derecho del Congreso a cursar sus citaciones. Si el Supremo ve alguno de esos casos sobre la base de un alegato de anticonstitucionalidad —porque hay más de uno—, se encontrará ante un dilema. Si falla a favor del Gobierno, contraviene la Ley de Derechos. Si falla a favor del acusado, menoscaba los poderes del Congreso. Es un callejón sin salida, por lo cual lo más práctico es negar el *certiorari*. Pero estudiarán el caso, meditarán, discutirán y harán examen de conciencia y todo eso lleva tiempo, quizá tres o cuatro meses o quizás un año, según lo cargado que esté el calendario. Y, ¿quién sabe lo que puede ocurrir en ese tiempo? Tal vez incluso recobremos la razón, ojalá, que esa mujer vaya a la cárcel. Me subleva no sólo porque sea hija de Dan Lavette, sino porque es toda una mujer. De manera que siga usted adelante, Harvey, y dele hilo a la cometa.

—Así lo haré, Señoría.

—Y no olvide que aquí me tiene. No es mucho lo que yo puedo hacer; pero, en el peor de los casos, procuraré suavizar las cosas. Aprecio a esa muchacha.

—Yo también —convino Baxter.

Barbara no se inmutó por la noticia. Cuando sonó el teléfono, estaba escribiendo y la interrupción la molestó. Harvey Baxter se extendió en una larga explicación y le dijo que el juez Fremont había prorrogado su libertad bajo compromiso de comparecencia, que no se preocupara y que él y Boyd Kimmelman estaban preparando el informe para el Tribunal Supremo.

—¿Y qué diantre es un *certiorari*? —preguntó.

—Una palabreja para indicar que el Supremo está dispuesto a revisar una causa. Si conceden *certiorari*, oirán nuestra petición.

—De acuerdo, Harvey. Adelante —dijo Barbara, casi con indiferencia.

Luego volvió al trabajo. Las horas de la mañana eran las mejores y procuraba aprovecharlas. Sam iba a un parvulario de nueve a dos y así Barbara podía disponer de medio día. Ella comprendía que vivía en dos mundos: el concreto y manejable que creaba sobre el papel y el mundo real, incontrolable y creado por locos. Habían transcurrido catorce años desde que empezara a escribir como profesional, y con frecuencia le parecía que si había podido sobrevivir era porque tenía la posibilidad de sumirse en aquel mundo gobernado y creado por ella. Del mundo real, la víspera llegó una carta firmada por David Ben Gurión, Primer Ministro de Israel.

Querida Mrs. Cohen —escribía—: Acabo de enterarme del sacrificio que su esposo hizo por nuestra libertad. Comprendo que nada de lo que yo le diga podrá mitigar su dolor. Le escribo para decirle que nosotros nunca le olvidaremos y que su nombre, junto con el de tantos otros caídos en la lucha, quedará grabado no sólo en un monumento levantado en su memoria, sino también en nuestros corazones.

Era un país pequeño. Aquella carta, a pesar de estar firmada por el Primer Ministro, la irritó. No le gustaban los pésames. Mentalmente, Barbara redactó una carta que nunca escribió:

Querido señor Ben Gurión: Ya sé que usted no es responsable de la muerte de mi marido; pero ya que usted me escribe, voy a decirle lo que pienso al respecto. Yo no creo en la muerte noble, la muerte heroica, la muerte buena. He vivido muchos años entre el ruido de la guerra y el olor a

guerra, que es un olor compuesto por toda la basura que ha creado el hombre. Siendo mujer, me cabe él privilegio de considerarme profana en la materia. Vivo a las puertas de un manicomio llamado civilización y escucho las obscenidades que pronuncian los que se llaman líderes. No sé por qué le digo estas cosas. Bien sabe Dios lo que han sufrido los judíos. Pero mi propio sufrimiento es muy personal. Yo quiero tener a mi marido aquí a mi lado, y mi marido ha muerto. Nada puede remediar eso.

Al pensar en la llamada de Harvey Baxter, Barbara se preguntó con amargura si el mundo que ella creaba en el papel podía ser distinto de la realidad. No iba con su carácter el cavilar acerca de quién era ella ni adónde iba; creía saber muy bien quién era y que más pronto o más tarde tendría que ir a la cárcel; pero las páginas que escribía planteaban otros problemas y el trabajo se hacía lento y penoso: «Pero, por lo menos, es distinto», se dijo.

Durante el almuerzo, mientras comía unos huevos revueltos, Barbara practicaba español con Anna. Después de los años pasados en Francia, hablaba francés como una nativa; su español, por el contrario, era muy deficiente. Trataba de enseñar el francés a Sam, pero el niño captaba mucho mejor el español de Anna. El resultado era bastante confuso, por no decir algo peor.

—Yo puedo ir a buscar a Sam si usted quiere —se ofreció Anna—, si prefiere seguir trabajando.

—No. El trabajo está encallado. Cuando ocurre eso, es mejor dejarlo. Recogeré al niño y nos iremos a la avenida Grant, en la que mi original madre ha alquilado un local para abrir una galería de arte.

—Ya tenía una en Russian Hill.

—Ah, no; lo de Russian Hill era un museo. Mi madre va siempre un paso por delante del resto del mundo, que nunca consigue darle alcance. Ella decidió abrir un museo de arte moderno, pero San Francisco no respondió: Eso que dicen de que somos una ciudad culta es pura leyenda. Debajo de las camisas blancas y de las sombrillas, seguimos siendo una ciudad de pioneros. Este proyecto es un negocio, una tienda de cuadros, Anna, y las tiendas que venden cuadros se llaman galerías de arte. En San Francisco nunca ha habido una que fuera realmente buena y mi madre se propone remediar eso.

Jean estaba remediándolo en un segundo piso dúplex de la avenida Grant, casi esquina a California Street. Barbara entró llevando de la mano a Sam, que arrugó la nariz al oler la pintura y miró alrededor con ojos de asombro. Dan, con pantalón vaquero y camisa azul, pintaba de blanco las paredes. Eloise, también con pantalón vaquero, quitaba, con disolvente y papel de lija, la pintura de una silla Luis XIV. Jean estaba preparando el té y los saludó alegremente, abrazó a Sam y dijo que llegaban a

tiempo para merendar.

—Yo quiero pintar como el abuelo —dijo Sam.

Dan bajó de la escalera y dio la brocha al niño.

—Pero ¿estás loco? —exclamó Jean.

—¿Y qué más da? Las paredes ya están blancas.

Sam, dirigido por Dan, empezó a embadurnar una parte de pared no pintada aún, mientras Jean y Eloise ponían los platos y las tazas en una tabla colocada sobre unos caballetes. Barbara, bastante impresionada, observaba la escena en silencio.

—No juzgues por lo que ves ahora —repuso Jean—. Tenemos tres salas que van de parte a parte del edificio. La de la parte trasera tiene claraboyas. El suelo lo alfombraremos color barquillo y pondremos apliques para iluminar los cuadros. El despacho da a la sala central.

—Va a ser la galería de arte más elegante al oeste de las Rocosas —dijo Dan.

—Más pintura —reclamó Sam.

—Sólo trabajaremos con los modernos —prosiguió Jean—, de los expresionistas para acá. Tendremos a Pollock, Rothko, Ajay, Klee, Calder, Kandinsky y Marin y acabarán por gustar y venceremos a los paletos.

—Muy bien dicho —aprobó Dan.

—¿Le doy una pasta de harina de avena? —preguntó Eloise.

—Le encantan.

—Lo veo y no lo creo —dijo Barbara, quitándole la brocha a Sam y tratando de limpiarle la pintura de la cara mientras él protestaba violentamente—. Es que ahora vamos a comer galletas. ¿O prefieres seguir pintando? O pintar o galletas.

—Galletas —eligió rápidamente Sam.

—Igual que su abuelo —dijo Jean—. ¿Qué es lo que no crees, Bobby?

—Dan Lavette pintando paredes y Jean Seldon con pantalón vaquero. ¿Quién dijo que en San Francisco no hay gran mundo sin Jean Seldon?

—Pero yo no soy Jean Seldon. Fui Jean Lavette, Jean Whittier y ahora damos otra oportunidad a Jean Lavette. Éste es otro cantar, como diría tu viejo. Estamos divirtiéndonos más de lo que nunca imaginamos y es posible que llegemos a hacer historia.

—Mamá, no vas a poder vender a esos pintores en San Francisco. Lo sabes muy bien. Todo lo más, te comprarán un Georgia O'Keeffe si creen reconocer la calavera de búfalo que se ve al fondo; pero ¿un Calder o un Klee? Ni hablar.

—Los educaremos, ¿verdad, Eloise?

—Lo intentaremos.

—¿Y cómo lo lleváis? ¿Sois socios los tres?

—Sólo las señoras —contestó Dan—. Yo soy el conserje.

—Pero ¿y el barco, papá? ¿Y vuestras singladuras por la Bahía?

—Todo llegará. Estoy dibujando otro juego de planos. Todavía no acabo de decidirme por la yola y estoy diseñando un cúter. No te preocupes, dentro de un año Sam podrá salir a navegar conmigo. Con él y con Freddie ya tengo toda una tripulación. Dejarás que enseñe a navegar a Freddie, ¿verdad, Eloise?

—¿Por qué no? Tiene ya siete años. Y Joshua uno. Supongo que no vas a dejar a Josh en tierra porque no sea nieto tuyo.

—Ni pensarlo.

—¿Ya tiene un año? —preguntó Barbara, sorprendida—. Pero ¿qué nos pasa?

—A ti, muchas cosas —contestó Eloise—. Nació poco después de la muerte de Bernie.

Barbara cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Qué tienes, Bobby? —preguntó Jean—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. ¡Qué extraña es la gente y qué extraña soy yo! Hoy me llamó Harvey Baxter para decirme que el Tribunal de Apelaciones ha rechazado nuestro recurso y apoya al juez Meadows... y, ¿a que no sabéis lo que me ha pasado? Lo había olvidado por completo.

—Los que saben que existe lo llaman el *establishment* —dijo Lucy a su marido—. Es una palabra inglesa.

—Ya lo sé —respondió Tom con impaciencia—. He vivido allí. —Le molestaba el tono didáctico que adoptaba Lucy algunas veces, aunque siempre la escuchaba con atención, asombrado de lo mucho que sabía y de la gente que conocía.

Estaban tomando el desayuno en el solárium de la antigua mansión Sommers de Pacific Heights. Alvin Sommers había muerto de una embolia hacía tres meses y Lucy había heredado la casa y todos sus bienes. A las pocas semanas, ella y Tom se mudaron a la casa. Era un magnífico edificio de piedra gris con dieciocho habitaciones, uno de los primeros palacetes que se construyeron en Pacific Heights, situado sólo a cuatro manzanas de la casa de John Whittier. Pero esto no inquietaba a Tom. Whittier tenía un cáncer y estaba muriéndose en una clínica. Tom no deseaba su muerte, pero comprendía que ella le evitaría el engorro de tenerlo de vecino.

Ya no se construían casas con solárium. Tom no se sentía cómodo dentro de aquella especie de selva encristalada; pero Lucy se negaba a tocarla. Allí se servía siempre el desayuno y el té y, puesto que significaba tanto para ella, Tom se resignaba. Su propia casa había sido arrendada. Hubiera podido obligar a Lucy a vivir en ella; pero, en el fondo, él también prefería la arcaica magnificencia de la mansión Sommers.

—No pretendo darte lecciones, Tom —repuso Lucy suavemente—. Yo nunca me hubiera casado con un hombre al que considerase inferior a mí, no lo olvides. Lo que ocurre es que me fascina la forma en que los ingleses usan esa palabra. Aceptan el

que un reducido grupo de hombres controle el mundo de los negocios, que así haya sido y así siga siendo. Nosotros preferimos cerrar los ojos a la realidad.

—Unos los cierran y otros no —comentó Tom.

—Desde luego —continuó Lucy—, ellos no se llaman a sí mismos el *establishment*. Les parecería pedante y burdo, y ellos no son ninguna de las dos cosas. Son hombres prácticos y realistas.

—Vamos a repasar —dijo Tom entornando los ojos. Él recordaba perfectamente los nombres, pero estas peticiones halagaban a Lucy. Tom no advertía que en realidad estaban jugando a madre e hijo y entraba en el juego en parte por necesidad y en parte por la reacción de Lucy.

—Joseph Langtrej, Primer Trust de Nueva York.

—El único del Este. Es curioso.

—Tiene una casa en el Condado de Sonoma con tres mil acres de terreno. Cría vinos y caballos.

—Supongo que en el Este habrá algo equivalente —dijo Tom—. Y también en Chicago.

—No del todo. Bien, luego tenemos a Mark Fowler, periódicos; Ira Cunningham, aceros; Louis d'Solde... ¿Cómo lo catalogarías tú?

—Submarinos, tanques, químicos... y muchas cosas más. No sé exactamente cuántas.

—Geoffrey Culpepper, muy reservado. Casi no se sabe nada de él. Tiene una casa en La Jolla, cerca de San Diego, pero nadie sabe exactamente dónde. Electrónica, comunicaciones y similares. Es un magnate de la fabricación de televisores: la «Culpepper Electronics», pero eso no es más que la punta del iceberg. Diodos, microondas y muchas cosas más que, a decir verdad, no entiendo. También controla una cadena de emisoras de radio y tres emisoras de televisión. Y, hasta aquí, las actividades del hombre misterioso. El último del grupo es Oscar McGinnis.

—Y todo lo que aporta es petróleo, que ya es bastante. Lo que yo me pregunto, Lucy, es ¿dónde encajamos nosotros? Ellos son gigantes y nosotros tenemos un capital de unos trescientos millones de dólares.

—... que no está mal.

—Pero es poca cosa si lo comparamos con lo de ellos. ¿Y dices que se llaman «el club»?

—Sí. Sólo eso, el club. Cuando Mark Fowler me invitó a almorzar, yo no tenía ni la más remota idea de lo que quería. Era amigo de mi padre y pensé que la invitación era, simplemente, un detalle. Ya había oído hablar del grupo al que muchos llaman el *establishment* de Bayside, aunque nadie sabe a ciencia cierta quiénes lo componen. Fowler me puso en antecedentes. No se trata de nada del otro mundo: seis hombres de negocios importantes e influyentes que se reúnen una vez al mes para hablar de la

economía y la política del país. Desde luego, es un eufemismo. Los hombres de su talla no se reúnen para hablar por hablar. Pero él hizo hincapié en que no hay protocolo, ni se redactan actas, ni se toman notas. Mencionó, sin darle importancia, casi de pasada, que confiaba en mi discreción; pero yo capté el mensaje. En el mismo tono, apuntó que tal vez pudiera interesarte asistir a la próxima reunión que se celebrará en casa de Langtrey.

—¿Por qué no acudió a mí directamente?

—Quizá pensó que eso supondría dar a la invitación un tono demasiado formal. Rehúyen todo lo que tenga visos protocolarios. Yo soy hija de un viejo amigo y la invitación puede atribuirse a una muestra de interés. Y eso es lo que dijo Fowler en realidad: «Tom Lavette, un joven interesante. Vamos a hablar con él».

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? Ya sé que eso de que los árboles no te dejan ver el bosque es un tópico; pero durante más de cien años los Seldon y los Sommers no han hecho más que bregar con los árboles. Primero, el Banco, después, la línea marítima de Dan Lavette, los terrenos y las líneas aéreas, luego, unión de ambos, más adelante, la fusión con las empresas de Whittier y, últimamente, la flota de petroleros de tu padre. Y tú te concentras en cada parcelita, como el que está haciendo un rompecabezas sin saber cuál será el dibujo del conjunto. Pero lo cierto es que hoy en esta costa somos alguien. Ni Giannini, ni Hearst, ni Crocker, ni Hughes abarcan sectores tan diversos como los que nosotros representamos. Y lo hemos hecho sin ruido. Aparte ese estúpido asunto de tu hermana, nos hemos mantenido discretamente en la sombra y el club valora en mucho esa actitud de prudencia y buen gusto.

Una semana después, Tom se dirigía en coche al extenso rancho de adobe que Joseph Langtrey poseía en el Condado de Sonoma. Tom pertenecía a una familia muy rica, se había educado en Groton y en Princeton, había pasado temporadas en casa de sus distinguidos parientes de Boston y Londres; sin embargo, en el rancho Langtrey se respiraba una opulencia distinta, con un sello peculiar, de una gran sobriedad. Los criados eran mexicanos, iban vestidos de blanco y se adelantaban a sus menores deseos. La sala era enorme, con suelo de baldosas, vigas de madera, una gran chimenea y recargado mobiliario. Langtrey, alto, delgado, pelo gris, le saludó como si fueran viejos amigos. Al bajo y fornido Fowler ya lo conocía Tom. Cunningham era un hombre borroso, con gafas de pinza, delgado, de frente ancha y pelo rubio y escaso. Louis d'Solde llevaba bigote, tenía la cara larga y cetrina y vestía impecablemente. McGinnis era enorme, obeso, con botas vaqueras de doscientos dólares bajo un pantalón de franela gris y, como contrapunto, el misterioso Culpepper: pequeño, elegante, intelectual, cuarentón y con una voz suave y bien modulada que contrastaba con la estentórea expansividad texana de McGinnis.

La cena, servida en un comedor de paredes encaladas sin más adorno que dos

enormes «Remington», fue sencilla y excelente. El vino era explícitamente cosecha de California. Nada de sopa, un gran cuarto de res asado, presentado en un carrito de plata y trinchado a gusto de cada comensal con patatas y verduras, seguido de un *savory* al estilo tradicional, pastel, café y coñac. No era la cena que Tom hubiera servido a invitados importantes —y tampoco a invitados sin importancia—; pero reconoció y apreció su esnobismo a la inversa. Fue una velada para hombres solos. Ni había mujeres ni se habló de ellas. Los cigarros que circularon después de la cena eran habanos de las tres mejores marcas. La conversación durante la cena fue inteligente y variada. Langtre y, sorprendentemente, McGinnis habían estado en el estreno de *Muerte de un viajante*, en Nueva York. A Langtre le gustó. McGinnis dijo que era bazofia. Se habló mucho de Corea. D'Solde estaba seguro de que era inminente una guerra civil y que los Estados Unidos entrarían en ella «hasta el cuello». A Culpepper le preocupaba China y temía que, si los Estados Unidos intervenían en Corea, tuvieran que enfrentarse con los chinos.

—Podrías sondear a Traman sobre este asunto —sugirió a McGinnis.

La conversación pasaba de un tema a otro. Era la charla fácil de hombres que tenían acceso a lugares y personas ilimitados. No se refirieron explícitamente a la presencia de Tom ni a los motivos que la habían determinado. Le hacían entrar en la conversación con toda naturalidad; pero durante la cena sólo hubo, simplemente, conversación. Le preguntaron acerca de las reservas del pino gigante *redwood*, tema en que Tom estaba bien versado; pero también esto era, simplemente, conversación. Pero cuando volvieron al salón y se sentaron delante de la chimenea, con los cigarros y el coñac, Culpepper dijo a Tom:

—Dicen que ha visto usted a Drake un par de veces, ¿no?

Tom asintió.

—Así es.

—¿Qué opina de él? —preguntó McGinnis.

Tom comprendió que le juzgarían por su respuesta y meditó unos momentos antes de contestar.

—No es muy sagaz, pero es astuto. Tiene un tesón casi diabólico y es muy ambicioso. También tiene el síndrome del joven pobre. Adora el dinero y lo desea con todas sus fuerzas.

—¿Qué me dice de su actitud? —preguntó Langtre.

—Puede ser muy obsequioso.

—¿Por qué permitió Drake que siguiera adelante esa pantomima de su hermana?

—Por ese mismo síndrome de pobre. Adora el dinero, pero aborrece a los ricos.

—¿Eso fue antes de que usted hablara con él?

—Sí.

—Supongo que esperará que su hermana sé vuelva atrás. Pero me parece que se

equivoca. Yo la admiro. Tiene coraje.

Esto fue una sorpresa para Tom. Asintió lentamente y esperó.

—¿Se fía usted de Drake? —preguntó Fowler.

Tom se encogió de hombros.

—Una vez ha vendido lo que tenía para vender, no le queda más remedio.

McGinnis examinaba a Tom con aire pensativo. McGinnis era un hombre que por su aspecto engañaba. Tom comprendió que allí había mucho más de lo que uno podía imaginar al ver sus botas de cowboy y su enorme abdomen.

—¿Podría ganar unas elecciones de las grandes? —preguntó McGinnis lentamente.

—Bien dirigido y entrenado, creo que sí. Tiene algo que atrae al elector que no piensa. Y la mayoría no piensa. Por lo que yo he podido averiguar, no tiene más principios que el poder y el dinero, si es que pueden considerarse principios.

—¿Qué le parecería Drake de vicepresidente? —preguntó Langtrej con una ligera sonrisa.

—No es tonto; eso tendría que ser un peldaño.

McGinnis miró fijamente a Tom y asintió. Luego, Fowler cambió de tema y preguntó a Tom por los petroleros que había encargado a Alemania.

Al despedirse, Langtrej dijo a Tom casi con indiferencia:

—Nos reunimos aproximadamente una vez al mes para cenar y charlar. Nos gustaría tenerle con nosotros, Lavette.

—Encantado —aceptó Tom.

Cuando Joe Lavette llamó por teléfono a Barbara para decirle que tenía que hablar con ella y que tomaría un avión para San Francisco, ella le propuso que se quedara a cenar y a dormir y regresara a Los Ángeles en uno de los primeros aviones de la mañana. Barbara preparó personalmente la cena. Le gustaba guisar y lo hacía bien, y aunque en parte había adquirido su habilidad durante los años pasados en París, también poseía el don que distingue a la cocinera innata de la que la que guisa siguiendo el recetario y rezando oraciones. Preparó un consomé y estofado de ternera con setas y fideos. De postre, fruta y queso. Joe comió de todo en abundancia y, para disculparse, dijo que hacía meses que no probaba comida tan buena. Estaba más delgado. Tenía las mejillas hundidas y la piel de la cara tirante, y si bien en cierto modo resultaba muy atractivo, ello acentuaba su aspecto oriental. Al verlos nadie hubiera dicho que fueran hermanos: Barbara con su piel blanca, los ojos grises y el cabello castaño claro, y Joe con los ojos oscuros, el pelo negro y la piel morena; sin embargo, de complexión eran muy parecidos, altos, de extremidades largas y hombros anchos. Joe estaba nervioso y violento, como el que constantemente ensaya lo que va a decir y luego calla. Hizo grandes elogios de Sam, le dio un coche de

bomberos de cuerda que le había llevado y jugó con él. Cuando Barbara hubo acostado al niño, hablaron de la investigación del comité de la Cámara y de las perspectivas del caso.

En cuanto al motivo de su visita, Joe dijo en tono de disculpa que pensaba pedir otra donación a la Fundación Lavette.

—Ya no podemos resistir más, Bobby. Me duele acudir a ti porque sé que no puedes decirme que no; pero necesitamos un quirófano decente y por lo menos seis camas. Se nos han muerto tres pacientes por culpa del papeleo y de los problemas de admisión. No lo resisto.

—No hay inconveniente, Joe.

—No es una tontería. Hay que construir otra ala. Necesitamos ciento cincuenta mil dólares.

—No te preocupes. La fundación tiene mucho dinero. Joe, no era necesario que vinieras para eso. Bastaba que hicieras una solicitud.

—Quería verte.

—Y no me has dicho ni una palabra de Sally.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Joe, por Dios! ¿Puedes decirme qué te pasa? Me dijo Eloise que piensas pedir el divorcio.

—Así están las cosas.

—¿Qué cosas? ¿Quieres hacer el favor de explicarte? ¿Está enamorada de otro? ¿O tú de otra?

—Yo nunca he mirado a otra.

—¡Qué bonito! Pues si nunca has mirado a otra, pídele a un colega que te examine las gónadas.

—Ya sabes a lo que me refiero. Yo quiero a Sally. Tú me dirás qué hago: ella es una estrella del cine, gana medio millón de dólares al año, tiene una casa soberbia en Beverly Hills, con un «Thunderbird» último modelo en el garaje, una criada mexicana y una niñera para May Ling. No puedo coger un periódico sin ver su nombre. Y yo trabajo en un dispensario de Boyle Heights. ¿Cómo asocias tú una cosa y la otra? ¿Cómo? Dímelo.

—¿Estáis separados judicialmente?

—No. Ella no quiso.

—Me han dicho que duermes en tu despacho. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Has vendido la casa de Silver Lake?

Él asintió.

—No necesito preguntar qué has hecho con el dinero. Lo has gastado en el dispensario.

Él asintió de nuevo.

—¿Y qué quieres que haga yo, Joe? ¿Darte la estrella de plata por tu buena conducta? ¿Te acuerdas cuando Sally era una niña que estaba loca por ti? Decía: «Joe es fantástico; pero es tonto». Pues tenía razón. Sólo que a mí no me pareces tan fantástico.

—¡Bravo! ¡Lo que me faltaba!

—Puede que tengas razón. ¡Dormir en el despacho! Si lo leyera en una novela me parecería un disparate. Te llevas a una muchacha inteligente, sensible y encantadora y tratas de convertirla en una fregona sin seso.

—Lo único que le pedía era que fuera esposa y madre.

—Eso es lo que te chincha, hermano. Ya es esposa y madre. Pero una esposa y madre que gana medio millón de dólares al año te revienta. Si fuera al revés, si tú fueras un médico de Beverly Hills y ganaras medio millón al año o lo que ganen los médicos de Beverly Hills, esperarías que Sally fuera la mujer más feliz del mundo. ¿Qué estúpido juego te traes, trabajando dieciocho horas al día y durmiendo en una cama turca en el despacho? Se da la circunstancia de que mi padre, que por cierto también es el tuyo, es millonario.

—Yo no puedo pedirle dinero a él.

—Ni yo te digo que lo hagas. Tu mentalidad, esa especie de síndrome de Jesucristo que tienes, me pone enferma. Tú puedes permitirte un apartamento decente y puedes permitirte vivir como un ser humano sin que tus pacientes tengan que sufrir por ello. Dime, si vivieras con Sally en Beverly Hills, ¿saldría perjudicado el dispensario? Tu amor propio, sí, ya lo sé; pero ¿y el dispensario?

—No podría pagar ni la mitad de los gastos de aquella casa.

—¿Acaso Sally podía pagar la mitad de los gastos de la casa de Silver Lake con lo que ganaba escribiendo poesías? Y por cierto, eran poesías muy buenas. ¿Nunca lo pensaste? ¿Alguna vez te has parado a pensar en lo que supone ser mujer, Joe? Prueba a ver. Concéntrate y piensa: «Yo, Joe Lavette, no soy un vigoroso y robusto ejemplar de macho, una especie de santo de Boyle Heights a quien todos quieren porque soy médico y puedo ayudarles. Nada de eso; soy una jovencita solitaria y amargada, sin ilusiones ni esperanzas».

—¡Qué liso y llano, Bobby! ¿Así que toda la culpa es mía?

—Yo no hablo de culpa, Joe, ¡Joe! —suplicó—. Trata de recordar si en tu vida has conocido a algún hombre que comprendiera lo que significa ser mujer. Por las noches tengo que acostarme sola en esa maldita cama fría porque me enamoré de un hombre que era como sois casi todos, una especie de niño grande, brillante y estúpido que un buen día se marchó llevado de su versión particular del síndrome de Jesucristo, sin pensar lo que iba a ser de Sammy y de mí si lo mataban. No te acuso de nada. No hay perversión en jugar a los hombres en un mundo de hombres. Es la

vida. Pero, Joey, tú eres un ser humano generoso, bueno y comprensivo. Trata de ver las cosas como son.

Pasaba el tiempo. La amenaza de la cárcel fue quedando relegada al fondo de la mente de Barbara. Permanecía latente, pero ya no la agobiaba día tras día, y sólo afloraba de vez en cuando. Barbara había empezado otro libro y pasaba las horas escribiendo y volviendo a escribir. Era la historia de un hombre muy parecido a su marido, tanto que a veces no los distinguía. Escribía en primera persona, lo cual, según descubrió después, era el intento de hacerle revivir en sí misma. Ponerse en el lugar de un hombre y tratar de pensar como un hombre era lo más difícil que había hecho en su vida. El tiempo había mitigado la pena pero no la había borrado. Los dos hombres a los que había querido, Marcel Duboise y Bernie Cohen, formaban parte de su ser y no podía alejarlos de sí. Estaban en sus pensamientos y en sus sueños. A veces, escribiendo sobre uno, insensiblemente, le atribuía reacciones del otro. Sabía que había hombres y mujeres que se casaban tres, cuatro y hasta cinco veces; pero no podía comprenderlo. Quedaba una sequedad, un vacío interior que nada podía llenar.

Dan, Jean y otros amigos organizaban reuniones y cenas en las que le presentaban a divorciados, viudos y solteros. La mayoría quedaban prendados de aquella mujer alta, hermosa e inteligente y, también, intimidados. Algunos le pedían para salir.

—Lo siento —decía Barbara—. No salgo con nadie.

—No hagas eso —suplicaba Jean—. No puedes vivir sola el resto de tus días.

—No estoy sola. Tengo amigos y una familia. Pero no tengo ganas de pasar la velada hablando de tonterías con esos señores, ni estoy dispuesta a dejarme parchear por alguien que no me gusta, ni oírle decir a un imbécil que en el precio de la cena está incluido el acostarse conmigo. Mamá, yo ya estoy de vuelta de todo eso.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Dan a Jean—. ¿Va a seguir viviendo sola?

—No creas que es una desgracia. Barbara es una mujer inteligente, y las mujeres inteligentes lo pasan fatal en este mundo de hombres. Ha vivido mucho y no se hace ilusiones. De todos modos, ¿tan importante es el matrimonio?

—A mí me lo parece —dijo Dan.

—Pues mira, de no ser por ti, yo preferiría la vida de soltera.

Pero Barbara no había elegido una forma de vida. Por el momento, se conformaba con vivir día a día o, en un sentido más amplio, libro a libro. Cada nuevo libro era un aplazamiento de la vida. «Hasta que lo termine, no quiero tomar decisiones. O hasta que vaya a la cárcel», se decía.

Sam crecía con una rapidez que casi daba miedo. A Barbara le parecía que era ayer cuando sólo sabía expresarse con gritos y llanto. Cuando pasó a las palabras, Barbara comprobó con satisfacción que entre los genes que ella y Bernie habían transmitido al niño estaban los que regían el vocabulario. Muy pronto, las palabras sueltas se convirtieron en frases. Un día Sam le preguntó:

—¿Tú tienes papá? ¿Por qué yo no tengo papá?

—Tú tienes un papá —respondió Barbara, sin saber cómo continuar y diciéndose que lo mejor sería decir la verdad.

—Todos los niños de mi colegio tienen papá.

—Tú tenías un papá —rectificó Barbara—. Murió. Te quería mucho, pero murió.

—Yo he visto un gato muerto. ¿Está muerto como el gato?

—No exactamente. Murió muy lejos de aquí, en otro país, luchando por la libertad de su pueblo.

—¿Quién es su pueblo?

La conversación se complicaba; pero Barbara mantuvo el rumbo.

—Los israelíes —respondió, comprendiendo que había hecho mal.

—¿Y qué es morir?

—Es lo que le ocurre a la gente muy, muy vieja.

—¿Mi papá era muy viejo?

—Bastante viejo.

Sam se abrazó a ella y rompió a llorar.

—Tú eres vieja —gimió.

—No tanto como para morirme. Aún tardaré mucho en eso.

—¿Yo moriré?

—Cuando seas viejísimo. Pero falta tanto tiempo, que no puedo ni imaginarlo.

—Yo no quiero morirme —sollozó el niño.

—Pues claro que no —susurró ella, meciéndolo suavemente—. A mi chico guapo no le pasará nada malo. Crecerás, serás un apuesto caballero y te casarás con una linda princesa.

Sam dejó de llorar y la miró interesado. Tenía los ojos azul pálido como su padre.

—¿Una princesa con el pelo rubio?

—Si te gusta.

—Me gusta más el tuyo.

—Muy bien. Será una princesa de pelo castaño.

—Cuéntame un cuento de princesa.

—Erase una vez una princesa que se llamaba Margarita y vivía en un palacio construido con galletas de cinco clases, pero la mayoría de jengibre.

Sam se echó a reír.

—Los palacios no se hacen de galletas.

—No hay muchos; pero tampoco hay muchas princesas como Margarita. Le gustaban los vestidos de azúcar hilado y por eso se encontraba tan a gusto en su palacio de galleta...

Barbara siguió contando el cuento de Margarita, y al poco rato Sam se quedó dormido en su regazo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse y se acordó

del cuento del granjero que empezó levantando en brazos un potrillo y siguió levantándolo todos los días hasta que el potrillo se convirtió en un caballo, y se dijo que tenía que ser eso, un cuento.

El guardián de la puerta de los «Estudios Paramount» buscó el nombre en la lista y al encontrarlo lo leyó en voz alta:

—¿William Clawson? ¿Sí?

Billy asintió.

—Pase. Encontrará a Mrs. Lavette en el plató número 4. Aparque ahí delante y siga la línea amarilla hasta llegar a la primera avenida, luego tuerza a la izquierda. O pregunte. Están rodando, de manera que si está encendida la luz roja de la puerta, espere a que se apague antes de entrar.

Billy asintió, aparcó el coche y echó a andar por el recinto de los estudios. En la puerta de la enorme nave que albergaba el plató número 4, parpadeaba la luz roja. Billy esperó. Aquel día había abandonado el jersey de cuello alto y el pantalón vaquero y llevaba blazer azul, camisa blanca y corbata y pantalón de franela gris; pero se sentía incómodo con aquella ropa, como si se hubiera vestido para representar un papel que no le iba. Esto le hizo comprender cuánto se había identificado con la vida del barrio y cómo lo absorbía el trabajo del dispensario. Sin embargo, así vestido, alto, esbelto, bien parecido con su «maldita cara de aristócrata» como dijera Sally, atraía las miradas de las muchachas que pasaban. Físicamente encajaba en el lugar.

Se apagó la luz roja, Billy abrió la puerta y entró. Aquello era una oscura selva de cables y aparatos, con una zona brillantemente iluminada al otro extremo de la nave. Billy avanzó hacia la luz, mientras poco a poco sus ojos se acostumbraban a la penumbra y llegó hasta un semicírculo de hombres y cámaras. El escenario parecía una gran alcantarilla partida por la mitad, chorreando agua y con el suelo encharcado. Sally, descalza y vestida con una especie de saco gris, estaba con los pies metidos en el agua. Un individuo bajo, grueso y calvo suplicaba:

—Sally, otra vez, por favor.

—¡Hostia, Alex! —gritó ella—. ¡Habéis rodado seis tomas! Es una mierdecita de escena. Ya está bien. Me tenéis harta.

—Cariño, cariño, por favor... Es muy fácil. —Miró a un hombre bien parecido y de buena figura que no llevaba más que un pantalón mojado—. ¿Otra vez, Walter? ¿Sí?

—Si Sally quiere, desde luego.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —insistió el hombre—. Walter está dispuesto.

—Está bien. Acabemos. Llevamos toda la tarde en esta cochina alcantarilla.

—¡A sus puestos! —gritó el hombre gordo—. ¡Luces!

Los grandes focos iluminaron el escenario. El hombre del pantalón mojado ocupó su sitio. Un maquillador le echó sobre el hombro un líquido rojo que parecía sangre o catsup de modo que le bajara por el pecho.

Se adelantó a primer término un muchacho que llevaba en la mano una especie de rótulo en forma de tijera en el que se leía: Escena 42, Toma 7, Hargasey.

—¡Cámara! —ordenó Hargasey. El muchacho cerró la tijera y se retiró—. ¡Acción! —ordenó entonces Hargasey.

El hombre del pantalón mojado, con el pecho cubierto de líquido rojo, entró en escena tambaleándose. Vio a Sally. Rígida y tensa, Sally le miró. Trató de decir algo, pero las palabras no le salieron. Billy se sintió prendido en la escena. La angustia que había en la cara de Sally era tan real, que le hizo olvidarse de dónde estaba. El hombre trató de dar otro paso hacia Sally. Se le doblaron las rodillas y cayó al encharcado suelo. Sally se inclinó hacia él, extendiendo una mano temblorosa.

—¡Corten! —gritó Hargasey—. ¡Muy bien, princesa! ¡Precioso! Basta por hoy. Mañana tomaremos los primeros planos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Sally.

Se apagaron los focos. El hombre de la sangre se secaba con una toalla. Sally salió del escenario y se dirigió hacia la salida. Cuando iba a pasar por su lado, Billy dijo:

—Eh, Sally. Estoy aquí.

Hablaba con timidez, como dando a entender que si ella prefería no darse por enterada, lo comprendería.

Ella se paró y le miró. De pronto, su cara se iluminó, corrió hacia él y le abrazó.

—¡Oh, Billy, Billy! ¡Qué alegría verte! Pero casi no te conozco. Estás guapísimo. —Se colgó de su brazo—. Ven conmigo. ¡Cómo me alegro de verte!

El camerino de Sally tenía una salita aneja.

—Siéntate aquí y hablaremos mientras me cambio. ¡Cuánto tiempo sin vernos! Ya sé que Boyle Heights y Beverly Hills son dos mundos distintos; pero no se encuentran a mil millas de distancia. Y si has venido es porque te he arrastrado a la fuerza, dando a entender que estaba atravesando una crisis terrible. Bueno, no tan terrible; pero quería hablar contigo.

Se había puesto una falda plisada y un jersey de angora y parecía una colegiala. El maquillaje había desaparecido.

—Mírame, Billy, ¿tanto he cambiado?

—Estás preciosa. ¿Y la chiquitina?

—No tan chiquitina. May Ling ya corre y habla por los codos. Luego la verás, porque quiero que vayas a casa.

—Había pensado cenar por ahí.

—La cena está esperando en casa. Has traído el coche. Vivimos en Rexford

Drive, en Beverly Hills. El camino es muy fácil. Sigues por Melrose hasta Santa Mónica y tuerces a la derecha por Rexford. Te anotaré la dirección. Iremos directamente y así tendremos tiempo de tomar unas copas y charlar.

Sally le llevó por toda la casa, mientras May Ling corría alrededor y ponía su propio comentario. Billy estaba embobado con la niña y dijo que parecía una muñequita china.

—Se parece mucho a Joe y a su abuela quizá. Bueno, Billy, ¿qué te parece mi casa?

—Me gusta. Pero comprendo que Joe no se encuentre cómodo aquí. Yo he vivido en una casa como ésta. Él, no.

—Ni yo tampoco, hasta ahora. Pero no quiero hablar de Joe. Es insoportable. ¡Insoportable! ¡Cómo me gustaría estar enamorada de otro! A veces me entran ganas de decirle: Adelante, divórciate de mí y acabemos de una vez.

—¿De verdad quiere el divorcio?

—¿Cómo va nadie a saber lo que de verdad quiere Joe? Ni él mismo lo sabe. Le parece que sería un rasgo de nobleza divorciarse de mí. ¡Él y su nobleza de la mierda! ¡Oh, perdona! Pones una cara de sufrimiento cada vez que digo un taco... Es una costumbre, Billy. Siempre he sido así.

—Joe es fantástico. Me duele veros sufrir.

—¿Fantástico con quién? Si pudiera dedicar dos horas al día para ser fantástico con su mujer y su hija, sería formidable. Pero dejemos eso. Cenaremos y hablaremos de Higate. ¿Vas de vez en cuando? El chiquitín de Eloise es un tesoro. Pero ahí lo tienes: Eloise es madre de dos niños y, no obstante, Adam ni parpadeó cuando su mujer se asoció con Jean en lo de la galería de arte.

—No creo que Adam se opusiera a nada que Eloise deseara hacer. La adora.

—Se supone que Joe me adora a mí.

—Es distinto. No es lo mismo criar hijos en el Valle que criarlos aquí, en Los Angeles.

—Yo me crié allí. Puedo saberlo.

Después de la cena, con la niña en la cama, la casa en silencio, sentados frente a un fuego de gas en la sala, Sally dijo:

—Tenía que hablar contigo. Si no hablo de esto con alguien, voy a perder el juicio. Con mis padres no puedo contar. Y es que ellos no tienen ni idea de lo que es este mundo. Pop tenía una hermana, Martha, que quería ser actriz. Vino a Hollywood y cayó en manos de una pareja de granujas baratos. No sé qué ocurrió exactamente. Drogas y alcohol o algo por el estilo. Lo cierto es que ella se mató. Se tiró con el coche por un despeñadero de Mulholland Drive. Conque ya puedes imaginar la simpatía que les inspira la industria del cine. Podría hablar con Barbara, porque la quiero mucho y es una gran persona; pero es hermana de Joe y bastantes

preocupaciones tiene ya. Además, tú eres cura, Billy, o algo así, el único que conozco y tienes que haber resuelto un montón de problemas, allá en el Pacífico.

—Sally, cariño, en realidad yo no soy cura. No puedo aconsejarte. Además...

Se interrumpió y movió tristemente la cabeza.

—Sigue. ¿Qué ibas a decir?

—No tengo derecho a decirlo.

—¿El qué? ¡Cómo me revienta la gente que hace eso!

—Está bien. No puedo decirte lo que tienes que hacer porque estoy enamorado de ti. Tú lo sabes. Te quiero desde aquel día en que hablamos en el despacho de Joe.

—¿Y eso es tan horrible?

—Es horrible. Joe es amigo mío y le aprecio sinceramente.

Sally movió la cabeza con resignación.

—Pero no es sólo eso —continuó Billy—. Yo nunca entendí a las mujeres. ¡Ay Dios mío, no sé qué me pasa! Tiene gracia que acudas a mí en busca de respuestas.

—Dices que me quieres —respondió Sally lentamente—. Muy bien. ¿Por qué no haces algo? ¿Por qué no me besas, ni me tomas una mano, ni me tocas?

Él tardó en contestar.

—Porque eres tú. Porque eres Sally Lavette. Eres la mujer de Joe y una estrella del cine. —Y añadió tímidamente—: Y yo soy un ministro episcopaliano.

Ella empezó a reír por lo bajo.

—Bueno, no te rías de mí.

—¿Todavía? Me refiero a si todavía eres ministro episcopaliano. Hace mucho que no ejerces. ¿No existe algo que se llama estatuto de limitaciones? En realidad, acerca de sacerdotes episcopalianos no sé más que aquel chiste tan tonto de los dos irlandeses que están delante de una iglesia episcopaliana y sale el cura y Pat le dice a Mike: «Fíjate, con cinco hijos y se hace llamar padre».

—Ya estás otra vez riéndote de mí.

—¡Oh, no, Billy! Estoy tratando de hacer que te rías. Billy, eres tan bueno, tan cariñoso y tan guapo también. Uno de los chicos pensó que eras un actor de otros estudios, palabra, ¿por qué no me tocas? Dios no va a fulminarte. Billy, hace un año y medio que no duermo con Joe... ni con nadie. Te lo digo por si piensas que las actrices somos prostitutas de paisano.

—¡Oh, no! No creas que soy tan estúpido.

—Sé que no lo eres. Pero a veces lo pareces. —Se acercó a él—. Mírame, Billy. —Él la miró—. Ahora dame un beso.

Él se inclinó y la besó suavemente.

—Ya ves. No ha estado tan mal, ¿verdad?

—Sally, te lo ruego, no empieces otra vez a reírte. No lo soportaría.

—No me río.

Él le rodeó los hombros con un brazo y ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Me parece que nunca había sido tan feliz —dijo Billy.

—Pero sigues pensando que es pecado.

—No, Sally; hace mucho tiempo que dejé de pensar en el pecado. Una vez, en las Salomón escuché la confesión de un chico que se estaba muriendo. Me tomó por un sacerdote católico y yo le dejé que lo creyera porque estaba mal herido y no había tiempo de buscar a un sacerdote católico, aunque hubiera sabido dónde encontrarlo y no lo sabía. El chico era un asesino. Había atracado una gasolinera y matado al propietario y ahora iba a morir y estaba aterrorizado. Murió en mis brazos. Supongo que en realidad yo tendría que mandar mi renuncia y pedir que tacharan mi nombre de los libros. Ya no soy un sacerdote. Pero no tiene importancia. Hace mucho tiempo que dejé de pensar en Dios. Es muy complicado. Tengo suerte porque soy rico y no necesito trabajar y puedo dedicarme a ayudar a la gente del dispensario. Es lo único que me satisface. Hasta esta noche. Porque también me satisface estar aquí a tu lado. Me siento despreciable, pero contento.

—¿Quieres que vayamos a la cama? —preguntó Sally en voz baja.

—Lo estoy deseando desde la primera vez que te vi.

—Entonces sube conmigo. Haremos el amor y luego dormiremos. Estoy hambrienta, Billy, hambrienta. Tú no sirves para cura y yo haría una monja detestable. Son casi las nueve y tengo que levantarme a las seis y estar en los estudios a las siete.

La Tierra daba vueltas, y el día seguía a la noche. En la esquina de Market y Fifth, cuatro pistoleros mataron a un policía. A causa de la niebla, un barco hospital de la Marina se hundió cerca del Golden Gate después de chocar con un mercante. Un día los norteamericanos tuvieron setecientas cuarenta y dos bajas en Corea. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Robert Schuman, y el secretario del Foreign Office inglés, Ernest Bevin, iniciaron conversaciones acerca del rearme de Alemania. Un día, en Corea, una avanzadilla compuesta por sesenta y tres soldados norteamericanos fue aniquilada y los muertos quedaron tendidos con los cuerpos destrozados y los ojos abiertos. Mohammed Reza Pahlevi, sha del Irán, regresó a su país después de decir a los ciudadanos de San Francisco que su ciudad era una piedra preciosa en la corona de esta gran nación. En Ingleside, un niño de seis años se mató con la pistola de su padre. La reina madre Nazli de Egipto visitó San Francisco. «Vuestra ciudad es una joya», dijo. En la nación más poderosa y segura de la Tierra, Arthur W. Wallander, director de la Defensa Civil de la ciudad de Nueva York, estableció la alerta permanente. «No sabemos cuándo ocurrirá», dijo. Se declaró un incendio en la cúpula del Ayuntamiento de San Francisco. Existían sospechas de que el fuego había sido provocado. El general Douglas MacArthur visitó San Francisco. El general

Douglas MacArthur visitó Nueva York. El presidente lo había destituido con gran pesar. El Primer Ministro del Japón, Yoshida, llegó a San Francisco. En el curso de una ceremonia que se celebró en la Ópera, firmó el tratado de paz que ponía fin formalmente a la Segunda Guerra Mundial. El general Douglas MacArthur rompió su mutismo y, en una alocución dirigida al Congreso de los Estados Unidos dijo: «Se afirma que soy belicista. Nada más lejos de la verdad». Jerome David Salinger escribió un libro llamado *El ingenuo seductor*. Se dijo que era el mejor libro sobre un muchacho desde los tiempos de Mark Twain.

Barbara estaba leyendo *El ingenuo seductor* cuando llamó a la puerta Boyd Kimmelman. Le esperaba. Él había llamado por teléfono a pesar de ser domingo por la mañana, para preguntarle si podía hablar con ella unos minutos. Ella le dijo al verle entrar:

—Me pillas en uno de mis peores momentos, Boyd. ¿Sabes cuáles son mis peores momentos? Cuando leo un libro que me encanta y pienso que ojalá lo hubiera escrito yo y me doy cuenta de que no hubiera podido escribirlo ni en cien años. —Lo levantó—. ¿Lo has leído?

—No; todavía no.

—Me parece que te gustará. No lo compres. Cuando lo termine te lo presto. Ahora pasa, siéntate y hablemos. Mandé a Sam al parque con Anna para que pudiéramos hablar tranquilamente. Sam está cada día más grandote y turbulento. Con unos padres extralargos, me asusta pensar hasta dónde puede llegar. —Kimmelman estaba nervioso e inseguro y Barbara hablaba sin parar a fin de tranquilizarle—. Anda, Boyd, siéntate y ponte cómodo. ¿Es la primera vez que vienes a mi casa? Es vergonzoso. Hemos hablado cientos de veces en tu despacho y en la Fundación y aún no habías estado en mi casa. Estoy abochornada. Es pequeña y vertical, pero así son todas estas viejas casas victorianas. De todos modos, es mona, ¿verdad?

Él se sentó, movió afirmativamente la cabeza y la miró sin pestañear.

—¡Por todos los santos del cielo, Boyd!, ya deberías saber que conmigo no tienes por qué usar precauciones. Tú me llamas un domingo por la mañana para decirme que tienes que hablar conmigo. Yo sé perfectamente que las decisiones del Supremo aparecen el lunes. Es eso, ¿verdad?

Él asintió de nuevo.

—Un compañero de estudios es ayudante de Douglas. Le pedí que me llamara en cuanto supiera algo. Llamó anoche. Han denegado *certiorari*. ¡Cómo me subleva tener que decirte esto después de tanto tiempo!

—Lo cual significa que han decidido no revisar el caso.

—Ocho viejos miserables que no tienen agallas para enfrentarse a ese cochino comité. Estoy tan indignado y asqueado, que me parece que voy a reventar. ¡Valor,

eso es lo único que hace falta, valor! ¡Si por lo menos accedieran a escuchar la argumentación! Pero es más fácil escurrir el bulto...

—¿Entonces esto es el final?

—Eso temo, Barbara. Sí, podría ir a Washington y pedir a mi amigo que me consiguiera una entrevista con el juez Douglas y quizá pudiera convencerle para que lo retrasara; pero las vías legales están agotadas.

—Entonces no quiero demorarlo más. ¿Cuándo se anunciará públicamente?

—Mañana.

—¿Y cuándo tengo que ir a la cárcel?

—Eso depende del tiempo que necesites para arreglar tus asuntos. Gracias al juez Fremont, podría conseguir que dispusieras de una semana o dos.

—¿Y dónde tengo que cumplir la condena?

—Bueno, podemos dar gracias de que no sea la cárcel de Alderson en Virginia. Lo normal sería ficharte en Washington y mandarte a la cárcel de mujeres de Virginia. Pero hace poco han inaugurado otra cárcel de mujeres en Terminal Island, cerca de San Pedro, y el juez Fremont ha hecho gestiones para que te registren en el tribunal federal de aquí y luego te manden a Terminal Island. ¡Porras, Barbara, me oigo hablar a mí mismo y no acabo de creerlo! Daría mi brazo derecho para que no tuvieras que pasar por eso. Te miro y no lo creo. Porque eres tú... Movi6 la cabeza con desesperaci6n.

—Podría ser peor, Boyd, podría ser un a6o. S6lo ser6n seis meses. Deja ya de hacerte reproches.

—Me parece que lo hice todo al revés desde el principio.

—Es que no había manera de hacerlo al derecho. Ahora dime qué tengo que hacer exactamente. No necesito dos semanas. Quiero liquidarlo lo antes posible.

—¿No deseas que intentemos conseguir un aplazamiento?

—¿Habría alguna posibilidad de que se suspendiera la sentencia?

—Francamente, ninguna.

—Entonces, prefiero que no hagáis nada. Hoy es domingo. Necesito dos días, lunes y martes. Puedo presentarme el mi6rcoles. Dime qué tenemos que hacer.

—Yo vendré a recogerte el mi6rcoles por la ma6ana. Tendrá que ser temprano, a las siete y media. Te acompañaré al juzgado y allí te harán la ficha. Te tomarán las huellas dactilares, o quizás eso lo hagan en Terminal Island, no estoy seguro. Luego te llevarán a San Pedro, no sé si en coche o en avi6n. Supongo que será en coche. Irá contigo una oficial del juzgado. No es que quiera pintártelo de color de rosa, pero puedo asegurarte que las prisiones federales son las mejores del pa6s, si es que puede hablarse de mejor o peor tratándose de cárceles. No tengas miedo.

—No tengo miedo, Boyd, puedes creerme. Si acaso, curiosidad y un poco de pena, lo reconozco. Estar seis meses sin ver a Sam es más de lo que puedo resistir.

—Ni es necesario que lo resistas. Él puede ir a visitarte. Hay cinco días de visita al mes para adultos y uno para los niños. Puedes tenerlo todo el día.

—¿En la cárcel? No. No quiero que tenga ese recuerdo. No quiero que me vea en la cárcel y luego haya de cargar con ese recuerdo el resto de su vida. Sería una crueldad.

—Tú mandas.

—¿Qué tengo que llevar?

—Nada. Sólo lo puesto.

—¿Ni cepillo de dientes, ni jabón, ni nada de eso?

—No; únicamente lo puesto. Bueno, un bolso con lo que acostumbras a llevar. El reloj de pulsera. Y unos cincuenta dólares en efectivo. Puedes sacar un tanto al mes para cigarrillos y caramelos, que es lo único que venden allí.

—Yo no fumo, Boyd, tú lo sabes.

—Pues para caramelos.

—¿Podréis ir a verme tú y Harvey?

—Naturalmente. Somos tus abogados.

—¿Quién más?

—Sólo la familia, a no ser que tengan permiso especial, aunque no es difícil conseguirlo. Lo importante es que no estarás aislada. Puede que te lo parezca, pero no es así. Harvey y yo estaremos aquí, dispuestos a hacer lo que sea necesario. Luego, están tus padres. Joe, tu hermano, vive en Los Angeles, cerca de ti.

—Boyd —dijo Barbara con cierta impaciencia—, ¿quieres hacer el favor de no ser tan sentimental? Hay cosas que una persona tiene que hacer sola. Das a luz tú sola, te mueres tú sola y vas a la cárcel tú sola, y no importa quiénes estén alrededor. Bien, me parece que ya lo sé todo. Te espero el miércoles a las siete.

Él asintió lúgubrementemente y se levantó para despedirse. Cuando Kimmelman salía, Sam entró en la casa como un cohete. Barbara preparó el almuerzo para los dos y mientras comían leyó a Sam un libro de A. A. Milne. Cuando el niño se fue a dormir la siesta, ella llamó a su madre.

—¿Qué planes tenéis para esta noche? —preguntó a Jean.

—Nada importante. Íbamos a salir a cenar.

—¿Podéis venir a casa después de la cena? Tenemos que hablar.

Aquella noche, después de explicarles el curso que debían seguir los acontecimientos, les dijo:

—Quiero deciros que me alegro de que seáis como sois. No podría soportar que me hicierais un drama.

—Si sirviera de algo... —comenzó Jean.

—Siempre me habéis dejado actuar con libertad y os lo agradezco. Si bien se mira, he tenido de todo. Lo que importa es Sam. Haced que se sienta querido y

amparado.

—Creo que sabremos hacerlo —dijo Dan—. El barco está casi terminado.

—Tú eres buen marino, ¿verdad, papá?

—De los mejores.

—No quiero que lo lleves a la cárcel.

—Van a ser seis meses, Bobby. Mucho tiempo para el niño.

—Lo sé, pero será lo mejor. Si cambio de parecer, os lo diré. ¿No es curioso que vaya a la cárcel en Terminal Island, el lugar en el que mi padre construyó los astilleros más grandes del mundo?

—Los más grandes no.

—Lo bastante grandes como para que el almirante Land te dijera que habías cambiado el curso de la guerra. Estuve allí una vez, en el cuarenta y uno me parece.

Dan asintió. Jean los miraba sin atreverse a hablar por temor a no poder hacerlo serenamente. Tenía que elegir las palabras y articularlas con sosiego y fríamente. Barbara era lo único que le había salido bien en la vida, incluso desde el principio.

—No recuerdo haber visto esa cárcel —dijo Barbara.

—Entonces era un complejo militar. Una lengua de tierra que se adentra en el mar hacia el Oeste.

—Ah, ¿se puede ver el mar?

Dan asintió.

—¿Y los barcos?

—Sí; pasan por allí delante para atracar en el puerto de San Pedro o de Long Beach.

—Es una suerte. Bueno, no podemos estar toda la noche charlando, ¿no os parece?

—¿Qué le decimos a Sam? —preguntó Jean lentamente.

—Él sabe que he sido corresponsal y que he viajado por todo el mundo escribiendo historias. Sabe que me gano la vida escribiendo. Por cierto que está viciado con las historias que le cuento y no se conforma con mirar la tele. Así que vais a tener que vaciar las librerías y leer sin descanso. Le diré que tengo que marcharme una temporada. Vosotros decid lo mismo. Eso es todo. Recogeré todas sus cosas. Procurad estar aquí lo más temprano posible el miércoles.

—Vendremos antes de que tú te vayas —dijo Jean.

—Bien. Anna se quedará en la casa y la oficina de Harvey se encargará de pagar las cuentas.

—Mira, si necesitas dinero... —empezó Dan con vehemencia.

—No, papá; no necesito dinero. Y, si lo necesito, te lo pediré. Estoy segura de que Sam estará contento en Russian Hill. Además, sólo serán seis meses.

Durante el trayecto a casa, Jean no dijo ni una palabra. Cuando llegaron, se sentó

en una butaca con las manos juntas y lloró en silencio. Mientras la miraba, Dan advirtió que era la primera vez en tantos años que la veía llorar.

El oficial del juzgado que conducía el «Buick» del Gobierno se llamaba Buck Gedding y llevaba un espectacular y anticuado revólver en una funda atada a la cintura. La oficial, Sadie Thomas, viajaba detrás, con Barbara.

—Nada de esposas, guapita —dijo a Barbara—. No hacía falta que el juez Fremont me lo dijera. Ni siquiera se me hubiera ocurrido. No, señora. Y es que no somos unos bárbaros. Aunque, en confianza, no todas son como usted. ¡Qué va! Yo he llevado aquí a mujeres que de buena gana te hubieran sacado los ojos. Y una jovencita hasta me atacó con una navaja. Llevaré las cicatrices hasta que me muera.

—¿Por qué no te callas, Sadie? —inquirió el conductor—. Aturdes a cualquiera hablando y hablando. Además, no se permite conversar y eso lo sabes tú tan bien como yo.

—Tienes muchísima razón, Buck Gedding; pero si te has creído que voy a tirarme seiscientos kilómetros sentada al lado de esta pobre mujer sin decir esta boca es mía, te equivocas. De manera que tú a conducir y deja que yo atienda a la prisionera.

La prisionera estaba ensimismada, y, al fin, Sadie Thomas acabó el repertorio y se quedó callada. Barbara estaba traumatizada. Aquella mañana se había permitido sólo una pequeña dosis de emoción al vivir una escena que había ensayado mentalmente cientos de veces. Por instinto, el escritor profesional se plantea mentalmente cada situación antes de vivirla. Todo debe estar en su sitio, todo tiene que encajar y funcionar; cada frase y cada párrafo deben dar el tono preciso y mantener el equilibrio. Barbara recordaba el bombardeo de un puesto militar norteamericano en Birmania por los japoneses. Los cazabombarderos bajaban en picado uno a uno, dejando caer sus pequeñas bombas de cincuenta kilos. Barbara se quedó de pie en la trinchera, asomando medio cuerpo, sin hacer caso de las súplicas de un sargento al que no le faltó sino tirar materialmente de ella, de pie como una idiota, en un bosque de mortíferas palmeras que se abrían alrededor, observando la escena en tercera persona y plasmándola directamente en palabras. No era truco de escritor; era el triste sino del escritor. Lo mismo había hecho aquella mañana: desdoblarse. Incluso mientras abrazaba y besaba a Sam estaba interiormente fría. Dan no era novelista y la abrazó con una angustia evidente. Barbara podía palparla en los duros músculos de su cuerpo y se avergonzó de sí misma porque en el fondo se sentía intrigada por lo que debía sentir el padre que ve ir a la cárcel a su hija.

Jean parecía haber envejecido de golpe. Barbara nunca había visto en su madre a una mujer de edad. No se es vieja a los sesenta y un años; pero ahora aquella cara fina y aristocrática estaba desconocida. Barbara casi se alegró de marcharse.

—Terminal Island no es el peor sitio del mundo, ni mucho menos, guapita. Los

aires son sanos, y eso es más de lo que puede decirse de Los Angeles. Nada de *smog*. No sé cómo hay gente que puede vivir en Los Angeles. En fin, allá cada cual.

Pararon a almorzar en un quiosco de la carretera.

—El Gobierno le paga el almuerzo —dijo Gedding, adoptando un aire de generosidad acorde con la ocasión, como correspondía a su condición de representante de la autoridad—. Dos bocadillos y café. ¿De qué los quiere? Usted se queda en el coche.

—¿Y si tiene que ir al lavabo?

—Tú vas con ella.

—¿Tiene que ir al lavabo, guapita?

—Sí —contestó Barbara—; pero no tengo hambre. No quiero almorzar.

—Paga el Gobierno.

—Lo siento, no tengo hambre. Sólo tomaré café.

—Primero iremos al lavabo —dijo Sadie Thomas—. Después nos sentaremos dentro como personas civilizadas.

Sentada ante la barra con un oficial a cada lado, mientras se tomaba el café, Barbara pensó que no se estaba portando muy bien. Nada más empezar, ya estaba hundida. En ningún momento de su vida, ni siquiera cuando se enteró de la noticia de la muerte de Bernie, se había sentido tan abatida y desesperada. La habían separado de todo lo que amaba. Estaba sola e indefensa. Comprendía que el mundo estaba lleno de gente que vivía sola e indefensa; pero hasta entonces ella no había sabido lo que era eso. Antes, donde quiera que estuviera y pasara lo que pasara, siempre podía recurrir a alguien poderoso e influyente que la conocía y respetaba. Incluso en la Alemania nazi, sus relaciones con las esferas del poder de los Estados Unidos le habían servido de garantía. Ahora, por primera vez, estaba aislada; las relaciones con su pasado, su familia y sus amigos, estaban rotas. Aquellas dos personas que estaban a su lado podían disponer de ella en cuerpo y alma. Si le daba un ataque de locura y salía corriendo del parador, aquel hombre corpulento llamado Buck Gedding podría sacar el revólver y disparar contra ella. Por lo menos, eso creía Barbara. Habían desaparecido los derechos y privilegios que todo ciudadano americano da por descontados. Ya no importaba cuál hubiera sido su crimen; todas las especulaciones sobre si lo suyo era realmente un crimen se le antojaban ahora meros ejercicios de retórica. Sería una criminal a los ojos de todas las personas que iba a tener que tratar durante aquellos seis meses.

Al volver a subir al coche y reanudar el viaje hacia el Sur, Barbara fingió dormir para no tener que soportar la charla de la oficial. La noche anterior apenas había dormido un par de horas, y al poco rato la simulación se convirtió en realidad. Acurrucada en su rincón, Barbara durmió dos horas.

Empezaba a anochecer cuando llegaron a San Pedro y embarcaron en el

transbordador de Terminal Island.

—Usted se queda en el coche —le dijo Gedding.

Sadie asintió.

—Son las normas, guapita.

Cerraron las portezuelas con llave.

Ya en la isla, cruzaron por delante de los astilleros, ahora parados, vacías las viejas vías, tapiados los edificios. Pasaron ante el edificio de la Aduana y entraron en Seaside Avenue, y por entre almacenes y solares, se dirigieron hacia el extremo de la isla. Ya se veían las aguas del puerto, feo, llano y abarrotado de barcas de pesca, remolcadores y oxidados mercantes, tan distinto de la zona portuaria de la bahía, amplia y ventilada. El recuerdo hizo que se le saltaran las lágrimas.

El coche se detuvo delante del lugar de su exilio, unos edificios de madera que parecían barracones militares, una cerca de tres metros y medio de altura de gruesa tela metálica y torres de vigilancia. Sadie Thomas señaló unos edificios de ladrillo que formaban un cuadrilátero:

—La cárcel de hombres. La suya es mejor, guapita, créame. Entramos por aquí, de manera que procure causar buena impresión desde el principio. Siempre compensa.

Entraron en el edificio situado dentro de la cerca. Una matrona con el uniforme azul de la cárcel firmó los documentos de Gedding y extendió un recibo por el bolso de Barbara. Los dos oficiales del juzgado se marcharon. Barbara no volvió a verlos.

La matrona vació el bolso de Barbara y esparció su contenido sobre el mostrador. Había un fajo de billetes que contó escrupulosamente. Era una mujerona de mediana edad, cuello ancho y nariz respingona.

—Soy la oficial Hurley —dijo—. Voy a contar el dinero, de manera que preste atención. Cien dólares. Puede guardarlos en sobre cerrado para cuando salga o usarlos para comprar en la tienda. ¿Qué prefiere?

—Usarlos mientras esté aquí.

—¡Más alto!

—Prefiero usarlos aquí.

—Así está mejor. —La oficial repasaba el expediente que le había dado Gedding—. Barbara Cohen. Desacato al Congreso, seis meses. —Miró a Barbara de pies a cabeza: el cabello castaño claro recogido en un moño, el traje de chaqueta de franela gris, la blusa blanca. Palpó la piel del bolso—. Usted es un caso especial, Mrs. Cohen. Esto no es precisamente Alcatraz, pero tampoco es el «Fairmont». Tenga cuidado con lo que hace.

Estaban en una habitación larga y estrecha, con un mostrador a todo lo largo y un casillero en la pared del fondo.

—Empezaremos por tomarte las huellas, Barbara —dijo la oficial Hurley—. Ven aquí y dame la mano derecha.

Barbara se acercó al mostrador. La oficial Hurley aplicó con un rodillo la tinta a un cristal, tomó la mano de Barbara y oprimió cada dedo al cristal y a una cartulina.

—La izquierda. —De nuevo hizo girar cada dedo sobre la tinta y sobre la ficha. Al terminar, le entregó una toalla—. Límpiame la tinta.

Se abrió la puerta del exterior y entró un hombre con el uniforme azul de recluso y una cámara montada sobre un trípode.

—Prepara la máquina —le dijo la oficial Hurley—. En seguida voy.

El fotógrafo miraba a Barbara con ojos de hambre. Mientras montaba la cámara no dejaba de mirarla. La oficial Hurley tomó una placa de pizarra con un cordel atado a cada extremo y escribió en ella con tiza el nombre y número de Barbara. Salió de detrás del mostrador y la colgó del cuello de Barbara, de modo que le quedara sobre el pecho.

—Colócate aquí —dijo a Barbara empujándola hacia la pared—. Los ojos abiertos y mirando a la cámara. —Y al fotógrafo—: ¿Qué diablos esperas, Sweeney?

El hombre disparó. El flash cegó a Barbara.

—No se mueva —dijo el hombre—. Necesito sacar otra.

Barbara tenía los ojos cerrados.

—Abra los ojos, por favor.

La cámara volvió a disparar.

—Está bien. Llévate todo eso, Sweeney.

Él salió despacio, arrastrando su necesidad y su frustración.

Hurley se situó otra vez detrás del mostrador y alargó a Barbara una cesta de tela metálica.

—Quítate la ropa y déjala aquí. Te la limpiarán a cargo del Gobierno y te la guardarán.

Barbara la miró.

—He dicho que te quites la ropa.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—No entiendo.

—¿Quieres que te dibuje un plano? Escucha, Barbara. Éste es el primer paso. Pero tienes que empezar a aprender desde ahora. Has de hacer lo que te manden.

—Me quedaré desnuda.

—Exactamente. Ni te morirás ni te resfriarás. Estás en una penitenciaría federal. Tú entras con esa ropa y te irás con ella; pero mientras estés aquí, llevarás lo que te demos. Ahora siéntate en esa silla y desnúdate.

Barbara seguía mirando a la oficial Hurley que asintió fríamente. Barbara se quitó

la chaqueta y se la dio. Luego, la falda, la blusa y la combinación. Se quedó un rato en sostén y ligero, sintiéndose humillada y ridícula. Luego suspiró, se quitó los zapatos, el ligero y las medias, se desabrochó el sostén y se quedó esperando, desnuda.

—Recoge la ropa y ponía en la cesta.

Barbara así lo hizo.

—Ahora pasa ahí dentro, siéntate y espera.

La puerta que le indicó la oficial Hurley daba a un pequeño vestuario con un banco en el centro. En el banco estaban sentadas otras dos mujeres desnudas que miraron a Barbara en silencio. Nadie habló. Una de las mujeres era negra, alta y bien formada. La otra era una jovencita blanca pequeña y delgadita, de veintiún años a lo sumo, que tiritaba encogida tratando de cubrirse el pubis con una mano y los pechitos con la otra. Barbara se quedó de pie, indecisa, mirándolas y sin querer mirarlas, violenta por su desnudez como nunca lo estuviera en toda su vida, hasta que, al fin, la negra le sonrió y le dijo:

—Siéntate, mujer. Cualquiera sabe cuánto rato nos van a tener aquí esas furcias. Y el cochino suelo está frío, frío.

Barbara se sentó al lado de la muchacha blanca, que tiritaba y gemía entre dientes.

—¿Estás enferma? —preguntó Barbara.

—No; no está enferma —indicó la negra—. Se droga. Ahora empieza a despertarse. Dentro de un par de horas estará chillando como una condenada.

—¿Y no van a ayudarla? —inquirió Barbara.

—Aquí no se andan con contemplaciones. ¿Tú te drogas?

—Gracias a Dios, no.

—Esas brujas podrían calentar esto un poco. Me llamo Annie Lou Baker.

—Yo, Barbara Cohen.

—¿Por qué estás aquí?

—Por algo que se llama desacato al Congreso.

—¿Qué?

—Sí, es un delito.

—¡Mierda! ¿En chirona por desacato? ¿No es eso como faltarle a alguien al respeto? Pues si a mí tuvieran que encerrarme por eso me mandaban aquí dos docenas de veces a la semana...

Se interrumpió al abrirse una puerta situada en el lado opuesto a aquel por el que había entrado Barbara. Daba a unas duchas de azulejos brillantemente iluminadas, y por ella entró una mujer en traje de baño que traía un cubo en una mano y un cepillo en la otra.

—¡En pie, chicas! —les gritó—. Soy la oficial Davenport. Este cubo contiene una

solución de escamas de jabón y DDT. Aquí podéis entrar vosotras, pero no los piojos, chinches o liendres que os acompañen. La casa está limpia e higiénica. Meteos bajo la ducha y cuando estéis mojadas os lavaré el pelo.

—A mí nadie me lava el pelo con DDT —dijo Annie Lou Baker.

—¿No? Si no estás bajo la ducha antes de diez segundos, llamo a dos guardianes para que te sostengan mientras te lavo. Tú eliges.

La negra sonrió.

—Todo tiene su atractivo. ¡Y qué más da!

Barbara entró en las duchas detrás de Annie Lou. No le seducía la idea de que le lavaran la cabeza con DDT, pero comprendía que allí había que obedecer. Suponía que existirían castigos, aunque el único que importaba era la pérdida de descuento de la pena por buena conducta. Estaba enterada. En su caso, representaba una reducción de un día por cada mes: seis días en total y desde ahora mismo estaba decidida a no sacrificar ni un minuto de esos seis días.

La muchacha blanca se quedó atrás, encogida y temblando.

—¿Cuánto hace que no te lavas tú? —preguntó la oficial Davenport agarrándola del brazo y empujándola hacia la ducha—. Vamos, niña, de todos modos te va a dar el ataque. Una buena ducha no te hará daño. Usad todas el jabón y el cepillo.

Diez minutos después, se cortó el agua de las duchas y Barbara se secó con la toalla que le dio la oficial Davenport. Tenía el pelo mojado y le olía a desinfectante; pero por aquel entonces aún no había secadores en las prisiones federales.

La Davenport se puso un albornoz y gritó:

—Bien, chicas. Venid conmigo a buscar la ropa.

Las tres mujeres se envolvieron en las toallas y la siguieron a la habitación contigua, en la que dos reclusas, vestidas con bata gris hasta media pantorrilla y zapato negro de tacón bajo, distribuían la ropa de unos montones que había encima de la mesa.

—Dadles vuestras medidas —ordenó la oficial Davenport—. Contorno de pecho, talla de vestido y número de calzado.

—No es que eso importe mucho —dijo una de las mujeres.

—Ahórrate los comentarios, Suzie.

Barbara se puso la bata gris y se la ciñó a la cintura.

—Eres alta y eso es un problema —dijo Suzie. Era mujer de unos cuarenta años, menuda y de ojos vivaces—. ¿Qué número calzas?

—Treinta y nueve.

—¡Anda ya! No sé si habrá nueves. Billy, ¿tienes algún nueve? —preguntó a su compañera.

—¿Nueve y medio?

—Estarán un poco grandes —dijo Barbara tímidamente.

—Si te doy un ocho vas a ver las estrellas.

Barbara optó por el nueve y medio. Las tres mujeres se vistieron y Suzie y Billy pusieron encima de la mesa tres pilas de ropa y útiles de aseo.

—Aquí están vuestras cosas —dijo la oficial Davenport—. Tenéis que tratarlas bien. Sois responsables de ellas. Pijama, albornoz, uniforme, ropa interior, cepillo de dientes, polvo dentífrico, peine, cepillo, desodorante, gorro de baño y chaqueta. Mucho cuidado con todo.

Mientras hablaba, entró otra mujer, de unos cincuenta años, alta, delgada, con el pelo gris que vestía uniforme de oficial de prisiones.

—La oficial Skeffington —dijo la Davenport—. Ella os acompañará a las celdas de aislamiento donde os quedaréis esta noche y parte de mañana. Es sólo para el período de aislamiento, de modo que no os pongáis nerviosas. No vais a estar siempre allí. —Señaló a Rosalie con un movimiento de cabeza—. La drogadicta.

Rosalie, temblando, suplicó:

—Ayúdenme, por favor, ayúdenme.

—Vamos a ayudarte más de lo que nadie te ha ayudado nunca. Tranquilízate. Vámonos, chicas. Coged la ropa y seguidme.

—¿Cuándo nos dan de comer? —preguntó Annie Lou—. Doña, estoy desfallecida.

—Me llamarás oficial Skeffington. Si no sabéis el nombre del oficial, tenéis que decir «señor» o «señora». Y aquí nadie pasa hambre. Ahora cenaréis.

Las condujo por un corredor, doblaron por otro corredor en el que había cinco puertas de madera y la oficial Skeffington descolgó del cinturón un manajo de llaves.

—Pasa —dijo a Barbara, abriendo una puerta.

—¿Podrían darme lápiz y papel? —preguntó Barbara.

—Eso mañana, cuando estés en tu celda. Aquí no puedo dártelo.

Barbara asintió y entró en la celda. Tras ella se cerró la puerta y giró la llave en la cerradura. Ella miró la habitación. Del techo colgaba una lámpara con un interruptor de cadenilla. Una cama metálica de cuartel con la sábana de abajo, almohada, funda de almohada y dos mantas. Una silla de madera, lavabo e inodoro. El suelo era de cemento y la celda olía a desinfectante. También había una mesita.

Barbara dejó sus cosas en la mesa y se sentó en la silla. Menos mal que no había espejo. No tenía el menor deseo de mirarse. Sentía el pelo pegado al cuello y a los hombros. Cogió una de las dos toallas de algodón dobladas junto al lavabo y se la puso a modo de turbante. Esto ya era otra cosa.

«Conque era esto —se dijo—. Por fin estoy en la cárcel. Si hubiera venido cuando salí del juzgado de Washington, todo habría terminado haría tiempo. Pero ya es tarde. Me esperan seis largos y horribles meses de sumisión, obediencia, aburrimiento y humillación y ni que me maten puedo decir qué delito he cometido».

Giró una llave en la cerradura. Se abrió la puerta y entró en la celda una mujer negra, pequeña y bonita que traía una bandeja. Llevaba la bata de la cárcel, aquella especie de funda color gris, pero la llevaba con garbo, ceñida a la cintura con un cinturón de colores bordado a mano.

—Te traigo la comida, hermana. No es un banquete, pero tampoco está tan mal. Es sólo un tentempié. Mañana comerás mejor. Me llamo Ellie. ¿Por qué no dejas todo eso en el rincón y así podré poner la bandeja en la mesa?

Barbara despejó la mesa y Ellie dejó la bandeja.

—La recogeré por la mañana, de modo que tienes tiempo, hermana. Nos veremos en la cárcel.

—Gracias —dijo Barbara.

La negrita salió y cerró la puerta con llave. Su acento cordial y cariñoso conmovió a Barbara, la cual sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Llevaba casi tres horas en la cárcel y nada de lo que le había ocurrido era como ella imaginaba. Y es que, según comprendía ahora, la cárcel es como la guerra, que no puede uno imaginársela. Hay que sufrirla. Y durante aquellas tres horas había aprendido sobre el presidio y los presos más que en toda una vida de lectura. Algún día escribiría un libro sobre todo ello y por lo menos sabría lo que escribía.

Miró la bandeja. Hasta este momento no había sentido hambre. Le habían quitado el reloj junto con todo lo demás, pero calculó que serían casi las nueve. No había comido desde las siete de la mañana, y sólo café y tostadas. Ahora, de pronto, sintió un hambre atroz. En la bandeja había dos gruesos bocadillos de jamón y queso, una fuente de col en vinagre, un trozo de pastel moreno y una jarrita de café con leche y azúcar. Se lo comió todo, bocadillos, col y pastel. El único cubierto era una cuchara y casi sin darse cuenta se encontró lamiéndola.

«¡Qué diferencia supone un estómago lleno!», pensó. ¿Quién dijo que con estómagos llenos no se hacen revoluciones? Tal vez la máxima afectara también a las preocupaciones. A pesar del café, se le cerraban los ojos. Se desnudó y se puso el pijama. Al parecer, Suzie le dio el más grande que tenía. Sobraba tela por todas partes.

«Bueno, ¡a hacer puñetas!», pensó. Apagó la luz, se metió en la cama y al momento se quedó dormida de agotamiento.

Durmió mucho mejor que en noches anteriores, por los efectos acumulados de la tensión nerviosa y el cansancio, hasta que un golpe dado en la puerta la despertó. La celda estaba iluminada por una ventana alta. Había dormido tan profundamente, que de momento no supo dónde estaba y sintió pánico al verse en aquella pequeña celda. Luego giró la llave en la cerradura y entró Ellie con otra bandeja.

—El desayuno hermana —dijo—. ¿Qué tal has dormido?

—Como un leño.

—Bien. Ahora, limpieza y aseo personal. Luego, haces la cama y lo dejas todo bien doblado al pie, sábana, mantas y funda de almohada. Aquí tienes el desayuno. Dejo esta bandeja y me llevo la otra.

—¿Eres una prisionera, Ellie?

—Con todas las de la ley. Prisionera de las buenas, hermana. Llevo aquí siete largos años.

—¡Cielo santo! ¿Por qué?

—Por asesinato —respondió Ellie con indiferencia—. Estaba casada con un canalla que nos pegaba a mí y a los niños un día sí y otro también, hasta que no pude resistir más, agarré su pistola y le dije: «Si vuelves a ponerme la mano encima, te mato, bestia». Y le maté.

Se encogió de hombros.

—Pero esto es una prisión federal.

—Él era soldado, hermana. Conque aquí me tienes. Pero ya no importa. Agua pasada. Come y recoge. Luego vendrá a verte el ayudante del médico.

—Ellie, ¿cómo es que te dan las llaves? —preguntó Barbara con curiosidad.

—Esto no son celdas propiamente dichas —respondió Ellie agitando el manojito de llaves—, sino cuartos de aislamiento. Si consigues salir de aquí, aún estás dentro del edificio. Si sales del edificio, aún estás dentro del muro, y en la torre hay un guardián con una ametralladora. Y si consigues pasar el muro, aún estás en una isla. La idea de escapar es tan tonta como la de tomar potingues.

—No pensaba en escapar —rió Barbara.

—Bueno, da gusto verte reír. Anoche parecías la máscara de la muerte. Pobrecilla, ¿qué has hecho? ¿Has matado a alguien, traficabas en drogas o pasabas cheques sin fondos? Desde luego, no tienes pinta de fulana.

—Cometí un desacato al Congreso.

—¿Un qué? —Ellie sacudió la cabeza—. Otro día me lo cuentas. Ahora tengo trabajo.

Barbara se limpió los dientes y se sentó ante el desayuno. Había un bol de puré de avena con azúcar que ya estaba frío. Barbara tomó un par de cucharadas y dejó el resto. Comió el panecillo con mantequilla y se tomó el café. Luego se lavó la cara, se peinó, se vistió e hizo la cama. Entre los efectos de tocador no había lima de uñas, ni siquiera un trozo de papel que pudiera doblar en forma de triángulo para limpiarse las uñas.

—Esto es ridículo —dijo en voz alta—. Estoy en la cárcel, apesto a DDT y a desinfectante, tengo el pelo hecho una calamidad y me preocupo por las uñas.

Otra vez sonó un golpe en la puerta. La voz de Ellie preguntó:

—¿Estás presentable, hermana?

—Dentro de lo que cabe.

Se abrió la puerta y entró en la celda un hombre moreno, de cejas muy pobladas y hombros caídos.

—Me llamo Gallo y soy el ayudante del médico —dijo—. Le tomaré los datos y luego iré a revisión. Siéntese ahí, en la cama. —Él se sentó en la silla y abrió una carpeta.

—¿Nombre?

Casi no la había mirado.

—Barbara Cohen.

—¿Casada?

—Viuda.

—Entonces Cohen es el apellido de su marido. ¿Apellido de soltera?

—Lavette.

Barbara lo deletreó.

Él la miró atentamente por primera vez.

—Necesito su dirección y la de su familiar más próximo.

Barbara se las dio.

—¿Nombre y dirección del médico de la familia, si lo tiene?

—Milton Kellman, «Hospital Monte Sión», San Francisco.

Él dejó de escribir y volvió a mirarla.

—No es usted el tipo corriente. No figura en mi cuestionario, pero ¿puedo preguntarle por qué está aquí?

—No me importa responder, ya que parece preocuparles mucho. Estoy aquí por desacato al Congreso.

—¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo; pero de eso hace mucho tiempo.

—La muela de la justicia muele despacio, pero muele muy fino.

—Desde luego. Enfermedades contagiosas. Yo las iré diciendo y usted contesta sí o no.

—¿Varicela?

—Sí.

—¿Sarampión?

—Sí.

—¿Difteria?

—No. Me vacunaron.

—¿Tosferina?

—No.

—¿Paperas?

—Sí.

—¿Sífilis?

—No —respondió Barbara en voz baja.

Él la miró.

—Tengo que preguntar. ¿Gonorrea?

—No.

—Estamos en la cárcel, Mrs. Cohen. Esto no es una organización de muchachas exploradoras.

—¿Por qué diablos no se limita a hacer su trabajo y deja ya de pedirme disculpas? Sé perfectamente que estoy en la cárcel. ¿O se cree que he venido de asistenta social? —se enfadó Barbara.

Él la miró sin pestañear, con la estilográfica en el aire.

—Perdone —dijo ella entonces—. No acostumbro perder los estribos.

El hombre se encogió de hombros.

—Sigamos —dijo.

Cuando terminó el interrogatorio, él cerró la carpeta y salió de la celda dando un portazo, sin añadir ni una sola palabra. Al poco rato entró Ellie.

—Le has puesto furioso, hermana. Vale más que tengas cuidado. Ahora tienes que ir a revisión.

—¿Me llevo las cosas?

—No, déjalas aquí. Nosotras las llevaremos cuando te asignen la habitación. Este edificio es de Administración y Orientación. Tienes que estar aquí tres semanas, antes de pasar al alojamiento definitivo. Pero no irás a una celda, sino a una habitación, aunque no es mucho mejor. Ahora desnúdate y ponte la bata.

El médico era un hombre delgado, frío e indiferente. Se llamaba Sutter. Llevaba una chaqueta blanca y Barbara observó que tenía el cuello sucio y las uñas negras.

Palpó la cicatriz del vientre y preguntó:

—¿Una cesárea?

—Sí.

—¿La criatura nació viva?

—Sí.

—Échese en esa mesa.

—¿Por qué? —preguntó Barbara.

—Le haré una pélvica.

—¿Un examen vaginal?

—Si quiere llamarlo así.

—No es necesario —dijo Barbara.

—¿Qué dice?

—Que no tengo nada en la vagina ni escondo drogas. Estaré aquí seis meses y no sé por qué tiene que examinarme.

—Será preferible que eso lo decida yo.

Cambió una mirada con la enfermera, una mujer rubia y gruesa.

—Es norma de la cárcel —dijo la enfermera.

—¡No quiero! —exclamó Barbara.

—No tengo intención de obligarla —dijo el doctor Sutter mirándola con hostilidad—. Esto no es un campo de concentración. Pero constará en su historial. Es su segundo día de cárcel y empieza usted con mal pie, Barbara.

Barbara estaba en la celda, recogiendo sus cosas, cuando se abrió la puerta y entró una mujer alta y morena con ojos azules y uniforme de oficial. La recién llegada cerró la puerta y se quedó mirando fijamente a Barbara.

—Soy la capitán Cooper —dijo—. Tengo entendido que te has negado a someterte a una exploración pélvica. ¿Por qué?

—Porque no soy adicta ni traficante de drogas —respondió Barbara—. Estoy aquí por desacato al Congreso. Eso les da derecho a encerrarme, pero no a hurgarme en la vagina.

—Estás muy segura de ti misma, ¿verdad?

—¡Oh, no! No, señora; estoy deprimida, amargada y asustada. También estoy indignada porque no he cometido ningún crimen...

—Ahórrate los discursos —interrumpió la capitán Cooper—. No soy ni juez ni jurado, sino oficial de una prisión federal. Ahora escucha bien, Barbara, has cometido una estupidez en tu segundo día de cárcel que podría costarte el descuento por buena conducta. No tolero rebeldías. Hay unas reglas. Una cárcel se administra con reglas. Tú que eres una mujer educada deberías comprenderlo. Por esta vez pase y puedes estar contenta. A mí no me impresiona tu mundo. La próxima vez que crees problemas tendrás tu merecido. Ya has visto que aquí somos civilizados, pero tratamos con criminales. Tenemos celdas de aislamiento y tenemos otros medios. Ahora recoge tus cosas y ven conmigo.

Barbara, cargada con sus pertenencias, siguió a la capitán Cooper por el pasillo de las celdas de aislamiento. Se cruzaban con otras reclusas que miraban a Barbara con curiosidad. Más allá, en el corredor, había puertas abiertas por las que se veían pequeñas habitaciones de dos metros y medio por poco más de tres con una cama, una pequeña cómoda, mesa y silla. En cada habitación había una ventana sin barrotes. La capitán Cooper dijo, señalando una de ellas:

—Entra aquí. Durante las próximas tres semanas, ésta será tu habitación. La tendrás siempre limpia y ordenada. Harás la cama en cuanto te levantes y procurarás que no haya polvo ni suciedad. La puerta nunca se cierra con llave. Es el período de orientación, durante el cual aprenderás el reglamento y costumbres de la institución.

—Gracias —dijo Barbara.

—Ya veremos —dijo la oficial, mirándola a los ojos.

Una potente campana anunció el almuerzo. Annie Lou Baker, que ocupaba la habitación contigua a la de Barbara, le dijo en el pasillo:

—No está mal esto. He estado en sitios mucho peores.

—¿Dónde está Rosalie? —preguntó Barbara.

—Han vuelto a llevarla a la celda de anoche, gritando como una condenada. Esa chiquilla lo está pasando mal de verdad.

Ellie se acercó y les dijo que la siguieran. Se unieron a ellas unas doce mujeres más de la sección de orientación y Ellie las llevó al comedor que estaba en otro edificio. Barbara experimentó una grata sensación al salir al aire libre y recibir en la cara la limpia y fresca brisa del mar y divisar a lo lejos una ancha franja del Pacífico. En las películas de cárceles que había visto Barbara había largos pasillos de celdas con barrotes y largas mesas con presos de uniforme a rayas comiendo con aire torvo. Con gran alivio, comprobó que aquel comedor parecía el de un internado femenino, un poco basto, eso sí, con mesas para cuatro y un mostrador de autoservicio en un extremo. Al parecer, las reclusas podían sentarse donde querían, excepto las nuevas, que tenían reservada una zona aparte.

La comida era abundante. El almuerzo consistía en salchichas de Francfort, *choucroute*, patatas y judías verdes, pan, mantequilla, café y jalea de fruta. Ellie dijo en voz baja a Barbara y Annie Lou:

—No os sirváis más de lo que vayáis a comer. No les gusta tirar la comida.

Barbara no tenía apetito, pero haciendo un esfuerzo tomó una *frankfurter* y judías verdes. En el comedor las reclusas charlaban y algunas reían. «No es horrible —pensó Barbara—. Estar aquí es denigrante, pero eso es todo. Aprenderé cosas que nunca hubiera aprendido. Además, no voy a estar aquí siempre».

Después del almuerzo, las reclusas que estaban en período de orientación tenían media hora de patio. En la pared del lado del mar no había puertas ni barreras. Barbara vio pasar un gran barco blanco que había zarpado del puerto de Long Beach. Resultaba extraño e increíble estar allí, encerrada en aquella pequeña península, aunque no maltratada, sí manipulada, controlada y desposeída de todo lo que quería. Hacía mucho, mucho tiempo, durante la huelga portuaria de San Francisco de 1934, Barbara trabajó en una cantina de auxilio a los huelguistas. Nadie sabía quién era. Había gastado toda su asignación en comida para la cantina. Los estibadores la querían y uno se enamoró de ella. Se llamaba Dominick Salone y un día, furioso, le dijo:

—Para ti es muy fácil. Tú puedes entrar y salir. Tú te tomas la vida como un juego. Juegas a ser pobre. Para mí no es un juego. Yo no tengo salidas.

Por fin Barbara comprendía plenamente lo que él quiso decir. Allí tampoco había salidas. Era una verdad sobrecogedora, algo que ella no podría explicar a nadie, ni dentro de la cárcel ni fuera de ella. Entonces empezó a comprender que las mujeres que estaban allí tampoco tuvieron en su vida otra salida. Las cárceles eran para los pobres, para los fracasados, para los amargados y los desesperados; nunca podría

hacer comprender a los de fuera lo que significaba ser pobre. No estaba segura de saberlo; pero cuando saliera ya lo sabría, porque ya empezaba a intuir que no era sólo cuestión de dinero; era algo que afectaba la mente, y el corazón, y el espíritu.

Aquella tarde, Barbara y Annie Lou hicieron unas pruebas de inteligencia y aptitud, pruebas ridículas; el mero hecho de hacerlas ya era una humillación.

Después de cenar, le dieron papel y sobres y en su cuartito Barbara escribió sus primeras cartas desde la cárcel. La primera fue para Sam.

Mi queridísimo Sammy: La abuela te leerá esta carta y será como si yo te hablase. Tengo mucho trabajo y aún tardaremos algún tiempo en volver a vemos. Pero cada semana te escribiré un cuento, un cuento para ti solo, y te lo mandaré. Ya sé que no será como contártelo en persona, porque cuando te tengo a mi lado tú me diriges.

Pero estoy segura de que, si le enseñas, la abuela también sabrá cambiar los cuentos como más te guste. Siempre estoy pensando en ti porque te quiero mucho. Cuando cierro los ojos, te veo como si te tuviera delante. Tú puedes hacer lo mismo. Cierra los ojos, piensa en mí y así me verás. Se necesita un poco de magia, pero tú siempre has tenido mucha magia. Te mando todo mi amor y muchos besos.

En su carta a Jean y Dan escribió:

Aquí me tenéis, a punto de pasar mi segunda noche en la cárcel. No es tan malo como imaginaba y estoy segura de que comparada con la penitenciaría del Condado de Los Ángeles (me refiero a una conversación que tuvimos hace tiempo papá y yo) esta cárcel es muy civilizada. Las cartas pasan por censura y me han dicho que no está permitido dar detalles concretos sobre la cárcel. Por tanto, procuraré mantenerme en un plano general. No estamos en celdas, sino en habitaciones, y por la noche no se cierran las puertas con llave. La comida es aceptable y cuartelera y no creo que vaya a tener más problemas que el de combatir el aburrimiento y la soledad. En el poco tiempo que llevo aquí, he oído varias veces la expresión de «hacer tiempo». Por lo visto, ésta es la tarea principal. En casa, cuando escribo, el tiempo parece volar. Nunca tengo tiempo para todo lo que quiero hacer. Aquí ocurre lo contrario. El tiempo es tu enemigo. El tiempo es interminable. Pero ¿por qué os hablo de esto? Como si no tuvierais bastantes preocupaciones.

Os mando una carta para Sammy. No quiero que le contéis mentiras, pero tampoco quiero que ahora sepa esto. Todavía no podría afrontarlo. Cuando pueda, yo misma se lo diré. Mientras tanto, haced que piense que estoy trabajando en otro sitio, un sitio al que no puedo llevarle.

Ahora, peticiones. Quisiera una suscripción al Chronicle. Aquí se pueden recibir

periódicos. Por lo menos, será un lazo de unión con mi ciudad. También me gustaría leer el último libro de Faulkner, Réquiem por una mujer. Tiene que venir directamente del editor, por lo que habrá que mandar un cheque.

Cuando sepa el horario y normas de visita, os lo diré. Mientras, lo único que puedo pedir y que permita el reglamento son cartas. Conque hacédselo saber a quienes pueda interesar, en especial a Sally, a Joe, a Eloise y a todos los de Higate. También quiero estar al corriente de la marcha de esa gran empresa que ha de poner las delicias del arte moderno al alcance de los bárbaros de Bay Area. Papá, al venir pasamos por delante de tus viejos astilleros, ahora con un aspecto triste y abandonado. Os mando todo mi cariño. No sé qué sería de mí sin vosotros.

Al día siguiente, Barbara fue llamada al despacho de Mrs. Roberts, directora social, una mujer pequeña de aspecto severo y ojitos oscuros que la estudiaron atentamente.

—Cohen, Barbara —dijo por fin—. ¿Eres judía, Barbara? Te lo pregunto porque tenemos oficios religiosos, y aunque ahora no hay presas judías, podemos traer a un rabino.

—Mi marido era judío. Yo no lo soy.

—Ah, comprendo. ¿Eres viuda? ¿Divorciada?

—Viuda.

—La asistencia a la capilla es facultativa. Puedes ir o no. Pero muchas de las chicas encuentran un gran alivio espiritual.

—Comprendo.

—Ésta es una cárcel en la que se trabaja, Barbara. Según se desprende de tus antecedentes, eres persona educada y estoy segura de que comprenderás que sería una lástima derrochar el dinero de los contribuyentes trayendo a la gente a una institución como ésta y dejando que los desmoralizara la ociosidad. Aquí todo el mundo trabaja, a fin de inculcar hábito del trabajo en el recluso. —Mientras hablaba, hojeaba una carpeta. Sin levantar la vista, dijo—: Tienes un cociente muy alto. Poco corriente. Dice aquí que eres escritora. ¿Qué escribes?

—Fui corresponsal durante la guerra. Después he escrito novelas.

—¿Con este nombre?

—No; uso mi apellido de soltera, Barbara Lavette.

—Barbara Lavette. —Mrs. Roberts arrugó la frente—. No; me parece que no he leído ninguna. Bien, lo natural sería ponerte en la sección de Educación. Tenemos muchas dificultades para encontrar personas capacitadas entre las reclusas. Pero no puede ser. Tenemos instrucciones de Washington: nada de rojos en el departamento de Educación.

—¿Rojos? Yo no soy roja, Mrs. Roberts.

—Eso no tengo que decirlo yo. Personalmente, no creo que nadie que esté en su sano juicio pueda pensar en derrocar a este Gobierno por la fuerza, pero, como te digo, no me incumbe opinar sobre ello.

Barbara suspiró y guardó silencio.

—Lo cierto es que no te imagino sentada delante de una máquina de coser. ¿Sabes coser?

—No mucho.

—¿Entiendes algo de horticultura? Somos prácticamente la única prisión federal que no tiene granja; pero tenemos un huerto y un invernadero y andamos un poco escasas de gente. A las chicas no les gusta la horticultura.

Barbara no tenía ni la menor idea de horticultura —en su casa, se limitaba a regar las macetas—; pero la idea de poder trabajar al aire libre, al sol del sur de California, cerca del mar, le hizo mentir sin vacilar:

—¡Oh, sí, mucho! Precisamente seguí un curso de horticultura en el Sarah Lawrence —dijo, confiando en que no se les ocurriera preguntar en el colegio.

—¿Entiendes de hortalizas?

—Naturalmente.

—Es una suerte. Lo propondré a la junta. Mientras, aún te quedan unos días en régimen de orientación, hasta que te asignemos a un equipo de trabajo.

—¿Puedo utilizar la biblioteca? —preguntó Barbara—. ¿Tienen ustedes biblioteca?

—Y muy buena. Pide a Ellie que te acompañe. Es la muchacha de color encargada de la sección de orientación.

En la biblioteca, Barbara encontró tres libros sobre horticultura, que leyó de cabo a rabo. Dos días después, a la hora del desayuno, Ellie le dijo:

—Preséntate en el huerto. Hermana, te va a doler la espalda.

Sally Lavette despertó con un terrible dolor de cabeza y con la boca amarga y estropajosa. Se incorporó en la cama y miró con asombro y repugnancia al hombre que dormía a su lado. Le dio un codazo en un costado y, cuando él despertó con un aullido de dolor, le preguntó ásperamente:

—¿Quién carajo eres tú?

Él se sentó en la cama. Estaba desnudo bajo las sábanas.

—¡Coño, Sally! Jerry Donner. Anoche...

—¡A la mierda anoche! —gritó ella—. Ahora mismo te vistes y te largas o llamo a la Policía y le digo que me has violado.

—¡Tú estás chalada!

Ella abrió el cajón de la mesita de noche, sacó un revólver y le apuntó.

—Contaré hasta treinta. Antes de terminar quiero que estés fuera de esta casa, o

por tu madre que voy a cometer homicidio justificado. Y te juro que sería un alivio.

—Está bien, tranquila, que ya me voy. —Se puso los pantalones, la camisa y la americana, metió la corbata, los calcetines y el slip en los bolsillos, se calzó los zapatos y salió corriendo. Ella le oyó bajar la escalera. Había llegado a veintidós. Dejó de contar y arrojó con rabia la pistola de agua de su hija al otro extremo de la habitación.

—¿Qué es lo que te pasa, Sally? —murmuró—. ¡Ese reptil! ¡Ese repugnante hijo de su padre! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Sentía asco de sí misma. Recordó la frase de Groucho Marx: «No desearía pertenecer a un club que me contara a mí entre sus miembros», y la aplicó a su caso: «No desearía que me encontraran muerta al lado de alguien que se acostara con Sally Lavette».

—¡No; no lo desearía!

Se duchó, se lavó el pelo y se sentó bajo el secador, mientras trataba de decidir si debía ir al médico y hacerse la prueba de Wasserman. Había terminado una película hacía dos días; pero estaba citada con Hargasey y su agente a las once. Después, almuerzo con Fay Killens que hacía la columna de chismes de Hollywood para la United Press. No tenía ni idea de la hora que era. Las persianas estaban cerradas, y las cortinas, echadas. Mientras estaba en el secador, entró Jovida, el ama de llaves, que recorrió las cortinas y entreabrió las persianas. Entró el sol.

Sally desconectó el secador y preguntó:

—¿Qué hora es, Jovida?

—Las diez. Ha llamado Mr. Hargasey. Dice que procure ser puntual.

—Que se vaya a la porra Mr. Hargasey. ¿Qué pasó aquí anoche?

—Una gran fiesta.

—¿Yo estaba muy borracha?

Jovida se encogió de hombros.

—¿Dónde está la niña?

—En su cuarto, jugando.

Sally cerró los ojos y asintió con un leve escalofrío. May Ling se había convertido en una criatura callada y seria. Con cuatro años y medio, tenía un aire grave de persona mayor, casi sin alegría. Era delgada, con el pelo liso y negro y un cutis como alabastro traslúcido.

—Aquí está el correo —dijo Jovida.

Había un sobre del Ejército con matasellos de Corea. Sally echó las otras cartas sobre la cama y rasgó aquel sobre.

Estimada Mrs. Lavette —decía la carta—. No es fácil escribir una carta como ésta. William Clawson, que fuera capellán del cuarto regimiento de la

Séptima División, falleció esta mañana en nuestro hospital, a consecuencia de las heridas recibidas. Yo le prometí que, si moría, le comunicaría a usted la noticia, al tiempo que le transmitía la expresión de su profundo y sincero afecto. Yo no tuve ocasión de tratarle, pero me pareció un hombre honrado y cabal. No sé qué más podría decirle. Firmaba el Comandante médico, L. V. Cotton.

Sally sostenía la carta con manos temblorosas. Deseaba desesperadamente una copa, y con el mismo afán, deseaba no beber. No había vuelto a ver a Billy desde aquella noche en que él fue a su casa, y de aquello hacía ya mucho tiempo. ¿Y cuánto tiempo hacía que ella no iba a Higate, ni veía a sus padres, ni hablaba con Adam y Eloise? Todo parecía haberse detenido. Su vida había encallado en una dimensión intemporal. Trató de volver a leer la carta, pero se le nublaba la vista. Dejó el papel y se enjugó las lágrimas. Luego la releyó, cogió el teléfono y llamó al dispensario. Una parte de su mente reparó en que no estaba llorando, y entonces se dijo: «Las lágrimas vienen del corazón. Mi corazón es como un trozo de hielo, ¿por qué iba a llorar?».

Frank González contestó al teléfono.

—Hola, Sally —dijo con una voz un poco rara, como si ella fuera una extraña.

—¿Está Joe?

—No. —Un titubeo—. Joe se fue a Napa, a ver a la familia. Billy Clawson ha muerto. Lo mataron en Corea.

—¿Por qué no me avisasteis?

—No lo supimos hasta ayer.

—Ayer era ayer y hoy es hoy. ¿Qué especie de canallas sois vosotros dos?

Sally colgó violentamente el teléfono. Por fin rompió a llorar. Se enjugó las lágrimas, se vistió y sacó una maleta del armario. Con la maleta a medio hacer, se fue al teléfono y llamó a la «Pacific Coast Airlines». Le dijeron que podían ponerla en el vuelo de las doce.

Desde la puerta, llamó a Jovida que subió las escaleras corriendo.

—Prepara una maleta para May Ling; nada elegante, ropa de diario y unos jerseys. Nos vamos a Napa.

—¿Para cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿Qué le digo a Mr. Hargasey?

—Dile lo que quieras, me da lo mismo.

En el avión, May Ling dijo:

—Estoy contenta de ir a Higate. Me gusta.

Estaba sentadita al lado de Sally con su flequillo negro, como una niña bien educada.

—Creí que no te acordarías.

—Pues me acuerdo —dijo May Ling—. ¿Estará papá?

—No lo sé. Él fue ayer, como tiene siempre tanto trabajo, quizá ya se haya marchado.

—Ojalá no.

Sally no contestó. No sabía si deseaba verle o no. Seguramente, él ya estaría otra vez camino de Los Angeles, y sin duda esto sería lo mejor para todos. Hacía seis meses que no veía a Joe, y en sus últimas entrevistas no tenían nada que decirse. Eran como dos extraños que estuvieran casados.

En el aeropuerto de San Francisco, Sally alquiló un coche para ir a Napa. Había transcurrido más de un año desde la última vez que estuvo en su casa y no podía recordar por qué se había mantenido apartada. Toda su vida se retraía ahora a su memoria. En Norteamérica, lo más importante que uno podía ser, después de Presidente, era artista de cine. Y quizás, incluso, se daba más importancia al artista que al presidente. Eran los dioses y diosas de la época y, como dioses y diosas, se recogían en sus templos, lejos de los fieles. Cuando salían, iban acompañados de un murmullo de cuchicheos y movimientos de cabeza, amén de otros actos de culto. Ahora Sally regresaba al lugar del que había salido y, poco a poco, empezaba a recordar. Atravesó la ciudad, el Golden Gate, el Condado de Marin por entre las oscuras colinas que acunaban la carretera y, finalmente, Sonoma.

—Es muy bonito esto —dijo la niña de pelo negro que iba a su lado—, ¿verdad, mamá?

Hacía mucho, mucho tiempo, antes de que May Ling pudiera entender las palabras, Sally le hacía versitos fáciles.

—«Sally hace pastel, relleno de miel. No sé cocinar, mas me gusta mirar...». No; me parece que no era así.

—Pues está muy bien —aprobó May Ling.

Hacía meses, años quizá, que no pasaban juntas tanto rato. Sally sacudió tristemente la cabeza, sin recordar cuándo fue la última vez.

—Ya estamos en el Valle —dijo.

—Sí; ya lo sé.

¿Lo sabía? Era una chinita muy lista. De todos modos, sólo era una cuarta parte china, el resto era una mezcla de las nacionalidades más diversas: inglesa, irlandesa y escocesa, italiana, judía y francesa. De todo ello había en esta niña tan formalita.

Cruzaron la verja de las bodegas. May Ling bajó del coche y se paró delante de un enorme airedale, recibiendo impasible en la cara los lengüetazos del animal. Sally entró en casa de su madre y se fue directamente a la cocina. Segundos después estaba en brazos de Clair. ¿Estaba Joe todavía? En aquel momento pensaba que todo era fácil si una podía recordar, si una podía sentirse a sí misma. Clair le dijo que sí,

todavía estaba allí. No pensaba marcharse hasta el día siguiente. La niña las miraba atentamente.

—Tú y Billy —dijo Clair—, ¿os queríais? ¿Qué pasó?

Clair siempre fue así, directa y sin tapujos.

—Creo que él me quería. No sé; me parece que no sé nada de nada. ¿Dónde está Eloise?

—En su casa.

—Te dejo a May Ling.

Sally fue a casa de Eloise.

—Todos mueren —susurró Eloise—. El mundo está loco. Era mi hermano y casi no le conocía. He llorado mucho, pero he llorado por el niño que yo recuerdo.

—Te comprendo.

—¿Cómo era en realidad? ¿No es triste que tenga que preguntarte a ti cómo era mi hermano?

—Era el hombre más generoso que he conocido —respondió Sally—. Era diferente. No sé si me comprendes.

—Creo que sí.

—Era ajeno a este mundo, pero procuraba aceptar las cosas del mejor modo. No sé cómo explicarlo.

Sally se echó a llorar, sollozando violentamente.

Eloise esperó.

—Ni siquiera me enteré de que hubiera vuelto a alistarse en el Ejército —sollozó Sally—. Él se fue y todo el mundo se olvidó de mí. ¿Por qué me olvidaron? Yo no quería hacer daño a nadie.

Eloise, adivinando sólo a medias lo que había en el fondo de aquella pena, la abrazó y trató de consolarla. Sally estaba viva. Los muertos no sufrían. Eloise casi no llegó a conocer a su hermano. Durante los años transcurridos entre las dos guerras, sólo le vio un par de veces. La gente se reía de él.

—¿Por qué se reían todos de Billy? —preguntó casi con desesperación.

—Yo nunca me reí —dijo Sally.

—Parecía estar huyendo de algo.

—Sí.

Se quedaron un rato en silencio. Luego, Sally dijo que quería lavarse la cara.

—Joe está aquí —dijo Eloise, levantando la voz para dominar el ruido del agua.

—Sí, ya lo sé.

Sally se secó la cara frotándosela furiosamente con la toalla.

—Estás muy guapa —dijo Eloise por decir algo; no soportaba aquel silencio—. No necesitas maquillaje. Supongo que en las películas, sí.

Ya no era Sally, sino una artista de cine. Los confusos sentimientos de Eloise, de

pesar, tristeza y culpabilidad, quedaban ahora disminuidos por la impresión de tener en su casa una famosa estrella de cine. Si la muerte de su hermano la había alterado, esta circunstancia la alteraba todavía más.

—¡Yo soy Sally! —exclamó ésta secamente—. Soy tu cuñada y me importan un pimiento las películas.

—Estás enfadada. ¿Tengo yo la culpa? Perdona.

—No, mujer, no. Tú no. —Abrazó a Eloise y le dio un beso—. Tú eres igual que Billy y Adam es el hombre más afortunado del mundo. A veces me parece que es el único hombre afortunado.

—Joe también lo es —dijo Eloise tímidamente.

—¿Por qué? ¿Por estar casado con un mal bicho?

Eloise no podía con ella. Sally movió tristemente la cabeza.

—¿Puedo ayudarte? —apuntó Eloise.

Bruscamente, Sally se sintió invadida por una mezcla de envidia y furor, aunque más que nada, envidia, ante aquella mujer dulce y solícita que no podía soportar ver sufrir a nadie.

—No te preocupes; en seguida se me pasará. El volver a casa me ha trastornado. Pero tú no lo entenderías. Tengo que estar sola un rato, nada más.

—Pero te quedarás, ¿verdad? ¿O te irás en seguida?

—No lo sé.

Sally salió de casa de Eloise casi huyendo. Era, la casa que Adam había construido para su esposa, de piedra de cantera para que armonizara con los viejos edificios de las bodegas, con butacas tapizadas de cretona floreada, visillos de batista suiza con motitas bordadas y alfombras de ganchillo, una discreta versión del hogar americano ideal. Pero Sally se obligó a analizar su desdén y rectificar su actitud. Eloise no era tontita. Probablemente entendía de arte moderno más que cualquier persona que Sally pudiera conocer; más que Jean, que fue su maestra. «¿Qué me pasa? —se preguntó Sally—. ¿Estoy celosa? ¿Asustada?».

Aún no había visto a su padre ni deseaba verlo en aquel momento. Jake y Adam estaban en una de las bodegas. Sally empezó a subir la cuesta, entre hileras de cepas cubiertas de hojas nuevas. Al mirar atrás, abajo, vio a Clair con May Ling y los dos hijos de Eloise. Le pareció que su madre la llamaba, pero no estaba segura; de todos modos, no hizo caso del eco de voces y siguió subiendo hacia un bosquecillo de eucaliptos que Jake y Clair habían plantado casi treinta años antes.

Al llegar arriba, vio a Joe sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de uno de los árboles.

Sally le miró sorprendida. Momentáneamente, había olvidado que también él estaba en Higate. Pero la sorpresa de Joe fue mayor que la de ella y la miraba sin decir nada, como si temiera que a la primera palabra fuera a desvanecerse.

Ella se acercó.

—Hola, marido. —Joe parecía aún incapaz de hablar—. Cuando me enteré de que Billy había muerto, tomé un avión hasta San Francisco y alquilé un coche para venir. He traído a May Ling.

Joe asintió lentamente y se puso en pie. Sally observó que tenía mal semblante; estaba pálido y demacrado y había adelgazado.

—¿Te llamó Frank? —preguntó.

—No; recibí una carta del médico que atendió a Billy. Él le pidió que me escribiera —dijo deliberadamente—. ¡Pero esto es fantástico! Hace meses que no nos vemos y ni siquiera me dices: Hola, me alegro de verte.

—Me alegro de verte.

—Ahora que te he apuntado.

Dio media vuelta.

—¿Adónde vas?

—Abajo, a recoger a la niña y a casa. Aquí estoy de más.

—Espera —dijo Joe—. Espera, haz el favor. Hablemos un poco por lo menos. No puedes presentarte así y luego salir corriendo. No puedo soportarlo. Anda, quédate.

Ella titubeó.

—Sally, te quiero más que a nada en el mundo. Si ahora te vas, se me va la vida contigo. No lo digo porque sí. Es la verdad y tú sabes lo que me cuesta decir estas cosas.

Ella no se movió. Joe se acercó y la rozó suavemente con la mano.

Luego la abrazó. Sally se apretó contra él susurrando:

—¡Oh, Joey, estúpido canalla mío! Nunca me hiciste nada malo, aparte de destrozarme la cochina vida.

—Supongo que tienes razón —reconoció él. Permanecieron abrazados sin hablar. Luego, él dijo—: Vamos a sentarnos, a ver si conseguimos poner las cosas en claro.

Él volvió a sentarse con la espalda apoyada en el árbol y Sally se acurrucó a su lado, haciéndose abrazar. Pero no acudían las palabras y permanecieron en silencio mientras caía la tarde y el aire empezaba a refrescar.

—Lo repito mentalmente una y otra vez —dijo él—; pero me doy cuenta de que no podrías dejarlo.

—No sé qué me pasa, Joey. Por más que trato de explicármelo a mí misma, no encuentro la respuesta. Lo único que sé es que cuando por la mañana voy a los estudios me siento viva, y yo necesito sentirme así. Otras personas, no sé; pero yo soy así. Lo demás, los admiradores, el bombo, la fama, me importa un pimiento. Te lo juro. Pero leer un guión y verlo con el pensamiento y saber que tú puedes convertirte en el personaje... Todo lo demás y Beverly Hills puede irse a la mierda. Pero, Joey, yo adoro hacer cine. ¡Me encanta!

—¿Quieres que nos divorciemos?

—No. ¡Pero qué tonto, qué tonto eres! Te quiero. Quiero vivir contigo, acostarme contigo, hacer el amor contigo. Eso es lo que quiero.

—¿En Beverly Hills?

—¿Y eso qué importa, Joey? ¿Es que alguno de tus pacientes sufrirá más porque tú vivas en Beverly Hills?

—... donde tú pagas los impuestos, el servicio y la hipoteca. Sally, yo cobro cien dólares a la semana. Frank, lo mismo. ¿Tengo que dejar que tú me mantengas?

—¿Y tan terrible sería eso? Ahora me dan medio millón de dólares por cada película, no porque lo valga, tú vales diez veces más que yo; pero así funciona este negocio. Podría dar al dispensario la mitad de lo que gano y aún me sobraría para vivir. No necesito dinero. Siempre llevo tejanos y camisas de algodón. Me visten los estudios.

—Y vives en una casa de cien mil dólares.

—¿No quieres probar, Joey?

—Quedémonos aquí unos días y tratemos de conocernos otra vez, ¿quieres, Sally?

—Sí.

—Después ya veremos.

Hacia el final de su quinta semana de cárcel, pocos días después de su primer día de visita, invadió a Barbara una auténtica depresión, algo que nunca había experimentado. Había conocido momentos de angustia, de ansiedad, de dolor; pero no aquello. Comía lo estrictamente indispensable para no morir de hambre. Se apoderó de ella una absoluta indiferencia, y el mundo que la rodeaba se convirtió en un lugar lóbrego y disparatado. Cuando no estaba trabajando en el huerto o en el invernadero, permanecía echada en la cama mirando al techo. Al segundo día de aquel estado, Annie Lou Baker entró en su cuarto y arrimó la silla a la cama.

—Mira, bonita —dijo la negra—, te ha dado el mal de la dejadez y si no procuras sacudírtelo pronto, vas a pasarlas moradas. Viene siempre con las visitas. Gracias a Dios que no hay nadie que se acuerde de mí. Lo malo de ti es que desde que llegaste has estado luchando contra el tiempo. Y así no se vence al tiempo. Tienes que mirar a esas pájaras y decir: «Ellas son ellas y yo soy yo». No te dejes convencer por las buenas palabras de esas pindongas que se las dan de señoras. No son señoras. ¿Qué iba a hacer una señora en este agujero? Lo malo de ti, Bobby, guapa, es que la vida no te ha dado coscorrónes. Y que tienes clase y así cuesta mucho vencer al tiempo. Pero, niña, ya has pasado cinco semanas de esos seis meses. ¡Seis meses! Yo me los comía sin sentir; claro que yo soy negra, y tú no, y eso cuenta mucho. Otra cosa, tienes que dejar de pensar que eres una víctima. Eso te consume. Yo sí que podría

compadecerme. Figúrate que ese chulo me pide que le lleve tres fulanas a Las Vegas y resulta que cruzar la frontera del Estado con chicas de la vida es delito federal. ¿No te jode? Y aquí me tienes a mí con dos años. Necesito descanso. No le des más vueltas, chica.

—Ya se me pasará —dijo Barbara.

—Sólo si tú quieres. ¿Quién vino a visitarte?

—Mi padre.

—¿El fulano alto del pelo blanco?

—Sí.

—Eso es lo que te hunde. Cada vez.

Cuando Annie Lou se fue, Barbara empezó a preguntarse si no tendría razón su compañera. No se daba cuenta de que Annie Lou la había hecho reaccionar, que su mente estaba ocupada y que el negro pozo en el que había caído empezaba a iluminarse. Lo importante no era lo que pensara ni lo que se preguntara, sino que fuera capaz de pensar y preguntarse. Recordó el día de visita y la tensión con que lo esperaba. Ellie la había advertido:

—Hermana, los días de visita son como los hombres. En lugar de ayudar, te caen encima.

Barbara no estaba de acuerdo. La víspera no pudo dormir. Tenía tantas ganas de ver a su padre, de hablar con él, de oír de sus labios todas las novedades, de que le hablara de Sammy, de su casa, de la ciudad... del mundo.

Pero la reacción y la depresión empezaron incluso antes de que llegara Dan y cuando, al fin, le tuvo a su lado, no podía pensar más que en los astilleros vacíos. La idea la asaltó bruscamente: los grandes astilleros en los que Dan Lavette había construido unos barcos que ayudaron a ganar la guerra a los aliados y, en la misma isla, en el mismo lugar su hija era crucificada. Desde luego, Barbara no lo formuló así conscientemente. Era lo bastante sensata como para reconocer que la guerra habría seguido el mismo rumbo sin los astilleros de Dan Lavette y que, si hacían falta barcos, otros los hubiera construido y era también lo bastante ecuánime como para no considerarse una mártir crucificada. De todos modos, la imagen cruzó por su mente y dejó huella, y al ver a Dan sintió tanta pena de sí misma, que tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas, y aunque se decía que la pena era por su padre, aquello no era sino pura y simple autocompasión. Y así empezó la depresión.

Dan y Barbara estaban sentados en la sala de visitas. No se estaba mal. Él le tomó una mano, se la acarició, la miró.

—¿Te encuentras bien, Bobby? —preguntó escrutándole la cara.

—Sí, papá. Perfectamente.

—¿Es muy horrible?

—No; es bastante soportable. Mejor de lo que imaginé.

—¿Y la comida?

—Buena. Bastante buena.

Cuando regresó a San Francisco, Dan dijo a Jean:

—Lo más triste es que no preguntaba nada.

—¿No te ha preguntado por Sammy?

—No, hasta que yo le hablé de él. Y tampoco preguntó por ti ni por Joe. Me parte el alma, Jean. ¿Qué diablos pasa? ¿Qué tiene? ¿Qué le han hecho?

—No creo que le hayan hecho nada y, por lo me cuentas, no me parece un lugar en el que martiricen a la gente. Barbara debe de estar triste y deprimida, y con razón. ¡Pobre! Quiero ir a verla, Dan. La próxima vez iré contigo. Si por lo menos nos dejara llevar a Sam...

—No sé si ganaríamos algo.

Empezó el día de visita y fue agravándose hasta que Barbara dejó de ir a trabajar y se quedó en la cama. La oficial Davenport fue a su habitación.

—No estás enferma, Barbara. El médico dice que no te pasa nada.

—El médico es idiota —murmuró Barbara.

—¿Qué dices?

El tono de voz de la oficial Davenport hizo que varias reclusas que pasaban por el corredor se quedaran escuchando cerca de la puerta entreabierta.

—¡Que el médico es imbécil!

—Y yo digo que estás fingiendo.

—Lárguese y déjeme en paz.

—¿Qué? —La oficial Davenport separó las piernas y se puso en jarras—. Escúchame bien, pécora de alcurnia. Si hay algo que aborrezco más que los rojos, son los rojos ricos. Ya estoy harta de tus aires de superioridad. Esto no es un internado de señoritas. Conque a formar o sabrás lo que es bueno.

A lo que Barbara respondió:

—¡Váyase a hacer puñetas!

El auditorio del corredor prorrumpió en risas y aplausos. La Davenport explotó, la depresión de Barbara hizo crisis y la capitán Cooper le dijo después:

—Esta vez no hay vuelta de hoja. Barbara, estás pidiendo que te castigue y comprobarás que puedo manejar perfectamente la situación.

Durante las dos semanas siguientes, Barbara fregó inodoros y experimentó con su trabajo una malsana satisfacción. Comparada con los efectos de la depresión, aquella tarea era una delicia. Desde luego, si se comparaba con otros tipos de trabajo, distaba de ser placentera; pero, a pesar de todo, le reportó ciertas ventajas. Su condición de fregona de inodoros, unida a su actitud con la oficial Davenport, le valieron el respeto de sus compañeras. Hasta entonces, sólo Annie Lou y Rosalie Conte se habían mostrado afectuosas y naturales con Barbara. Las demás se mantenían a distancia. No

se fiaban. La veían distinta, por su forma de hablar, sus modales y hasta por el modo en que se peinaba. Su mismo delito era diferente e incomprensible. El altercado con la Davenport hizo que se derrumbaran las paredes que la separaban de las demás, y el brío con que fregaba la porcelana y sacaba brillo a los grifos de los lavabos le granjearon el respeto general. La limpieza de inodoros era el trabajo más aborrecido de todos y, no obstante, día a día, limpiando inodoros, Barbara fue recobrando el equilibrio. Y no volvió a ocurrir. Salió de la depresión con el espantoso recuerdo de haberse sentido lo bastante desesperada como para que la tentara el suicidio. Hizo que estallara la burbuja de autosuficiencia que la había envuelto toda la vida.

Un día, una de las reclusas descubrió que la Barbara Lavette que había escrito un libro que estaba en la biblioteca de la prisión, era Barbara Cohen, su compañera, alias *la Reina del Inodoro*. Era el primer libro de Barbara, el relato de sus peripecias en Francia y Alemania. El libro pasó de mano en mano hasta que se cayó a pedazos. Tal vez sus compañeras se hubieran sentido intimidadas, violentas u hostiles frente a una escritora; pero la circunstancia de que Barbara tuviera que bregar con las manchas amarillas del interior de las tazas de los retretes la acercaba al resto de la población reclusa. Barbara empezó a darse cuenta de que un leve barniz de penología moderna no convierte automáticamente una cárcel en un internado para señoritas. Barbara era la única reclusa condenada por desacato al Congreso, y para ella fue una pequeña victoria ganarse la simpatía y la confianza de asesinas, ladronas, prostitutas, madamas, falsificadoras y drogadictas.

Si un año antes alguien le hubiera dicho que un día haría abstracción de todos los juicios morales de la civilización y se sentiría halagada de que unas criminales la aceptaran y le brindaran su amistad, Barbara habría rechazado la idea, y aun en el caso de que Barbara hubiera estado preocupada por el papel de la mujer en la sociedad —que no lo estaba—, ni conocía ni comprendía a las mujeres delincuentes. No había vivido ni podía imaginar siquiera un medio en el que la tercera parte de la población era negra, otra tercera parte, mexicana, y el resto, caucásica, con el denominador común de la pobreza y la ignorancia.

La oficial Davenport buscaba más inodoros. Encontró uno que llevaba años abandonado.

—Quiero que brille —dijo a Barbara.

Barbara tardó cuatro horas; pero lo dejó brillante. Con los detergentes, la lejía y las semanas que había pasado cavando en el huerto, las manos se le habían puesto rojas y ásperas; pero salió triunfante de su lucha contra los inodoros. La capitán Cooper volvió a destinarla al huerto.

—Pero en lo sucesivo ten cuidado —le dijo—. Te has destacado por rebeldía. Aún no sé si aplicarte el descuento por buena conducta. ¿Tú qué dices?

—Es asunto suyo. A estas alturas, ya me tiene sin cuidado. No pueden retenerme

más de seis meses.

—En tu lugar, yo no sería insolente. No vale la pena.

—No deseo hacer méritos para una medalla —dijo Barbara—. En serio, me importa un rábano lo que hagan conmigo. Limpiaré retretes o fregaré suelos. Lo que ustedes quieran.

—¿Qué mosca te ha picado, Barbara? Ésta es una institución francamente buena. Dentro de las cárceles, es de lo mejor del mundo.

—Lo cual no dice mucho en favor del mundo, ¿no le parece? Hace cinco mil años, alguien descubrió que si uno hace algo que a los que mandan no les gusta, se construye una celda y se le encierra, y en todo este tiempo ni se ha modificado ni se ha mejorado el sistema.

—¿Conoces tú un sistema mejor?

—No; pero éste es un asco.

Barbara recibió carta de Sally.

Dice Joe que no quieres visitas —escribía Sally—. No comprendo por qué. Tengo muchas ganas de verte. Joe y yo estamos haciendo un intento desesperado para salir adelante y vivimos juntos en la casa de Beverly Hills, pero no es fácil. Parece una bobada hablarte de nuestros problemas cuando él tuyo es tan grave. De todos modos, no perdemos la esperanza y seguimos intentándolo. He empezado otra película y estoy tratando de mentalizarme para dejar el cine cuando la termine. Pero no sé si podré, Bobby, porque soy una egoísta.

La carta se prolongaba a lo largo de cinco páginas de apretada escritura. Mientras la leía por la noche en su cuartito, Barbara trataba de compenetrarse con Sally, Joe y sus problemas; pero estaba todo tan lejos... Sally le hablaba de la muerte de Billy Clawson, y Barbara sintió un vivo pesar por tanto sacrificio estéril, aunque apenas había tratado a Billy Clawson y, con lo poco que lo trató, le juzgó mal. ¡A cuánta gente había juzgado mal! ¡Qué poco sabía de la vida, a pesar de sus muchos viajes!

La noche antes, una reclusa llamada Reba Fleming, condenada por falsificar cheques de la Seguridad Social, entró en la habitación de Barbara después de que se apagaran las luces y se metió en la cama. Reba era una rubia rolliza, de unos cuarenta y cinco años. A Barbara no le era simpática, pero trataba de disimularlo. La mayoría de las reclusas no disimulaban y Reba vivía sumida en una perpetua autocompasión. Barbara despertó bruscamente y encontró en su cama a Reba que la acariciaba y le suplicaba que fuera buena con ella. Un mes antes, Barbara hubiera reaccionado con

indignación y repugnancia. Ahora sólo deseaba poder satisfacer la desesperada necesidad de cariño de aquella mujer gordita y pesada.

En esto pensaba, con la carta de Sally en la mano. Tendría que contestarla, pero ahora no, no esta noche. Esta noche escribiría a sus padres, que insistían en ir a verla los dos.

Me cuesta tanto deciros que no vengáis —escribió—. En realidad, no sé cómo explicar que no quiero recibir más visitas. Cuando supe que tendría que ir a la cárcel, lo más importante para mí era saber si podría recibir visitas. Aquí hay mujeres que nunca reciben visitas y da mucha pena ver lo que eso les hace sufrir. Pero la verdadera causa de su pesar es que no tienen a nadie que quiera venir a verlas. Mi caso es diferente. Yo tengo fuera de aquí a mucha gente que me quiere. Imagino que los dos sabéis lo mucho que os quiero y que no pensaréis que si os digo que no vengáis es por falta de cariño. Esto tengo que pasarlo yo sola. Las visitas lo hacen todo más difícil. Yo trato de olvidar el mundo exterior. —Hizo una pausa y añadió—: He hecho muchas amigas. Aunque parezca extraño, nunca me había sentido tan identificada con las mujeres. No sé si esto persistirá fuera de aquí, pero ahora es agradable.

Con el tiempo, las mujeres recurrían a ella cada vez más. Barbara era su terreno neutral, su árbitro, su mentor. Cuanto más la mortificaban las celadoras, más la querían sus compañeras. Poco a poco, las mujeres se habían dado cuenta de que Barbara estaba allí porque quería, que sólo con decir unas palabras hubiera podido conservar la libertad. Ella no había hablado de ello, pero se corrió la voz. Aquellas mujeres no necesitaban que les dieran muchas explicaciones acerca de lo que eran los informadores. Ellas lo sabían perfectamente. Acudían a Barbara con sus problemas, sus disputas, sus ilusiones, sus culpas y sus historias. Al fin y al cabo, ella era escritora, y escuchar a los demás era no ya una vocación, sino una obligación.

Y ella escuchaba, escuchaba un sórdido e interminable relato de pobreza, de desengaño, de amores traicionados, de amores rechazados, de palizas del marido o de los padres, de prostitución, de proxenetismo, de asesinato, de todas las formas imaginables de brutalidad. Escuchaba.

Se marchitó su espléndida belleza juvenil. A los treinta y cinco conservaba la lozanía de los veinticinco. A los treinta y seis aparentaba su edad. Tenía la cara curtida por el sol de las horas pasadas trabajando en el huerto, más delgada y marcada por las primeras arruguitas en torno a los ojos. Estaba sana. Después de aquel primer conato de depresión, no volvió a sentirse enferma; y, si no era feliz, por lo menos, tenía paz de espíritu.

Jean sostenía que, a su edad y después de lo que había vivido, ya nada podía sorprenderla, pero después tuvo que reconocer que, cuando vio entrar en la galería de arte a Lucy Sommers Lavette, la esposa de su hijo, se quedó atónita. Eloise, que estaba sentada ante una mesita, trabajando en el catálogo, levantó la mirada y vio la expresión de Jean; después dijo que, de haber acompañado a la imagen un efecto sonoro, seguramente habría pensado que había llegado el segundo terremoto.

Por fortuna, Dan no estaba. Había ido con Sam al muelle de Pescadores, a pulir los metales del barco de Dan —o, por lo menos, eso pensaba Jean, ya que no se le ocurría qué podían estar haciendo durante tantas horas en un barco amarrado al muelle—. Dan no había vuelto a ver a Tom ni a su mujer desde la escena del despacho, y Jean no sabía cómo reaccionaría si se encontrara cara a cara con alguno de ellos.

Jean tuvo que admitir que el aspecto de Lucy había cambiado, para mejorar, desde luego, ya que, según ella, era imposible que empeorase. Llevaba el pelo corto, iba maquillada por una mano profesional y el vestido de angorina *beige* era un Balenciaga muy acertado.

Jean la saludó afablemente, con el toque justo de condescendencia, como para recordarle que en otros tiempos un Sommers y un Seldon podían tratarse en horas de oficina, pero no era fácil que alternasen en la esfera social.

—¿Qué te trae por aquí, Lucy? —preguntó Jean.

—La curiosidad, supongo. Y la pintura. Todo el mundo habla de tu galería de arte.

—¿Qué dicen? —preguntó Jean.

—Lo siento, pero la gente piensa que te has adelantado a tu tiempo.

—Eso es lo bueno, adelantarse al tiempo. ¿Quieres comprar algún cuadro, Lucy?

—Pues el caso es que Tom y yo estamos empezando a comprar. Creemos que estaría bien tener un Picasso. O un Cézanne.

Jean y Eloise intercambiaron una mirada.

—Por desgracia, nosotras no tenemos ningún Cézanne —dijo Jean—. Están muy escasos. Tal vez se venda alguno en Nueva York o en París, aunque no tengo noticias de ello. Tenemos un Picasso muy interesante, eso sí. Creo que lo pintó en mil novecientos doce, cuando trabajaba con Braque. Por aquel entonces, él y Braque componían cuadros que consistían en superficies planas superpuestas en un fondo diverso. Es algo muy experimental, pero hermoso, si sabes captarlo. Si no me equivoco, inventaron el *collage*, ¿verdad, Eloise?

—Eso creo. Sentaron las bases para los dadaístas que les siguieron.

—¿Por qué no lo traes? —pidió Jean.

Eloise fue a la sala del fondo y volvió con una tela de unos sesenta por ochenta,

que puso en un caballete.

Lucy la miró atentamente unos instantes y luego preguntó:

—¿Qué es eso? Bueno, quiero decir, ¿qué representa?

—No es así como hay que mirarlo —respondió Jean con tolerancia—. Tiene que verse en términos de espacio y colorido, composición de espacio y color...

Se interrumpió y miró a Eloise.

—Tiene una marcada influencia de Braque —dijo Eloise con énfasis.

—¡Oh, sí, desde luego! Naturalmente, Lucy, mucho depende de la visión de cada cual, quiero decir si está o no está educada. Yo nunca vendería ese cuadro a la esposa de cualquier advenedizo, que probablemente se pondría hecho una fiera al verlo. Pero Tom creció entre buenas pinturas o, por lo menos, así me gusta creerlo. Mi instinto me impulsa a regalártelo, pero, desgraciadamente, tengo que contar con Eloise, mi asociada. Conoces a Eloise, ¿verdad?

—Nunca la había visto —respondió Lucy secamente.

—De todos modos, es un cuadro soberbio.

—¿Cuánto pedís por él?

—Trescientos mil dólares —respondió Jean plácidamente.

Eloise se volvió de espaldas, estrujándose las manos.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó Lucy.

—Completamente en serio.

—No lo entiendo. No lo entiendo en absoluto, a no ser que me hayas tomado por una imbécil. La semana pasada leí que en Park Bernet, de Nueva York, se vendieron tres Picassos, el más caro, por treinta y siete mil dólares.

—Guapa, hay Picassos y Picassos.

—Desde luego, no tengo intención de pagar trescientos mil dólares por esa birria.

—Comprendo —dijo Jean con suavidad—. Nunca debe comprarse un cuadro que a uno no le guste y, después de ver tu reacción, yo soy la primera en decir: No, Lucy; no es para ti.

Lucy salió de la galería con aire ofendido, y Jean y Eloise se miraron largamente. Por fin, Eloise dijo:

—Eres una mala persona, Jean. Muy mala persona.

—¡Ja! —exclamó Jean—. ¿Mala persona yo? La paja en el ojo ajeno. ¿Quién es la que se ha ido tan decidida y con tanta desfachatez ha sacado ese ridículo *collage* de Braque?

—Yo esperaba que tú le dijeras que no teníamos ningún Picasso, pero que Braque estaba muy identificado con él en aquella época.

—Si sigues diciendo mentiras, te crecerá la nariz, Eloise. ¿Acaso has dicho tú que era un Braque?

—Tú eres la directora, Jean, tú le diste las explicaciones y tú le pediste trescientos

mil dólares. ¿Y si llega a comprarlo? ¿Y si se queda con él? ¿Se lo hubieras vendido?

—¿En cuánto lo tenemos tasado?

—En catorce mil. Pero contéstame a esto: ¿no me has dicho que trajera el Picasso?

—Ninguna de las dos es de fiar, me parece. ¿Que si se lo hubiera vendido? Me parece que sí. Sólo para ver lo que ocurría cuando la mierda pegaba en la sartén, como diría Dan con su prosa inimitable. En fin, quizá sea mejor así. No tenemos los trescientos mil, pero conservamos la integridad.

Aquella noche, Barbara no pudo dormir. Ella no pensó que fuera a estar tan nerviosa, pero las otras se lo advirtieron.

—Es una noche muy mala —dijo Annie Lou—. Esa noche piensas que te vas a morir.

Así fue. Barbara temía quedarse dormida; podía morirse mientras dormía y no enterarse siquiera.

Las horas eran interminables. Durante aquellos meses, el tiempo fue su enemigo; ahora, en un último espasmo de ira y rebelión, parecía haberse detenido. Y Barbara, intimidada, deponía su actitud de reto y suplicaba que acabara la noche. La rendición le trajo un semiletargo. Cuando despertó, el cielo ya estaba gris de amanecer. Se levantó, hizo la cama por última vez, se lavó, se peinó y salió al patio, andando sin ruido por entre los barracones oscuros. Cruzó el campo de deportes hasta el muro del mar y se quedó contemplando el brumoso amanecer. Pasó lentamente un remolcador arrastrando una barcaza. Un hombre que iba en la barcaza la saludó agitando la mano y ella le devolvió el saludo. Sentía en la cara la brisa fresca y limpia del mar. A la luz del día, iban disipándose sus temores. Se miró las manos. Se había arreglado cuidadosamente las uñas: estaban cortas, pero limpias. Ya no tenía la piel roja ni agrietada, sino morena y curtida. La víspera, la peinaron las chicas del salón de belleza que aprendían peluquería y estética. En el dedo meñique llevaba un anillo de plata, regalo de Ellie, que se empeñó en que lo aceptara. Barbara oyó pasos a su espalda, se volvió y vio a la capitán Cooper que venía hacia el muro y se quedaba mirando al puerto. Al cabo de un momento, la Cooper le dijo:

—Bueno, Barbara, no es el peor lugar del mundo, ¿verdad?

—Es una cárcel.

—Sí; tenemos cárceles y ni tú ni yo podemos remediarlo. Pero me gusta pensar que ésta es mejor que la mayoría.

—Sin duda.

—Ha sido para ti una extraña experiencia, ¿no?

—Muy extraña.

—Aunque te parezca raro oírmelo decir, quiero que sepas, Barbara, que me alegro

de que te mandaran aquí y no a otra prisión.

—Gracias.

—Toma el desayuno y pasa por la portería. Allí te darán tu ropa y el cheque.

—¿Un cheque?

—Aunque pequeño, pagamos un salario. Aquí no se hacen trabajos forzados. ¿Viene alguien a recogerte?

—Mi padre. Le dije que viniera a las diez.

—Tienes tiempo.

La Cooper le tendió la mano y Barbara se la estrechó.

Barbara recogió su cesta de ropa en el mostrador de la entrada y volvió lentamente a su habitación. Un grupo de reclusas la esperaban, haciendo caso omiso de la oficial Hurley.

—¡Circulen! —ordenaba la Hurley—. Vamos, ¡fuera de aquí si no queréis que dé parte!

Las mujeres abrazaban a Barbara.

—Cierra el pico y vete a la porra, Hurley —susurró Annie Lou mientras daba un fuerte abrazo a Barbara—. ¿Qué carajo hago yo sin ti, bonita? Tú eras la única blanca negra de este antro.

—¡Fuera todo el mundo! —gritó la Hurley—. ¡Último aviso!

—La echaré de menos, oficial Hurley, y también a la oficial Davenport —dijo Barbara—. Pero soñaré con ustedes. Estarán en todas mis pesadillas.

Era un chiste malo, pero a las chicas les gustó y se fueron riendo.

—No te rindes, ¿eh? —dijo la Hurley—. Bromista de presidio hasta el fin.

—Hasta el fin.

—Bueno, no olvides que has estado aquí, Excelencia. Puedes contárselo a tus amigos del gran mundo de San Francisco.

—Se lo contaré —dijo Barbara y, sin poder contenerse, añadió—: Y les diré algo más. Les diré que yo he cumplido mi condena, y usted, por el contrario, sigue aquí con cadena perpetua.

Entró en su cuarto dando un portazo, furiosa por haberse dejado provocar. Pero en seguida se le pasó el enfado y la invadió una especie de melancolía.

—¡Ay Dios! —exclamó—. ¿Pues no siento tener que marcharme de aquí? ¿Estaré loca? —Sin embargo, Barbara sabía que allí había encontrado algo que no había podido hallar en ningún otro sitio—. Bueno, ya terminó. Esto es lo que importa.

Se quitó por última vez la ropa de la cárcel y la metió en la funda de la almohada. Luego se puso la blusa blanca y el traje de franela gris que llevaba al llegar. La ropa le estaba holgada. Según la báscula, sólo había perdido unos gramos; sería que se le habían endurecido las carnes. Se preguntaba si, después de meses de andar con aquellos zuecos, podría calzarse ahora. Los zapatos le estaban ajustados, pero no le

molestaban. Aunque costaba trabajo acostumbrarse otra vez al tacón alto.

Cuando se miró al espejo, le pareció que veía a una desconocida.

—Barbara —dijo muy seria—, vas a tener que acostumbrarte a lo que eres ahora. Has cumplido tu condena, has pagado tu deuda a la sociedad. No pienso pedir disculpas.

Cuando Barbara salió a la portería, Dan estaba esperándola y la abrazó.

—Pobre papá —susurró ella—, nunca te lo puse fácil, ¿verdad?

Mientras iban en coche hacia el transbordador, Dan dijo:

—El coche es alquilado. Lo dejaremos en el aeropuerto y tomaremos el avión de las doce. Sammy está con Jean. Nos esperan en tu casa. Es lo que tú querías, ¿no?

—Exactamente lo que quería, papá. Perfecto.

Minutos después de las dos, Barbara abrió la puerta de la casa de Green Street y entraba en la sala. Jean leía un libro a Sam que estaba sentado en el sofá a su lado. Al ver a Barbara, el niño saltó al suelo y fue hacia ella. De pronto se paró y la miró fijamente, arrugó la cara y se echó a llorar. Ella se puso de rodillas y lo abrazó.

—¿No volverás a marcharte?

—Nunca más. Nunca más, mi vida.

Sexta parte

Recuerdo

Dicen algunos que la naturaleza divina es indiscernible y que sólo se manifiesta bajo la forma del culto que se le rinde. Norman Drake pagó el taxi y se quedó frente a la residencia de Tom Lavette, la antigua mansión Sommers, en actitud de profundo respeto y sumisión. En realidad no veneraba tanto a la casa como lo que la casa representaba. Su mujer, empero, se habría contentado con la casa.

Su esposa no era precisamente su más entusiasta admiradora. Cuando salió a la publicidad el caso de Barbara Lavette, le dijo sin rodeos:

—Eres imbécil. Pudiendo elegir entre toda una nación, la emprendes con la familia Lavette.

Cuando le informó de su cena con Tom y Lucy, ella exclamó:

—Pero ¿eres idiota? ¿Por qué no le has dicho que dabas el asunto por terminado?

—Ellos no querían eso. La verdad es que su hermana le tiene sin cuidado.

—De cualquier otro podría creerlo.

Durante su matrimonio, Drake se permitió dos aventurillas de carácter lenitivo con dos compasivas mujeres de Washington, ciudad en la que abundan las mujeres compasivas, y las dos veces se salvó del divorcio so pretexto de que destruiría su carrera política. Luego abandonó la búsqueda de la compasión a cambio de unas tolerables relaciones con una empleada de su oficina un tanto desaliñada. Su mujer descubrió el asunto.

—¿Puedes darme una buena razón por la que no deba divorciarme de ti? —le preguntó.

—Pues... me parece que sí —respondió él en tono suplicante. También podía mostrarse sumiso y conciliador.

—Venga esa razón; pero si se refiere a tu carrera política, puedes metértela donde te quepa. Tu carrera política me importa un rábano.

—No digas eso —suplicó él—. Sí, es mi carrera política; pero también algo más. Creo que tengo la posibilidad de ser vicepresidente.

—No estás en tus cabales.

Pero él consiguió convencerla de que no estaba loco. Esta noche, delante de la mansión Lavette, Drake se sentía mucho más cerca de aquella meta increíble que era la vicepresidencia. Su esposa hubiera podido preguntarse, con cierto cinismo, por qué le habían elegido precisamente a él. Por el contrario, Drake se sentía seguro de su valía. Sabía que tenía recursos insospechados, una amplitud de miras que nunca utilizó y, sobre todo, imaginación. Estaba seguro. Tenía imaginación, sí.

Bien, no era el momento de soñar despierto. Cualesquiera que fueran las decisiones que se tomaran y el significado de las insinuaciones de Lavette, esta noche tendría las respuestas. Así se lo habían asegurado.

Drake tiró de la cadena de hierro que colgaba de un lado del quicial de la recargada puerta y oyó sonar en el interior de la casa el tañido de la campana. Allí nada de timbres eléctricos de baratillo. Abrió la puerta un mayordomo, que se hizo cargo de su sombrero y su abrigo.

—Los señores están en la biblioteca, Mr. Drake —le dijo—. Le esperan.

Drake siguió al mayordomo, tragando nerviosamente saliva y, al mismo tiempo, procurando no tragar. El médico le había dicho que esa costumbre era la causa principal de su flatulencia, y la flatulencia era lo que menos deseaba él aquella noche.

Cuando Drake entró en la biblioteca, Tom Lavette se levantó para recibirlo. Sentados cómodamente en la habitación, había seis hombres, algunos de ellos con cigarros y coñac.

—Ha sido usted muy amable al venir esta noche, Drake —dijo Tom, como si Drake tuviera alternativa—. Le presentaré. Joseph Langtrey, el congresista Drake. —Langtrey inclinó la cabeza sin levantarse—. Mark Fowler —presentó Tom.

—Buenas noches, Drake —saludó Fowler. Ya se conocían. Fowler se levantó lentamente, con la mano extendida.

—Ira Cunningham —dijo Tom.

—Para darle una idea de cómo están repartidas las fichas de este juego, joven —dijo Cunningham—, yo soy presidente de «Aceros Lakeland». Mr. Langtrey dirige la «First New York City Trust Company», y Louis d'Solde tiene intereses en la mitad de industrias químicas del país.

—Creo que ya conoce a Mr. Culpepper y a Mr. McGinnis —dijo Tom.

Si no los conocía personalmente, Drake sabía muy bien quiénes eran y qué representaban. Se sentó en la butaca que Tom le ofreció. Aceptó una copa de coñac y un cigarro, que no encendió. Y se quedó esperando.

McGinnis hablaba de Kuwait y de sus yacimientos de petróleo. Había invertido cuatrocientos millones de dólares y hacía cábalas sobre los efectos que el nuevo Estado de Israel tendrían sobre el mercado del petróleo y los nacionalismos. Drake seguía la conversación, esperando que le preguntaran qué opinaba él; pero no se lo preguntaron. Por fin, Culpepper se volvió hacia él y dijo casi con indiferencia:

—Lavette opina que usted sería una buena opción para la vicepresidencia. ¿Quiere el cargo?

—Sí, señor; pero ¿no depende eso del presidente? Es el candidato quien lo elige.

—Somos nosotros —rectificó McGinnis.

—¿Está limpio su historial? —preguntó Fowler—. No me refiero a mujeres ni pecadillos, sino, concretamente, al fraude. ¿Son limpios sus fondos para la campaña?

No le pregunto si ha aceptado sobornos. ¿Qué hay sobre el papel? ¿Tiene depósitos bancarios que no pueda justificar?

—He sido muy escrupuloso con mis depósitos bancarios y no hay sobre el papel nada que pueda resultar incómodo.

—¿Y el Impuesto sobre la Renta? —preguntó Langtreys—. ¿Le han hecho alguna inspección?

—Desde hace dos años, no, señor.

—Pues solicítela. Lo antes posible. Siempre que pueda salir indemne.

—En ese aspecto no hay problemas.

—¿Tiene caja de depósito?

—Sí.

—¿Qué guarda en ella?

—Bonos y acciones.

—¿Dinero en efectivo no?

Drake vaciló y asintió.

—Sí, un poco de dinero en efectivo.

—¿Cuánto?

—Alrededor de dieciocho mil.

—Deshágase de ellos.

—¿Cómo?

—¿Y yo qué sé? Déselos a su esposa. Gástelos. Distribúyalos, unos cientos aquí y otros allí. Cómprele un abrigo de piel.

—¿Cómo van las cosas con su mujer? ¿Se llevan bien?

—Oh, sí; el nuestro es un buen matrimonio.

—¿Y los chicos? ¿Hacen calaveradas?

—¡Oh, no! Son buenos muchachos.

—Ahora atienda —dijo Fowler—. Si ganamos las elecciones y usted ocupa el cargo de vicepresidente, será como un ensayo, una prueba en vacío. El futuro dependerá de cómo se porte usted. Y el futuro es el cargo supremo. ¿Me comprende?

—Creo que sí.

—Por lo que respecta a ese comité de la Cámara que usted preside, ya basta. Es inútil y contraproducente, al igual que las andanadas de McCarthy. Deben cambiar la imagen. En lo sucesivo, cuantas menos citaciones, mejor. Ahora pasemos a ciertos asuntos que nos interesan, no sólo en nuestro propio beneficio, sino en el de toda la nación. Aquí McGinnis quiere que se autoricen las perforaciones petrolíferas submarinas. Necesitamos ese petróleo. Louis está muy interesado en el desarrollo del programa espacial. Lavette quiere franquicias transcontinentales y europeas. Cunningham está preocupado por la creciente prevención contra los portaaviones. Esto son sólo sugerencias. No es necesario que hablemos de todo esta noche. Habrá

tiempo. Lo único que nos interesa ahora es abrir vías de entendimiento. ¿Las tenemos ya?

—Yo diría que sí —afirmó Drake.

Cuando Drake se marchó, Fowler dijo a Tom:

—Confío en que no te equivoques, Lavette. No me gusta ese tío.

—Creo que posee la lealtad que podrías encontrar en un perro apaleado bien adiestrado. No conozco a nadie más en Washington a quien poder comprar de modo tan absoluto. Además, por razones que, honradamente, no acierto a comprender, ese hombre saca votos mejor que nadie. Por lo visto, los electores le quieren.

—Pues yo no —replicó Culpepper—. Cuando pienso que ese hombre pueda llegar a ser presidente de los Estados Unidos, me pregunto dónde diablos iremos a parar.

Aquella noche, en la cama, después de dar a Lucy un minucioso informe de lo hablado en la biblioteca, Tom dijo:

—Al fin y al cabo, Lucy, no podemos quejarnos de lo conseguido a base de nuestra combinación de Lavette, Seldon y Sommers. Todavía somos la manzana más pequeña del cesto, pero estamos dentro.

—Más que eso, Tom. Un día tendremos acciones del hombre que gobierne la nación más poderosa de la Tierra. Porque no es sólo ser dueños de un político, sino de toda esa hermosura. —Alargó el brazo y le oprimió con afecto—. Eso es el poder.

Pero él se había quedado abstraído, lejos de allí.

—¿Tom?

—Sí.

La miró fijamente.

—Es un feo bicho, pero es todo nuestro.

—Sí.

—Pero ¿qué tienes? Estás contento, ¿no?

—Creo que sí.

—¿Qué te pasa ahora? —Estaba molesta. Aquello era un triunfo para ella y quería compartirlo con Tom.

—No tiene importancia.

—¿Dan Lavette? —preguntó Lucy en voz baja.

—Es mi padre.

—Tom, hemos hablado de eso muchas veces. Tenía que enterarse tarde o temprano. De todos modos, no significa nada para ti.

—¿Lo crees así realmente?

—Es lo que tú decías, por lo menos. Y en cuanto a Barbara, tú no la mandaste a la cárcel. Fue porque quiso.

—En toda mi vida —dijo Tom con cansancio—, en toda mi condenada vida, sólo he deseado de verdad una cosa y no he podido conseguirla. Lo tengo todo, todo menos una mirada afectuosa de ese cabrito sin entrañas que dice ser mi padre. Si una sola vez en la vida me hubiera mirado y hablado como un padre a su hijo...

—¡Basta! —Lucy estaba furiosa—. Era un buen día y lo estás echando a perder.

—No lo odio.

—Te estás portando como un perfecto idiota.

Ella apagó la luz y dio media vuelta.

Tom seguía despierto. En su mente martillaba una frase, la última frase de un libro que había leído hacía mucho tiempo, estando en Princeton: «De ellos es el reino de los cielos».

Alexander Hargasey sufrió un ataque en el plató de la película que estaba dirigiendo, y cuatro horas después había muerto. Le sobraban varios kilos y estaba en baja forma física, por lo que no pudo resistir el infarto. Cuando Sally llegó al hospital, ya había muerto. Sentada en la sala de espera, Sally lloró como no había llorado en su vida. Estaba embarazada de tres meses. Quería mucho a Hargasey. Era como un segundo padre, confesor, maestro y amigo. Mientras pensaba que, fuese niña o niño, la criatura se llamaría Alexander, se entregó a un dolor auténtico, sin los adornos románticos que ella solía poner en sus emociones. En realidad, Sally nunca se había encarado con la vida ni había mirado a la muerte como hay que mirarla, como el final de algo, como un agujero cruel que se te abre en la mente y que nada puede cerrar.

Joe la acompañó al entierro. Él recordaba al director como un tipo bajito, calvo y un poco cómico. Al oír lo que Sally decía de él, se sintió impresionado y avergonzado.

—Era un hombre bueno —dijo Sally—. Tenía una integridad que yo no comprendo porque no la tengo. Ni por asomo.

—Me era simpático —confesó Joe, como disculpándose. Luego recordó a Sally que él le había conocido hacía años, cuando encargó a Dan Lavette que le construyera un yate.

Sally creía que él guardaba rencor a Hargasey.

—No pienso trabajar con ningún otro director. Nunca. Se acabó. Conque no importa lo que pienses de Alex Hargasey. Voy a dejar el cine.

Joe la acompañó a casa y se fue al dispensario. Cuando regresó a Beverly Hills, a las seis de la tarde, encontró a Sally sentada en el dormitorio, casi a oscuras.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Estaba pensando.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que no ibas a hacer más películas?

—Estoy embarazada.

—¿Qué?

—Es lo normal, ¿no? De tres meses.

—¿Estás segura?

—Sí, Joe, estoy segura. Fui a ver al doctor Brimmer, el médico de los estudios. Me han hecho las pruebas.

—¿Quieres tenerlo, Sally?

—Es mi hijo. ¿Qué crees tú?

—Que está muy bien. Pero no entiendo eso de dejar el cine. Después de todo lo que hemos hablado y sabiendo lo mucho que significa para ti. ¿Cómo puedes abandonar algo que te gusta tanto?

—Porque ya ha dejado de gustarme.

Volvía a llorar.

—Sally, anda, no llores.

—Ya no lloro por Alex —dijo ella entrecortadamente—. Lloro por mí. ¡Oh, Joe, estoy tan triste, perdida y asustada! No sé qué estoy haciendo aquí, ni cómo he llegado. Quiero irme a casa, Joey —suplicó.

—Sí. Nos iremos unos días a Napa. Si quieres, puedes quedarte allí un par de semanas con May Ling.

—No es eso. Quiero ir allí para quedarme y que tú estés conmigo. Joey, Joey, también podrías abrir un consultorio en Napa. O en Oakland, si lo prefieres. En Oakland hay tantos enfermos pobres como aquí. Pero yo no puedo quedarme aquí. Me gustaría tener tres o cuatro hijos. Me gustaría vivir como un ser humano. Poder andar por la calle sin que nadie me mire o comente. ¡Por favor, Joey!

—¿Y la casa?

—La vendemos. ¡A la porra la casa! ¿Es que no lo entiendes? Mi propia hija es una extraña para mí. No quiero hijos que me miren como a una extraña.

—¡Pero yo he trabajado tanto por ese dispensario!

—Joey, vamos a tratar de salvarnos a nosotros mismos. También formamos parte del género humano, ¿verdad? Y el dispensario también saldrá adelante sin ti. Dime que lo intentarás. Y es que si ahora fracasamos...

Él movió la cabeza tristemente.

—Por favor. Vamos a probar.

Joe estaba caviloso y retraído. No prometió nada. Sólo murmuró:

—Está bien. Probemos.

La decisión de Barbara de ir a Israel fue repentina, imprevista, incluso en sus más vagas especulaciones. Si otra circunstancia no, el haber estado tanto tiempo separada de Sam hubiera tenido que impedirle formar semejante propósito. Jean lo tomó como

un capricho.

—¿Por qué ahora? —le preguntó—. Sí, comprendo que, después de esos horribles meses de cárcel, estés desasosegada. Pero ¿no has estado ya bastante tiempo separada de Sam?

—No serían más que diez días a lo sumo.

—¿Por qué?

—No sé por qué. Quizá para poner una flor en la tumba de Bernie. O para ver aquello por lo que murió mi marido.

O para encontrar la respuesta a una pregunta que no conocía. Cuando cambió de avión en el aeropuerto de Idlewild, en Nueva York, estuvo a punto de anular el pasaje y regresar a California. Pero desistió y optó por llamar a San Francisco para hablar con Sam.

—¿Voy a vivir siempre con la abuela? —preguntó Sam en tono quejumbroso.

—No, mi vida. Regresaré la semana próxima.

—Pero tú me prometiste que no volverías a marcharte. Me lo prometiste. Lo sabes.

En aquel momento, Barbara casi decidió regresar a casa en el primer avión. Pero no lo hizo, y a la mañana siguiente estaba en Londres. Poco antes de las doce del mediodía, despegaba en un aparato de la «El-Al» en la última etapa de su vuelo a Tel-Aviv.

El hombre que iba sentado al lado de Barbara entró en conversación con ella. Era un israelí de unos setenta años, muy cortés y que hablaba un inglés excelente. Dijo llamarse Aaron Cohen y ser dueño de una librería en Tel-Aviv. Cuando ella le dio su nombre, Barbara Lavette, el anciano la reconoció muy complacido:

—¡Claro! Debí advertirlo antes. He visto muchas veces su fotografía y he vendido muchos libros suyos.

—¿En hebreo? No están traducidos al hebreo.

—No; en inglés. Vendemos muchos libros ingleses. Aunque no sé por qué no tienen que traducirla al hebreo. Yo puedo hacer algo al respecto. Pero ¿qué la ha inducido a ir a Israel? ¿La curiosidad? ¿O está escribiendo alguna novela sobre nosotros? Usted no es judía, ¿verdad?

—No; mi marido lo era. Se apellidaba igual que usted.

—Es un apellido judío corriente. ¿Su primera visita a Israel?

—Sí.

—Al hablar de su marido, ha dicho «era», ¿está divorciada o es viuda?

Barbara le contó lo que la impulsaba a hacer aquel viaje o, por lo menos, lo que a ella le parecía que la impulsaba. Cohen la escuchó pensativo y luego asintió.

—Creo que lo entiendo —dijo.

—¿Lo entiende, Mr. Cohen? Yo no estoy segura de entenderlo.

—Verá, no es muy agradable decirlo, pero la muerte es algo terminante. O debe de serlo. La vida tiene que seguir. Usted está presa en la muerte de su marido. Creo que debe usted liberarse.

—Es extraño eso que dice.

—¿La he molestado?

—No estoy segura. Ya no estoy segura de casi nada, y la verdad es que tampoco estoy segura de lo que me lleva a Israel. En cada una de las escalas he estado tentada de regresar.

—¿Dónde está enterrado su esposo? —preguntó Cohen.

Barbara abrió el bolso y sacó la agenda. Recordaba el nombre del lugar, pero no estaba segura de pronunciarlo correctamente.

—En Kiryat Anavim.

—¡Ah, sí! Conozco el sitio. Es un kibbutz que está en la carretera de Jerusalén... La carretera de Tel-Aviv a Jerusalén. ¿Sabe lo que es un kibbutz?

—¿Una granja colectiva?

—Sí. El de Kiryat Anavim es bastante antiguo y grande. Me parece que incluso tiene su propio cementerio militar; aunque es de suponer que sólo tendrán allí a los suyos, es decir, los muchachos del kibbutz que murieron durante la guerra. ¿Dice que a su esposo lo mataron al este de Haifa?

—¿En la carretera de Megiddo? No estoy segura.

—¿Fue en el cuarenta y ocho?

—Sí.

—La situación era muy confusa entonces. Yo no he estado en el cementerio de Kiryat Anavim, pero no puede ser muy grande. Es un lugar muy hermoso. Claro que yo soy parcial. Para mí los montes de Judea son lo más bonito del mundo.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí? —le preguntó Barbara.

—Es fácil. Somos un país muy pequeño. No tiene más que tomar un taxi a la puerta del hotel. Por cierto, ¿dónde se hospeda?

—Tengo reservas en el «Dan».

—¡Ah, muy agradable! En la costa. Habrá taxis allí mismo. Desde el hotel hasta el kibbutz tardará una hora y media. Si no piensa quedarse mucho rato, el chófer la esperará.

Al igual que la mayoría de la gente, Barbara tenía sobre Israel ideas preconcebidas. Sabía que Tel-Aviv había sido fundada por un puñado de judíos en las dunas de la costa mediterránea hacía menos de medio siglo, por lo cual pensaba encontrar una ciudad de aire provisional, una especie de poblado del Oeste en grande, en lugar de la gran metrópoli moderna y trepidante que se abría ante ella.

Después de deshacer el maletín de mano, tomar un baño y cambiarse de ropa, salió a dar un paseo. Eran apenas las doce del mediodía y se dijo que podía tomar un

taxi y terminar su misión aquel mismo día. Pero ahora que había llegado a Israel, su misión parecía carecer de sentido y no acertaba a explicarse que hubiera recorrido casi trece mil kilómetros para visitar la tumba de su marido.

Al salir del «Dan», bajó por Frisham Street y, en Dizengoff, torció a la izquierda y avanzó por la ancha avenida, rodeada de una marea humana, chicos y chicas, jóvenes soldados con el fusil al hombro, viejos y viejas, negros y blancos, judíos, árabes, cristianos —todas las fisonomías de la Humanidad; bajos, altos, gordos, flacos, todos los tipos humanos—, un conglomerado que transitaba tranquilo y sin prisas y que no era del todo similar a otros que ella había visto en otras ciudades.

Barbara compró un bocadillo de salchicha de Francfort y una botella de cerveza israelí y se sentó en una mesita de hierro forjado de uno de los muchos cafés que bordean el Dizengoff. La cerveza era buena. Tenía apetito y comió otro bocadillo.

Ya se sentía mejor, ya había calmado el hambre y permaneció sentada en el café, tratando de ambientarse, de captar el aire del lugar. Al igual que tantos otros norteamericanos blancos y protestantes, Barbara, en su pensamiento, daba a los judíos y al judaísmo un tratamiento especial. Todos sus pensamientos estaban precedidos por una especie de declaración de principio: «Me es indiferente que una persona sea judía o no». Sólo que nunca era simplemente una persona. Un polaco, un ruso, un húngaro, incluso un inglés podía ser sencillamente, una persona. Pero los judíos eran algo específico. Los judíos eran la realidad que ella había vivido en la Alemania nazi. El hombre que dormía con ella y con el que luego se casó era un judío. El socio de su padre era un judío. Jake Levy era judío. Sally era medio judía. En la tela de su vida había muchos hilos judíos. La madre de Barbara venció su propio antisemitismo simplemente dejando de usar la palabra «judío» al referirse a ellos. Jean había cristianizado a todo un pueblo y se había quedado tan tranquila. Sentada en aquel café de Tel-Aviv, Barbara se rió para sí al reparar en ello. Jean era fantástica. ¿Por qué ella no podía ser como su madre? Pero ¿y si Jean estuviera allí? ¿Lo consideraría un país judío? Jean lo resolvería. Jean resolvía las cosas. Tom resolvía las cosas. Hasta Sally y Joe habían llegado a un arreglo satisfactorio. Pero Barbara, no. Barbara no resolvía nada, no terminaba nada, no sacaba conclusiones. ¿Se parecía en esto a su padre? ¿Los dos eran de los que se quedaban sentados a un lado del mundo contemplándolo, como ella estaba ahora en el café del Dizengoff?

Por enésima vez, Barbara se preguntó por qué había ido y qué hacía allí. Desde luego, no había ido a darse un baño de sentimentalismo, y la idea de arrodillarse ante la tumba de Bernie y depositar unas flores se le antojó ahora una cursilería absurda y hasta deshonesto, que la sublevó. Se levantó, pagó la cuenta y volvió de prisa al «Dan Hotel». Ahora se sentía segura de sí misma. Se le había caído la venda de los ojos. La embargaba una sublime indignación liberalista contra los que fraccionan el mundo y la Humanidad en naciones, razas y religiones. Ella no se rebajaba a esas cosas.

Después de ver tanta guerra, tanta muerte y tanto sufrimiento, forzosamente tenía que indignarse ante esta cuestión de judíos y gentiles. Ella se había casado con un hombre. Él era un hombre, un miembro de la familia humana, un ser humano alto, amable y capaz. De algún modo que ella no acababa de aprehender, él supo comprenderla y le deparó momentos de gran felicidad. No era la única viuda del mundo. Pero a él —ahora se daba cuenta— lo mató la fuerza mística de aquella tierra, de aquel Israel. Mas ella no estaba dispuesta a entrar en el juego. Aquel viaje era un error y no pensaba confirmarse en el error haciendo la peregrinación sentimental al cementerio. Volvería al hotel, haría la maleta y regresaría a los Estados Unidos, donde debía estar. Y sin sentirse culpable. Ella, a su manera, ya había contribuido a hacer más soportable este pozo de serpientes que los hombres llamaban civilización. No sucumbiría al complejo de culpabilidad.

Estaba en la habitación del hotel, haciendo la maleta, cuando se abrió la puerta y entró la camarera a cambiar las toallas. Era una mujer pequeña y reseca que, sonriendo tímidamente, le preguntó:

—¿Ya se marcha? Si acaba de llegar...

Hablaba con un acento muy marcado, que a Barbara le pareció francés más que israelí. Al mirarla más atentamente, vio el número tatuado en el antebrazo.

—Sí, me marcho —admitió Barbara.

—Llegó usted... esta mañana.

Barbara, enojada consigo misma y con todo el mundo, irritada por haber sucumbido a una idea sentimental que la llevó a separarse de su hijo, después de haber estado seis meses sin verlo, se sintió molesta por lo que consideró una impertinencia de la camarera. Así eran todos, inquisitivos e indiscretos. ¿En qué otro lugar del mundo se le ocurriría a una camarera meterse en los asuntos de una cliente a la que no conocía? En seguida se avergonzó de pensar así. ¿Cómo había podido ocurrírsele? ¿Qué le pasaba? Lo único que había hecho aquella pobre mujer era tratar de comunicarse con otro ser humano por medio de una pregunta, y mentalmente Barbara la había rechazado, condenándola en términos del racismo más abyecto. No importaba que no hubiera pronunciado las palabras. Bastaba haberlo pensado para hacerle comprender que debía pedir perdón a la camarera. Pero eso sería peor.

La camarera dejó las toallas en el baño y se dispuso a salir.

—¿Podría quedarse un momento? —pidió Barbara—. ¿Por favor?

La mujer la miró con extrañeza.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Barbara se sentó en la cama, apretando los puños.

—Sí, sí... estoy bien.

—¿Quiere que le traiga algo? ¿Una taza de té?

—Usted es francesa —dijo Barbara.

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Por el acento —y Barbara siguió diciendo, en francés—: ¿No podríamos hablar en francés? Hace tanto tiempo que no lo hablo...

El arrugado rostro de la mujer se abrió en una sonrisa:

—Es un placer encontrar aquí a una francesa —dijo también en francés—. No vienen muchos franceses a este hotel.

—Yo soy norteamericana —repuso Barbara.

—Pues nadie lo diría. Habla el francés a la perfección.

—No tanto. Viví varios años en Francia, pero ahora me falta práctica. ¿No puede quedarse un momento? Me gustaría hablar con alguien. Lo malo de viajar sola es que no hay con quien hablar. ¿Podría quedarse unos minutos?

—Desde luego.

—Siéntese, por favor —rogó Barbara—. Me llamo Barbara Cohen.

La camarera asintió vivamente y se sentó en el borde de la silla, con la espalda muy erguida, como para restarle intimidad al acto de sentarse.

—Encantada. Yo me llamo Annette Tilman. Quiero decir que estoy encantada de que sea judía. O norteamericana. No me gustan los franceses.

—No soy judía. Mi marido lo era.

—¡Oh!

—¿Dice que no le gustan los franceses? —preguntó Barbara—. Pero usted es francesa.

—Yo soy judía. Ahora, israelí.

Barbara no supo qué responder a esto, y las dos mujeres se quedaron en silencio unos instantes. De pronto, la camarera preguntó:

—¿Qué edad le parece que tengo?

La pregunta era una trampa. Barbara se puso a la defensiva. ¿Por qué estaba allí sentada, hablando con una camarera? ¿Por qué no se preocupaba de pedir un pasaje para el primer avión? Tenía la sensación de que le tendían un lazo, y cuando miró a la camarera había cierta angustia en sus ojos. ¿Qué edad tendría aquella mujer? La piel de la cara estaba arrugada y tenía costurones en la barbilla. ¿Habría sido hermosa alguna vez? Aquella cara estaba desfigurada, consumida y apergaminada. Sólo los ojos azul claro la redimían de la fealdad.

—Pues, no sé... de verdad. No sé calcular edades —replicó Barbara, mientras pensaba que aquella mujer debía de tener por lo menos sesenta años, pero sesenta años de sufrimiento.

—Sí, usted tiene buen corazón, Madame Cohen. Es usted muy joven y hermosa. No siento envidia. Estoy viva. Mi salud no es mala. Vivo en la tierra de Israel. Me gusta mi trabajo, y cada día hablo mejor el hebreo. Le diré cuántos años tengo. Veintinueve años. ¿No me cree? Cosas de la Gestapo. Nunca hablo de ello; pero me

ha parecido que le sorprendía y le molestaba que yo dijera que no me gustan los franceses. Ahora verá por qué. Vivíamos en Ruán. Yo tenía marido, dos hijos, madre, padre, tres hermanas y un hermano. También tenía tres sobrinos y una abuela muy anciana. —Levantó la mano y empezó a contar con los dedos—. Contemos. Yo no, yo estoy viva; pero los demás, mi marido, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece. Todos muertos, denunciados a la Gestapo por nuestros buenos vecinos. Por eso odio a los franceses con toda mi alma. Pero eso es una estupidez ¿no le parece? Yo no entiendo a la gente, ni siquiera me entiendo a mí misma, porque lo único que puedo pensar ahora es que aquí se está muy bien y que es muy agradable conversar en mi propia lengua con una señora simpática como usted. Pero ¿quién hará mi trabajo mientras tanto? —Se levantó rápidamente—. Yo lo haré. ¿Quién si no?

La mujer se disculpó con una sonrisa y salió. Barbara se quedó sentada en la cama, mirando la puerta. Luego deshizo otra vez la maleta y bajó a cenar.

A las ocho de la mañana siguiente, Barbara, vestida con una vieja falda de franela gris y jersey y calzando unos zapatos cómodos, preguntó al portero del hotel si podía indicarle un taxista que hablara inglés.

—Todos —dijo el hombre—. Tome el primero de la fila. No tengo favoritos.

El taxista que conducía el primer coche de la fila dijo:

—Sol Katz, para servirla. ¿Adónde, señora?

—¿Puedo alquilar el coche para todo el día?

El hombre la miró pensativo y luego asintió:

—Son veinticinco dólares americanos. —Era un hombre de unos cincuenta años, hombros caídos, gran abdomen, pelusa rojiza en las mejillas, cejas muy pobladas y rizado pelo negro—. Suba —dijo—. ¿Adónde?

Ella le dio las señas.

El hombre se sentó al volante y, doblando el cuello para mirarla, dijo:

—¿Seguro que es ahí adonde quiere ir? ¿Kiryat Anavim? No es más que un kibbutz.

—Seguro.

El hombre arrancó y se metió entre el tráfico.

—¿Tiene algún pariente allí?

—No.

—Lo imaginaba. No tiene aspecto de tener parientes en ese sitio.

—Supongo que no. Usted es americano, ¿verdad? —preguntó ella.

—Si Bensonhurst es América.

—¿Dónde está Bensonhurst?

—En Brooklyn, con todo lo demás. Estoy aquí desde el cuarenta y ocho. Vine para ayudar y me he quedado. ¿Es usted periodista, señora?

—Más o menos.

—¿Y piensa escribir sobre Israel?

—Escribo sobre la mayor parte de los lugares que visito. Supongo que algún día escribiré sobre Israel.

Barbara no tenía ganas de conversación. Ella deseaba mirar el paisaje, recibir su impacto, sentir lo que pudiera sentir su marido por aquellos lugares. No era como ella lo imaginara. En sus viajes de corresponsal de guerra nunca estuvo en este pequeño territorio. La dedicación de su marido la había predispuesto contra todo lo israelí. Israel fue su rival, lo único que le disputó al hombre a quien ella amaba y al fin ganó la partida, porque el que fuera su hombre ya no estaba en su lecho, sino en aquel suelo. Era un lugar al que ella nunca reconoció una existencia real. Su educación religiosa fue sólo superficial. Dan Lavette era católico, pero se apartó de su religión para casarse con Jean. Las clases del catecismo dominical, impartidas en el correcto redil episcopaliano de la catedral de la Gracia de Nob Hill, le enseñaron la mitología de un lugar llamado Tierra Santa. Aquella Tierra Santa era un lugar en el que un Hombre que era Dios caminó sobre las aguas del mar de Galilea y arrastró una cruz por la Vía Dolorosa; un lugar en el que las ilusiones y esperanzas de la Humanidad fueron clavadas en un madero y en el que los soldados romanos gobernaban a un pueblo que vivía sumido en las brumas de la Antigüedad. Nada de aquello tenía relación con las concurridas calles de Tel-Aviv por las que Sol Katz conducía su taxi con tanta pericia, hacía sonar el claxon y gritaba a los otros conductores en aquella lengua extraña y gutural llamada hebreo. Armonizaban mejor las zonas más antiguas y destartaladas de Oakland.

Salieron de la ciudad por una carretera asfaltada de dos carriles que discurría entre poblados, almacenes y fábricas y, más allá, granjas y prados. Buscando símiles, Barbara recordó lugares de Ohio e Illinois no muy diferentes de aquéllos. La mañana era fresca y hermosa, con un cielo muy azul y un aire suave como una caricia.

Llegaron a un lugar en el que el terreno se elevaba suavemente hacia el Norte en una gran extensión de prados, muy parecidos a los ondulados prados que Barbara recordaba haber visto en el sur de Inglaterra. Sol Katz le dijo, hablando por encima del hombro:

—Mire, señora, ahí es donde el rey Saúl libró su gran batalla contra los filisteos. Ellos venían de la costa, más o menos de la zona de Tel-Aviv, y él bajaba de las montañas.

Bueno, por lo menos las clases de catecismo habrían servido de algo, aunque no fuera más que para conversar con un taxista de Bensonhurst. Barbara sintió que le escocían los ojos y trató de luchar contra la ola de emoción que la invadía. «Es una ilusión —se dijo—. Éste es un lugar como otro cualquiera, una parte de la Tierra. Nosotros somos la gente, y dondequiera que estemos es sagrado y, si no somos

capaces de entender esto, estamos perdidos. Yo no pienso dejarme arrastrar por los sueños ni por los gritos de guerra que se llevaron a Bernie. Voy a ese lugar porque ya estoy aquí. Lo veré y asunto terminado».

Iban subiendo por las colinas. También aquello era diferente a lo que ella había imaginado. Las laderas estaban cubiertas de arbolitos jóvenes, cedros y pinos, y el aire estaba perfumado. Esto le recordaba Nueva Inglaterra.

—Los plantamos nosotros —explicó Sol Katz.

—¿Qué?

—Los árboles, señora. Hasta el último. Nosotros los plantamos.

—Pero son miles y miles. Cubren todas las colinas.

—Exacto. Aquí no había más que piedras y hierba. Fantástico, ¿no le parece?

—Ya lo creo —asintió Barbara.

—Ahí está Kiryat Anavim —indicó el hombre, señalando un grupo de casas blancas de tejado rojo que se veía a lo lejos. El kibbutz se encontraba en un valle, al pie de una colina, y los edificios se escalonaban en la ladera, entre huertos, campos y terrazas.

—¿Quién está al frente de estos lugares? —preguntó Barbara al poco rato.

—Señora, ¿cuál es su nombre, por favor? Si vamos a pasar todo el día juntos, tengo que llamarla de alguna manera.

—Barbara Cohen.

—¿Miss Cohen?

—Mrs. Cohen —precisó Barbara.

—Bien, Mrs. Cohen. En general, el kibbutz está administrado por un comité. Hay un secretario, un presidente o alguien por el estilo.

—¿Habrá alguien que hable inglés?

—Alguien habrá. Recuerde, Mrs. Cohen, que nuestra tierra estuvo ocupada durante mucho tiempo por los ingleses.

Llegaron al kibbutz. Había una zona de aparcamiento asfaltada en la que se veía una colección de coches viejos, camiones y dos tractores. Al lado, un taller en el que unos hombres, con el torso desnudo, trabajaban en un tercer tractor. La carretera serpenteaba por la ladera hasta un edificio de piedra y estuco. El edificio estaba adosado a la montaña y seguía el desnivel y, junto con las cercas y los edificios de piedra, trepaban y se desparramaban por doquier los senderos rojos. El sol de la mañana era cálido y el aire estaba en calma. Las abejas zumbaban sobre las flores, y una enorme mariposa negra y amarilla se paró un momento en el hombro de Barbara. Por la carretera bajaba una mujer joven con shorts, que miró a Barbara con curiosidad, subió a uno de los camiones y se fue. Un perro mestizo se acercó a lamerle el zapato.

Sol Katz dio la vuelta al coche, examinando los neumáticos.

—Es bonito esto —dijo—. ¿Conoce a alguien aquí?

—Pues me temo que no.

El taxista gritó en hebreo a los que trabajaban en el taller, que le respondieron en igual tono. Una vez obtuvo la información que deseaba, dijo a Barbara:

—La acompañaré a la oficina. La secretaria se llama Sara Pérez. Dicen que ahora está allí. ¿Cuánto rato piensa quedarse?

—No más de una hora.

—Está bien. Me encontrará en el coche. Si quiere, podemos llegarnos hasta Jerusalén. Sólo faltan unos kilómetros.

—Veremos.

Barbara le siguió hasta el edificio de piedra.

—Es ahí —indicó Katz—. Dicen que habla inglés, de modo que no tendrá problemas.

La dejó en la puerta y se volvió al coche. Barbara tenía la impresión de que le ponía nervioso estar lejos de su taxi. Evidentemente, su coche era lo más importante de su vida. Barbara empujó la puerta y entró. Se encontró en un vestíbulo con muchas puertas que tenían rótulos en hebreo. Llamó con los nudillos a la primera de la derecha, oyó una voz de mujer que contestaba en hebreo y entró. La habitación estaba amueblada con una mesa de madera de pino, varias sillas y archivadores. Detrás de la mesa había una mujer morena y delgada de unos cuarenta años. Tenía encima de la mesa una carpeta abierta.

—Busco a Sara Pérez —dijo Barbara.

—Soy yo. ¿En qué puedo servirla?

—Soy norteamericana. Me llamo Barbara Cohen.

—¿No quiere sentarse? —Señaló una silla—. ¿Es periodista?

—No.

—Pensé que lo era porque sabe mi nombre. A veces vienen periodistas para escribir sobre el kibbutz.

—Soy periodista, pero no he venido por eso.

Luego, lo mejor que supo, le contó el motivo de su viaje a Israel.

—¿Quiere ver la tumba de su esposo?

—No lo sé. Quizá. O quizá simplemente tenía que venir.

—No comprendo qué le hace pensar que su marido esté enterrado aquí. Tenemos un pequeño cementerio militar; pero es sólo para los muchachos del kibbutz que cayeron durante la guerra. Su marido no pertenecía a este kibbutz, si no me equivoco.

—No; pero me dijeron...

—Un momento, no se apure —dijo Sara Pérez con amabilidad—, aquí está el registro. —Abrió un archivador, sacó un libro y empezó a pasar las hojas. En aquel momento entró en el despacho un anciano de unos setenta años, delgado, de mejillas

sonrosadas y barbita y bigote blancos—. ¡Ah, Shimon! —dijo Sara y, dirigiéndose a Barbara añadió—: Él lo sabrá. Se acuerda de todo.

—De todo no. Ni el mismo Dios se acuerda de todo.

—Shimon, te presento a Mrs. Cohen, de los Estados Unidos. Su esposo murió en Megiddo en el cuarenta y ocho. Ella estaba en los Estados Unidos y le dijeron que lo habían enterrado en nuestro kibbutz.

El anciano miró a Barbara y dijo a Sara unas palabras en hebreo.

—Le ofrece su condolencia —dijo Sara—. Dice que es usted buena y hermosa.

—Bueno, supongo que ya soy lo bastante viejo como para poder decírselo directamente. ¿Cómo se llamaba su esposo?

—Bernie, Bernie Cohen.

Él permaneció unos momentos con los ojos cerrados y luego asintió.

—Sí, lo recuerdo. Hubo una confusión porque uno de nuestros chicos llamado Cohen estaba en el Norte. Nos enviaron el cadáver y, luego, los papeles. Era norteamericano. —El anciano se encogió de hombros—. ¿Por qué no íbamos a enterrarlo aquí? Es un buen sitio, muy antiguo. ¿No le parece bien?

Barbara movió la cabeza afirmativamente.

—¿Quiere exhumar el cadáver y llevárselo a su país?

—No. Él hubiera preferido quedarse aquí.

—¿Entonces sólo ha venido para ver la tumba? —preguntó el anciano.

—Sí.

Parecía un disparate, dejar otra vez a su hijo y recorrer tantos kilómetros para esto. Para visitar una tumba. Ahora, sentada ante aquellos dos desconocidos en el mísero despachito del kibbutz, Barbara se sentía no ya ridícula, sino interiormente deshecha, abrumada por la sensación de que la cárcel la había dejado vacía, perdida.

—Si quiere, la acompañaré a la tumba —se ofreció Shimon.

—Si es tan amable. —Se levantó—. Muchas gracias —dijo tristemente a Sara Pérez.

El anciano la condujo por un sendero que subía la soleada ladera.

—Los muertos siguen guardándonos —dijo enigmáticamente, señalando hacia lo alto—. Ahí arriba, al otro lado de esa cima, está la frontera de la antigua Judea, que está todavía en poder de los jordanos. Actualmente está en calma, pero aún vivimos al borde de la eternidad. Y no es fácil vivir así.

—No; no lo es.

—Pero usted no es judía, ¿verdad?

—No.

—Y ahora está en este país extraño entre esta extraña gente. Debe de ser muy duro.

—No, no es duro. En realidad, todavía estoy tratando de averiguar por qué he

venido. Lo que queda de mi marido está dentro de mí y no aquí.

—¿Por qué aquí no? —preguntó el anciano—. Esto es el cementerio. No es muy grande. Sólo unos centenares de tumbas; mas para un solo kibbutz, una matanza terrible. La flor de nuestra juventud.

Las tumbas estaban dispuestas en escalones, y cada una de ellas acabada y cuidada amorosamente, con su pequeña lápida inscrita en hebreo.

—No sé leer esos signos —dijo Barbara tristemente.

—Yo la buscaré.

Un muchacho y una muchacha, los dos con shorts y tostados por el sol, cortaban y colocaban losas de piedra en una escalera ornamental que ascendía por entre las tumbas.

—Yo he venido del Canadá —explicó Shimon—. La mayoría de nosotros procedemos de otros lugares. Pues bien, los cementerios que recuerdo son lugares fríos y tétricos. ¿Por qué? Hemos querido que éste fuera diferente. Esa piedra caliza que están cortando y labrando procede de nuestras montañas. Es la misma piedra que se utilizó para construir Jerusalén.

Iban subiendo. Al final del sendero, apareció un pequeño edificio de piedra, como una capilla, de unos tres metros de lado, sin ventanas. Shimon le tocó el brazo.

—Aquí, Barbara.

Ella se detuvo. El anciano señalaba una tumba situada al lado de donde ellos se encontraban.

—Ésa es. La tumba de su marido.

Barbara la miró. No era distinta de las otras. Una lápida con unos signos hebreos y, debajo, las fechas: 1906-1948. No sintió nada. Estaba vacía y seca por dentro, seca como el polvo. Así estuvo tal vez cinco minutos, esperando algo, algo sin nombre, indefinido y, quizás, inexistente.

Luego, con una voz tan árida y seca como su espíritu, preguntó, señalando otras lápidas sobre las que se veían pequeñas piedras:

—¿Qué significan esas piedras?

—Es una antigua costumbre judía. Cuando se visita una tumba, se pone una piedra sobre la lápida. Dicen que es la señal de que has estado allí y has dejado algo para que acompañe al muerto. Es un detalle sentimental y no creo que tenga un más profundo significado. Es una costumbre muy antigua y no creo que haya nadie que sepa a ciencia cierta lo que quiere decir.

—¿Y esa capilla? ¿Ahí se guardan las cenizas?

—Nosotros no quemamos los cadáveres. Nuestra religión no lo permite. No; no guardamos cenizas.

—¿Pues qué guardan ahí? —preguntó Barbara, por decir algo, pues en realidad no le interesaba.

—¿Por qué no entra?

—Es igual.

—Quizá no.

Con cierta impaciencia, sintiéndose manipulada, Barbara se acercó al pequeño edificio de piedra, abrió bruscamente la puerta y entró.

La claraboya del tejado derramaba una cascada de luz en el pequeño recinto. Cubrían las paredes de derecha e izquierda, desde el suelo hasta el techo, las fotografías, formato quince por quince, encapsuladas herméticamente en plexiglás, de todos los hombres enterrados en el cementerio militar de Kiryat Anavim. Sólo que no eran hombres. Eran chiquillos. Muchachos alegres y risueños. No eran retratos de estudio, sino instantáneas amorosamente recogidas a padres y amigos.

Barbara las miraba una a una, pasando de una sonrisa a otra. «¡Dios mío! —pensó—. ¿Pues no estoy buscando a Bernie?». Ellos no podían tener la foto de Bernie.

Entonces se derrumbó el muro seco de su interior y Barbara cayó al suelo, sollozando histéricamente. Ya había llorado otras veces, pero nunca tan incontroladamente, saltando todas las barreras y rompiendo todos los soportes que la sujetaban y protegían.

El anciano esperaba fuera. La oyó llorar y la oyeron también los dos jóvenes que cortaban piedras; pero cuando éstos quisieron entrar a socorrerla, él se lo impidió.

—Dejadla sola —dijo—. Dejadla sola con los muertos. Ahora es para ella el tiempo de estas cosas.

La presa se rompió y, después del primer embate, la fuerza de las aguas disminuyó. Entre jadeos, Barbara descubrió que podía volver a respirar normalmente. Por fin cesaron las lágrimas y pudo abrir el bolso, sacar un pañuelo y secarse la cara. Se levantó temblando, más aturdida que extenuada, y salió.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Shimon.

—Sí; me encuentro bien.

—¿Quiere que volvamos?

—Sí.

Pero, después de recorrer unos pasos, Barbara dijo:

—He olvidado algo.

Shimon la vio retroceder hasta la tumba de Bernie, coger una piedra del suelo y colocarla encima de la lápida.

La brisa era justo la necesaria para hinchar la vela y que el timón respondiera a la rueda mientras navegaban con rumbo Norte hacia la bahía de San Pablo. Jean, vestida con unos viejos pantalones «Levi's» y un enorme jersey blanco, estaba tendida sobre unos almohadones en el entarimado del sollado mirando a Dan.

—¿Qué, te gusta esto, niña?

—Me acostumbro.

—Los dos aprendemos despacio. Medio siglo para hacerte subir a una barca y medio siglo para civilizarme a mí.

—Sobre lo del proceso civilizador no tengo nada que decir. Pero por lo visto te has olvidado de que en mis tiempos hice tres travesías a Europa.

—Eso son barcos, no barcas. Hay diferencia.

—¡Oh, Danny!, ¿te acuerdas? La primera vez que fuiste a nuestra casa, aquel mausoleo de Nob Hill, te pusiste a discutir con el viejo Grant Whittier, tratando de explicarle la diferencia. Me pareciste fantástico.

—¡Bueno!

—Sí. A pesar de que no sabías qué tenedor tenías que usar.

—¡Vaya! Lo notaste.

—Naturalmente. Y tú que creías ser tan listo. Cuando servían un plato, no tocabas los cubiertos hasta que alguien indicaba el camino. Tú allí quieto, observando con ojos de lince.

—Vamos, Jean, que de eso hace más de cuarenta años.

—No estoy senil, muchacho. Aún me funciona la memoria.

—Que me ahorquen si sé qué viste en mí. Yo era un patán que quería comerse al mundo.

—Eso es lo que vi.

—Coge el timón. Está amainando el viento. Recogeré la vela y pondré en marcha el motor. Regresamos. ¿Cenamos en «Gino's»? Llevo todo el día pensando en espaghetis.

—Tan galante como siempre —dijo Jean empuñando el timón—. Sales a pasear en barco con una chica guapa y en lo único que piensas es en los espaghetis. Estás engordando.

—Bueno, un poquito. Ya lo rebajaré.

Ella le miraba mientras él recogía la vela, alto y fuerte con el pelo blanco y la cara hendida por pliegues y arrugas, la piel tostada y unas manos de dedos largos, fuertes y seguras. Llevaba tejanos y una vieja camiseta de manga corta, y le sentaba bien esta ropa. Ella le miraba contenta. «Eso es lo bueno —pensó—. Sentirse a gusto con un hombre y no tener dudas».

Dan puso en marcha el motor.

—Da la vuelta despacio y pon rumbo al cabo. ¿Te importa seguir llevándolo?

—Como usted mande, jefe.

Él la miraba, sujetándose al mástil.

—Eres una mujer muy guapa —dijo con admiración.

—Cumpliré sesenta y cuatro dentro de una semana.

—O has querido decir algo muy profundo, o te preocupa que me olvide de tu

cumpleaños.

—He querido decir que agradezco el piropo, pero pongo en duda tu veracidad y tu buena vista.

—Mi vista es excelente. Lo bueno de «Gino's» es que no hace falta que nos cambiemos. No tenemos más que amarrar y entrar.

—No puedes dejar de pensar en los espaghetis.

—¿Y qué le voy a hacer? Es el estómago, mujer. Estoy hambriento.

Dos horas después, Jean orzaba el barco en el amarradero y Dan tensaba los cabos. Cogidos por la cintura, fueron andando hacia el restaurante italiano de Gino. Anochecía y la niebla empezaba a bajar a la Bahía.

Dan se paró y la obligó a volverse hacia él.

—Si estás pensando en propasarte, has debido hacerlo en el barco —dijo Jean sonriendo.

—No creas que no lo pensé. Nunca hemos hecho el amor en el mar. Esto no puede ser.

—Es usted increíble, patrón.

—Sí; pero ahora sólo iba a darte un beso.

—¿Aquí?

Él la abrazó y la besó, ajeno a las miradas de la gente.

—Seguramente lo que les pone nerviosos es que hagamos eso a nuestra edad —dijo Jean—. Además, vamos vestidos como dos vagabundos. Se supone que, con los años, la pasión se apaga.

Después de la cena, mientras terminaban la botella de vino tinto, Dan dijo:

—Solía venir aquí con May Ling.

—Ya lo sé.

—¿Tú has querido a otro hombre, Jean? Durante la mala época, no me refiero a dormir con otro, sino a querer de verdad.

—No. Ni un solo día de mi vida, Danny.

—Tiene gracia. Yo quise a May Ling, pero ella siempre supo que dentro de mí estabas tú. He tenido una vida increíble, Jeannie, y aún no me explico cómo he podido seguir siempre a flote. Pero tengo que decirte que te quiero tanto como un hombre pueda querer a una mujer... en fin, todo lo que yo soy capaz de querer. Y quería darte las gracias de todo corazón. Nada más.

Jean llenó los vasos.

—Por nosotros, Danny.

El día en que Sam volvió al colegio, Barbara se puso un jersey viejo y unos zapatos cómodos y bajó por Powell Street hasta el Embarcadero, torció a la derecha y siguió hacia Market Street y el viejo edificio del transbordador. Hacía una mañana

espléndida y, mientras paseaba, Barbara tenía la sensación de pertenecer a aquel lugar que había empezado a existir cuando su familia llegó a la ciudad. En ningún otro sitio se sentía tan segura y en paz. No importaba que en la ciudad, en el Estado y en el país, anduvieran mal tantas cosas; las que estaban bien aún podían alegrarle el espíritu.

Andar mucho era esencial para su trabajo. Sólo cuando andaba tenía la mente clara y podía evocar las imágenes, recuerdos e impresiones tan necesarias para el escritor. La vida es el acto de ser, y este momento de la vida de Barbara Lavette Cohen estaba lleno de la sensación de ser. No era algo explícito, no más explícito, desde luego, que el aire salobre que soplaba del Pacífico, desde China y Japón y las islas de las Especias.

Estaba viva, estaba en casa y estaba libre. Y hambrienta. Había llegado a Battery Street y dio media vuelta para volver hacia el muelle de Pescadores. Eran más de las once, buena hora para el apetito. Barbara compró una hogaza del excelente pan ácimo que se hace en San Francisco, en un puesto de Jefferson Street y se sentó en un puntal del muelle de Hyde Street a comerlo y echar trozos a las gaviotas. Recordó haber estado allí con Bernie doce años antes, cuando volvieron a encontrarse después de la guerra; pero no había tristeza en el recuerdo. Delante de ella se extendía la rizada y espumeante superficie de la Bahía que corría por debajo del Golden Gate, arrastrada por la marea en el infinito vaivén del océano. A su espalda, encaramada en sus empinadas colinas, la ciudad extraña y maravillosa construida por los Seldon, y los Lavette, y los Levy, y los estibadores, y los albañiles, y los carpinteros, y los metalúrgicos y tantos más.

Y ahí venía una gaviota grande a llevarse un trozo de pan.

Barbara comió un último bocado, saboreándolo despacio, y arrojó el resto a las gaviotas, se levantó y respiró profundamente.

«Está bien —se dijo—. Como debe ser».

Vio dar la vuelta al tranvía, echó a correr y subió en el momento en que arrancaba. Se quedó en el estribo mientras el tranvía ascendía por Russian Hill, sintiendo en la cara el aire fresco, sonriendo ligeramente. Si algo había en su pensamiento en este momento era una afirmación y un reconocimiento. Estaba allí, en paz consigo misma y todo estaba bien.

Notas

[1] Como ya dijimos en la obra anterior a ésta, Segunda generación, *Le Monde* no existía en esta época. (N. de los E.). <<

[2] En español en el original. (N. del T.). <<